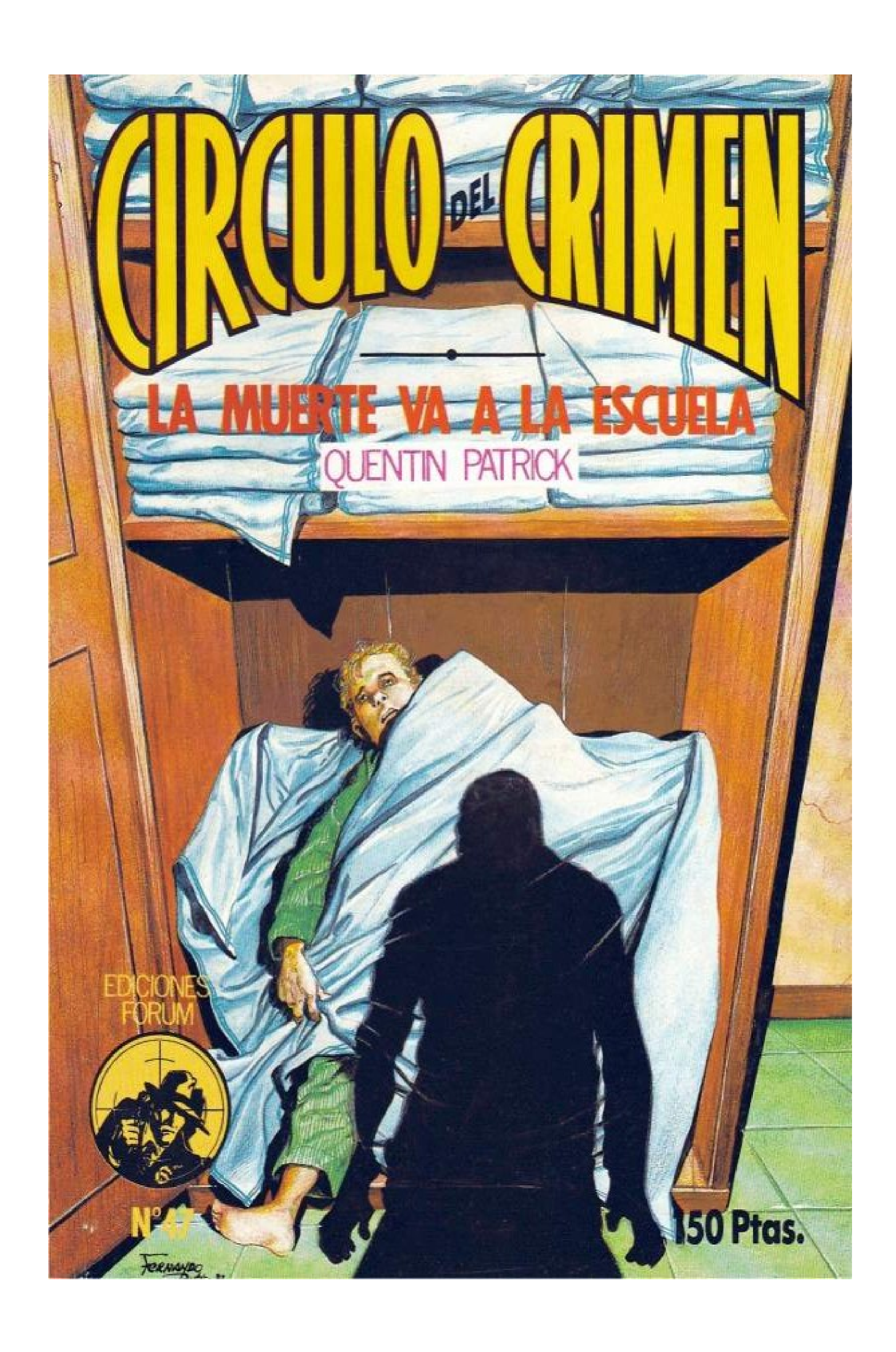

CIRCULO DEL CRIMEN
LA MUERTE VA A LA ESCUELA
QUENTIN PATRICK
EDICIONES FORUM
Nº 47
150 Ptas.

Quentin Patrick

LA MUERTE VA A LA ESCUELA

Círculo del Crimen Nº 47

ePub r1.1
Rutherford/Rbear 14.03.16

Título original: *Death goes to school*
Quentin Patrick, 1936
Traducción: Raquel W. de Ortiz
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (14/03/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (26/03/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: ninguna.

1

LA DAMA DE LILA

Inglaterra en junio... El día era sereno, sofocante. Unas pocas nubes minúsculas pendían, cual flores de manzano, sobre el campo de deportes de la Escuela Preparatoria de Craiglea. Mediaba el año, mediaba la semana, mediaba el período escolar, mediaba la tarde. Ondas de aire caliente titilaban en el confín, esfumando la hilera de olmos hasta convertirla en un largo borrón verde y empañando los austeros contornos de la escuela, apenas visible a través de un claro entre los árboles. Toda la escena se hallaba impregnada con la quietud de la tarde. Hasta los niños parecían poco dispuestos a moverse. Tendidos en el suelo, a los pies de sus padres, mordisqueaban tallitos de hierba y observaban el partido de criquet —Padres contra Hijos— que señalaba el fin de sus vacaciones de mitad de ese período. No se oía sonido alguno, a excepción del suave y sordo golpe de la pelota contra el bate, el grito ocasional de *over* y el perezoso rumor de las voces de los espectadores.

Pero, para los ojos de cualquiera más interesado en hacer observaciones de índole general que en contemplar un partido de criquet, un elemento menos tranquilo podía resultar evidente en esa escena bucólica iluminada por el sol. El aire era quizás un tanto excesivamente bochornoso; en el cielo, las nubes, semejantes a flores de manzano, tenían una tonalidad acaso demasiado rosada y, casi fuera ya del alcance de la vista, sobre las distantes aguas del Canal Bristol, se iban reuniendo lentamente hasta formar oscuros batallones de color ciruela.

Y, al igual que el firmamento, los muchachos de Craiglea eran

también menos ingenuos de lo que parecían. Porque, pese a su correcto exterior, eran presa, interiormente, de encontradas emociones. Con el agudo esnobismo de la juventud, se sentían torturados por el temor de que sus progenitores pudieran, de una u otra manera, ponerse en evidencia en forma inadecuada, desacreditándolos así ante los ojos de sus camaradas.

Para aquellos pequeños aristócratas, cuyos padres se hallaban jugando en ese momento, tal aprensión se había convertido casi en agonía. St. John Lucas, por ejemplo, el chato y pecoso pihuelo que se hallaba de guardia junto al tablero, estaba padeciendo un tormento porque su padre, el obispo de Saltmarsh, había comenzado a jugar con el anticuado saque bajo. Para los ojos críticos del chico esta desviación de las normas parecía arrojar mayor luz sobre los mal planchados pantalones paternos, cuyas costuras no habían sido aflojadas lo suficiente como para ponerse al paso de la siempre creciente cintura episcopal. Era extremadamente sensible a las risitas mal disimuladas de sus compañeros, y su fino oído captaba más de una vez observaciones como ésta:

—¡Mira, hombre! Fíjate en el padre de Lucas. Está tirando bajo.

No eran tampoco los muchachos los únicos que tenían problemas propios allí. En un ángulo distante, Stephen McFee, el nuevo portero de la escuela, estaba pasando el rodillo sobre el campo delante de la red para practicar el juego. Para un joven de su físico espléndido, no podría decirse que se trataba de una labor muy dura; sin embargo, se detenía constantemente y lanzaba miradas a los jugadores vestidos de blanco que se hallaban en el centro de la cancha. La arruga que se marcaba en su frente indicaba que no era sólo la marcha del partido de criquet lo que le interesaba. Sus ojos parecían enfocar con particular atención al muchacho que tenía el bate en el extremo opuesto: Eric Bernard-Moss, uno de los ricos mellizos americanos que habían llegado a Craiglea ese año. Tal vez McFee estaba pensando en lo pronto que ese niño extranjero había aprendido a dominar el más complicado de los deportes ingleses. Tal vez no estaba pensando en nada. Como quiera que sea, mientras lo observaba, había una expresión en la cara del portero que hubiera sido difícil analizar: una expresión que sugería que no todo era tan sereno como lo parecía en ese apacible rincón de Inglaterra.

Nada, empero, podía perturbar la serena expresión de Harvey

Nettleton. El maestro de inglés, recién llegado de Oxford, estaba repantigado a sus anchas y prestaba bien poca atención a sus deberes de árbitro. Sus azules ojos anglosajones se desviaban sin cesar en dirección a Sophonisba Dodd, la hija única del director.

En verdad, a ningún joven podría censurársele por desatender el poco elegante juego del obispo y los movimientos demasiado estudiados de Eric Bernard-Moss, para concentrarse en Sophonisba Dodd que, con el delicado cutis tostado por el sol y los ojos de color gris azulado, parecía la adorable encarnación de ese raro día de junio.

La expresión de Sophonisba, sin embargo, era más plácida que sus pensamientos. Íntimamente, estaba aburrida del partido de criquet, aburrida del calor de ese día, aburrida de la charla de los padres a quienes ella trataba de entretener con anécdotas llenas de tacto sobre los progresos de sus hijos en música. Hasta se decía a sí misma que estaba aburrida de las muy evidentes miradas de admiración que le lanzaba el árbitro desde lo alto de su blanca chaqueta.

Claro es que el señor Nettleton era sin duda más atrayente que los habituales instructores de los muchachitos. Pero, en ese entonces, la hija del director se sentía inclinada al romanticismo, y los miembros del personal docente de Craiglea no encuadraban en su idea de lo romántico. Para ella, los maestros de escuela no eran hombres, sino meras presencias impersonales a quienes había que consultar sobre horarios de clase y otros asuntos igualmente tediosos.

Aun en ese momento, mientras sus labios modulaban frases corteses dirigidas a las damas que se hallaban a su vera, su mente volaba sobre la extensión plateada del Canal Bristol, apenas visible en el horizonte, navegaba a toda velocidad en un espléndido barco y atravesaba el océano hacia un país en donde no hubiera más clases de música, ni padres que entretener, y donde los hombres eran marinos, piratas, cualquier cosa menos maestros ingleses.

Entretanto el partido de criquet proseguía serenamente. Los jugadores continuaban moviéndose con pereza hacia la victoria o la derrota, inconscientes en absoluto de los presagios de tragedia que

ya entonces, lo mismo que la tormenta que se aproximaba, iban cargando la atmósfera con inquietante electricidad.

Los padres se habían desempeñado bien y, gracias a los vigorosos golpes de bate de sir Wilfrid Pemberly, jefe de Policía del distrito, habían acumulado ciento treinta y cinco tantos. Ahora, los muchachos, con noventa y dos en ocho *wickets*, estaban realizando un último y desesperado esfuerzo por lograr la victoria. Los sesenta pupilos restantes que no participaban en el juego habían dejado de preocuparse por sus padres. Saltaban aquí y allá, palmeaban la espalda de uno u otro y actuaban en conjunto como niños que eran.

Rogers, el capitán del equipo de la escuela, ante la alegría mezclada con desesperación de St. John Lucas, estaba haciendo estragos con los tiros bajos del señor obispo, mientras que Moss guardaba a conciencia su *wicket*, oponiendo una muralla de piedra. Para un recién llegado de Norteamérica, que acababa apenas de aprender el juego, el esfuerzo era bastante apreciable. A pesar de su impopularidad, «Moss, mayor» recibía gritos de aliento de sus camaradas, aunque emitidos de mala gana. Sólo Irving Bernard-Moss, su hermano gemelo, parecía no conmoverse con el entusiasmo general. Se hallaba un poco apartado, buscando un trébol de cuatro hojas entre el césped, e ignoraba lánguidamente las exclamaciones anhelantes que le dirigían los otros muchachos.

—¡Mira! Ahora les vamos a dar una buena tunda, con tal de que tu hermano siga cuidando el arco y deje a Rogers hacer los tiros.

Este entusiasmo infantil se apaciguó un tanto a la vista de la señora Dodd, que se movía de uno a otro lado, por el campo de deportes, en una tentativa de hacer llegar a todos los grupos de padres su hospitalaria atención. La esposa del director, siendo hija de un barón, siempre lograba mostrarse apenas un poquito más cortés, apenas algo más dueña de sí que la más aristocrática de sus visitantes. Y eso era ya un triunfo apreciable, puesto que Craiglea se contaba entre las más selectas instituciones de su género en Inglaterra, y su clientela se escogía de entre las páginas sacrosantas de la guía social.

Con su mata de pelo blanco como la nieve y su aristocrático desdén por la pulcritud personal, la señora Dodd (como la reina Victoria, a la cual se asemejaba grandemente) había realizado la difícil hazaña de combinar la distinción con cierto aire material: un

factor de gran importancia en el éxito de Craiglea.

Ahora, mientras proseguía la marcha por entre sus huéspedes, con frases cargadas de enfáticos subrayados, se las ingeniaba para ocultar, detrás de su sereno exterior, su preocupación por saber si alcanzarían las bambas de crema que había encargado para el té que siempre se servía después del partido; si la torta borracha no habría resultado tal vez un tanto excesivamente borracha; si su marido no se habría enfrascado otra vez en la lectura de algún libro, olvidándose de bajar al campo de deportes.

—Y bien, lady Adela, ¿cómo *está* usted? Sí, esto es muy agradable, ¿verdad? Los muchachos están jugando *tan* bien. Yo espero que ganen o quizá no debiera decir eso, tal vez, puesto que su esposo también juega… ¿Cómo, coronel? ¿Dice usted que está demasiado viejo para el criquet? Tonterías, tonterías… ¿El francés de Billie?… Estoy segura de que progresa admirablemente. Justo aquí, a su lado, está Mlle. Santais, y sé que le encantará proporcionarle a usted *toda* la información que desea… Bueno, doctor Woodhouse, espero que el año próximo veamos a Michael en nuestro equipo. Oh, sobre sus clases de matemáticas tiene que preguntarle al señor Heath. Yo soy como usted, doctor: sólo me interesa la salud de los chicos. Siempre digo que el *corpore sano* es mucho más importante que la *mens sana*. Pero no le cuente al señor Dodd lo que dije. ¿Mi esposo?… Ya bajará en seguida. Tiene *tantas* cosas que atender… Oh, perdonen, aquí está, y con *otra* visita.

La señora Dodd lanzó una sonrisa en derredor, abarcando a todo el grupo de padres, y se apresuró a partir en dirección a la escuela, para ir al encuentro de su esposo.

El Reverendo Samuel Dodd caminaba con paso lento, y, a su lado, cual una grácil fragata guiada por un inquieto remolcador, marchaba una mujer alta y esbelta. Llevaba un ondulante vestido largo de un delicado tono orquídea, y un gran sombrero del mismo color. En su mano sostenía una sombrillita lila, casi impertinentemente minúscula. El pelo negro se le agrupaba en brillantes rizos alrededor de las orejas, y la boca llena esbozaba una sonrisa que era a la vez infantil y sofisticada.

Los ojillos del señor Dodd, ubicados profundamente debajo de su

frente de intelectual, parpadeaban mientras él conducía a esa criatura radiante hasta donde estaba su esposo.

—Esta es..., la señora Bernard-Moss, querida —comenzó a decir, presentando a la dama—. Se ha venido directamente..., de América, para ver a los mellizos. Son sus hijastros, ¿sabes? Ella no tenía la menor idea de que era el Día de los Padres, así que nuestro placer al verla aquí es mayor por lo inesperado.

—¡Delicioso, *delicioso*! —exclamó la señora Dodd, tendiéndole la mano y sonriendo con gracia—. ¡*Directamente* de América! Entonces usted tiene que quedarse en la escuela. Estarán también el obispo de Saltmarsh y sir Wilfrid Pemberly. Oh, sí, tendremos *suficiente* espacio —la señora Dobb estaba realizando una proeza mental calculando los dormitorios que tendría libres—. No, de *ningún modo*, no es molestia alguna.

—¿No es adorable todo esto? —murmuró Myra Bernard-Moss, con suave voz de contralto que sorprendió a sus anfitriones por la carencia absoluta de todo tono nasal—. Jamás soñé que Inglaterra pudiera ser tan asombrosamente... inglesa. ¡Hasta criquet, también! ¡Qué bonito!

—Y uno de sus chicos está bateando en este momento —dijo la señora Dodd, con una rápida mirada a la cancha—. Pero no estoy segura si es Moss mayor o menor. Son tan difíciles de distinguir, ¿no es verdad? —lanzó una leve carcajada—. Creo que tengo que explicarle a usted sus nombres. Nosotros llamamos a Eric, Moss *mayor*, y a Irving, Moss *menor*. Nos resultaba un *verdadero* problema decidir cuál era cuál, pero al fin lo resolvimos de esta manera, puesto que Eric es un poquito más grande.

La señora Bernard-Moss también volvió sus ojos color ámbar en dirección a los jugadores.

—¿Cuál de estos niños es mi hijastro? —preguntó—. Parece absurdo, pero yo no he llegado a conocerlos, ¿sabe? El juez y yo hace poco que nos hemos casado, y ésta es la primera oportunidad que se me ha ofrecido para ver a sus hijos.

El señor Dodd le señaló a Moss mayor y luego, al divisar a McFee, lo llamó con un ademán. El portero había terminado con su trabajo en la cancha y ahora se dedicaba a empujar una carretilla llena con útiles de jardinería, por la orilla del campo.

McFee se aproximó, tocándose la gorra. Era un hombre alto, de

unos treinta años, con un esqueleto largo y dientes asombrosamente hermosos. Sus ojos eran más penetrantes y observadores de lo que pudiera esperarse en una persona de su profesión.

—Oiga, McFee, ¿quiere hacer el favor de buscar a Moss menor y decir que..., que su madre desearía verlo?

—Seguro..., cómo no, señor.

Por un momento McFee no se movió. Sus ojos estaban fijos en Myra Bernard-Moss, con mirada curiosa, casi escudriñadora. Luego, tocándose la gorra una vez más, sonrió y se alejó con la carretilla en dirección a la pérgola.

Mientras el señor y la señora Dodd conducían a la recién llegada hasta el grupo de padres, numerosas miradas los seguían v se posaban sobre la señora Bernard-Moss con una insistencia un poco mayor de lo que permitía la buena educación. Las madres inglesas adquirieron conciencia, súbitamente, de la vulgaridad de los propios vestidos y miraban furtivamente a sus esposos. Susurros apenas audibles recorrían las hileras de espectadores.

—¿Quién es?...

—Me parece más bien un poco teatral, querida...

—Es claro, ¡no puede tratarse de una de las madres! ¡Si ni siquiera *parece* casada!...

Lady Adela alzó hasta los ojos unos fríos impertinentes.

—¿Quién, la dama de fila? —comentó con una risita el señor Heath, profesor de matemáticas.

Se hicieron las presentaciones del caso, y la cortesía pronto reemplazó a la curiosidad: una reverencia del doctor Woodhouse, un chocar de talones del coronel Featherstone, una mano enguantada de lady Adela, un cordial apretón de manos del señor Heath.

La propia señora Bernard-Moss actuaba con cortesía y cordialidad, sin hacer el menor distingo en su trato entre los padres con título nobiliario y los modestos miembros del cuerpo docente. Hacía justas observaciones por doquier y hasta habló unas pocas palabras en magnífico francés con Mlle. Santais, la profesora de la materia, cuyas pálidas mejillas adquirieron de pronto la coloración del salmón hervido, mientras balbuceaba:

—*Mais, madame, vous parlez comme une vraie parisienne!*

La seguridad y corrección de Myra Bernard-Moss dieron a su

apariencia juvenil el necesario aire de respetabilidad, y, en consecuencia, la frialdad de las mujeres comenzó a ceder visiblemente. Hasta la señora Woodhouse, la malévola esposa del médico local, se vio forzada a admitir que el maravilloso cutis de la americana debía su perfección a causas naturales más que artificiales, y que la señora Bernard-Moss no debía de tener ni un día más de los treinta. Lady Adela revisó su concepto sobre el conjunto de color orquídea, preguntándose si una versión modificada de éste no sería quizá lo más adecuado para llevar en su próxima visita a Ascot.

Pero a los muchachos, por otra parte, no se los conquistó tan fácilmente. Horrorizados por la llamativa *toilette* trasatlántica de la señora Bernard-Moss, se codeaban entre sí y murmuraban:

—Justo lo apropiado para esos mellizos Moss: tener una madre tan excéntrica.

Pero la señora parecía ignorar totalmente esa desaprobación y, guida por la señora Dodd, andaba de un lado a otro.

—¡Oh, qué chica preciosa! —exclamó, inclinando su sombrilla en dirección a Sophonisba, que se hallaba tendida perezosamente en su mecedora color naranja—. Tiene que presentármela sin falta.

El director se apresuró a adelantarse para presentar a su hija.

—¡Su hija! —exclamó la señora Bernard-Moss, volviéndose impulsivamente hacia Sophonisba—. Usted es la primera joven verdaderamente inglesa que conozco, y coincide exactamente con la idea que yo tenía de ellas.

Ese saludo entusiasta tomó de sorpresa a Sophonisba. Al captar rápidamente los detalles de la lozana belleza de Myra Bernard-Moss —las arqueadas pestañas, el pelo oscuro que ponía de relieve su perfecto cutis de porcelana— la muchacha vio por primera vez su propia modestia y su sencillo vestido de algodón. Su pelo, estaba segura, se hallaba en un desorden desesperante, y la naricita respingada, de la que se sentía secretamente orgullosa, le parecía que se había trasformado de súbito en una nariz vulgar y roma. Notaba que le faltaban las palabras para expresarse.

—Oh, usted es…, es la primera americana…

Se interrumpió con torpeza, maldiciendo el hecho de que Harvey Nettleton, relevado recientemente de sus deberes como árbitro por el señor Heath, hubiera elegido justo ese instante para acercarse.

Ella volvió la cara, tratando de ocultar la turbación detrás de una gran borla para polvos que manejaba enérgicamente. Pero no tenía por qué haberse preocupado, pues, cuando su padre hizo las presentaciones, la mirada de Harvey se concentró con una especie de maravillado estupor sobre el rostro de la dama americana.

Ni Sophonisba ni el director lo notaron. Ni notaron tampoco una dilatación casi imperceptible de los ojos color ámbar de la señora Bernard-Moss! Todo pasó en un instante fugaz. En el momento en que Sophonisba alzó la vista, esos dos jóvenes elegantes se hallaban tan serenos como siempre, y la voz de Harvey Nettleton, con su acento oxfordiano casi exagerado, arrastraba las palabras.

—Encantado, señora... Bernard-Moss.

—Encantada, señor... Creo que no he oído bien el nombre.

—Nettleton —dijo el joven, con toda claridad—. *Harvey* Nettleton. ¿Se quedará usted mucho tiempo en Craiglea?

—Oh, eso depende —sonó la risa argentina de la señora Bernard-Moss, y, aunque sus ojos miraban a Sophonisba, era obvio que sus palabras se dirigían al joven profesor—. Yo estoy aquí para trabar relación con mis hijastros. A lo mejor no les gusto. Si es así, me veré obligada a regresar a Minnesota, aunque me temo que eso me resulte más bien... poco romántico, después de conocer este adorable rincón de Inglaterra. ¿No piensa usted lo mismo, señor Nettleton?

—Lamento decirle que yo jamás he estado en..., Minnesota. Ni siquiera he tenido nunca el placer de visitar a América —las palabras de Nettleton parecían arrastrarse aún más de lo habitual—. Pero me imagino que eso debe de ser bastante romántico.

—Bueno, bueno, aquí está su hijo —interrumpió el señor Dodd, al ver que la pequeña y ligeramente semítica figura de Moss menor iba acercándose a ellos—. Señora Bernard-Moss, permítame que le presente a Eric... digo a Irving. Aquí en Craiglea lo conocemos simplemente como Moss menor.

Con una mirada dirigida a su hija, el director se apresuró a apartarse discretamente. Sophonisba lo siguió, acompañada por el maestro de inglés, dejando así solos a la señora Bernard-Moss con su hijastro.

La impopularidad de los gemelos Moss no era del todo inmerecida. Habiendo heredado de su difunta madre una enorme suma de dinero, del que era depositario el atareado padre, se sentían inclinados a creer que el mundo era una ostra de su propiedad, que podían abrir, explorar o devorar a voluntad. Así es que no concebían la férrea disciplina de una escuela preparatoria inglesa. Para ellos, los maestros no eran más que tutores o sirvientes mercenarios, y sus compañeros de estudio, algo que podían ignorar o condescender a tratarlos, según el impulso del momento. Tanto el personal docente como los alumnos habían hecho lo posible para quitarles esas ideas de la cabeza. Pero, pese a las muchas peleas y a las numerosas penitencias, los mellizos Moss seguían obstinados en mantenerse extraños al ambiente.

Para Sophonisba, que se había instalado en la más próxima mecedora vacante, la entrevista entre la madrastra y el niño no era precisamente un éxito. Ella podía ver cómo la señora Bernard-Moss fracasaba lamentablemente en sus esfuerzos por obtener alguna respuesta del chico. Irving no demostraba el menor entusiasmo. Mantenía inclinada la cabeza, con el ceño fruncido, y se balanceaba sobre su talones.

Sophonisba se alejó para observar la prosecución del partido de criquet. Sir Wilfrid Pemberly acababa de enviar aviesamente una pelota que Rogers, que se aproximaba a los cincuenta, cortó con limpia precisión.

—¡Venga! —gritó Moss mayor desde el lejano *wicket* y dio un salto hacia adelante.

—No, no. Vuelve atrás.

Rogers vacilaba, pero Moss se había echado a correr, y no había más alternativa que seguir su juego. Un gemido ahogado se elevó de entre los espectadores cuando el obispo de Saltmarsh alcanzó la pelota con inesperada agilidad y se la devolvió al que arroja la pelota en vez de tirarla al que cuidaba el *wicket*.

El gemido se convirtió en un lamento cuando Sir Wilfrid barrió los *bails* del *wicket* y gritó ferozmente:

—¿Qué tal?

—*Out* —le contestó Mr. Heath.

El profesor de matemáticas levantó un dedo y Rogers se volvió hacia su puesto. Moss mayor había logrado derrotar al adversario la

misma víspera del día de la victoria de la escuela y de su medio siglo de existencia. Ciento diez y ocho y un solo *wicket* más al caer. El partido estaba prácticamente perdido.

Pero había fuerzas aún más potentes que el mismo Moss mayor y que conspiraban contra la victoria de la escuela. Apenas se había quitado Rogers los guantes, cuando un súbito golpe de viento cálido hizo crujir las faldas de las madres. Las nubes color ciruela que habían estado reuniéndose a hurtadillas por sobre el mar, hasta entonces, comenzaron de pronto a adquirir proporciones alarmantes. Una sombra cubrió rápidamente el césped, engulléndose el sol. Luego, como un siniestro redoble de tambor, resonó un trueno detrás del edificio escolar.

Un leve pánico invadió la cancha de criquet de Craiglea. Sosteniéndose los sombreros, las damas saltaron de las mecedoras y se apresuraron a buscar sus efectos. Hombres y niños corrían de aquí para allí. Y hasta los jugadores abandonaron sus puestos y, encabezados por Moss mayor, huyeron desordenadamente en dirección a la escuela. La señora Dodd andaba de un lado a otro repartiendo consejos y advertencias. El señor Dodd le gritaba a McFee que recogiera las sillas de tijera, y luego se olvidaba de todo. Sophonisba y Harvey Nettleton se habían lanzado a la carrera, para atravesar por un atajo el matorral que se extendía delante de la casa. Hasta St. John Lucas invirtió su papel de Casablanca y desertó de su puesto junto al tablero, abandonando a su reverendo padre a un acuoso destino.

Y durante todo ese tiempo la lluvia seguía preparándose. Cuando al fin estalló, abriéndose paso por entre el manto de nubes, el campo de juego estaba casi desierto. La abigarrada multitud de madres, padres y niños había pasado ya la hilera de olmos y estaba bastante próxima a la casa. Sólo tres figuras, que habían quedado algo rezagadas, se apresuraban ahora a atravesar la línea limítrofe del campo: una mujer alta con un sombrilla color orquídea, un robusto anciano y un niñito.

—Por aquí —gritaba el señor Dodd, indicándole el camino a la señora Bernard-Moss que, aferrando la mano que de mala gana le había entregado Irving, marcaba el mejor tiempo que le permitía su largo vestido.

La lluvia caía a torrentes, golpeando con ruido la tierra reseca.

Chapoteaba contra la enmarañada maleza, cuando el empapado trío se iba aproximado al matorral.

—Tengo que pedirle disculpas por nuestro clima —murmuró el señor Dodd, tratando de secarse las gotas que recorrían su nariz—. En verdad es de lo más inexplicable...

Se interrumpió bruscamente, agachándose y alzando un brazo para defender su rostro.

—¡Cuidado! —gritó.

De entre los arbustos que estaban al frente había partido un sonido sibilante, como el de una serpiente, y un fragmento de segundo después divisó un proyectil que venía hacia ellos con mortífera velocidad. Al agacharse, notó que algo pasaba zumbando a pocos centímetros de su nariz, e instantáneamente caía al suelo la sombrillita color orquídea. Hubo un ruido de seda desgarrada, y ia señora Bernard-Moss trastabilló y cayó hacia adelante, sobre el césped mojado.

—¡Buen Dios! ¿Se ha lastimado usted?

El señor Dodd corrió para auxiliarla.

—No, no. Estoy perfectamente —la voz era débil—. Creo que nos han tirado con algo. ¿Dónde está Irving?

El señor Dodd se volvió y divisó la pequeña silueta de Moss menor que corría hacia la cancha de criquet. Bien pronto retornó, mostrándoles un objeto redondo de color rojo.

—Era una pelota de criquet, señor —dijo el niño, jadeando. Señaló el matorral—: La arrojaron desde allí, señor.

Perplejo, el señor Dodd se lanzó por entre la maraña de zarzas y rosas silvestres.

—¿Quién arrojó esa pelota?

No hubo respuesta alguna. En un instante divisó la masa indefinida de espaldas de niños y visitantes corriendo por entre la lluvia en dirección a la escuela. Estuvo a punto de echarse a correr detrás de ellos cuando una mano apoyada en su hombro lo detuvo.

—Deje, por favor —la señora Bernard-Moss había recobrado su compostura—. No me han hecho daño, en realidad. Supongo que *pudieron* haberme lastimado, pero me defendí con esto.

Alzó la que fuera elegante sombrilla. No era ahora más que unas pocas tiras de seda que colgaban de unas varillas rotas.

—Jamás en mi vida... —tartamudeó el señor Dodd desesperado

—. ¡Pero si pudieron haberla matado!

—Pero no lo han hecho, olvidemos eso. Estoy segura de que no fue más que… un pequeño accidente.

—Gracias, gracias por tomarlo así, tan a la ligera. Pero se hará una investigación, naturalmente. Jamás en mi vida… Pero, ¿usted está segura de que no se ha hecho daño?

—Es claro que sí. Sólo un poco mojada, nada más.

Dejando caer la ahora inútil sombrilla, Myra Bernard-Moss deslizó un brazo empapado por debajo del que le tendiera el señor Dodd, y, precedidos por Irving, se apresuraron a correr hacia la escuela.

Con fuerza redoblada resonaban los truenos, centelleaban los relámpagos, y la lluvia caía sobre Craiglea. Pero ahora todo el mundo estaba a salvo, bajo techo. El campo parecía abandonado y desierto. Nada había que recordara el reciente panorama estival… nada más que unas pocas mecedoras olvidadas y una sombrillita color orquídea, que yacía rota y salpicada de barro bajo los olmos.

2

SE ARRASTRA EN LA NOCHE

La parte formal de la celebración del Día de los Padres había terminado. Cuando el último coche se hubo alejado por el camino, la señora Dodd lanzó un suspiro de satisfacción y se apresuró a regresar a su salón para atender a los huéspedes que iban a quedarse a pasar la noche.

Se encontró con una escena muy animada. Junto al viejo piano vertical, Sophonisba iba recorriendo las piezas de música con el señor Heath, el profesor de matemáticas. En el asiento que daba a la ventana, la señora Bernard-Moss, con un vestido de noche casi excesivamente escotado, se hallaba entregada a una charla muy mundana con el obispo de Saltmarsh. El otro invitado, sir Wilfrid Pemberly, se iba acalorando cada vez más con sus reminiscencias de la India en viva conversación con el señor Dodd.

Ese pequeño viudo mordaz era uno de los más firmes amigos de la escuela. En el ejército de la India había sacrificado su hígado y su tranquilidad, y ahora, como jefe de Policía del distrito, sacrificaba su tiempo y su energía para darle un poco de animación a la Policía local. Su acritud no lo había hecho universalmente querido en la vecindad, pero el corazón de la señora Dodd se conmovía ante la devoción que él sentía por su hijo sin madre. Derek, uno de los pupilos menos prometedores que ella tenía a su cuidado.

—Bueno, bueno —observó la señora Dodd—, todos ustedes desearán echarle una miradita a sus hijos antes de que se vayan a acostar, ¿no es así? Oh, señor Heath, ¿quisiera ser tan amable? Sí, los dos Moss, Lucas y... Pemberly. Gracias.

Cyril Heath se dirigió hacia la puerta. Era un hombre alto, de unos treinta y ocho años, con una de esas caras indefinidas que sugerían en seguida un saludable instructor de niños exploradores, o un granjero de las colonias, o un joven oficial que hubiera sobrevivido a la guerra mundial, pero sin olvidarla jamás. Su único rasgo personal era una gracia más bien pesada que le había conquistado una reputación de humorista entre los alumnos y en la hostería del pueblo, donde solía pasar buena parte de su tiempo libre.

—Además, señor Heath, ¿podría pedirle al señor Nettleton que baje? Yo sé que a la señora Bernard-Moss le agradaría oírlo cantar. Tiene una voz de barítono tan hermosa...

La dama americana se volvió rápidamente, pero sin hacer comentario alguno.

—El señor Nettleton está de guardia en los dormitorios, mamá —intervino Sophonisba, levantando la vista de la pila de piezas de música—. Alguien tiene que quedarse con los chicos. Va a haber mucho lío esta noche.

—Mucho lío, ésa es la verdad —repitió Heath, como un eco, desde la puerta.

—Bueno, si el señor Nettleton no puede venir, tal vez Mlle. Santais quisiera molestarse y bajar.

La señora Dodd jamás dejaba de hacer notar a la gente que el personal docente y los niños eran «sólo una gran familia feliz».

—Perfectamente.

La puerta se cerró detrás de Heath, sólo para volver a abrirse unos minutos después para dar paso a la recatada figura de Mlle. Héloise Santais. A no ser por su penetrante perfume de lilas, nadie hubiera notado su presencia.

Para sus compañeros de tareas, esa joven francesa de tez cetrina era un misterio. Había sido contratada en el período anterior, cuando Mlle. Soubiron los dejó súbitamente para casarse. Su vida pasada estaba envuelta en el más profundo misterio, creado por ella misma. Había presentado pocas, pero excelentes referencias. En su primera entrevista con Dodd, le había dicho que venía de París y le dio a entender que su acento era tan irreprochable como su carácter. Toda otra información quedaba cuidadosamente oculta detrás de los ojos hundidos y de la boca de labios finos.

Ahora, al ocupar un asiento, no dijo nada. Parecía completamente absorta en la contemplación de la señora Bernard-Moss. Sus ojos estaban fijos en ella, con mirada oscura e inescrutable, que no varió hasta que apareció Heath con los cuatro pupilos.

—Entren, jóvenes esperanzas —exclamó el profesor de matemáticas, con innecesario énfasis.

Los muchachos presentaban un extraño contraste mientras permanecían ahí de pie, parpadeando nerviosamente, frente a sus padres respectivos.

—Bueno, hijo —declaró el doctor Lucas, obispo de Saltmarsh, mientras deslizaba dos medias coronas en la mugrienta mano del muchacho—, espero que el año que viene formes parte del equipo de criquet.

La pecosa carita de St. John Lucas se iluminó con una sonrisa burlona.

—Y yo espero a mi vez —murmuró— que me permitas enseñarte a jugar al estilo moderno, papá. Esos golpes bajos...

—¡Al estilo moderno! —rio el obispo—. ¡Yo estoy demasiado viejo, hijito, y demasiado gordo! Dígame, sir Wilfrid, ¿qué le parecería a usted si su hijo...?

Se interrumpió bruscamente. Derek Pemberly se hallaba parado frente a su padre, y, para cualquiera no habituado a su aspecto, la impresión que producía era verdaderamente chocante. Se trataba de uno de esos niños a los que suele llamarse con un eufemismo, «atrasados» aunque a veces sería quizá más justo describirlos como «adelantados». Pues Derek Pemberly, de trece años, era en realidad más alto que su padre. Tenía las mejillas y el labio superior cubiertos de vello, y su tórax era tan potente y desarrollado como el de un joven gorila. Pero el cuerpo había evolucionado con un ritmo mucho más rápido que la mente, y el niño sufría de una deformación del lenguaje que le hacía retorcer el rostro con penosas contorsiones cada vez que intentaba hablar.

Aunque naturalmente ansiosa por ocultar ese pupilo a los ojos de los extraños, había que reconocer que la señora Dodd lo atendía con el mismo afecto y la misma solicitud que a los demás. Por ese motivo, sir Wilfrid había contraído una deuda con ella y su esposo, que no había dinero con qué pagar, y de la cual hasta el irascible

jefe de Policía debía tener plena conciencia.

Hacia los gemelos Moss, que se mantenían de pie, rígidos y malhumorados junto a su madrastra, la señora Dodd no sentía un afecto similar. No escapaba a su mirada sagaz que la dama americana, pese a toda su charla cariñosa, no estaba realizando grandes progresos en su relación con los hijos de su esposo. La señora Dodd se apresuró a intervenir para aliviar la tensión.

—Oh, señora Bernard-Moss, Eric e Irving son tan buenos en historia natural. Es *notable* lo pronto que han aprendido los nombres de todas las flores, las mariposas y demás animales. Son los *mejores* naturalistas que tenemos en la escuela.

La señora Bernard-Moss les dirigió una deslumbrante sonrisa a sus hijastros.

—Oh, es verdad. Recuerdo que el juez ya me habló de ello —se volvió hacia Eric con bien simulado interés—. Por favor, cuéntame algo de las preciosas flores silvestres que encontraste en Inglaterra.

Los dos niños comenzaron a ceder lentamente. Durante el resto de la entrevista charlaron casi con entusiasmo.

Cuando el reloj dio las nueve y media, la señora Dodd golpeó las manos y exclamó:

—¡Vamos, niños! Es la hora de acostarse.

Siguieron luego los habituales adioses forzados. Derek Pemberly se apartó de su padre sin hablar. St. John Lucas besó con disgusto la calva cabeza del obispo. Los mellizos Moss aceptaron sin emoción un billete de una libra cada uno de manos de su madrastra y trataron de evadirse, visiblemente, de sus aparatosos abrazos.

—Buenas noches, señora Dodd. Buenas, señor Heath. Buenas noches, señorita Dodd. *Bon nuit, mam'selle*.

Los muchachos huyeron por el pasillo.

En lo alto de la escalera, Moss menor se retiró a su habitación, y los otros tres empujaron la puerta del dormitorio B. AI entrar, un grupo de pupilos a medio desvestir rodeó a Moss mayor. Sus dos odiosas ofensas la de hacer perder el partido y la de tener una madre tan ostentosa no habían sido olvidadas.

—Eh, Moses, ¿dónde conseguiste esa madre? ¿En Woolworth?... Seguro que quedó encantada de ver cómo jugaba su bebito... ¿Te dio unos besitos para desearte buenas noches?

—Le d-d-d-dio todo un b-b-b-billete entero —intervino Derek

Pemberly, con una horrible mueca—. A v-v-verlo, Moses.

Se adelantó para quitarle de la mano la libra.

Moss mayor siguió su camino con orgullosa indiferencia.

—Jamás la he visto hasta hoy —murmuró—, y no es mi madre.

—Cualquier tonto podría darse cuenta de eso —gorjeó una voz desde el otro extremo del dormitorio—. *Ella* tiene una nariz bastante bonita.

Ese chiste torpe fue saludado con una carcajada estentórea, y algunos de los más audaces empezaron a golpear al desdichado Moss con sus toallas. Hubieran recurrido a métodos más violentos de no haber sido por Rogers, el capitán del equipo de criquet, que intervino en su calidad de celador del dormitorio. Les dijo que terminaran de lavarse todos, y reinó una paz relativa hasta que Harvey Nettleton asomó la cabeza por la puerta.

—Buenas noches, muchachos. Apaguen las luces y basta de hablar.

—Buenas noches señor. Deje abierta la puerta, por favor; hace un calor loco, señor.

—Está bien.

Se apagaron las luces, y unos minutos después descendió el silencio sobre el dormitorio B.

En la cama que estaba junto a la puerta, Lucas se subió la sábana hasta el mentón y trató de dormirse. Pero las bambas de crema —tan livianas y suaves a la hora del té— pesaban como plomo ahora en su estómago. Eso lo convertía en una presa fácil de esa angustia mental sólo conocida por los niños que han abusado de los dulces. La vida, habitualmente tan sencilla, parecía entonces llena de terribles complicaciones. ¿Sacaría a relucir su padre otra vez todo ese asunto de Waterloo y de los campos de deportes de Eton, cuando se pusiera a recitar sus oraciones a la mañana siguiente? ¿Insistiría la señora Blouser, el ama de llaves de la escuela, en que se les diera una dosis de sales antes del desayuno? ¿Le exigiría, la señorita Soapy que hubiera practicado toda la mano derecha de *Robin's Lullaby* para la lección de música del día siguiente?

Todavía no estaba del todo oscuro, pero las mamparas de madera de su cubículo separaban a Lucas del resto del dormitorio.

Todo lo que podía divisar era la cama de enfrente, ocupada por Eric Moss, y la parte del pasillo que era visible a través de la puerta del dormitorio. Toda la escena estaba teñida con distintas tonalidades de gris.

Ya no se oían más los crujidos de las invisibles camas próximas a él. Los otros chicos habían quedado sumidos en el instantáneo y profundo sueño de la infancia. Desde el cubículo opuesto al suyo venía el sonido de una respiración estertorosa que iba subiendo de tono en un *crescendo* nada musical. St. John Lucas maldecía interiormente. Moss mayor había añadido uno más a su lista de delitos. Había comenzado a roncar.

Por espacio de lo que parecían ser horas, Lucas estuvo acostado de espaldas, acunando su dolor de estómago y escuchando esa cacofonía adenoidea. Por fin, ya no pudo aguantar más. Saltando sin ruido de la cama, tomó una pastilla de jabón desinfectante del lavatorio más próximo y, de puntillas, se fue acercando al cuartito de enfrente.

Con la débil luz que venía de la ventana abierta apenas pudo distinguir las facciones de Moss mayor. El chico americano yacía de espaldas, con la boca abierta. Cuando el último *crescendo* llegó a su punto culminante, Lucas deslizó el pan de jabón entre los dientes separados. Se oyó un sonido suave, como balbuceo, seguido por un gruñido. Siempre profundamente dormido, Moss se volvió de lado. El jabón se deslizó de su boca, cayendo sobre la almohada. Luego reinó el silencio, un silencio roto sólo por una respiración más liviana y regular.

El remedio tradicional había surtido efecto. Lucas se deslizó de nuevo hasta su cama.

Pero ni aun entonces el sueño acudió a sus ojos. En su insomnio tenía clara conciencia de todos los movimientos de la casa, con la misteriosa precisión propia de los niños. Desde el salón de la dirección, en la planta baja, le llegaba la voz de la señorita Soapy que cantaba para entretener a los huéspedes. De vez en cuando, en las pausas entre una y otra canción, le parecía distinguir la sonora voz de su padre que comentaba la música. Por todas partes se abrían y cerraban puertas, a medida que el personal de servicio iba terminando rápidamente sus tareas para retirarse a descansar. Un estridente silbido, proveniente del ferrocarril que bordeaba la

escuela, le indicó que acababa de pasar por Craiglea el último tren. Se estaba haciendo tarde.

El tecleo de la máquina de escribir, inevitable compañero de la medianoche, sonaba furiosamente del otro lado del corredor, en la habitación de Nettleton. Por lo general, su rápido golpeteo arrullaba a St. John hasta que se quedaba dormido, pero esa noche le parecía algo amenazador y siniestro. Por primera vez se le ocurrió preguntarse qué podía ser lo que tenía tan ocupado al maestro de inglés por las noches. ¿Por qué se encerraba con tanta regularidad, estuviera o no de guardia? ¿A qué corresponsal podía estarle escribiendo tan interminables cartas?

Hacía un calor asfixiante en el dormitorio, a pesar de tener la puerta y las ventanas abiertas. De tanto en tanto, un relámpago lejano iluminaba la ventana por encima de la cabeza de Moss mayor, como para sugerir que la tormenta de la tarde podía retornar. En vano se puso a contar Lucas los segundos que transcurrían entre un relámpago y otro. Uno, dos, tres, cuatro...

Había contado hasta cincuenta y tres, cuando algo distrajo su atención. Oyó el sonido de pasos suaves en el corredor.

Cuando trató de incorporarse, sintió una súbita alarma. Divisó una silueta oscura, recortada contra la pared del corredor. Al llegar al umbral del dormitorio se detuvo. Luego, sin ruido, atravesó el dormitorio en dirección a la alcoba de Moss mayor.

—Q... ¿quién está ahí? —tartamudeó Lucas.

La figura se volvió bruscamente y dio unos pasos hacia él.

—Ya debías estar dormido, jovencito —murmuró una áspera voz masculina—. Soy yo, McFee, que vengo por los zapatos.

—¡O... ooh! Viene tarde hoy.

—Todo se hace tarde esta noche. Y ahora, acuéstate y duerme.

Lucas volvió a caer sobre la almohada.

En silencio observó cómo el portero de la escuela recogía los zapatos en su delantal y se apresuraba a salir por el corredor.

Después de la partida de McFee ningún sonido volvió a llegar desde la sala de abajo. Las visitas debieron de haberse retirado a descansar. Nada rompía ya el silencio que lo había invadido todo; nada más que el inexorable tecleo de la máquina de escribir de Nettleton.

Lucas ni intentó dormir. Tendido de espaldas en el lecho, trataba

de desviar de la mente las desagradables ideas que comenzaban a apoderarse de él. Siendo huérfano de madre, y criado en el sombrío palacio de Saltmarsh, siempre había tenido miedo a la oscuridad. Ahora, otro miedo particular empezaba a invadirlo: *el temor a la enfermera gris*.

Como toda escuela inglesa antigua, Craiglea tenía su buena dosis de leyendas de aparecidos, y la tradición de la enfermera gris era una que, aun en horas del día, le provocaba a Lucas un escalofrío que le recorría la espalda.

Los detalles del espantoso relato eran vagos, pero la historia hablaba de un solitario pupilo anglo-hindú que había quedado internado durante las vacaciones a causa de una enfermedad infecciosa. Eso ocurría en la época en que el sanatorio de la escuela no había sido edificado todavía, y al niño se lo había alojado en el dormitorio B, sin más compañía que una espantosa enfermera del hospital, vestida de gris. Esa mujer se había portado en forma cruel: cruel y maligna. Y el niño murió. Entonces, en el propio día del funeral solitario, la enfermera había caído víctima del mismo mal. Y había vuelto a instalarse —por razones que no se explican— en el mismo dormitorio, y allí había muerto, sola y torturada por los remordimientos.

La tradición variaba en cuanto a la alcoba en donde la enfermera gris y su paciente habían tenido tan trágico fin…, o más bien cambiaba según el pupilo a quien sus compañeros querían molestar o asustar en cada período escolar. La cama de Moss mayor había sido la elegida en el curso presente, y casi todas las noches se contaban historias horripilantes sobre la forma en que la enfermera gris retornaba al escenario de su crimen, y cómo era dable verla, inclinándose amenazadora sobre el cuerpo postrado del muchacho.

Aunque Lucas había participado con frecuencia en ese tipo de bromas, no era nada agradable pensar en ello ahora que todos los demás dormían y él estaba virtualmente solo. ¿Y en el supuesto caso de que la enfermera *realmente* volviera?… St. John Lucas se arrebujó mejor entre las sábanas, para mayor seguridad. Sentía ya la punzante impresión del miedo que íbale trepando por la espina dorsal. ¿Y si ahora mismo esa figura sombría estuviera subiendo por

la escalera a hurtadillas? Aguzó el oído, escuchando. ¿Era sólo el tecleo de la máquina de Nettleton lo que estaba oyendo? ¿No había otro sonido más..., un leve crujido en la escalera?

Fascinado por el horror miró por la puerta abierta. Sí, no había duda. A intervalos regulares las tablas crujían bajo el peso de pies humanos. Alguien —o algo— iba ascendiendo por la escalera, furtiva-mente. Lucas trató de arrancar sus ojos del oscuro corredor, pero se hallaba como hipnotizado. Las pisadas se aproximaban ahora al dormitorio, y con ellas, tan suave que casi era imperceptible, se oía un leve rumor de faldas. Por un breve instante el hueco de la puerta se oscureció. Una forma vaga se detuvo en el umbral, pero en seguida se alejó, deslizándose por el corredor. Lucas sofocó un sollozo. Se trataba de una silueta gris..., una silueta femenina.

Paralizado todavía por el terror, trató de incorporarse en la cama y escrutar la oscuridad. De pronto, bruscamente, se tranquilizó. En el otro extremo del corredor sonaban unos golpecitos muy débiles. La máquina de Nettleton se detuvo, y por un instante Lucas percibió una conversación en voz baja. ¡Así que la enfermera gris no había sido más que una visita nocturna para Nettleton!

El miedo de St. John Lucas se desvaneció del todo, y al esfumarse dio lugar a una curiosidad muy común en los niños. El siempre había sentido pasión por investigar las cosas misteriosas de la escuela, y ahora su mente volaba, colmada de hipótesis.

¿Qué podría querer del maestro de inglés esa persona, a tan altas horas de la noche? ¿Tendría eso alguna relación con el curioso hábito de Nettleton de encerrarse con su máquina de escribir? Visiones de robos, criptogramas y códigos, nacidas de la ávida apetencia de los escolares por las revistas más espeluznantes, se le atropellaban en la mente.

Por espacio de varios minutos tuvo el oído tenso en una infructuosa tentativa por sorprender algo de esa conversación nocturna, pero nada pudo oír. A la larga tomó una decisión digna del propio Dick el Temerario o cualquier otro de los valientes héroes de sus lecturas. Burlando todas las leyes de la Escuela

Preparatoria de Craiglea, Lucas se deslizó del lecho y, descalzo y en puntillas, atravesó el corredor hasta llegar a la habitación del maestro de inglés.

Cuando iba aproximándose a la fina línea de luz que cortaba la oscuridad, su conciencia comenzó a aguijonearle con la fea palabra «fisgonear», que se grababa en su cerebro. Pero el tentador sonido de unas voces acalló pronto sus escrúpulos. Se adelantó silenciosamente y aplicó su oído contra la puerta.

—Es maravilloso verla a usted —era Nettleton el que hablaba—. Tengo mucho que contarle. Pero tenemos que andar con cuidado... —siguieron unas pocas palabras que el niño no pudo captar. Luego oyó el final de la frase—: ...y eso terminaría conmigo.

—Naturalmente, andaremos con cuidado —fue la suave respuesta femenina—. Creo que se está portando usted en forma admirable. Yo no iré a decirle, por cierto, a la señora Dodd que...

Las palabras quedaron sofocadas en una risa profunda y gutural. La voz le resultó a Lucas irreconocible, pero familiar en cierto modo. ¿Sería la de la señorita Soapy... o la de la señora Blouser, el ama de llaves de la escuela? ¿No se notaba en ella tal vez cierto acento extranjero? Quizá sería la señora Moss, que había llegado esa tarde, durante el partido de criquet, toda emperifollada.

El interés marcó pliegues profundos en la cara del niño, pero un sonido de pasos en la escalera, a sus espaldas, hizo huir su coraje con la misma rapidez con que había aparecido. Se sentía atrapado entre el infierno de la puerta de Nettleton y el mar profundo de esos pasos que se aproximaban. Ahora otra persona iba deslizándose de puntillas a lo largo del corredor.

Por un instante Lucas permaneció irresoluto. Luego, con una extraordinaria sensación de alivio, se acordó del armario de la ropa blanca que estaba empotrado en la pared a unos tres metros de la habitación de Nettleton. Silencioso como un ratón fue arrastrándose hasta allí, palpando la pared con los dedos.

Después de un tiempo que le pareció durar horas, su mano tocó la puerta semiabierta y se ocultó detrás de ella con el mayor sigilo. Dentro del armario había una densa oscuridad, y un fuerte olor a almidón impregnaba el aire. El corazón de Lucas palpitaba locamente mientras él iba abriéndose paso para hacerse un nido entre las sábanas sucias.

Los pasos llegaban ya casi hasta donde él estaba. Apenas había cerrado la puerta cuando un rancio aroma de lilas se filtró en el armario, mezclado con el olor de las sábanas. Era un perfume que él conocía muy bien, un perfume que olía todos los días de su vida cuando se abría la puerta del aula para dar paso a la desagradable figura de Mlle. Santais. ¡Así que esta última visita no era otra que la profesora de francés! ¿Qué estaría haciendo allí a esa hora? La curiosidad de St. John Lucas estaba ahora totalmente despierta.

Animándose apenas a respirar, esperó oír un golpe en la puerta de Nettleton. Mlle. Santais, como la mujer que la precediera, se dirigía hacia el cuarto del maestro de inglés. El no tendría pues que esperar sino que ella fuera admitida en su interior, para correr de nuevo hasta el dormitorio sin ser visto.

Pero los segundos pasaban, y no se oía golpe alguno. Las pisadas se habían detenido junto a la puerta de Nettleton, y un silencio nervioso, colmado de crujidos, había descendido sobre el corredor.

Durante varios minutos Lucas aguardó, embutido entre las sábanas sucias. Estaba comenzando a pensar que Mlle. Santais se había disuelto en el aire, cuando percibió un sonido indeterminado, y los pasos furtivos comenzaron a retroceder a lo largo del corredor. Cuando llegaron cerca del armario, el nauseabundo aroma invadió de nuevo la nariz de Lucas. Crujió la escalera, y luego todo quedó en silencio. La profesora de francés se había marchado tan misteriosamente como había venido.

Unos segundos más tarde Lucas se encontraba de nuevo en su cama, meditando sobre los curiosos acontecimientos que acababan de desarrollarse. Cuando a la larga quedó sumido en un sueño inquieto, una multitud de imágenes perturbadoras le persiguió en sus ensueños, convirtiéndose en pesadillas.

Soñó que estaba acostado en su propia cama, despierto, escuchando los ronquidos de Moss mayor. Todo era exactamente como cuando se había acostado, sólo que el dormitorio parecía más oscuro, y los ronquidos eran intolerablemente ruidosos. Afuera, los truenos resonaban con mayor violencia, y de tanto en tanto un relámpago iluminaba vivamente el dormitorio.

Lucas se hallaba tan aterrado en sus sueños como nunca lo había

estado en la vida real. Todos sus temores se centraban ahora en la alcoba de enfrente. Apenas si se animaba a dirigir hacia allí la mirada, pero una fuerza incontrolable lo impelía a deslizarse de la cama, apoderarse de un trozo de jabón y penetrar furtivamente en el cubículo que tanto le aterraba. A medida que iba avanzando sin pausa, notó que el ronquido se convertía en un furioso gruñido, como el de un lobo, que le produjo un estremecimiento de horror. Pero él tenía que proseguir…, tenía que llegar hasta esa cama, acercarse a la cabecera sin que lo notasen.

La alcoba del sueño se hallaba sumida en profunda oscuridad. Los dedos de Lucas tanteaban la almohada. En eso, la viva luz de un relámpago le reveló la presencia de otra figura. Allí, junto al lecho, se distinguía la vaga silueta de una mujer alta y delgada. Se hallaba inclinada sobre el niño dormido, con las manos listas para aferrarse a su garganta. Mientras Lucas miraba, fascinado, ella alzó la vista, y él comprendió que se hallaba cara a cara frente a la enfermera gris.

Lanzó un grito ahogado, y las imágenes del sueño se esfumaron. Estaba a salvo en su propia cama, después de todo. Por un instante se revolvió en el lecho, dándose vueltas en ese estado inquieto entre el sueño y la vigilia. La escuela estaba totalmente silenciosa y tranquila. Las primera horas de la madrugada dominaban ahora el antiguo edificio de piedra. Esa era la hora, pensó, que realmente elegiría la enfermera gris para venir. Con una claridad de pesadillas la visualizó tal como la había visto en su sueño.

¿Qué era ese ruido?

El distante rumor de un trueno dio paso a un relámpago deslumbrante. Lucas sintió que un lento hormigueo le recorría el cuero cabelludo. Porque allí —recortada contra la ventana de la alcoba de Moss— pudo distinguir una silueta, una silueta real. Se hallaba en cuclillas, tenebrosa y siniestra. Luego se fué inclinando lentamente hacia adelante.

Lucas trató de gritar, pero el terror le había paralizado la garganta. No se oyó sonido alguno en el dormitorio…, ningún sonido, a excepción del leve crujido de una tabla del piso, seguido por el roce de una falda femenina.

Lucas no vio ni oyó más. El resto de la noche lo pasó con la cabeza profundamente hundida bajo las sábanas.

3

LA MUERTE PASA LISTA

A las ocho de la mañana siguiente la señora Dodd se hallaba presidiendo el desayuno desde la mesa del personal docente. A pesar de la hora temprana, sus huéspedes se habían acicalado. La señora Bernard-Moss, que juraba que había pasado una noche perfecta, se hallaba revolviendo en forma afectada el cocimiento de cereales con leche caliente, a que no estaba acostumbrada. El obispo y sir Wilfrid Pemberly hacían un intercambio de gruñidos matinales. En el otro extremo de la mesa, Mlle. Santais, pálida y ojerosa, picoteaba su* desayuno, mientras Sophonisba y Harvey Nettleton se hallaban atareados pasando la sal, el azúcar o la leche, y tratando de hacerse agradables a todo el mundo.

El leve sonido de los tenedores de los adultos, pleno de urbanidad, formaba un marcado contraste con el golpeteo de los cuchillos y el sonido del ardiente rasquetear de los platos que se elevaba de las largas mesas de los pupilos. Sólo un lugar se hallaba vacío, pero nadie parecía reparar en ello. El personal docente estaba demasiado ocupado atendiendo a las visitas, mientras que los muchachos permanecían enteramente entregados a la grata tarea de deglutir la cantidad excepcional de jamón con huevos que la señora Dodd había hecho servir, para impresionar a los huéspedes.

Un día típico de Craiglea parecía comenzar en ese momento. Un hecho había, sin embargo, que lo hacía distinto de todas las otras mañanas de ese período escolar. St. John Lucas, que generalmente encabezaba toda carrera para solicitar una segunda porción, apenas si había tocado su plato de huevos y jamón. Su carita redonda y

pecosa tenía una expresión solemne, y, de tanto en tanto, lanzaba una mirada a la figura solitaria de Moss menor y de allí a la silla vacía del otro lado de la mesa.

La silla seguía vacía cuando Dodd agitó la campanilla pidiendo silencio, y, ante una inclinación de cabeza de su padre, Sophonisba se dirigió hacia el piano.

Con mucho ruido, los niños se levantaron de los asientos, seguidos por los profesores y las visitas. Sophonisba Dodd, después de algunos acordes inconexos, comenzó con Himno de los niños, que su madre había robado sin pudor en beneficio de la escuela, sin reconocérselo al señor Kipling. Las agudas voces de los sesenta y tantos pupilos se arrastraban detrás de la música.

Tierra en que nacimos,
nosotros te prometemos…

Lucas no se unía al coro. Sus ojos seguían fijos en el claro en la fila de muchachos que tenía enfrente. De pronto se sobresaltó y miró con aprensión la puerta. La rolliza figura de la señora Blouser, el ama de llaves, acababa de aparecer en el umbral y, olvidando la santidad del momento, corrió por el pasillo en dirección a la mesa del personal. Su rostro, que parecía siempre una manzana roja, tenía ahora el color de un limón verde.

Las voces descendieron hasta un leve murmullo a la vez que varias docenas de pares de ojos la siguieron, excitados. Fue necesaria la intervención enérgica de Sophonisba para restaurar algún volumen o armonía al himno. Pero ni aun así las manifestaciones patrióticas del señor Kipling fueron tratadas con el acostumbrado fervor.

La señora Blouser estaba, evidentemente, desolada. Pasó, con un empujón, entre Harvey Nettleton y Mlle. Santais, para ir a inclinarse sobre la mesa del desayuno, junto al director.

—Señor Dodd —la oyó murmurar Lucas, con voz ronca—, ¿quiere usted venir en seguida? Lo más horrible que imaginarse pueda…, venga, ¡por favor!

Lanzándole una mirada de advertencia a su esposa, Dodd se levantó y se apresuró a salir de la habitación detrá de la desolada ama de llaves.

—La próxima estrofa, Sophonisba.

Cuando se hubo cerrado la puerta detrás de su marido, la señora Dodd se apresuró a hacer una seña en dirección al piano, y su hija reinició la melodía:

Tierra en que nacimos,
nuestra esperanza, nuestro orguuuúllo,
por amor a la cual
nuestros padres dieron la viiida…

St. John Lucas se sintió descompuesto súbitamente. Sus ojos giraban desesperados por todo el cuarto. Ahí estaba la señora Dodd, marcando el tiempo con su rodete, con expresión ausente. Ahí estaba su padre, berreando con estrépito y fingiendo conocer la letra de la canción. Sorprendió lo que le pareció ser una mirada de entendimiento entre Nettleton y la señora Bernard-Moss. ¿Por qué habría venido en esa forma la señora Blouser? ¿Qué significaba todo eso? ¿Dónde estaba Dodd?

No se volvió a ver al director hasta que toda la escuela se reunió para recitar las plegarias, una media hora más tarde. Pero en el intervalo ocurrieron muchísimas cosas que les parecieron extraordinarias aun a los niños que no eran normalmente perspicaces. Sin cesar arribaban coches a la casa, entre los cuales pudo verse el viejo Morris Oxford que pertenecía al doctor Woodhouse. La escuela toda hervía con impaciente curiosidad. ¿Sería sarampión, paperas o varicela? Hasta el propio St. John Lucas sintió que sus aprensiones desaparecían ante la excitación general. Su corazón latía con trémula expectación cuando penetró, junto con los demás, en el gran salón de la escuela.

Aquí le aguardaba otra sorpresa. Las plegarias en Craiglea se realizaban, por lo general, en una ceremonia en que intervenían sólo los niños y el personal masculino. Ocasionalmente recibían la visita de un personaje importante —algún canónigo en gira o algún obispo peripatético— a quien se le rogaba que les dirigiera la palabra y guiara a los niños en sus oraciones. Esa mañana, sin embargo, no sólo se había reunido todo el personal docente, sino que también la servidumbre, hombres y mujeres, se hallaba alineada junto a las paredes del gran salón. Varias sirvientas,

limpias, pero no pulcras, se habían reunido bajo la lista de los becados. La cabeza de McFee rozaba la fotografía del equipo de criquet de 1928, y una cocinera legendaria —que los niños raras veces veían— se había parado de brazos cruzados contra la vitrina que contenía las copas obtenidas en torneos atléticos. Sir Wilfrid y el obispo también estaban allí. Sólo cuatro personas faltaban: la señora Bernard-Moss, los dos mellizos y el director.

—Y ahora ¿nos van a dar un discurso? —se preguntaban los muchachos—. ¿O es que el viejo nos hace formar sólo porque está el padre de Lucas?

No tuvieron mucho tiempo para hacer conjeturas, porque unos segundos más tarde entraba a toda prisa el propio Dodd. Por la tensión que expresaba su semblante, por lo habitual benévolo, hasta el más pequeño de los niños pudo colegir que había ocurrido algo realmente serio. Había un aire de solemnidad en el ambiente, tal como no se había sentido nunca desde que fuera expulsado Malcolm Mills por robar, años atrás.

El director se aproximó a las gradas y alzó una mano pidiendo silencio. Crujieron unas pocas sillas, y en seguida todo quedó en absoluto silencio.

—Niños —comenzó con voz en la que resonaba la serenidad—, lamento tener que decirles que anoche ha ocurrido un accidente muy desdichado. Uno de sus compañeros, Eric Bernard-Moss, fue..., es..., gravemente lesionado. El doctor está con él ahora. Es posible que alguno de ustedes, sin darse cuenta en absoluto, haya sido el causante de esas lesiones. Tal vez se haya producido anoche en el dormitorio alguna inocente pelea, o una broma pesada que ha tenido consecuencias más graves de lo que se proponían. Si alguno sabe algo de eso, puedo asegurarle que haremos todo el esfuerzo posible por ser indulgentes, y que no se le echará la culpa al que no sea realmente culpable. Por otra parte, si alguno ocultara algo de lo que pudo haber ocurrido en perjuicio del joven Moss, se le expulsará al instante de la escuela.

Los niños permanecían sentados, inmóviles, mirando al director con ojos vidriosos. Los sirvientes estaban inquietos. Los maestros bajaron la vista, con expresión que mostraba a las claras que

estaban dispuestos a apoyar a la autoridad hasta el límite máximo.

—Rogers —la mirada de Dodd se había detenido en el capitán del equipo de criquet—, ponte de pie. Según creo, tú eras anoche el celador a cargo del dormitorio B. Dime si algún muchacho hizo anoche alguna tentativa de molestar o burlarse de Moss mayor.

—No, señor. Nadie lo molestó —Rogers estaba de pie, en posición de firmes—. Hubo un comienzo de pelea, sin embargo. Fue porque me hizo perder el partido ayer, señor.

—¿Qué clase de pelea, Rogers?

El capitán del equipo miró al suelo.

—Le diré, señor. Cuando Moss mayor entró, empezaron a perseguirlo con las toallas y decirle algunas cosas. Pero nadie le lastimó realmente.

—¿Eso es todo lo que sabes, Rogers?

—Sí, señor. A menos que..., Moss mayor no estaba en su cama esta mañana, señor. Pe... pero muchas veces se levanta temprano y sale a buscar nidos y flores y cosas por el estilo, así que no informé sobre eso, señor.

—Bien sabes que es contrario al reglamento que los alumnos salgan antes del desayuno.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—Está bien, Rogers. Puedes sentarte —Dodd miró severamente en derredor—. ¿Algún niño, en algún momento, tocó anoche a Moss mayor?

St. John Lucas tenía los labios pálidos cuando se puso de pie.

—Perdone, señor, pero él estaba roncando, y yo le puse un pedazo de jabón en la boca para hacerlo callar, señor. No hice ninguna otra cosa.

La sombra de una risita recorrió el salón, pero fue rápidamente suprimida por la voz solemne de Dodd.

—¿A qué hora sería eso, Lucas?

—No lo sé, señor. Pero no fue mucho después de que apagaran las luces.

—Ya hablaré contigo más tarde. ¿No hay nadie más que tenga algo que decir?

Dodd volvió su atención a los sirvientes y les hizo la misma pregunta, agregando:

—¿Ha visto alguien en algún momento a Moss mayor cerca del

armario de la ropa blanca, que está al lado del dormitorio B?

Las criadas menearon la cabeza y empezaron a retorcer los delantales nerviosamente. Sólo Stephen McFee tenía algo positivo que decir. Se levantó con toda su estatura, que alcanzaba a un metro noventa, y miró de frente al director con sus ojos oscuros.

—El joven señor Moss estaba perfectamente bien anoche, señor, cuando yo fui a recoger los zapatos. Eso debe de haber sido alrededor de las veintitrés treinta. Lo hice un poco más tarde que de costumbre, por causa de las visitas. Por casualidad miré al joven Moss, de pasada, y estaba profundamente dormido. Uno de los niños se hallaba despierto, y yo hablé con él unas palabras.

—¿Quién era el niño?

—¡Yo, señor! —una vez más Lucas se puso de pie, tratando de evitar las miradas llenas de reproche que le lanzaba su padre, el obispo.

El director le susurró algunas palabras a sir Pemberly. Luego se volvió nuevamente a la asamblea.

—Hay otro asunto —dijo—. Ayer, después que comenzó a llover, la señora Bernard-Moss, Moss menor y yo mismo corríamos hacia la casa. Al pasar junto al matorral, alguien arrojó una pelota de criquet que estuvo a punto de lesionar seriamente a uno de mis huéspedes. Ya he pedido a la Policía que investigue esta cuestión, pero si alguno de los niños aquí presentes arrojó esa pelota inadvertidamente o vio a alguien que lo hizo, ¿quiere por favor adelantarse? Les aseguro que este asunto será tratado con la mayor benevolencia.

A esas palabras siguió un silencio tan profundo, que la caída de un lápiz de manos del torpe Derek Pemberly sonó en el salón como un pistoletazo. Niños y maestros miraban al director con un estupor que los dejaba boquiabiertos.

—¿Nadie tiene nada que decir? Muy bien.

Dodd volvió a susurrar algo al oído del jefe de policía y se dirigió después al doctor Lucas.

—Voy a pedir ahora al señor obispo de Saltmarsh que nos dirija en nuestras oraciones.

Se produjo un movimiento respetuoso cuando toda la asamblea se puso de pie. La voz bellamente modulada del obispo resonó en el salón de la escuela.

Por alguna razón desconocida para los alumnos había elegido una oración de los que suelen decirse en el servicio de difuntos.

—*Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor…*

4

ESTO ES OBRA DE UN ENEMIGO

Después de las oraciones de la mañana, cuando los niños se hubieron dispersado en sus distintas aulas, Dodd, sir Wilfrid y el obispo se reunieron con el doctor Woodhouse. Los cuatro hombres se retiraron al estudio del director. La habitación, como tantas otras de su tipo, tenía un aspecto desolado e impersonal y olía vagamente a tiza y a libros viejos. Su atmósfera austera no se había animado más por la presencia de la señora Blouser, que los estaba aguardando en uno de los gastados sillones de cuero. El ama de llaves seguía en un estado semihistérico y estaba tan blanca como su propio delantal ajado. Se levantó de un salto cuando entraron los cuatro hombres.

—¿Es cierto eso, doctor? —preguntó, ansiosa—. ¿Es cierto, realmente?

El doctor Woodhouse inclinó levemente la cabeza.

—Me temo que sí.

—¡Muerto! —la palabra resonó, chocando contra los estantes colmados de libros—. ¡Y yo tenía que encontrármelo ahí, todo envuelto en la ropa! Buen Dios, jamás se me ocurrió que semejante cosa...

—Vamos, señora —intervino el director, serenamente—, no se angustie más de lo necesario. Ha sido una gran conmoción para todos nosotros, pero yo tengo que pedirle que vuelva a contarnos la historia una vez más, para sir Wilfrid. El es el jefe de policía y, naturalmente, hay que hacerle un relato exacto de lo que há ocurrido.

Dodd ocupó su sitio detrás del escritorio colmado de papeles y les indicó asientos a los demás. Sir Wilfrid, muy dinámico y con aire marcial, se sentó inmediatamente, seguido por el doctor Woodhouse y el obispo. La señora Blouser quedó de pie, en medio de todos ellos. Retorcía un pañuelo húmedo entre los dedos regordetes.

—La cosa fue así —comenzó, observando, nerviosa, al jefe de policía—. Ayer la señora Dodd me pidió que pusiera sábanas limpias en las camas, a causa de las visitas. Pero había tanto que hacer que no tuve más tiempo que para arreglar las camas y formar un atado con las sábanas sucias, que metí en el armario que se encuentra entre el dormitorio B y la habitación del señor Nettleton, pensando en retirarlas y prepararlas para el lavado esta mañana. Bueno, mientras los chicos estaban tomando el desayuno, yo subí para ir a buscarlas. Abrí la puerta del armario, y fue entonces cuando...

La voz murió en sus labios.

—Sí, sí, prosiga —gruñó el jefe de policía, con impaciencia.

La señora Blouser alzó los ojos.

—Yo no lo vi en seguida, señor. El armario estaba atestado de sábanas sucias, y yo empecé a sacarlas como lo hago siempre. Había retirado una media docena, cuando, súbitamente..., descubrí una mano. Eso fue todo, señor, sólo una mano que salía de entre las sábanas. Al principio no lo pude creer. Me quedé ahí, parada, mirando fijamente. Luego comprendí que los chicos iban a volver pronto del comedor, después del desayuno. Me di cuenta de que tenía que hacer algo, así que me incliné y volví a meter las sábanas adentro, lo más pronto que pude. Fue entonces cuando lo vi. Estaba todo encogido, apoyado en la parte de atrás del armario. Yo no sabía quién era, ni nada Pensé que sería una especie de broma. Le grité, pero él seguía allí, quieto como una piedra. Lo toqué —la mujer se detuvo y continuó con susurro muy bajo—: Estaba todo duro y frío, señor. No recuerdo mucho más. Creo que grité, y después sólo sé que corrí al comedor para buscar al señor Dodd.

La narración pareció haber dejado exhausta a la señora Blouser. Se pasó una mano por la frente húmeda y se volvió hacia el director, casi implorante.

—Eso es todo, señor Dodd. No sé nada más. ¿Puedo marcharme ahora, señor? Me siento algo rara. Me parece que me falta el aire.

—Naturalmente, naturalmente —el director la miró, fatigado—. Por ahora ya no la necesitamos.

Le señaló la puerta, y el ama de llaves partió a toda prisa.

A medida que avanzaba el relato de la señora Blouser, la cara de sir Wilfrid se iba poniendo cada vez más roja. Ahora tenía el color de un pimiento.

—¡Este es un asunto terrible! —profirió—. ¡Terrible! Usted ha examinado al muchacho, ¿eh, doctor?

—Sí —el tono del doctor Woodhouse era profesional—. Le he pedido a McFee que me lleve el cadáver al sanatorio. De allí vengo, justamente.

—¿Cómo murió?

—Bueno, sir Wilfrid, antes de que yo exprese mi opinión oficial...

—Maldita sea la opinión oficial —le espetó el jefe de policía, presionando el monóculo contra el ojo izquierdo y mirando al doctor con fiereza—. Como médico, usted seguramente podrá decirnos si murió asfixiado o no.

El doctor Woodhouse tosió.

—Después de un examen precipitado, yo podría decir, ciertamente, que su muerte fue causada por sofocación. El chico debe haber muerto anoche, entre la una y las dos.

—¡Hum! ¿Puede usted explicarnos cómo apareció dentro de ese armario? —el jefe de policía comenzó a retorcer una de las puntas de su bigote militar—. Me parece un poco raro eso.

—El niño pudo haber caminado en estado de sonambulismo —la voz del médico era cautelosa—. Claro es que resulta un poco raro que haya podido meterse así, entre las sábanas, pero es perfectamente posible. Yo he leído algo sobre casos igualmente extraordinarios. Sin embargo, hay un pequeño detalle que no he podido explicarme hasta el momento —vaciló, como avergonzado de traer a colación un problema tan trivial—. Entre los dientes apretados encontré una pequeña partícula de jabón desinfectante.

—¡Jabón! —exclamó el obispo, con énfasis secular—. Oh, yo creo que hay que pedirle a mi hijo que venga a explicar esto —se volvió hacia el director, con cierta agitación—. ¿No cree usted que esto hay que aclararlo en seguida? Estoy seguro de que St. John no tuvo intención de hacerle daño alguno.

Dodd tocó el timbre para llamar a Me Fee y lo envió en busca de St. John Lucas.

—Hubo un conato de pelea anoche, doctor —le explicó—. Pero no puedo creer que eso tenga algo que ver con la tragedia.

Unos segundos más tarde sonó un tímido golpe en la puerta, y apareció St. John Lucas, retorciéndose con inquietud. La sombría atmósfera del estudio del director le recordaba otras penosas entrevistas en el pasado.

—Bueno, hijo —el obispo le palmeó la espalda, para tranquilizarlo—. El señor director desea que le cuentes exactamente lo que ocurrió anoche. Claro es que todos sabemos que no hiciste nada que fuera intencionalmente malo, así que no te pongas nervioso. Dinos la verdad, simplemente.

St. John se llevó una mano a la cabeza y empezó a juguetear con un mechón rebelde que tenía en la parte de atrás. Se sentía muy incómodo frente a ese formidable grupo de hombres. Dodd tenía más aspecto de «director» que nunca, y había algo de aterrador en el monóculo de sir Wilfrid y en sus cerdosas cejas.

Cuando McFee lo había llamado, sustrayéndolo de la clase de geografía unos minutos antes, Lucas se había sentido fascinado ante la perspectiva de saber exactamente qué le había ocurrido a Moss mayor la noche pasada. Pero ahora la curiosidad había cedido su lugar a ciertos vagos temores. ¿Sería posible que, de una u otra manera, fuera él el responsable de esos «daños» sufridos por Moss, y de los que había hablado tan solemnemente el señor Dodd esa mañana? Después de todo, era un jabón desinfectante el que había usado…, y ¿no era el desinfectante un veneno? Se acordó de la referencia del director al armario de la ropa blanca. Las ideas más desagradables atravesaron su mente, mientras se volvía de cara al jefe de policía.

En respuesta a su rápido interrogatorio reiteró lo que había dicho ya en el salón grande, con respectó al jabón y a los ronquidos de Moss mayor. Cuando hubo terminado, sir Wilfrid lo miró con feroz intensidad.

—¿Cómo sabes que el muchacho no se tragó el jabón, eh?

—Oh, no señor, no se lo tragó. Yo he visto cómo se le caía de la

boca.

—¿Así que Moss se encontraba perfectamente cuando lo dejaste?

—Yo c…creo que sí, señor. Estaba bien dormido cuando llegó McFee.

—McFee. ¡Humm! —sir Wilfrid miró rápidamente al director—. Más tarde tenemos que hablar con ese portero, Dodd —se volvió hacia el doctor—. ¿No tiene que hacerle usted alguna pregunta?

—No, no —dijo brevemente el doctor Woodhouse—. Ya ha explicado lo del jabón. Estoy seguro de que eso no tiene nada que ver con… con lo que ha ocurrido.

—Bueno, eso es un alivio de todos modos —intervino el obispo, que parecía haber estado tan incómodo como su descendiente—. Pero, St. John, fue una cosa bien tonta de tu parte hacer un acto de esa especie. Espero que jamás vuelvas a repetirlo.

Lucas lo miró con ojos angelicales.

—¡Oh, no, papá, te lo prometo!

—Ahora, hijo mío —exclamó el jefe de policía—, dime cuánto tiempo más te quedaste despierto anoche.

—No lo sé, señor. Me pareció un buen rato.

—¿No viste que Moss mayor se levantara de la cama en ningún momento —la voz de sir Wilfrid bajó de tono —para ir al lavabo, por ejemplo?

Lucas meneó la cabeza vigorosamente.

—¡Oh, no, señor! En ningún momento.

—Tengo entendido que tu dormitorio está junto a la puerta, frente mismo al de Moss. ¿Lo has visto alguna vez, en cualquier otro momento, levantarse de la cama después de apagadas las luces? Quiero decir…, lo has visto caminar dormido, o algo por el estilo?

—¿Caminar dormido? —tranquilizado con respecto al episodio del jabón, Lucas comenzaba a tomar real interés en el asunto—. Oh, no, señor. Winch solía caminar dormido. Pero Moss mayor jamás. De eso estoy completamente seguro.

—¿Por qué estás tan seguro, eh?

—Bueno, porque si fuera así, alguien lo hubiera visto, señor, y… se hubieran burlado de él.

—¡Ah, burlado! —sir Wilfrid adquirió una ferocidad alarmante —. Moss no era…, no es muy popular entre ustedes, muchachos, ¿verdad?

Lucas se paraba alternativamente sobre uno u otro de sus zapatos embarrados.

—Supongo que es muy bueno, señor. Pero es que son bastante raros los dos.

—Y tú, ¿te burlas de esos chicos?

—Un poco..., a veces, señor.

Sir Wilfrid produjo un ruido, como un fuerte cloqueo.

—Y ¿le hacen bromas pesadas?

—¿Bromas? —Lucas se ruborizó levemente y miró al suelo—. Bueno, sí señor.

En cierto modo.

—¿Qué clase de bromas?

El niño miró con aprensión a Dodd, que se hallaba inclinado sobre su escritorio, escuchando con toda atención.

—Está bien, Lucas —le dijo el director—. Puedes hablar. Nadie te va a acusar de chivato.

—No es mucho, señor. Le hacíamos toda clase de cosas. Moss es muy aficionado al estudio de la naturaleza, así que un día le pusimos ortigas en la cama.

—¿Nunca le hicieron nada más violento..., como encerrarlo en un armario, por ejemplo?

—¡Oh, no, señor! Jamás.

—Comprendo.

El jefe de policía pareció haber perdido interés en él. Miraba ahora ferozmente en dirección a un busto de Homero, que se hallaba en lo alto de la biblioteca, como si tratara de perforar con la vista al poeta ciego.

—Cuéntame el asunto de ese. tipo McFee —dijo por último.

En tanto Lucas describía la visita del portero, el monóculo de sir Wilfrid lo mantenía enfocado como si fuera un reflector.

—¿Dices que él entró en la alcoba de Moss? ¿Para qué lo hizo?

—No lo sé, señor.

Una vez más los ojos del jefe de policía buscaron los del director, con una interrogación en la mirada.

—Muy bien, Lucas. ¿Eso es todo lo que tienes que decirnos?

St. John Lucas no tenía la menor intención de profundizar más en los acontecimientos de la noche anterior. Cualquier referencia a su excursión de medianoche hubiera sido peligrosa, y era más que

probable que acabaría en un interrogatorio embarazoso.

—Eso es todo, señor —repuso, con la vista baja.

El jefe de policía le hizo una breve indicación con la cabeza para darle a entender que podía retirarse, y se volvió al director.

—Bueno, Dodd, tenemos que aclarar este asunto lo más pronto posible. Me gustaría hablar con ese profesor de inglés. El estaba de guardia anoche, ¿verdad? Mejor sería que interrogáramos también al portero.

—Nettleton está en clase en este momento —repuso el director, con una ojeada al horario que tenía sobre su mesa—. Dentro de un rato estará libre. Creo que intranquilizaríamos menos el ambiente si esperamos a que termine.

Mientras los dos hombres hablaban. Lucas se había deslizado hasta un rincón. Nadie le había dicho que se marchara, y ahora parecían haberlo olvidado por completo. Eso tenía todo el aspecto de una deliberada intervención del Destino. Ahí tenía una ocasión perfecta para satisfacer su curiosidad, que había ido en constante aumento durante el interrogatorio a que lo habían sometido. Una observación cuidadosa lo convenció de que los adultos no se fijaban en él. Su padre y el doctor Woodhouse se hallaban de espaldas, y sir Wilfrid y el director conversaban animadamente. Un poco sorprendido por su propia audacia, St. John Lucas fue moviendo una silla hasta que quedó prácticamente oculta detrás de un antiguo biombo negro.

Había elegido el punto de observación ideal, pues si bien no se le podía acusar en rigor de haberse escondido intencionalmente, era muy improbable que pudiera ser visto allí. Se instaló con cuidado en la silla y empezó a espiar por sobre el borde redondeado del biombo, con los ojos brillantes.

—Supongo que ahora se levantará su sumario —dijo Dodd, fríamente.

—¿Sumario? —repitió sir Wilfrid—. Sí, me temo que sí, ¿eh doctor?

El doctor Woodhouse miró al director con simpatía.

—Sí. Mi opinión personal es que todo esto es sólo la consecuencia de un desgraciado accidente, y a nadie puede

culparse. Después de todo, no hay marcas de violencia en el cuerpo, ninguna señal de lucha. Aun así, me temo que un sumario será algo inevitable, a menos que pueda verificarse con mayor exactitud la causa de la muerte yo mimo no tendría inconveniente en firmar el certificado en las circunstancias actuales. Pero voy a ver al juez y arreglaré los detalles personalmente —tomó su valija y se acercó a la puerta—. Lo siento mucho, Dodd. Haré todo lo que pueda para ayudarle.

—¡Lo siento! —repitió como un eco el director, cuando se hubo cerrado la puerta detrás del médico—. Bueno caballeros, esto es la ruina de mi escuela. Es lo más terrible que pudo haberme ocurrido —su voz sonaba a hueco—. Un sumario… y la publicidad. Los padres se llevarán a los niños por docenas en las próximas veinticuatro horas.

Detrás del biombo, el corazón de Lucas latía locamente. Se animó a observar la habitación con mayor valentía, olvidando en su excitación el peligro de ser descubierto.

—Tonterías, Dodd —estaba diciendo en ese momento sir Wilfrid, y al hablar, su rostro enrojecía cada vez más; su voz se volvía más áspera—. ¿Cree usted que sus amigos lo abandonarán en esta ocasión precisamente? Yo siempre les he estado muy agradecido, a usted y a su señora. Ustedes siempre fueron muy buenos con mi chico, Derek. No soy un hombre de muchas palabras ni muy expresivo, pero no crea que no aprecio todo lo que han hecho por él. Se levantará un sumario, efectivamente, pero puede evitarse que sea publicado en los diarios. Podemos evitar todo lo que signifique un escándalo público —aliviado ahora de la necesidad de dar forma verbal a sus emociones, sir Wilfrid adoptó un tono más oficial. Apoyó un dedo en la nariz y miró a todo el mundo, como lo haría un pavo muy sagaz—. El juez es amigo mío. Usted no tiene por qué temer el veredicto. Lo conozco a usted lo suficiente como para comprender que tanto la dirección como el personal quedarán excluidos de toda acusación de negligencia. Y, en cuanto a los chicos, no veo la razón para que un accidente de esta naturaleza pueda afectarlos. Mi hijo se quedará aquí, y estoy seguro de que el señor obispo obrará del mismo modo con el suyo.

—Es claro que dejaré a St. John con ustedes —con la emoción, el obispo había enrojecido y se inclinaba, anhelante—. Yo sólo

espero que el doctor esté en lo cierto al excluirlo de toda participación en esta tragedia. El se ha portado, para decir poco, en forma extremadamente imprudente. Respaldado por sir Wilfrid y por sí mismo, usted no tendrá problemas con los demás padres, Dodd —añadió sonriendo, como si pidiera disculpas por hacer esa referencia a su propia influencia en Saltmarsh.

Dodd se levantó con los ojos húmedos de gratitud.

—Caballeros, gracias por su confianza. La agradezco más de lo que es posible expresar —la voz le temblaba ligeramente—. Yo sólo puedo jurar, poniendo a Dios por testigo, que creo que esa confianza no está errada. Nettleton,. que estaba de guardia anoche, es un hombre de quien siento que puedo fiarme implícitamente. Me ha sido recomendado por mi amigo personal, el director de All Saints, en Oxford.

Lucas, que en su ansiedad se había inclinado demasiado hacia adelante, se ocultó rápidamente detrás del biombo al ver que se abría la puerta del estudio. El director también lo notó; interrumpió la conversación y se adelantó a recibir a la señora Bernard-Moss.

La dama americana estaba pálida y ligeramente ojerosa, pero la blancura de sus mejillas añadía cierto encanto a su rostro. La radiante belleza del día anterior había dejado paso a un tipo de belleza más sutil, algo intangible y lejano.

—En seguida he telegrafiado a mi esposo —dijo brevemente, lanzando una mirada general a la reunión—. De un momento a otro llegará la respuesta —se aproximó a uno de los sillones de cuero y se sentó—. ¿Tienen alguna novedad para mí?

En pocas y prudentes palabras, Dodd le explicó el estado en que se hallaban las cosas, terminando por asegurarle que, aunque las verdaderas circunstancias de la muerte de su hijastro no habían sido totalmente aclaradas, tanto él como el doctor Woodhouse tenían la impresión de que se llegaría a descubrir bien pronto, que sólo se trataba de un accidente de lo más desdichado.

La señora Bernard-Moss lo observaba sin emoción. Cuando hubo concluido, sacó ella un cigarrillo de una cigarrera de laca.

—Así que el doctor cree que Eric murió por accidente —dijo, fijando la mirada de sus ojos de ámbar en cada uno de los hombres, alternativamente—. Yo desearía estar de acuerdo con ustedes, pero lamento no poder hacerlo...

Se interrumpió y apretó el resorte de un minúsculo encendedor esmaltado. Se oyó un golpecito seco, al que siguió una llamá, la cual iluminó los suaves contornos de su semblante.

—Vean —dijo ella, quedamente—, yo estoy casi segura de que el niño ha sido intencionalmente… asesinada.

5

LA SANGRE PIDE SANGRE

El efecto que las palabras de la señora Bernard-Moss causaron en la reunión fue electrizante. Detrás del biombo, Lucas abrió la boca en toda su amplitud. El monóculo de sir Wilfrid cayó con un tintineo sobre la cadena del reloj, mientras que Dodd dio un paso hacia adelante, con la cara de un color blanco ceniza.

—¡Asesinato! —hablaba como si temiera articular la palabra—. ¡Asesinato en Craiglea! ¡Cómo! Eso es imposible.

—Cuando pienso en este adorable pueblo inglés —murmuró la señora, lanzando hacia el techo espirales de humo azul— también a mí me cuesta creerlo. Pero tanto mi esposo como yo estábamos temiendo que ocurriera algo de esto. Esa es una de las razones por las cuales decidí venir a Inglaterra tan súbitamente.

—¡Temiendo esto! —estalló el jefe de policía—. ¿Quiere usted decir que esperaban una cosa así? ¿por qué? ¿quién podía desearle la muerte a un niño pequeño?

—Unas cuantas personas, en el caso presente —la señora Bernard-Moss aplastó el cigarrillo con un dedo perfectamente manicurado—. A ustedes, los ingleses, podrá resultarles algo increíble, pero permítanme explicarles la situación. Ustedes saben que mi esposo es juez en Minnesota. No hace mucho, en nuestro Estado, que tiene una numerosa población alemana, se produjo una serie de tumultos hitleristas contra los judíos, en los que murieron muchas personas. Después de una investigación se descubrió que el movimiento había sido organizado por cierta sociedad secreta cuyo objetivo era arrojar a todos los judíos del país. Es increíble que tales

cosas puedan ocurrir en esta época, mas el hecho es que se trata de una organización sumamente rica y poderosa. Se corrían rumores de que estaba respaldada por políticos alemanes muy encumbrados.

Los bellísimos ojos de la señora Bernard-Moss recorrieron la habitación, acabando por posarse en la ventana, desde donde podía contemplar los rosales del jardín iluminados por un sol brillante.

—Finalmente, se arrestó a algunos de los cabecillas de esa organización y se los trajo a presencia de mi esposo. La defensa VM argüía que las muertes se habían producido sólo a consecuencia de la inquietud política del momento, y que no podía responsabilizarse personalmente a sus defendidos por ellas. El fiscal, por otra parte, aportó una serie de pruebas en que se demostraba que los detenidos habían tramado efectivamente la muerte de ciertas personas, preparando los disturbios orientados a ese fin. Hubo quien sugirió que mi esposo obraba con prejuicios en ese asunto, por ser de extracción judía él mismo. Sea como fuere, a consecuencia de sus indicaciones al jurado los hombres sufrieron muy serias condenas, y uno de ellos fue llevado a la silla eléctrica.

Ante la mención de la silla eléctrica, St. John Lucas casi saltó de su asiento.

—La vida de un juez en Norteamérica nunca está totalmente libre de peligro —prosiguió la señora, empujando instintivamente un bucle de su pelo renegrido, para ubicarlo en su sitio bajo el ala del sombrero gris—. Después del juicio, mi marido tuvo una serie de disgustos. Casi semanalmente recibía cartas amenazadoras. Venían de muy distintos lugares, pero todas estaban escritas en el mismo tono. Lo acusaban de parcialidad. Hablaban de venganza en forma casi melodramática. El había matado a sus amigos, y ellos no iban a descansar hasta haber borrado de la faz de la tierra a toda su familia. Claro es que el juez, al recibir las primeras cartas, tomó las precauciones de rutina. Instaló un *telector* en su casa y consintió en tener una guardia policial. La verdad es que no tomó el asunto muy en serio..., al menos hasta que se produjo la tentativa de rapto.

—¡Rapto! —exclamó Dodd, sorprendido y horrorizado.

—Sí. Hubo una tentativa de raptar a sus hijos durante la primavera pasada. Por eso mi esposo envió sus niños a Inglaterra. Se imaginó que aquí estarían más seguros. Creo que hasta tomó un detective privado para protegerlos —la señora Bernard-Moss sacó

nuevamente su pitillera—. Claro es que todo eso empezó mucho antes de que el juez y yo nos hubiéramos casado, pero prosigue aún hoy. En abril último, dispararon en la calle contra el coche de mi esposo, y luego recibimos últimamente una carta. Provenía de esta vecindad.

—¡Buen Dios! —exclamó el obispo, tomando en sus manos la cruz de amatista que pendía de su cintura.

Detrás del biombo, su hijo lanzó un silbido muy tenue.

La compostura oficial de sir Wilfrid lo había abandonado casi.

—¿Una carta de Craiglea? —exclamó, como si el hecho de que algo tan insolente hubiera emanado de su distrito fuera un insulto personal para él.

—Bueno, el sello postal llevaba la marca de Saltmarsh, pero creo que es cerca de aquí ¿verdad?

—¡Buen Dios! —volvió a proferir el obispo.

—¿Usted trajo esa carta? —inquirió sir Wilfrid, brevemente.

—Sí —la señora Bernard-Moss buscó en su cartera y extrajo un sobre arrugado—. Son sólo tres palabras —exclamó cuando el jefe de policía le arrancaba prácticamente la carta de las manos—. «ESTAMOS AQUÍ, ESPERANDO.»

Sir Wilfrid observaba el sobre. La dirección estaba cuidadosamente escrita con mayúsculas de imprenta. Sobre la faz barbada de Su Majestad el Rey Jorge V, la palabra SALTMARSH era apenas descifrable. La fecha indicaba que se había sellado tres semanas atrás.

—Apenas la recibimos —explicó la señora Bernard-Moss— traté de persuadir al juez de que me dejara venir. Estaba ansioso por viajar personalmente, pero le fue imposible alejarse de allí. Aunque parece que he llegado demasiado tarde.

Sir Wilfrid la miraba como paralizado. Era demasiado «gentleman inglés» como para mostrar abiertamente que dudaba de las palabras de una dama, en especial de una tan atrayente como Myra Bernard-Moss. Pero todo ese cuadro de bandas criminales, venganza y secuestro estaba absolutamente fuera de los límites de su comprensión. Parecía algo tan traído por los cabellos... ¡tan poco inglés!

—Pero —balbució—, ¿usted no tiene idea de quién es esa, esa gente? ¿Lo que usted quiere decir es que son meros agentes al

servicio de cierta sociedad?

—¡Oh, no! —la señora Bernard-Moss hablaba despacio y con claridad—. Sabemos aproximadamente quiénes son. Se hizo una investigación, y lo que se llegó a descubrir es que esas cartas habían sido escritas todas por cierta familia Heller. Bruno Heller era el hombre a quien mi esposo había condenado a muerte, y una hermana y un hermano suyos son los que tratan de vengarlo. Al menos eso es lo que nosotros creemos. Desdichadamente, parece que no hay fotografías de ellos, pero ha llegado a saberse que ambos abandonaron sus empleos después de la muerte del hermano. Parece ser que al hombre se lo vio por nuestra casa cuando se produjo la tentativa de secuestro de los niños. Después de eso se les siguió el rastro hasta Nueva York, donde desaparecieron por completo. El último informe que recibimos decía que se sospechaba que uno de ellos, o quizás ambos, se encontraban aquí, en Inglaterra.

—¿Así que usted supone que uno de esos... Heller fue el que escribió la carta que se les envió a ustedes desde Saltmarsh?

La señora Bernard-Moss asintió, con una inclinación de cabeza.

—¿Y eso significaría que es posible que anden rondando por aquí? —el tono del jefe de policía parecía sugerir que él se ocuparía de dar cuenta rápidamente de esos bandidos—. ¿Está segura de que no hay quien tenga alguna fotografía de ellos?

—No veo por qué razón había alguien de tenerla —la voz de la dama temblaba un poco, y era evidente que se hallaba en un estado de gran tensión emocional—. Parece que todos estaban mezclados en esa sociedad secreta, pero los demás miembros de la familia no tienen antecedentes policiales. Conocemos sus nombres, naturalmente, y tenemos una descripción aproximada de ellos. El hermano se llama Franz. La hermana, Anna. Tienen entre veinticinco y treinta y cinco años de edad. Son jóvenes y bastante bien educados.

—¡Hum! —con aire reflexivo sir Wilfrid se alisaba el bigote militar. Luego se volvió hacia el director—. Mal negocio, ¿eh, Dodd?

El director alzó la vista y abrió las manos, con impotencia.

—Si al menos yo hubiera sabido algo de esto. Es tan súbito, tan inesperado. ¡Si al menos me hubieran prevenido!

—No habría diferencia alguna —intervino la señora Bernard-Moss, con voz queda—. Hicimos todo lo que era posible hacer. Sólo puedo decirle cuánto lamento que esto haya ocurrido aquí, precisamente. Comprenderá usted que, hasta que recibimos esa carta, suponíamos que los niños estaban a salvo aquí —su rostro adquiría una belleza casi etérea mientras hablaba, y había algo en ella que impulsaba a los hombres a escucharla con respeto—. Por favor, no me crean desalmada por hallarme aquí, hablando con ustedes de estas cosas, cuando mi hijastro acaba de ser asesinado. Supongo que se imaginarán qué conmoción me ha producido esto. No tanto por el niño, a quien, después de todo, acababa de conocer, sino por mi esposo. Pero tengo la sensación de que, si no obramos rápidamente, puede correr peligro la vida de la otra criatura. Suceda lo que suceda, tenemos que mantener a salvo a Irving.

—Naturalmente, naturalmente —murmuró el jefe de policía. Tomó el monóculo y se lo colocó—. Ahora tenemos algo que hacer, de todos modos. Si..., este..., si, como usted sospecha, ha habido en verdad juego sucio, lo más probable es que sea obra de un norteamericano —miró a Dodd, intensamente—. ¿Tiene algún norteamericano entre su personal?

El director no se había recobrado del todo de la impresión que le produjeran las revelaciones de la señora Bernard-Moss.

—¿Qué? N... no —tartamudeó—. Ninguno, que yo sepa.

—Bien; hay algún maestro o sirviente que se haya contratado hace poco..., es decir, en este año?

Dodd golpeaba el escritorio con los nudillos.

—Espere un poco. Está Nettleton, por ejemplo. Hace apenas unos meses que se halla con nosotros. Acaba de llegar de Oxford, pero, como ya le he dicho, el director de All Saints me lo ha recomendado con los mejores informes, y estoy seguro de que él...

—Oh, no —interrumpió la señora Bernard-Moss, con sorprendente vivacidad—. Yo no creo que él... Pero, ¿no existe algún otro? No olvide que lo mismo puede ser una mujer. Están Franz... y Anna.

—Heat está con nosotros desde hace años. Tenemos a Mlle. Santais, pero ella acaba de llegar de París. No es posible que tenga nada que ver con este... este asunto increíble.

—Y ¿qué hay de ese portero que usted tiene, Dodd? —inquirió

sir Wilfrid, súbitamente—. Me da la impresión de que está obrando en forma bastante extraña.

—Sí, el portero —Myra Bernard-Moss acababa de incorporarse, y había una expresión enigmática en su semblante—. Dicen ustedes «seguro» en este país cuando quieren expresar «por supuesto»?

—¿Seguro? —repitió sir Wilfrid—. No, de ningún modo; jamás he oído hablar así.

—A mí también me parecía eso —la dama americana se volvió hacia el director—. Ayer, cuando usted le preguntó a McFee si quería ir a buscar a Eric, él respondió: «Seguro». Me pareció extraño en ese momento. ¿Qué sabe usted de él? La descripción de Franz se ajustaría a él perfectamente.

Dodd pareció sorprendido.

—¿McFee? Vino aquí al comenzar este período escolar. Ocupó la vacante dejada por su tío, Kettering, que tuvo que retirarse a causa del reumatismo.

—El tío, sí —intervino el jefe de policía—. Haga venir a ese individuo, Dodd. Quiero hablar algunas palabras con él.

Dodd hizo sonar el timbre y, mientras esperaban, la atmósfera estaba cargada de contenida excitación. El obispo, cuyo natural sencillo había quedado conmovido por el relato de la señora Bernard-Moss, se movía inquieto en la silla. El pulso de St. John Lucas se iba acelerando. Sir Wilfrid se chupaba la punta del bigote, como si estuviera elaborando un plan de acción.

Por fin se abrió la puerta y se vio a McFee parado en el umbral, con su alta figura ligeramente inclinada para evitar el dintel.

—¿Deseaba algo, señor? —inquirió, dirigiéndose a Dodd, mientras retiraba de la frente un mechón de su negro pelo que le caía sobre los ojos.

Sir Wilfrid se adelantó.

—Quisiéramos que nos informara si ha estado alguna vez en América.

Una leve sonrisa se extendió por el rostro del portero.

—¡Así que lo han descubierto, por fin! Yo me preguntaba si era cosa de venir a hablar con ustedes, o esperar más bien a que me llamaran.

—Este no es momento para jugar a las adivinanzas, señor —vociferó el jefe de policía—. ¿Qué sabe usted sobre la muerte de Eric Bernard-Moss?

—Sólo que ellos han sido más vivos de lo que nos imaginábamos. Nuestros amigos, los Heller, eligieron el momento más oportuno…

—¡Heller! —exclamó la señora Bernard-Moss; la súbita palidez de las mejillas contrastaba vivamente con el negro brillante de su cabellera—. ¡Así que… que usted es el detective privado de quien me habló mi esposo! El no me ha…, no me dijo que usted estaba empleado en la escuela misma.

McFee metió una larga mano en el bolsillo interior de su saco y extrajo un manojo de papeles.

—Mis credenciales, sir Wilfrid, de la Agencia de Detectives Drummond, de América. Yo estoy trabajando para el juez Bernard-Moss —se volvió hacia la dama—. Yo no me presenté ayer, en el campo de criquet, porque hubiera resultado demasiado notorio, y yo tenía estrictas instrucciones de no decirle a nadie quién era.

—¡Así que usted no es sobrino del viejo Kettering! —exclamó Dodd, que había estado leyendo los papeles por encima del hombro del jefe de policía.

—No. Me temo que ese ataque de reumatismo le vino después de una persuasión de cierto valor monetario. Supuse que el papel de portero sería el más conveniente para mantenerme cerca de los niños sin despertar sospechas. Yo solamente tenía miedo de que se me notara el acento al hablar, pero me las arreglé bastante bien. Usted comprende que mi papel era el de guardaespaldas de los niños, en cierto modo, para vigilar a los gemelos lo más posible.

—Pero aun así, usted no pudo impedir esta… tragedia —observó sir Wilfrid, con severidad, mientras le devolvía los papeles—. Bueno, sus referencias parecen estar en orden. Yo conozco a la gente de la Agencia Drummond. Son buenas personas. Pero no pueden correrse riesgos en un momento como éste. Mejor será que me ponga en contacto con la filial londinense de ustedes —se volvió hacia el director—. ¿Puedo usar el teléfono, Dodd?

—Ciertamente, ciertamente.

El director le señaló el escritorio.

Durante los cinco minutos siguientes sir Wilfrid bombardeó con

preguntas a la Agencia, y las respuestas llegaron de Londres con idéntica precisión. Sí, efectivamente, McFee era un miembro del Departamento de Detectives. Había anunciado su llegada, a la filial de Londres, unos dos meses atrás. Los mantenía informados periódicamente sobre el desarrollo de los acontecimientos. Sí, ya tenían noticia de la tragedia. McFee les había telegrafiado. Deseaban expresar su sincera simpatía a los desolados padres.

Sir Wilfrid colgó violentamente el auricular, y en ese mismo instante apareció una tímida sirvienta con un telegrama en una bandeja de plata. Lanzó una mirada nerviosa a Dodd.

—Es para la señora Moss —dijo—. ¿Alguna respuesta, por favor?
—Dodd tomó el mensaje, se lo alcanzó a la destinataria y despidió a la criada. La dama americana rasgó el sobre y leyó el contenido, visiblemente emocionada. Luego se lo pasó a sir Wilfrid. Decía así:

> «Deploro profundamente la tragedia punto imposible ir por el momento pues el caso Langhorne continuará por un mes mínimo punto no retires Irving que está más seguro allí punto es menos probable que realicen una nueva tentativa en el mismo lugar punto ponte en contacto con Stephen McFee de la Agencia de Detectives Drummond punto confío en tu discreción y en la suya afectuosamente Joseph Bernard-Moss.»

Sir Wilfrid gruñó:

—¡Así que esa historia de los Heller puede resultar cierta al fin de cuentas! —miró a McFee a través del monóculo—. Durante el tiempo de su estancia aquí, ¿ha notado algo sospechoso?

McFee meneó la desgreñada cabeza. Sus ojos estaban sombríos y reflexivos.

—Nada que pueda servirnos de orientación. Fíjese, sir Wilfrid, que a los niños se los trajo aquí en secreto y el juez creyó que así había logrado despistar a los Heller. Ninguno de nosotros hubiera imaginado que podía haber algún peligro en la escuela. Cierto es que algunas pequeñas averiguaciones pude hacer, pero yo no estaba aquí realmente como detective. Esta muerte me causó una impresión no menor que la que les produjo a ustedes.

El jefe de policía resopló.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—Eso depende de la señora Bernard-Moss —intervino débilmente Dodd—. Si ella decide atenerse a los deseos de su esposo y dejar a Irving con nosotros, estamos dispuestos a cuidarlo, naturalmente. Después de todo lo que ha pasado es lo menos que podemos hacer —se volvió hacia la señora, con el rostro exangüe—. ¿Quiere usted protección policial para el niño? Sospecho que esa... esa gente puede intentar otro ataque.

—¿Protección policial? ¡Oh, no! —la señora Bernard-Moss unió sus manos en un gesto nervioso—. Comprendo lo que significaría para su escuela tener a un montón de policías rondando por aquí. Si no es contrario a la ley, sugiero que McFee quede como custodio suyo. Dice mi esposo que tiene plena confianza en él. Puede, asimismo, trabajar mano a mano con las autoridades, y no llamará tanto la atención. Yo, por mi parte, me instalaré en la hostería del pueblo.

El jefe de policía reflexionaba, golpeando con un dedo su mejilla color carmesí. Por fin se dirigió a McFee.

—¿Estaría dispuesto a quedarse en esas condiciones? La Policía no colabora a menudo con las agencias privadas, pero en las circunstancias actuales me parece más aceptable la idea de que quede aquí usted y no uno de mis hombres. Si hay algún peligro, supongo que sólo existe para Irving Moss. Los demás niños no pueden quedar afectados de ninguna manera. Como lo señala muy bien la señora Bernard-Moss, no tenemos por qué ocasionarle a la escuela un daño innecesario, asustando a los padres con una vigilancia policial y con detectives.

McFee permaneció un rato sin hablar. Encogió los anchos hombros y dijo, por fin:

—Es una gran responsabilidad para mí, sir Wilfrid. No podría aceptarla a menos que usted me diera su palabra de que la Policía me va a apoyar. Es claro que mi oficio es el de detective, mas aun así, tengo que seguir fingiendo que soy un portero y no puedo hacer mucho más que tener los ojos bien abiertos.

—Naturalmente, la Policía lo respaldará —exclamó sir Wilfrid, ásperamente—. ¿Cree usted que echaré toda la responsabilidad sobre los hombros de un civil... y extranjero por añadidura? —se detuvo, como si se avergonzara un tanto por ese estallido de

anglomanía, y cuando volvió a hablar su voz se había suavizado—. Todo el trabajo de rutina será llevado a cabo por mis hombres. Usted hará todo lo que pueda, desde luego, pero su principal tarea será la de salvaguardar la vida de ese niño.

—Perfectamente, pues.

McFee hizo un gesto de asentimiento. A nadie pareció resultarle asombroso que el hasta entonces insignificante portero fuera ahora la figura central de los sorprendentes acontecimientos de esa mañana. Había algo en él que imponía respeto. Hasta Dodd parecía reconfortado en cierto modo al posar los cansados ojos en la alta y fuerte silueta del detective. Se inclinó hacia adelante, acompañando con signos de aprobación las instrucciones que sir Wilfrid le impartía a McFee, indicándole que fuera a Saltmarsh a entrevistarse con el inspector Saunders y explicando cómo había decidido hablar con el juez para pedirle que no incluyera en el sumario el más siniestro de los descubrimientos de ese día.

—El procedimiento resulta un poco irregular —concluyó el jefe de policía, dubitativo—. Pero, en fin, todo este asunto me parece bastante irregular.

—Sí, sí —murmuró el obispo de Saltmarsh, quien, durante todo ese tiempo, había permanecido sentado con una expresión de estupor fija en su rostro—. ¡Qué mundo éste! ¡Dios me ampare! —sus ojos se clavaron en la oreja izquierda de su vástago, que asomaba por detrás del biombo—. St. John, en nombre del cielo, ¿qué estás haciendo ahí?

Todos giraron bruscamente y se quedaron mirando al niño que avanzaba con timidez.

—Nadie me dijo que me marchara, señor —Lucas parpadeaba al mirar al director—. Yo…, yo pensé que t…tal vez usted quería volver a hablar conmigo, señor.

—Francamente, francamente —Dodd estaba muy agitado—. Doctor Lucas. ¡Dios mío!, por favor. Tengo que implorarle que comprometa al niño a callar.

El obispo tomó a su hijo por los hombros, suavemente.

—Escucha, muchacho —comenzó—. Tú no tenías derecho a quedarte aquí, y eso lo sabes tan bien como nosotros. Mereces por ello el más severo castigo, pero creo que el señor Dodd podría perdonarte si prometes no contarle a nadie lo que acabas de oír.

Lucas se pasó por la nariz un dedo mugriento.

—Lo siento, papá —murmuró—. Te prometo no contar nada; por mi honor, que lo haré.

Siguió de pie por un rato, moviéndose con inquietud, hasta que al fin le dijo al director:

—Por favor, señor..., ¿me permitiría retirarme, señor? Ya es... ya es casi la hora de mi clase de música.

6

RAPSODIA NORTEAMERICANA

Poco después de la interrupción ocasionada por el descubrimiento de la presencia de Lucas, la señora Bernard-Moss y el obispo se retiraron. Con su partida, el tono de sir Wilfrid cambió en forma perceptible.

—Y ahora, caballeros —dijo con voz vigorosa—, a la luz de lo que acabamos de oír, por el momento al menos, aceptamos 400 la hipótesis de un crimen. El doctor Woodhouse nos dice que el muchacho pudo haber caminado en sueños, metiéndose por sí mismo bajo las sábanas del armario. Mi opinión particular es que eso es absolutamente imposible, y que el doctor Woodhouse es un asno.

El señor Dodd se inclinó sobre el escritorio.

—Espero que usted no supondrá que alguno de los chicos tenga algo que ver con esto. Pudieron haberlo molestado un poco, hasta pudieron haberse producido algunas inocentes peleas, pero nunca llegarían hasta el extremo de encerrar a uno de sus compañeros en un armario oscuro en mitad de la noche.

—Es claro que no —sir Wilfrid metió los pulgares en la sisa de su chaleco de tweed—. Si…, si ha ocurrido en realidad un hecho criminal, no pienso que se encuentre al culpable dentro de la casa. ¿Dice usted que las ventanas del dormitorio estaban abiertas? Cualquiera pudo haberse introducido por ellas, asfixiando al niño en su lecho y escondiéndolo luego dentro del armario.

—¡Así que usted cree que es obra de un intruso! —McFee lo observaba con toda calma—. Lamento decirle que no estoy de

acuerdo con usted. Estoy casi seguro de que el criminal se encuentra aquí mismo, en la escuela… y que ha dormido esta noche en Craiglea.

—¿Qué diablos…?

—Bueno, piense en ese armario. ¿Por qué había de ocuparse el criminal de sacar al niño de su cama para llevarlo hasta allí, después de muerto? Simplemente, porque no quería que se descubriera el hecho hasta la mañana. Quería la complicidad del tiempo. A una persona de afuera maldito lo que podía importarle que el cadáver fuera descubierto diez minutos o diez horas después de cometido el hecho. Ya habría puesto buen cuidado en alejarse antes. Pero con una persona de la casa la cosa es diferente.

Las cejas de sir Wilfrid se contrajeron.

—¿Por qué?

—Porque si no se descubría el crimen hasta después del desayuno, y si no se producía ningún disturbio durante la noche, todo el mundo habría estado durmiendo, y cada uno podría contar lo que se le ocurriera. La mejor forma de tener una coartada es conseguir que ningún otro pueda tenerla.

—Tal vez haya algo de cierto en esto —murmuró de mala gana el jefe de policía.

Dodd tenía dilatados los ojos.

—No va a suponer usted que uno de los habitantes de la casa…

—Todo es posible, señor Dodd.

El jefe de policiía extrajo de su bolsillo un bolígrafo y una hoja de papel. En el término de pocos minutos hizo una lista completa de todos los que habían dormido en la escuela en la noche pasada. Sir Wilfrid la leyó como si se hallara ante una corte marcial.

Señor Dodd
Señora Dodd
Señorita Dodd
El obispo de Saltmarsh
Sir Wilfrid Pemberly
Señora Bernard-Moss
Señor Nettleton

Señor Heath
Mlle. Santais
Stephen McFee
Señora Blouser
Cuatro criadas
Una cocinera
Sesenta y ocho niños

—Una hermosa mezcolanza —comentó McFee.

Sir Wilfrid gruñó:

—Creo que podemos reducir esa lista considerablemente. Es imposible que el señor, la señora y la señorita Dodd, el señor obispo, Me Fee o yo mismo tengamos nada que ver en esto. Y, asimismo, creo que podemos eliminar a los niños.

—Y a la madrastra, la señora Bernard-Moss —intervino el director en forma agitada—. Y a la señorita Blouser, y a la cocinera también. Ambas hace años que están con nosotros. Es inconcebible que pudieran tener razones para matar a uno de los pupilos. Y lo mismo puede aplicarse a las sirvientas. Son todas muchachas campesinas, nacidas y criadas en la vecindad.

McFee miró la lista con aire divertido.

—¿Y por qué no eliminar también a Mlle. Santais? Es una francesa, que acaba de llegar de París. ¿Y a Heath, ese eficiente profesor de matemáticas, que hace años que está en la casa? Y a Nettleton, el joven que trae las mejores referencias del director de All Saints.

—Sí, sí —exclamó Dodd, lleno de esperanzas.

McFee dejó caer el papel.

—Ya hemos eliminado, pues, todos los nombres de la lista. No, caballeros, me temo que tendremos que ser un poco menos confiados. Todo el mundo es sospechoso. Si hay un Heller o cualquier asesino entre nosotros, creo que, llegado el momento, se delatará por sí mismo.

—¿Mientras nosotros nos sentamos a esperar? —le espetó el jefe de policía—. ¿Es esa la idea que usted tiene de una investigación, señor? Vamos a interrogar a toda esta gente ahora mismo.

—Yo andaría un poco más despacio, si estuviera en su lugar —la voz de McFee era tranquila—. Quienquiera que haya cometido ese

crimen ha tratado de hacernos creer en un accidente. ¿Por qué no dejar que siga pensando que nos ha engañado? Dodd está ansioso por evitar la publicidad, en bien de la escuela. Los demás niños no se encuentran en peligro. Entreviste a quien le parezca, pero no le haga saber que sospechamos que se haya cometido un asesinato. Si creen que hemos bajado la guardia, también ellos bajarán la suya. Claro es que yo no tengo derecho de meterme, pero…

—Ciertamente, ciertamente. Eso es lo que yo pensaba hacer —comprendiendo la sensatez de esa sugestión, sir Wilfrid la había adoptado, haciéndola pasar por propia. Se levantó, indicando que la sesión había terminado—. Pondré en marcha la maquinaria policial con la mayor discreción. A usted le concierne ahora, McFee, ocuparse de que nada desagradable vuelva a ocurrir.

—Haré todo lo que pueda, pero va a ser una tarea difícil.

—¡Maldición! ¿Admite ya la derrota?

—No, no admito ninguna derrota —el vigoroso semblante del detective se mostraba serio—. Pero ocurre que yo me doy perfecta cuenta de que luchamos contra un individuo inteligente y muy peligroso. Siempre es más fácil hacer algo que impedir que otro lo haga. Recuerde que Eric fue muerto bajo mi propia nariz. En realidad, bajo nuestras propias narices.

El rostro de sir Wilfrid enrojeció ante lo que le pareció una observación innecesariamente dramática. Se volvió hacia el director.

—Dodd, usted y yo comenzaremos a interrogar al personal en seguida —su mirada giró en dirección a McFee, que se iba acercando ya a la puerta—. Y usted, señor, ya conoce su obligación. Mantenga los ojos bien abiertos y recuerde que sigue siendo un portero.

Mientras se iba desarrollando en el estudio del director esta historia de misterio, venganza y muerte, las tareas habituales de Craiglea seguían su curso como de costumbre, aparentemente. Pero, a pesar de lo apacible del ambiente, había indicios de una excitación reprimida en las aulas iluminadas por el sol. Los niños estaban más inquietos que nunca y murmuraban entre sí, furtivamente. Mlle. Santais tenía dificultad en mantener el orden y

se veía obligada de continuo a hacer algo que los niños interpretaran como «¡Quédense quietos!» Los chistes de Heath tenían menos gracia que nunca, mientras que Nettleton, que parecía cansado y distraído, abandonaba el ejercicio de análisis prefijado y se ponía a leer, en la clase de inglés, el último y apasionante capítulo de *Moby Dick*.

Sophonisba se encontraba en la sala de música, tratando de enseñarles el arte de tocar el piano a unos niños rebeldes. Ella ignoraba todavía los aspectos más siniestros de la muerte de Moss mayor, pero ya se había enterado de la tragedia por boca de su madre y, en consecuencia, tenía tan poco interés como sus alumnos en los ejercicios del señor Czerny. Nadie podría acusar de crueldad a Sophonisba, pero, en honor a la verdad, había que reconocer que ella estaba más excitada que trastornada por la muerte del niño.

Hacía muchos meses que se había convencido de que nada ocurriría jamás en Craiglea. A sus veintidós años, ella sentía que la vida se le escurría de entre los dedos y que nunca le aportaría nada más interesante que un ocasional viaje a Bristol o algún paseo con los niños hasta Weston-super-Mare. ¡Había algo tan depresivamente medieval en la tarea de enseñar música en una escuela preparatoria! Y las periódicas miradas en el espejo a su pelo rubio y a su cutis joven y saludable le decían a Sophonisba que estaba predestinada a cosas más románticas que la diaria rutina del «Un, dos tres y... un, dos, tres y... No olviden las alteraciones.»

¡Si al menos el señor Nettleton no fuera tan vulgar, meditaba ella con cierta impaciencia; si no fuera tan estilo Oxford, tan condenadamente inglés!

Sophonisba dio un suspiro de alivio cuando sonó la hora del recreo, ¡por fin media hora de paz! Empezó a empolvarse la deliciosa naricita respingona, dejando que su mente repasara, por centésima vez, los curiosos acontecimientos del día.

Se oyó un golpecito en la puerta, pero no se produjo nada más alarmante que la llegada del portero de la escuela, quien le traía su merienda de leche con bizcochos.

—Oh, buenos días, McFee —ella miró con aire ausente la alta figura del joven—. ¿Quiere por favor ponerla sobre el piano? Sí, ahí mismo, junto al busto de Beethoven.

McFee dejó la bandeja, pero, contrariamente a lo habitual, no

mostró intención de retirarse. Sophonisba alzó los ojos del espejo y descubrió que la miraba intensamente.

—¿Puede usted dedicarme unos minutos, señorita Dodd?

—¡Sí, cómo no! —repuso ella, con cierta sorpresa—. ¿Qué ocurre?

El joven se sentó en el taburete del piano, cosa que a ella le pareció una libertad incalificable. Extrajo luego del bolsillo un disco redondo y brillante, de apariencia similar a una media corona. Empezó a tirarlo al aire y a recogerlo en su mano. Súbitamente se inclinó y se lo entregó a Sophonisba.

—¿Sabe usted lo que es esto, señorita Dodd?

Ella lo tomó con cautela. Sus ojos grises se dilataron al leer la inscripción: «Agencia Privada de Detectives Drummond. Número 87».

—¿Cómo, que es esto...? —se interrumpió ella, vacilante—. ¿Es... suyo?

McFee esbozó una sonrisa que descubrió los fuertes y blancos dientes.

—Acertó, señorita Dodd.

—¡Madre Santa! —Sophonisba estaba completamente trastornada por la forma súbita en que sus sueños se hacían realidad —. Así que... usted ¿no es un portero?

—No, no lo soy —McFee tomó la medalla de detective que ella le devolvía y se la metió en el bolsillo del delantal—. Esto debe quedar sólo entre usted y yo, entiéndalo bien, pero yo no soy ni siquiera inglés. Soy norteamericano. Un detective norteamericano.

—¡Un detective norteamericano!

Para Sophonisba, en el estado de ánimo presente, no podía haber nada más romántico que un norteamericano, ni nada más estremecedor que un detective. ¡Pensar que un hombre así le había estado trayendo la leche todas las mañanas durante seis semanas, y que ella no había tenido la perspicacia de descubrirlo! Miró al joven con ojos nuevos, fijándose en cada detalle de su espléndida virilidad, el fuerte perfil moreno, el vello rizado en los brazos desnudos y musculosos. Sí, a pesar del viejo delantal y de la camisa color caqui había algo distinto en él, algo que lo elevaba sobre la estolidez vulgar del campesino común. Le hacía recordar a uno a esos valientes héroes de fuertes puños, que aparecían en las novelas

del Lejano Oeste que ella solía leer cuando niña.

—¡Un detective! —repitió, como si la sola enunciación de esa palabra mágica le proporcionara placer—. ¡Un norteamericano! Oh, esto no tendrá relación con la muerte de Eric Moss, ¿verdad? ¡Usted no querrá decir que hay algo de misterioso en eso!

—Eso está por verse —los ojos de McFee tenían expresión burlona, mas de pronto adquirieron dramática seriedad—. Ahora, escúcheme, señorita Dodd. Yo me encuentro aquí en una posición difícil. Estoy trabajando en el más absoluto secreto. Su padre lo sabe, naturalmente, y sir Wilfrid ha dado el visto bueno. Es absolutamente necesario para mí seguir fingiendo que pertenezco al personal de servicio, pero eso me ata las manos en cierto modo. No puedo andar haciendo preguntas. No puedo ser visto en lugares en donde resulte sospechoso —su semblante se nubló—. Las cosas han llegado a un estado en que necesito ayuda: alguien que esté dispuesto a hacer lo que a mí me resultaría imposible hacer. Naturalmente, yo podría conseguir como asistente a uno de los hombres de sir Wilfrid. Pero todos están ansiosos por mantener a la Policía alejada de esta casa. No quieren que los padres (o cualquier otro) se asusten. Necesito alguien que pueda ir y venir sin despertar sospechas. Yo la he estado observando a usted, señorita, desde que llegué y he llegado a la conclusión de que es la única persona en quien puedo confiar. ¿Estaría dispuesta a colaborar conmigo?

Los ojos de Sophonisba centelleaban. Esa súbita vuelta de la rueda de la fortuna, del aburrimiento a la excitación, le parecía casi imposible de creer.

—Usted, ¿lo desea realmente?

El joven asintió.

—Bueno, entonces sí —dijo ella—. Si cree que puedo ser de alguna utilidad, estaría encantada de hacerlo. Por favor, por favor, cuénteme lo que ha ocurrido.

McFee la miró con aire solemne.

—Antes de que se lo diga, tiene que jurarme que lo guardará absolutamente para sí misma. Corro con esto un gran riesgo, como comprenderá. Si llega a oídos de quien no corresponde, estoy perdido.

Sophonisba se dio cuenta de que se aceleraba su pulso al mirar a ese individuo alto y de una atracción extraña. Por un instante su

mente voló en alas de románticas fantasías. Se le ocurrió que él se parecía a la figura de la cubierta de uno de los libros de Zane Grey: El guardián solitario que cabalga por praderas envueltas en una luz purpúrea, con los oscuros ojos fijos en una estrella.

—Lo prometo —dijo, arrancándose a su ensueño—. Es claro que lo prometo. Y haré lo que me sea posible.

—Eso es magnífico —McFee parecía ligeramente divertido ante su entusiasmo—. Siéntese y escuche.

Obedientemente, Sophonisba se sentó y escuchó con atención mientras McFee le hacía un cauteloso relato de sus propias actividades y de los acontecimientos que habían salido a luz esa mañana. Cuando hubo terminado, ella se inclinó anhelante.

—¡Qué emocionante..., quiero decir, qué espantoso! ¿Y usted cree que uno de esos Heller se encuentra en algún lado por aquí, en Craiglea?

El rostro de McFee tenía expresión torva.

—Eso parecen haberlo probado esta mañana en forma bastante concluyente. Y ahora, señorita Dodd —añadió con tono enérgico y oficial—, quiero explicarle sus obligaciones. En primer lugar deseo que se dedique a vigilar con atención a todo el personal docente. Hágalo con discreción, desde luego. Pero mantenga bien abiertos los ojos y cuénteme en seguida si nota algo fuera de lo habitual.

—¡Al personal docente! —repitió Sophonisba—. No me dirá usted..., no pensará que ellos puedan estar complicados en esto. ¡Qué!, ¡si no tienen agallas para una cosa así!

McFee sacó a relucir nuevamente la medalla y comenzó a tirarla al aire otra vez.

—Aún no se lo he dicho a la Policía, señorita Dodd, pero, aquí, en Craiglea tienen ustedes un personal de características muy peculiares. La agencia ha estado buscando sus antecedentes y, en algunos casos, se dio contra una muralla. Cuando se comete un crimen, siempre es más prudente buscar al criminal en el mismo sitio, sobre todo si en ese sitio hay gente tan interesante. Este no es uno de esos casos engañosos que pueden resolverse con las coartadas. Todo el mundo se halla implicado.

Sophonisba trató de ocultar su sorpresa.

—Naturalmente, yo haré todo lo que pueda.

—¡Magnífico! —McFee se guardó la medalla y le lanzó a la joven una mirada de aprobación—. Entre paréntesis, antes de comenzar, podría ser interesante que me dijera usted algo sobre sus impresiones personales. Usted trata con frecuencia al personal..., tal vez tenga alguna idea formada.

—Bueno, tenemos en primer lugar al sargento Crawley, que dicta clases de gimnasia, y a la señorita Elliot, la maestra de dibujo, que viene de Saltmarsh los martes y viernes...

—No se ocupe de ellos. Sólo me interesan los internos.

—Perfectamente —Sophonisba arrugó la naricita y se puso a meditar—. Está Heath, que nunca ha hecho nada en su vida, que yo sepa, excepto prestar servicios en la guerra e inventar chistes malos. Cierto es que tuvo algo así como un estado de postración el año pasado y se tomó seis meses de vacaciones, que pasó viajando en un barco de excursión, pero volvió con la misma gracia de siempre. Creo que estuvo también en Norteamérica por una temporada. Sí, estoy segura de ello, pues cuando quería contar sus impresiones nunca olvidaba incluir sus experiencia en la Gran Vía Blanca —se alisó con la mano el suave pelo ondeado—. Pero no veo en qué forma puede estar mezclado en este asunto. Está con nosotros desde tiempos inmemorables; además, es hijo de un coronel o un mayor inglés, o no sé qué alto personaje.

McFee sonrió.

—Eso es interesante. Me temo que nuestro amigo, el profesor de matemáticas, ha estado simplemente alardeando. Ocurre que no es más que el hijo adoptivo de una viuda que dirige un gran almacén de comestibles en Wimbledon.

—¡Dios mío! Yo no puedo creer que... Pero, ¿cómo diablos sabe usted eso?

—Nuestra filial de Londres me lo averiguó. Las agencias de detectives son la cosa más escrupulosa del mundo, señorita. ¡Que el cielo la proteja si alguna vez se les ocurre seguirle a usted los pasos! Y ahora, ¿qué hay de Mlle. Santais?

—Oh, nadie sabe nada de ella, a no ser que es muy orgullosa y respetable. Jamás habla una palabra con nadie y usa un perfume perfectamente odioso. Y ahora que pienso en ella, es una mujer un poco rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—Bueno, en primer lugar, hace muy poco que está aquí en el país. Y por eso jamás ha recibido una carta. Todos los días salgo corriendo a recibir la correspondencia, cuando llega el cartero. Es la cosa más emocionante en este lugar. Pero jamás ha llegado ni siquiera una postal para Mlle. Santais. Siempre me pareció una cosa extraña. Uno se imagina que debe de tener algún pariente o cosa así en el mundo. Ella parece exactamente la persona adecuada para tener una tía solterona muy querida en Dieppe.

—¡Una linda muestra de investigación, señorita! —los oscuros ojos de McFee lanzaban destellos—. Eso me ha estado preocupando a mí también durante un tiempo. Pero creo que pronto sabremos algo más con respecto a esas cartas que no recibe.

Sophonisba quedó completamente aturdida por la fabulosa omnisciencia de ese portero, a quien, hasta hacía pocos minutos, no había visto hacer nada de extraordinario más que empujar una carretilla o lustrar zapatos.

—Y ahora, por último, pero no por eso necesariamente de menor importancia, ¿qué sabe de Harvey Nettleton?

Ante la alusión al maestro de inglés, Sophonisba pareció retraerse. Ella no tenía inconveniente en analizar a los demás miembros del personal, pero con Harvey Nettleton la cosa parecía algo distinta. Ella pensó en su acicalada y más bien atrayente figura, en su pelo, de un rubio amarillento. Claro es que no le importaba gran cosa de él, pero en cierto modo tenía escrúpulos en complicarlo en ese misterioso enredo de sospechas y muerte.

—Bueno, ¿y qué hay con él? —repitió McFee—. ¿Ha notado usted algo raro en su acento?

—No —Sophonisba saltó en defensa del maestro de inglés con un ímpetu que la sorprendió a ella misma—. El no habla como nosotros, es cierto, pero no hay nada de extraño en ello. Supongo que usted todavía no ha vivido tanto tiempo en Inglaterra como para darse cuenta de que los jóvenes que regresan de Oxford, cuanto toman tan en serio su profesión como lo hace él, no hablan como el resto de los mortales. Adquieren un modo de ser, un acento particular propio de Oxford.

—¡Ah, sí! ¿Es así como explica usted ese acento extraño?

—Sí —dijo Sophonisba, que, ahora había hecho todo lo posible

por librarlo de toda sospecha, sentía una exasperación que llegaba casi hasta el rencor contra su colega—. No hay nada de criminal en Nettleton. Si alguna vez ha hecho algo más audaz que dar una conferencia en All Saints, entonces tiene mucha más energía de lo que yo sospechaba.

En cuanto salieron de sus labios estas palabras Sophonisba se arrepintió de haberlas pronunciado. Se dio cuenta, por el leve cambio en la expresión de McFee, que él la suponía más interesada que lo corriente en el destino del maestro de inglés.

Pero, si esa fue la impresión que le produjo, McFee no hizo la menor alusión a ello. Se acercó a la ventana y se puso a mirar, con aparente indiferencia, los canteros de flores del jardín, iluminados por el sol.

—¿Y qué me dice de los sirvientes? —preguntó de pronto—. Supongo que usted no sabe nada de ellos.

—No, nada. Todo lo que sé es que continuamente rezongan a causa de las escaleras, y que van al cine de Saltmarsh con jóvenes de rostro encarnado y gorra a cuadros. Pero con seguridad que usted no cree que esa mujer de los... Heller va a estar aquí disfrazada de criada.

—Estamos investigando sus antecedentes, uno nunca sabe —McFee giró en redondo, y su expresión perdió por un instante la firme seguridad—. Yo creía tener el asunto bajo mi control, y sin embargo Eric Moss fue muerto hace apenas unas horas. Si no me mantengo bien alerta son capaces de hacerle correr la misma suerte a Irving. Tal vez usted encuentre incomprensible esta forma de venganza. Pero Norteamérica es más joven y ardiente que Inglaterra. La gente toma allí más en serio sus ideas y sus luchas políticas. Matan por una causa determinada y son capaces de morir antes que dejar impune una deuda de ese tipo —los firmes labios se abrieron en una sonrisa—. Pero no creo que esa gente pueda ir muy lejos...

A medida que él hablaba, Sophonisba se sintió un tanto atemorizada. La fuerza que emanaba de él, la confianza en sí mismo, hasta la disposición de la cabeza sobre los anchos hombros le hicieron alegrarse de no ser ella el criminal que él trataba de localizar.

Hacía tiempo que ella no había experimentado temor ante nadie.

Y, cosa curiosa, era una sensación más bien placentera.

—Cuánto me alegro —dijo suavemente—, cuánto me alegro de que haya solicitado usted mi ayuda. Oh, vienen a estorbar... —se interrumpió al oír un golpe en la puerta—. El recreo debe haber terminado. Ha de ser Lucas. Esta es la hora de su lección de música.

7

INTERVIENE UN TERCER CONSPIRADOR

Y era Lucas. Entró con expresión estudiadamente compungida. Bajo el brazo llevaba una estropeada pieza de música. Al principio no notó la presencia de McFee. Lanzó a Sophonisba una mirada que trataba de ser conciliatoria.

—Señorita Dodd...

Sophonisba hizo lo posible por parecer severa.

—Supongo que irás a decirme otra vez que no has estudiado tu lección.

—Bueno, usted verá, señorita, la cosa es así, señorita... —Lucas se interrumpió bruscamente al descubrir la presencia de McFee.

Sophonisba también miró en dirección al detective. Le resultaba incómodo, hasta cierto punto, desempeñar ante sus ojos el papel de maestra de escuela.

—Será mejor que te vuelvas a la clase —murmuró sin mirar al niño—. De nada sirve tomarte la lección si no has practicado. Y recuerda, nada de andar buscando excusas la próxima vez.

Lucas se sintió un tanto herido al ser tratado en esa forma. A la luz de sus conocimientos secretos, se sentía en extremo importante.

«¡Si al menos la señorita Soapy supiera lo que yo sé, pensó, no me regañaría de ese modo!»

Cuando se dirigía de mal grado hacia la puerta, lanzó a McFee una mirada de reojo, con la que quería expresarle en forma sutil que tenía por el momento cosas más importantes en que ocupar la mente.

El detective no le prestó atención hasta que estuvo casi a punto

de abrir la puerta. Entonces avanzó rápidamente y lo alzó del suelo, tomándolo por el cuello. Eso hizo añicos la dignidad de Lucas, que comenzó a disculparse, mientras McFee lo conducía así a través del cuarto, hasta ponerlo frente a Sophonisba.

—Aquí tiene, señorita Dodd —dijo el detective, dejando caer a Lucas sobre el taburete del piano—, un pequeño espía. Este diablillo se escondió detrás de un biombo, esta mañana, en el estudio del director, y oyó todo lo que se habló allí.

St. John Lucas miró rápidamente al detective, con aire de reprobación.

—No soy un espía, señorita. Yo me quedé allí, simplemente, por si querían preguntarme algo más.

Stephen McFee pasó una de las grandes manos por el pelo del niño y se lo revolvió.

—¡No sólo es un espía, sino también un mentiroso! —tomó a Lucas por los hombros y lo miró con fingida ferocidad—. Puede ser que logres engañar a los demás, pero a mí no me vas a engañar. Tú ocultabas algo esta mañana, cuando el director te interrogó antes de las oraciones. Yo podría asegurarlo, por la forma en que actuaste. ¿Qué ocurrió, en realidad, anoche?

Tanto Sophonisba como Lucas se alarmaron no poco ante la rapidez del ataque del detective. El pequeño se movía, incómodo.

—¿A... noche? —tartamudeó.

—Sí. ¿Qué sucedió en ese dormitorio después que yo me llevé los zapatos?

—Yo no he hecho nada malo —balbució Lucas—. Aunque es cierto que me he levantado de la cama, y aunque eso está prohibido por el reglamento, no veo que haya nada de...

McFee tiró hacia arriba sus pantalones de pana.

—No te apures tanto, hijito. Comienza por el principio.

Después de reiterados ruegos a Sophonisba para que no lo delatara, Lucas narró todo lo sucedido desde el momento en que se había puesto a escuchar detrás de la puerta de Nettleton, hasta aquél en que despertó de su pesadilla y vio a la enfermera gris inclinada sobre el lecho de Moss. Si había vacilado en hablar por las consecuencias que podía traerle su relato, se sintió más que

compensado por el efecto extraordinario que éste produjo en sus oyentes. Ante la mención de la mujer extraña en el cuarto de Nettleton, los ojos de la señorita Soapy se nublaron y su rostro enrojeció de ira, mientras McFee se olvidó de hacer preguntas y se mantenía con el cuerpo inclinado hacia adelante, succionando una pipa apagada que había extraído del bolsillo de su delantal. Por fin Lucas terminó, ruborizado de orgullo y vanidad.

—Ya ve usted —dijo con aire de agraviado— que yo no estaba escuchando detrás de la puerta simplemente por curiosidad, señorita. Lo hacía porque me parecía que estaba ocurriendo algo que había que observar.

Sophonisba se dio vuelta y empezó a recorrer con sus dedos una pila de piezas de música, como si estuviera buscando allí algo muy importante.

—¡Así que eres un detective disfrazado, Lucas! —McFee tenía lo ojos clavados en el niño y buscaba en el bolsillo del delantal su tabaquera. A juzgar por la expresión, era difícil saber hasta qué punto era nuevo para él todo lo que Lucas había contado—. ¿Quién era la mujer que estaba en la habitación del maestro de inglés?

Lucas parecía un tanto intimidado por el detective y se dirigía a él con deferencia inusitada.

—No lo sé, McFee, señor. No era la señorita Dodd, señor. Pensé que podría ser la señora Moss, señor.

—¡Hum! no me imagino qué estaría haciendo allí.

—No hay razón para suponer que ella hubiera ido hasta allí —interrumpió Sophonisba, ásperamente—. Y si lo hizo, espero que haya sido para averiguar algo de sus niños. No hay nada tan extraordinario en ello, me parece. Todo eso se descubrirá cuando sir Wilfrid entreviste a Nettleton, de todos modos.

McFee la miró brevemente.

—Lucas —dijo—, ¿cómo sabes que fue Mlle. Santais la que pasó junto al armario cuando tú estabas encerrado adentro? Debe de haber estado bastante oscuro por ahí.

—El olor, señor —repuso Lucas, prontamente—. Ella siempre apes..., huele del mismo modo, señor.

—¿Cómo sabes que no entró en la habitación?

Una vez más Lucas tuvo una respuesta sagaz.

—La puerta del señor Nettleton chilla, señor. Yo lo hubiera oído

si ella hubiera entrado, señor.

—Deja de llamarme señor. Me pone nervioso. Y ahora, con respecto a ese sueño tuyo. Era sólo un sueño, ¿verdad? ¿Tú no viste a nadie, en realidad, al despertar?

—Lo siento, señor… quiero decir, McFee. Pero yo estoy seguro de haberla visto. Un relámpago iluminó el dormitorio en ese momento y pude verla a ella contra la ventana.

—¡A ella! Tienes muy buena vista si quieres distinguir a una mujer de un hombre en la fracción de un quinto de segundo.

Con mal disimulado orgullo, Lucas sacó a relucir su última y más magistral observación.

—Yo no me di cuenta de ello cuando la vi, McFee. Fue después, en la oscuridad. Crujió una tabla del piso, y luego oí el roce de su falda.

McFee se volvió hacia Sophonisba.

—¿Quiere usted tener la bondad de venir caminando hacia aquí, señorita Dodd?

Azorada, con ciega obediencia, Sophonisba comenzó a caminar. Llevaba puesto un vestido veraniego, que crujía muy levemente al moverse ella.

—¿Quieres decirme que has podido oír un sonido tan leve como éste?

Lucas se rascó la cabeza.

—No, señor, McFee, yo creo que era más fuerte.

—¿Más bien como esto? —McFee dejó caer el delantal que tenía arrollado a la cintura y se envolvió con él la parte inferior de las piernas. Empezó a caminar por el cuarto, y esta vez se produjo un crujido inconfundible.

—Sí, sí —exclamó Lucas, para quien McFee acababa de adquirir una importancia sólo superada por Nick Cárter—. ¡Eso es!

—En otras palabras, esa mujer llevaba una falda larga —dijo McFee, volviendo a levantar el delantal hasta su cintura—. ¿Recuerda usted quiénes de entre las mujeres llevaban anoche vestido de fiesta, señorita?

Sophonisba pensó un poco.

—La señora Bernard-Moss, Mlle. Santais, mamá y yo. Creo que todas. Usted sabe, era una ocasión muy especial.

—Una hermosa pieza de deducción que se pierde, ¿eh? —McFee

se volvió hacia Lucas—. Y ahora, caballerito, has oído hoy una cantidad de cosas y te las vas a olvidar en seguida —agitó ante sus narices un dedo largo y fuerte—. La señorita Dodd y yo ya hemos averiguado todo lo que nos interesaba saber. Cuando se nos ocurra, podemos denunciarte por andar fisgoneando, mentir, bajarte de la cama después de apagadas las luces y retener informaciones que podrían interesar a la Policía.

Lucas observaba fascinado al otrora portero.

—Seguro que no contaré nada. Pero —tomó coraje para hacer una súplica trascendental—, pero, McFee, por favor, ¿no cree usted que yo podría serle útil? Ya he hecho antes esa clase de cosas..., de veras que lo he hecho. Fui yo quien descubrió la caja de juegos de Roger, cuando todos creían que Pemberly se la había robado de la valija.

Esperó, sin respirar, la respuesta de McFee y, ante su gran sorpresa, recibió un grave gesto de asentimiento.

—Por supuesto que puedes ayudar. Puedes resolver todo este asunto. Lo único que tienes que hacer es mantener los ojos bien abiertos e informarme en seguida cualquier descubrimiento que hagas. Pero recuerda bien esto: no le cuentes a nadie y no vayas a obrar como si supieras que yo no soy un portero. Si tienes que venir a contarme algo, ten cuidado de que no te vean. Eso es todo —con una sola mano levantó al niño de su asiento y lo mantuvo suspendido en el aire—. Y ahora, corre —lo depositó en el suelo y le dio una palmada en broma—. La lección de música ha terminado por hoy.

Lucas salió rápidamente, en pleno éxtasis, agitando la pieza de música y jurando que su tiempo y sus energías estarían siempre a disposición del detective.

—Bueno —dijo McFee, después que el niño se hubo alejado—, parece que hoy he conseguido un par de camaradas, ¿no es así?

Sophonisba lo miró desde la ventana, donde su grácil silueta se destacaba contra el vidrio.

—¿Cree usted que es prudente dejar que Lucas ande espiando por ahí? ¿No le parece que podría llegar a contarlo todo?

—No podemos hacer nada por evitarlo. El descubrió todo el asunto por sí mismo. Es mejor tenerlo con nosotros que contra nosotros. No hará daño alguno. Y hasta es posible que aporte algo

interesante —McFee se dirigió hacia la puerta—. Bueno, tengo que volver a mis ocupaciones. Ya lo tenemos todo arreglado, ¿no es así? Esté alerta y cuénteme lo que llegue a saber —el oscuro y vivaz semblante se le iluminó con una sonrisa—. ¡Por nuestra camaradería! —dijo, tendiéndole la mano.

Ella deslizó su mano en la de él.

—Por nuestra camaradería.

Permanecieron inmóviles por un rato, mirándose a los ojos. En seguida ella apartó la mirada y frunció el ceño.

—Sigo pensando que no debíamos haber metido a esa criatura en todo esto.

—¡Esa criatura! —McFee estuvo a punto de estrujar los dedos de la joven con su fuerte apretón de manos—. A usted le parecerá que estuve bromeando con él, pero no debemos subestimar la importancia de Lucas. No creo que él se dé cuenta de ello, pero..., en mi opinión, ha visto realmente cómo se cometía el crimen anoche.

8

AMO, AMAS...

Al retirarse McFee dejó a Sophonisba en un estado de conmovida excitación. ¡Al fin la vida en Craiglea tenía algún sentido! Ella ya no era meramente una profesora de música, cuyo salario cubría apenas sus gastos menudos. Ella era la compañera de tareas —por poca que fuera su importancia— de un detective de ley, de un metro noventa de altura. Podía sentir todavía en los dedos la impresión del firme contacto cuando se estrecharon las manos. Las misteriosas palabras, cuando se refirió al personal docente, le resonaban todavía en los oídos. Hasta el espectáculo vulgar de Heath haciendo marchar a los niños más pequeños tenía ahora cierto encanto. ¿Quién podía saber qué misterios se ocultaban detrás de la cara escrupulosamente bronceada del profesor de matemáticas?

Sophonisba escudriñó cuidadosamente la parte de la alameda que resultaba visible desde su ventana. Semioculta entre los árboles descubrió la elegante figura de la señora Bernard-Moss. La dama americana parecía muy serena; no respondía en absoluto al concepto popular de una madre desconsolada, o aun una madrastra. Se paseaba lentamente por un sendero, deteniéndose de vez en cuando para recoger una flor. Esa escena campestre absorbió la atención de Sophonisba a tal punto que se sobresaltó al oír un golpe en la puerta, a sus espaldas.

Debía de ser el alumno siguiente. Oh, no... Sufrió un ligero estremecimiento al darse cuenta de que ésa era la hora que correspondía a la lección de Eric Bernard-Moss.

—Adelante —dijo, temblando todavía.

La puerta se abrió para dar paso a la figura familiar de Harvey Nettleton. Sophonisba se apartó de la ventana, endurecidas las facciones.

—¡Hola! —saludó fríamente—. Creí que estaba usted en clase.

Pese a cierto aspecto macilento, Nettelton aparecía tan inmaculado como siempre. El pelo rubio estaba brillante y bien peinado, y su expresión denotaba un perfecto dominio de sí mismo, al igual que el impecable nudo de la corbata o la raya de los pantalones. Por el rostro y el físico, el maestro de inglés bien podía ser un guapo boxeador de peso mediano, pero sus modales tan copiados de Oxford y el acento afectado hacían que uno olvidara esas características y sospechara más bien que tenía guardada en algún cajón una camisa de color violeta o una corbata absurda.

El joven sacó a relucir una pitillera de plata y se la tendió a ella, ofreciéndole un cigarrillo. Cuando recibió una negativa, encendió uno él mismo y se aproximó a la ventana.

—Tengo una hora libre —indicó con esa voz que sugería siempre una persona demasiado «bien educada»—. Hoy le toca a la pobre Mlle. Santais tomar las clases de tercero y cuarto simultáneamente.

—¡Oh! —exclamo Sophonisba, volviendo otra vez a la ventana.

En la alameda se veía todavía a la señora Bernard-Moss. Había recogido algunas varas largas de sellos de Salomón.

—Qué mujer atrayente, ¿verdad? —murmuró la joven, mirando a Nettleton, con los párpados bajos.

—Eh..., ¿quién?

Sophonisba señaló la deliciosa figura de la americana en forma casi acusadora.

—¿La señora Bernard-Moss? Ah, sí, realmente —una ligera sombra de inquietud pasó por sus ojos azules—. Es terrible el asunto ese de su hijo. Acabo de sufrir un interrogatorio de parte de ese viejo asno pomposo, Pemberly. Quisiera que usted sepa cuán profundamente siento todo esto, por su padre y por... por la escuela.

—¡Oh! ¿Ha sido usted interrogado? —preguntó Sophonisba, con súbito interés—. ¿Tenía algo que decirles?

—No. Nada en absoluto. Es un pensamiento desagradable, pero ese niño debe de haberse metido, de una u otra manera, en ese

armario que está justo al lado de mi puerta, y yo no he oído absolutamente nada.

—Comprendo —Sophonisba tenía los labios fuertemente apretados—. Y usted, ¿estuvo solo toda la noche escribiendo a máquina, supongo?

—Sí, he estado escribiendo durante un rato. Después me puse a leer. Debo de haber apagado la luz bastante temprano.

Por un momento Nettleton quedó en silencio. Parecía perdido en la contemplación de los delicados rizos dorados que caían sobre la nuca de Sophonisba.

—¿Sabe una cosa? —dijo de pronto, ilógicamente—. Yo creo que habría que estudiar un poco más los antecedentes de ese tipo McFee. Claro es que estoy perfectamente dispuesto a creer que todo esto es consecuencia de un accidente. Pero creo que en ello hay algo más de lo que aparece a simple vista, y él es la persona que más probablemente pueda estar complicada en este asunto. Nunca me ha gustado demasiado.

—¿Así que a usted no le gusta? —observó Sophonisba, con irritación creciente—. Eso es muy interesante. Y sólo porque no le gusta empieza a pensar...

—¿Por qué esa apasionada defensa del portero?

—Yo no lo estoy defendiendo —replicó con brusquedad Sophonisba, dolorosamente consciente de que el rubor le iba cubriendo las mejillas—. No hay de qué defenderlo. Sólo que no veo por qué había de ser usted tan... irrazonable.

—Yo mismo no veo por qué —dijo él, con tono ligero—. La única razón lógica que puedo dar es que casualmente acabo de enterarme de que él ha estado aquí, hablando a solas con usted durante la última media hora.

Sophonisba no pronunció palabra. Su rostro seguía apretado contra el vidrio de la ventana. El joven se adelantó, puso las manos sobre los hombros de ella y la hizo girar suavemente, de modo que quedaron cara a cara. El parecía haber perdido la acostumbrada pose de afectada burla. La miraba de frente, avanzando el mentón.

—Hay algo que tengo que decirle.

Sophonisba se sobresaltó un tanto al notar una inusitada determinación en su voz. Por primera vez se descubría más consciente de la presencia del hombre que sus ropas. En seguida le

atravesó la mente el pensamiento de que ese día con sus raros acontecimientos, arrojaba nueva luz sobre seres que le eran familiares: primero McFee, y ahora Harvey Nettleton. Apartándose de él, se acercó al piano y tomó en sus manos el busto de Beethoven.

—¿Qu… qué es? —tartamudeó.

—¡Dios sabe por qué será tan difícil! Hace semanas que ando pensando en ello. Es una frase tan simple que hasta Pemberly podría analizarla o traducirla al latín. Sophonisba…, yo la amo —sonrió un poco, tímidamente—. Ya sé que es espantoso hablar de cosas como ésta en tales momentos, pero la imagen de su naricita me está persiguiendo día y noche. Siempre que escribo en el pizarrón siento unos deseos locos de dibujarla. Y, además, debiera haber alguna ley que prohibiera ese tono particular en el pelo. Es como miel o mermelada, o qué sé yo. Y en cuanto a sus labios… ¡oh, Dios!, Sophonisba, ¿ha leído alguna vez a Herrick?

Sophonisba abrió la boca para hablar, pero no le salió ni una palabra. Siguió mirándolo con el más completo asombro.

—Bueno —dijo él, finalmente—, creo que he desnudado mi alma ante usted. ¿Qué va a hacer con eso?

—¿Hacer con eso?

Sophonisba colocó a Beethoven cabeza abajo y comenzó a hacerlo girar como un trompo. Su azorada irritación contra el maestro de inglés se había convertido en genuina ira. ¿Qué derecho tenía él de hablarle así, cuando acababa de mentirle con respecto a la mujer que había estado en su cuarto la noche anterior?

—¿Qué espera usted que yo haga con eso? —respondió, casi ferozmente.

—Oh, no lo sé. El hecho de que yo siga enamorado de usted a pesar de las innumerables reuniones de profesores, y el Himno de los niños, y las excursiones con los chiquillos, es algo que puede tomarse en consideración, ¿no le parece? —Harvey se alisó el rubio pelo, que se había desordenado un poco—. He llegado hasta a amar su nombre, aunque la primera vez que lo oí pensé que se trataba de algún específico medicinal.

Dio un paso para aproximarse a Sophonisba, pero ella retrocedió.

—¿Y quién es usted para hablar de nombres? —manifestó en

forma acre—. Nettleton... suena como una comezón.

El profesor de inglés sonrió.

—Eso es grave —dijo quedamente—, porque yo iba a pedirle que lo compartiera, casándose conmigo.

—¡Casarme! —Beethoven cayó de lado—. ¡Pe... pero yo jamás pensé en casarme!

—Eso me niego a creerlo. Lo que usted querrá decir es que jamás pensó en casarse conmigo. Y yo me pregunto si usted tendría inconveniente en decirme qué es lo que hay de malo..., además de mi nombre.

—¿Qué hay de malo?

—Sí. Dígame cuáles son mis mayores defectos.

Sophonisba estaba a punto de soltar todo lo que sabía sobre su visitante nocturna, pero se contuvo a tiempo.

—Yo podría decirle algunas cosas que... que me impedirían entusiasmarme con usted.

El maestro de inglés apretó el resorte de la pitillera y encendió un Adbullah.

—Espere un momento mientras me acorazo un poco —dijo con una ligera mueca. Un fósforo lanzó una llamarada, y una nubecilla de humo se elevó hacia el techo—. Ahora, tire.

—En primer lugar —comenzó Sophonisba, mirándolo con sus cándidos ojos grises—, usted es demasiado pulcro, demasiado respetable. Jamás podría sentirme conmovida por esa corbata o esos pantalones. Y, temo decirlo, jamás podría emocionarme con esos modales tan propios de Oxford. Sé que estoy hablando como una muchacha vulgar, pero si algún día llego a casarme será con una persona más... fuera de lo común. Alguien cuya ocupación sea más romántica que la de enseñar a unos niños a parafrasear a Kipling. Me imagino que lo que yo quiero es algo distinto de Craiglea y su estirada corrección..., algo extranjero —se interrumpió bruscamente, al descubrir con cierta preocupación que estaba pintando un retrato aproximado de Stephen McFee—. Lo siento —añadió—, me parece que soy una estúpida. Creo que es sólo porque usted es tan... inglés.

Nettleton había estado escuchando solemnemente, pero cuando ella hubo terminado estalló en la carcajada más inexplicable.

—¿Yo soy demasiado inglés..., demasiado respetable? ¿Eso es

todo lo que tiene contra mí?

Sophonisba estaba fastidiada con él por tomar tan a la ligera sus observaciones.

—No, eso no es todo —continuó con cierto ensañamiento—. Si alguna vez llego a casarme, elegiré a una persona un poco más franca de lo que es usted. No veo razón para que usted ande contándole a todo el mundo sus cosas, pero jamás ha dicho una sola palabra sobre su familia o el lugar de donde procede. Luego está ese tecleo continuo en la máquina. Todas las noches se encierra usted en su habitación y hasta parece que le gusta hacer un misterio de ello. Y eso no es todo, tampoco —ella se mordió los labios y volvió la cabeza—. Hay otras cosas que parece muy interesado en reservarse.

Las mejillas del joven palidecieron.

—Supongo que le parecerá que tomo mis cosas demasiado en serio. Pero le juro que tengo una razón para ello. Tengo que seguir hasta que pueda aclararlo todo. No soy en realidad tan asno como usted supone.

—Usted espera que yo lo justifique todo.

—No espero que lo haga..., le ruego tan sólo que lo haga —Nettleton la miraba fijamente—. Si en realidad a usted le interesara, podría explicarle todo, por cierto, pero, ¿qué ganaríamos con ello? —parecía hablar para sí mismo, más que para ella—. Todo se descubrirá a su debido tiempo. Y ya he hecho la mayor parte. Mas, por favor, no prejuzgue en mi contra hasta que sepa la verdad.

—¿Por qué había yo de prejuzgar? —preguntó Sophonisba, con tono algo helado—. Y, entre paréntesis, hay algo que los dos parecemos haber olvidado. Anoche un niño fue... muerto en circunstancias muy desagradables. Me parece bastante mal momento para andar ocultando misterios, pero mientras la Policía está enterada de todo, yo nada tengo que objetar.

El maestro de inglés pareció entender que se le despedía. Se quedó parado un rato en la puerta y de pronto giró sobre sus talones, alejándose.

Después de su partida Sophonisba quedó atormentándose víctima de contradictorias emociones. Resultaba evidente que

Harvey Nettleton no era el joven bien parecido y más bien afectado que ella suponía. ¿Debió de haber confiado un poco más en él? Su preocupación por la muerte del niño parecía auténtica. Y, sin embargo, ¿cuál era la causa de esas frases dichas a medias, de esos silencios intencionados? ¿Y por qué había elegido precisamente ése entre todos los días para hacerle el amor? Tal vez en su nuevo papel de auxiliar de detective ella debió de haber aprovechado la oportunidad para sonsacarle algo. Y, sin embargo, existía una fuerza desconocida —algo así como un sexto sentido— que le impedía tratar de profundizar demasiado en los secretos de ese joven enigmático.

En alguna parte, así lo sentía ella, había… peligro.

A los pocos minutos comenzaron de nuevo las lecciones de música, y el monótono ritual de la vida diaria en cierto modo distrajo su mente.

Derek Pemberly fue el alumno que llegó después. Pese a su aspecto desgarbado y a su atraso en los estudios, el muchacho era una especie de genio en el piano. Sophonisba se sentía siempre un poco incómoda al enseñarle, pues, en auténtica apreciación y emoción musicales, él superaba de lejos el talento más bien académico de la profesora. En ese día, sin embargo, Pemberly parecía inquieto y lleno de curiosidad por la suerte de Moss mayor. Recordando que él también era uno de los ocupantes del dormitorio B, Sophonisba resolvió utilizarlo para hacer sus primeras armas como detective.

—¿Así que tú no viste nada en absoluto, Pemberly? —le preguntó, mientras estaba parada junto al piano, contemplando el revuelto pelo claro, casi albino, del «monstruo» de la escuela.

—Nada, señorita Dodd, pero yo s… s… sabía que algo que e… e… eso iba a pasar tarde o t… t… temprano —los ojos claros de Pemberly posaron su vaga mirada en el rostro de Sophonisba.

—¿Cómo, Pemberly? ¿qué quieres decir con eso?

—Moss mayor era un m… m… maldito, señorita.

—¡Maldito! No debes decir semejante cosa —le advirtió Sophonisba, impresionada—. Habrás querido decir solamente que no lo querías, ¿no es así?

—¿Q… q… quererlo? —Pemberly se levantó de su asiento, y Sophonisba observó que era tan alto como ella—. Yo l… l… lo

odiaba.

Había algo de casi primitivo en la cara del niño cuando logró emitir esas palabras, con una dificultad mayor que de costumbre. Antes de que ella pudiera impedírselo, ya se había lanzado él a contarle una larga y deshilvanada historia. Pemberly era, como ella bien lo sabía, apasionadamente entusiasta de toda forma de vida en estado silvestre, y, al parecer lo molestaban terriblemente las incursiones científicas de los mellizos en el mismo terreno. Los dos hermanos Moss robaban huevos de los niños y mataban mariposas. Los rotulaban y clasificaban, colocándolos en costosos estuches. Hasta ponían trampas para animalitos. Los ojos de Derek Pemberly echaban chispas a medida que hablaba. Ellos mataban continuamente, y era justo que uno de ellos fuera muerto a su vez. La lógica del muchacho era simple e inconmovible, Sophonisba interrumpió de pronto la conversación y le recordó a Pemberly que había venido a dar su lección de música.

El niño, excesivamente desarrollado, volvió al piano y dejó correr sus dedos por el teclado. Luego irrumpió con un Preludio de Chopin, muy convencional, que tocó con fogosa intensidad. A pesar de la abundancia de notas equivocadas, Sophonisba escuchaba con fascinación. Parecía imposible que una criatura pudiera elevar un Preludio de Chopin del nivel de su trillada dulzura, para tocarlo con tanto sentimiento. La expresión de Pemberly era de exaltación, pero en el fondo de sus ojos flotaba algo escasamente humano. La música giraba en la pequeña y mal ventilada habitación y apresó a Sophonisba en su ritmo. Ella seguía con la mirada los rápidos movimientos de las manos de Pemberly.

«¡Qué muñecas tan fuertes tiene!» —se puso a pensar—. «Fuertes como las de un hombre.»

Recordó entonces que era el único chico de la escuela que podía arrojar una pelota de criquet hasta el otro extremo de la cancha.

Quién sabe por qué oscura razón se sintió de pronto presa de pánico. En su mente la música pareció vincularse en cierto modo con los horribles incidentes de la noche pasada. Era como si se abrieran puertas en su cerebro: puertas que, una vez que volvieran a cerrarse, revelarían algo terrorífico.

Se llevó una mano a la garganta.

—¡Basta, basta! —gritó, golpeando la tapa del piano—. Es La

bemol, Pemberly. La *bemol*, no La natural.

9

CONFLICTO

Los temores de Dodd cuanto a los efectos de la tragedia sobre la escuela, resultaron infundados. Por unos días, las madres, asustadas, iban llegando a la escuela, pero la dignidad y confianza que emanaba de la señora Dodd, unida al hecho de que la señora Bernard-Moss no retiraba de allí a su otro hijo, las reconcilió con la idea de seguir dejando a sus niños en Craiglea. Tampoco el sumario provocó indebida alarma en los corazones paternos. Sir Wilfrid había cumplido su palabra. Las formalidades legales fueron cumplidas con la menor publicidad posible. La historia de los Heller no salió a relucir, y no se hizo mención alguna de la misión oficial de McFee. Tanto el jefe de policía como el juez convinieron, en privado, que era más prudente no publicar esos hechos, para evitar innecesarias restricciones a la investigación. El testimonio de la señora Blouser y los descubrimientos del doctor Woodhouse, con la necesaria corroboración, fueron entregados después de un tiempo y, finalmente, el jurado dio, en respuesta, un veredicto de muerte por accidente.

La ceremonia del funeral se llevó a cabo en la intimidad y con la sola presencia de la señora Bernard-Moss y el personal docente de la escuela. Al día siguiente Craiglea había retornado, ostensiblemente, a su vieja y encantadora rutina. Los chicos sabían bien poco de lo ocurrido, el cambio del nombre de Moss menor por Moss a secas fue casi el único efecto palpable de la tragedia. Irving Moss mismo no parecía muy conmovido por la muerte del hermano. Naturalmente, se le ocultó toda la historia de los Heller, y a los pocos días ya se lo

pudo ver paseándose tranquilamente por la pradera en busca de ejemplares para agregar a la colección que había quedado aumentada ahora con la que perteneciera al difunto Eric.

Si en esas caminatas tropezaba bastante a menudo con su madre o con Stephen McFee, jamás se imaginó la razón de su estrecha vigilancia. Le resultaba completamente natural que se le prestara mayor atención que a cualquiera de lo otros niños, menos acaudalados.

A pesar de la historia relatada por la dama americana, de la presencia constante de McFee y de la aparición ocasional de algún policía particular en el bosque, el señor y la señora Dodd llegaron a persuadirse bien pronto de que todo el asunto no había sido más que un accidente. Les resultaba difícil a los ingleses, tan conservadores, aceptar algo nuevo. Después de un par de semanas, Moss mayor y su misteriosa muerte fueron echados al olvido.

Sir Wilfrid, por otra parte, era la eficiencia realista en persona. Nada podía apartar a un ex mayor del ejército de la India del estricto cumplimiento del deber. Una vez que su limitado poder de comprensión hubo absorbido todas las implicaciones que significaba ese peligro proveniente de Norteamérica, comenzó una investigación exhaustiva. Se recorrió a Saltmarsh y sus alrededores en busca de cualquier elemento sospechoso. El armario de la ropa blanca sufrió un examen dactiloscópico, en un vano intento por hallar algo más informativo que las huellas de la señora Blouser, que había descubierto el cadáver, y las de McFee, que lo había conducido hasta el sanatorio. Se interrogó a todo el que estuvo en la escuela en la noche de la muerte, sobre si habían visto al niño abandonar el dormitorio. Hasta el señor obispo había sufrido algunas preguntas llenas de tacto por parte del propio sir Wilfrid. Hay que reconocer, en homenaje al fogoso jefe de policía, que se las ingenió para entrevistar al personal de servicio sin aludir para nada a la verdadera naturaleza de la tragedia ocurrida en la vecindad.

Muy poco resultó de esas investigaciones…, excepto la convicción de que el asesino, si asesino hubo en realidad, debió de haber dormido en la escuela esa noche. Pero el ardor oficial de sir Wilfrid no se apaciguó. Se presentó a McFee a toda la Policía local y se le dieron instrucciones de que se presentara su informe, a intervalos regulares, a la comisaría de Saltmarsh. Había detectives

dispuestos para intervenir en cualquier momento si el «portero» necesitara súbita ayuda, y se estableció estrecha vigilancia sobre toda persona nueva que llegara al distrito.

Era propio de los métodos de sir Wilfrid dejar de lado inmediatamente la narración de McFee sobre lo que Lucas había visto en el dormitorio, como si fueran meras manifestaciones de una indigestión y producto de una mente juvenil. La alusión a la enfermera gris sólo recibió el más breve de los bufidos por parte del jefe de policía. Sir Wilfrid era un hombre de hechos duros, implacables, irrefutables hechos. Con su experiencia de la disciplina militar, se entregó con todo vigor a la causa de hacer luz en un condenado crimen extranjero e impedir otro.

Aunque sus actividades eran menos evidentes, Stephen McFee se desempeñaba con igual eficiencia. Para los extraños, seguía siendo el modesto y casi torpe portero, pero siempre parecía saberlo todo antes de que lo descubrieran los hombres de la Policía. Sólo Sophonisba notaba con qué frecuencia podía vérselo en la proximidad de Irving Bernard-Moss, con qué frecuencia retornaba por las noches al dormitorio A como si se hubiera dejado olvidado allí un par de zapatos. Ni la más averiguadora y enamorada de las sirvientas hubiera soñado jamás que las frecuentes excursiones del portero a Saltmarsh eran en realidad visitas al departamento de Policía. Durante las semanas que siguieron, Craiglea se mantuvo completamente ignorante de estas corrientes subterráneas que rizaban la suave superficie de su vida diaria.

Entretanto la señora Bernard-Moss se había habituado a Inglaterra. Después de muchos traslados de sus valijas resolvió instalarse finalmente en la hostería local y allí, durante su estancia en la *Goat and Compasses*, se había convertido en el núcleo de un grupo social muy agradable. Entre los miembros del personal docente de Craiglea se había instalado el hábito de acercarse por las noches a «animar un poco a la dama americana». A menudo, a la hora del crepúsculo, Harvey Nettleton y Heath podían ser vistos con grandes jarras de cerveza cubiertas de espuma, que conducían desde el bar hasta la pequeña salita de la señora, en la planta baja. El sonido de su voz, profunda y simpática, se filtraba a través de la

ventana abierta y se mezclaba con la más gruesa de alguna carcajada masculina que venía de la taberna. Hasta los esposos Dodd aceptaban la hospitalidad desbordante de la señora Bernard-Moss, y se acercaban en ocasiones a beber con ella una taza de té en sus tardes libres.

En la primera mañana de su instalación en la *Goat and Compasses* se había presentado Stephen McFee para recordarle el episodio de la pelota de criquet y advertirle que ella corría igual peligro que su hijastro. La urgió para que retornara a la escuela, donde podía tenerla bajo estrecha vigilancia. Pero la señora Bernard-Moss meneó la cabeza ante sus temores. Se acercó a la cómoda y extrajo de un cajón un diminuto revólver de nácar, que le mostró.

—Ya lo ve —dijo con una sonrisa de su adorable boca—. Soy capaz de cuidar de mí misma perfectamente.

La personalidad de la señora no sólo extendía su influencia sobre el personal de la escuela. En unos pocos días se había congraciado con toda la población rural de Craiglea, y sus vagabundeos por el campo pronto adquirieron el aspecto de una marcha real. Podía vérsela regularmente todas las mañanas antes del desayuno, recorriendo las calles del pueblo, saludando aquí, recibiendo una inclinación de cabeza allá, preguntando por la salud de los bebés y aceptando el ofrecimiento de algún paseo en viejos y desvencijados carros de heno. No había una sola persona que hubiera quedado impasible ante la persuasión del encanto de la «dama extranjera».

Hasta el propio Irving estaba impresionado por la popularidad de su madrastra y por la adquisición que ella hiciera de varios costosos libros de ciencias naturales. Con el tiempo se fue acostumbrando a su constante presencia, y juntos hacían frecuentes excursiones a través de las soleadas praderas, donde la señora Bernard-Moss solía hacerle bien intencionadas, pero vagas preguntas, sobre los nombres y hábitos de las flores silvestres, las mariposas, los insectos y los pájaros. Hasta había logrado persuadir a Dodd para que quebrantara el reglamento de la escuela en favor de Irving, permitiéndole levantarse temprano y hacer un paseo con ella antes del desayuno.

—El tiempo que podremos pasar juntos está limitado —argumentó ella—, y siento que tenemos que vernos lo más posible.

Después de todo, la posición de una madrastra es bien difícil, y quiero llegar a conocer al niño y comprender sus intereses.

Persuasiva como era, sería exagerar muy poco si se dijera que no había en Craiglea una sola persona que no hubiera sido conquistada por ella. St. John Lucas, en su papel de auxiliar de detective, había inscrito bien alto su nombre en la lista de sospechosos que había tenido cuidado de recopilar en una mugrienta libreta negra. Pero eso no tenía una significación particular, porque apenas si había un individuo que no figurara en esa nómina infamante, en constante aumento.

Ni tampoco podía tomarse muy en serio la desconfianza de Sophonisba. Ella misma comprendía que eso se basaba más en las frecuentes visitas de Harvey Nettleton a la *Goat and Compasses* que en nada más criminalmente sospechoso.

Es claro, se decía a sí misma con frecuencia, que bien poco le importaba lo que él hiciera o dejara de hacer, después de todo; pero le parecía casi insultante que el rubio maestro de inglés pudiera trasferir su atención con tanta facilidad… y hacia una recién casada, sobre todo. Durante las semanas que siguieron tuvo buen cuidado de no cruzarse en su camino, e hizo cuanto le fue posible por evitar toda mención de su nombre en sus conversaciones con McFee.

Las visitas del detective a la sala de música se habían convertido en un hábito regular, y los pocos minutos que pasaba a solas con él eran los únicos puntos luminosos en los días de Sophonisba. Aunque era raro que tuviera que comunicarle algo de verdadera significación, la sola presencia de esa personalidad vital de allende los mares obraba como un tónico sobre su temperamento romántico. McFee pocas veces se confiaba a ella, pero la muchacha estaba siempre sobre ascuas, aguardando a que él hiciera alguna insinuación con respecto a las sospechas que, de acuerdo con las novelas de detectives que había leído, debían ciertamente de estar tomando cuerpo en su mente.

Cuando clavaba la mirada en sus oscuros e inescrutables ojos, olvidaba los estrechos límites de la sala de música. Su mente remontaba vuelo a través del soñado océano, hacia climas más coloridos. En el pasado esos viajes solía efectuarlos siempre sola. Pero ahora había otra figura de pie, a su lado, en la proa de la goleta: una figura alta y delgada, de negro y revuelto pelo y una

sonrisa excitante.

—Si alguna vez llego a enamorarme —se descubrió pensando cierto día— creo que elegiré a un americano.

Tres semanas después del crimen se estaba alisando apresuradamente el pelo de «miel» ante el espejo, a la espera de la llamada de McFee en su puerta. El viejo Kettering, el antiguo portero de la escuela, había vuelto en calidad de ayudante, pero el detective seguía realizando la mayor parte de las tareas. En particular, continuaba siempre con la costumbre de traerle la leche a Sophonisba a la hora de la merienda.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y entró McFee, llevando el delantal de siempre y la camisa caqui. Colocó la bandeja sobre el piano y le sonrió amigablemente.

—Bueno, señorita Dodd, aquí estamos de nuevo. ¿Qué tiene que contarme hoy?

Sophonisba tenía brillantes los ojos.

—Yo creo —dijo con cierta nerviosidad—, creo haber descubierto algo. Naturalmente, es algo perfectamente ridículo, pero...

—Nada es demasiado ridículo en este caso.

—Bueno, se trata del cartero otra vez —Sophonisba comenzó a beber su leche—. Esta mañana llegó una carta para Heath. La vi cuando recibí la correspondencia. Parecía algo muy importante y tenía las iniciales S. I. F. estampadas en el sobre. Yo fui al estudio de mi padre y me fijé en un libro de referencias que tiene. La S. I. F. es la Sociedad Inglesa Fascista. Es otra de esas organizaciones antisemitas, ¿no es así?

—Seguro.

—Es claro que resulta absolutamente fantástico mezclar a Heath en todo esto. No es posible que él sea uno de esos Heller.

McFee sonrió.

—No, no es uno de «esos Heller», pero, ¿es tan importante eso? —acercó dos sillas a la ventana, y se sentaron—. Mucha gente parece olvidar que Eric Bernard-Moss era millonario por derecho propio. Siempre puede haber... algunas otras razones —para mayor

desilusión de Sophonisba pareció perder interés en el tema. De pronto se volvió y la enfrentó solemnemente—. Hablando de cartas, señorita Dodd. Tengo por fin un trabajo para usted.

Las mejillas de Sophonisba se colorearon de placer.

—¿Un trabajo? ¡Oh, qué emocionante!

—¿Usted recuerda que le dije la vez pasada que pronto volveríamos a tener noticias sobre la correspondencia de Mlle. Santais? Pues bien, las tenemos. Por fin he descubierto su rastro —los ojos de McFee parecían sonreír con cierta malicia—. Y lo he descubierto en el lugar más lógico. Los hombres de sir Wilfrid parecen haber recorrido todo el país en busca de esa información. Pero, a la oficina de correos de su propio pueblo, en Saltmarsh, sin embargo no fueron.

—Así que...

—Sí. Yo he notado que nuestra amiga francesa va a Saltmarsh con cierta regularidad. Ayer tuve tiempo de seguirla. Se dirigió a la oficina de correos y salió de allí con una carta. Claro es que pude haberla detenido allí mismo, pero no quería despertar sospechas. No creo que la misión de un portero sea meterse con los profesores. Me parece que si usted va a la oficina, podría pedir su correspondencia y ver qué pasa. Usted sabe cómo hacerlo: algo así como casualmente —pasaba por aquí—... ¿Quiere hacerlo?

Llegado el caso, Sophonisba sintió una irracional y muy inglesa resistencia a hurgar en los asuntos de los demás, pero finalmente se dejó persuadir. Después de todo, era la primera petición que le hacía McFee, y, como lo señalara él un poco acremente, si Mlle. Santais no tenía nada deshonesto que ocultar, ningún daño podía resultar de ello.

—Estoy libre esta tarde —dijo ella, por último—. Podré ir al pueblo y regresar para la hora del té.

—¡Magnífico!

Sophonisba estaba a punto de pedir más detalles cuando el sonido de furiosas voces infantiles penetró por la ventana abierta. Tanto ella como McFee se volvieron y miraron por sobre los canteros de rosas, hacia la alameda. Allí, junto a la hilera de árboles, se estaba desarrollando una batalla campal. Al principio Sophonisba no pudo distinguir nada entre la confusa mezcolanza de brazos y piernas, pero gradualmente pudo discernir la enorme

figura de Derek Pemberly y la pequeñita de Irving Bernard-Moss. Mientras los observaba, vio que Pemberly se liberaba de su adversario y, arrojándolo de espaldas, comenzaba a darle en forma salvaje puñetazos en la cara. Sophonisba había visto muchas peleas juveniles en Craiglea, pero ésta era diferente. Había algo en Pemberly. que la alarmó. Abrió entonces la ventana de par en par y golpeó las manos.

—¡Pemberly! —gritó—. ¡Deja eso!

Pero los muchachos estaban demasiado ocupados como para prestarle atención. Pemberly seguía con sus furiosos golpes, y Sophonisba podía oír los chillidos de Irving Moss, presa de verdadero pánico.

—Vamos —dijo, aferrando el brazo de McFee—. Tenemos que bajar y terminar con eso.

Mientras bajaban corriendo las escaleras y recorrían la galería en dirección al jardín, otros miembros del personal habían sido ya atraídos al escenario de la lucha. Cuando Sophonisba se hallaba todavía dentro del edificio, Harvey Nettleton se había acercado corriendo desde el campo de criquet. Tomó a los dos niños por el cuello y los apartó sacudiéndolos, como si se tratara de un par de perritos.

—¿Qué significa esto? —inquirió en forma cortante.

—No es culpa mía —Moss se enderezó el cuello y trató de limpiarse la nariz, que sangraba profusamente—. Pemberly me atacó.

—Sí, yo lo agarré, señor —refunfuñó Pemberly, temblando todavía de emoción—. Yo l…l…lo pesqué r…r…robando los huevos del n…n…nido de la alondra. Traté de q…q…que devolviera dos, pero no q.. .q.. .quiso, señor. ¡E.. .e.. .escuche a la madre, señor! —con un dedo tembloroso señaló una zarza, donde una avecilla de color castaño se hallaba gorjeando desesperadamente—. Yo estuve o…o…observando ese nido durante semanas, y ahora él v…v…viene y se lleva todos los huevos.

Nettleton palideció. Justo en el momento en que Sophonisba y McFee aparecían, dando vuelta la esquina de la casa, él le daba una bofetada feroz a Irving Moss, en la cabeza.

—Dame esos huevos —le dijo lentamente—. Todos.

Con muchos lloriqueos, Irving se acercó a un montón de pasto y

extrajo seis huevos blanquecinos y pequeñitos.

—Pemberly, llévalos de vuelta al nido —ordenó Nettleton, indicando con la cabeza la zarza; luego, se volvió hacia Moss—. Si vuelvo a verte otra vez haciendo cosas como ésta, te... —se interrumpió bruscamente. Por un instante se quedó mirando al niño americano, con sus ojos azules que echaban chispas, llenos de una furia que era casi odio—. Eso es todo. Puedes marcharte.

Cuando Irving Moss se alejaba, malhumorado, se acercó corriendo Pemberly.

—Ya los p...p...puse de vuelta, s...s...señor —su rostro pesado y deforme estaba radiante—. C...c...creo que e...e...estarán bien, señor. L...l...le agradezco mucho, señor.

—Muy bien, Pemberly —Nettleton miró al muchacho con severidad—. Me alegra que quieras así a los pájaros, pero no tenías que haberle aplicado la ley con tus manos. Corre adentro. Ya es casi la hora de clase.

Derek Pemberly dirigió una larga mirada amorosa al nido y se escapó corriendo.

En ese momento llegaba Sophonisba, agitada y jadeante por la carretera. No había oído la conversación y no conocía el asunto en absoluto, pero estaba indignada con Harvey Nettleton por lo que le parecía un ataque completamente fuera de lugar al niño americano. Su resentimiento particular hacia el profesor de inglés aumentó su furia, y olvidó de pronto la pose de indiferencia que había estado cultivando durante las semanas últimas.

—Así que ésa es la forma en que usted enseña disciplina, ¿no es así?

Nettleton la miró con los ojos llameantes todavía.

—No es una cuestión de disciplina, es una cuestión de simple decencia. Y de todos modos, no sé qué tiene que ver con usted todo eso.

—Pemberly es cinco veces más grande que Moss. Es simplemente una bravuconada, y usted se puso de parte del más fuerte.

—El mocosito necesitaba una buena tunda.

Sophonisba echó atrás la cabeza.

—Sea verdad o no, usted bien sabe que mi padre no aprobará que usted les pegue a los chicos de ese modo.

—La señorita Dodd tiene razón —McFee, que se había mantenido un poco apartado, apareció al lado de Sophonisba—. Usted pudo haberle hecho verdadero daño al chico, pegándole de ese modo en la cabeza.

—Ya lo veo. Es bastante malo que uno de nuestros… colegas se meta en los asuntos de uno, pero cuando se trata de un portero… Porque usted es un portero, ¿no es cierto, McFee? —Nettleton avanzó el mentón, como dispuesto a dar rienda suelta a su ira con el caballero andante de Sophonisba. Pero, pese a su furia, había una chispa de ironía en sus ojos—. Usted no es más que un vulgar empleado, a sueldo del señor Dodd, ¿no? ¿Qué puede importarle a usted lo que yo haga o deje de hacerle a Moss?

McFee no respondió. Dio un paso hacia adelante y, por un momento, Sophonisba pensó que iba a producirse otra lucha. Mas los largos brazos del portero cayeron a los lados y se apartó.

—Mejor es que me vaya. Tengo mucho que hacer.

Se volvió a la casa, dejando a Sophonisba y Nettleton, uno frente al otro.

—¿Qué diría su querida amiga, la señora Bernard-Moss, si se enterara de que usted le pegó a su chico? —le espetó finalmente Sophonisba.

—Me importa un comino lo que la señora Bernard-Moss o cualquier otro puedan pensar. Me siento perfectamente capaz de manejar mis propios problemas sin su ayuda, en particular de su querido amigo, McFee.

Los ojos de Sophonisba resplandecieron peligrosamente.

—¿Y qué tiene usted en contra de él?

—Nada, sólo que es un portero impertinente e ineficiente, que no sabe su lugar.

—¡No sabe su lugar! —repitió Sophonisba, burlona—. Si usted supiese quién es él, en realidad no diría una cosa así.

Nettleton parecía divertido.

—¿Y qué es lo que hay con respecto a él que yo no sepa?

—Yo se lo diré —la irritación de Sophonisba había dominado todos sus otros instintos—. Es un detective. Eso es lo que es. Y está aquí para tratar de resolver algunos de esos misterios que todo el

mundo parece tan interesado en guardarse para sí.

—Comprendo —Nettleton se pasó la mano por el rubio pelo y la miró en forma burlona—. Así que usted lo sabe todo con respecto a él. Supongo que sabrá también que Eric Moss fue asesinado. Eso es interesante. Muy interesante —sonrió levemente—. Sophonisba Dodd, la pequeña ayudante del detective. Una película en series, que consta de diez partes. Cuénteme cómo le va, de vez en cuando, ¿quiere? Será muy divertido.

Giró sobre los talones y se alejó de prisa, por entre los álamos.

Sophonisba lo siguió con la vista, furiosa. ¡Así que él lo sabía todo! La señora Bernard-Moss debió de habérselo contado. Esa era la única explicación posible.

Mientras iba volviendo a la casa, por entre los floridos canteros de rosas, su ira se hallaba matizada con una nueva emoción. Quién sabe por qué ridícula razón que ella no podía definir, se sentía celosa…, celosa de la señora Bernard-Moss.

10

EL VIAJE INOCENTE

Esa tarde, a las catorce treinta, Sophonisba sacó del cobertizo su bicicleta y se dispuso a efectuar el viaje de ocho kilómetros hasta Saltmarsh. Era de esos días perfectos de verano, en que la naturaleza parece hacer un esfuerzo consciente para mostrarse con sus mejores galas. Rojas amapolas, cual rubíes bordeaban los trigales, en un traje dorado; flores encarnadas aparecían majestuosamente a uno y otro lado de los setos vivos, mientras en cada arbusto los verderones proclamaban ante el mundo su apasionado deseo por «un poco de pan y nada de queso».

Sophonisba descendía casi sin pedalear por la suave pendiente que la conducía a la aldea de Craiglea. Su mente debiera estar atenta a todas las bellezas rurales que la rodeaban, pero desdichadamente los acontecimientos de la mañana absorbían aún su atención. Por mucho que lo intentara, no podía dominar un sentimiento de ira, totalmente irracional, contra Harvey Nettleton. No sólo se había referido a McFee desdeñosamente, sino que la había hecho caer en la trampa, induciéndola a contar el único secreto que se había comprometido a guardar. Casi se ruborizaba al pensar que estuvo a punto de... gustarle.

Pensamientos de esa clase hacen que resulte peligroso un paseo en bicicleta. Antes de que pudiera darse cuenta de ello, casi atropelló a la señora Bernard-Moss.

La dama americana se hizo a un lado vivamente, con una ligera exclamación.

—¡Oh, cuánto lo siento! —Sophonisba saltó de su bicicleta, toda

encarnada—. Yo n…no la vi.

Myra Bernard-Moss se hallaba vestida con uno de sus nuevos trajes de tweed ultra-ingleses. Era, en cierto modo, demasiado moderno, y ella tenía un aspecto más británico que cualquier inglés.

—Está bien, Sophonisba —canturreó, usando el nombre de pila de la muchacha con la mayor naturalidad—. Supongo que usted estaba simplemente disfrutando de la belleza de este día adorable. Yo, por mi parte, lo hacía. ¿Ha visto usted alguna vez algo tan hermoso? ¡O…ooh, mire! —señaló una mariposa que flotaba en el aire, graciosamente, dirigiéndose a la línea ferroviaria—. Es una «dama pintada». Cómo me gustaría que Irving estuviera aquí.

Sophonisba le lanzó una breve mirada.

—Está usted haciendo grandes progresos en historia natural, señora Bernard-Moss. Pronto sabrá tanto como Irving.

La dama no pareció percibir la nota de sarcasmo en la voz de Sophonisba.

—Creo que debo hacer un esfuerzo por Irving, ¿no le parece? —dijo lentamente—. Le gusta tanto la naturaleza, y en las circunstancias actuales siento que debo estar a su lado… lo más posible.

La muchacha quedó un poco sorprendida ante esa referencia a la tragedia, de boca de la señora Bernard-Moss.

—Es claro —murmuró—. Espero que todo marche bien.

Hizo un gesto para volver a montar en la bicicleta, pero la señora apoyó suavemente una mano en su brazo.

—Oh, Sophonisba, quería pedirle que me acompañara a tomar el té esta tarde en la hostería. Una pequeña reunión, ¿sabe? Harvey también va a estar. Oh, usted tiene que venir. Es un muchacho tan simpático, ¿no le parece? Tan sumamente encantador.

—Oh…, lo lamento —los dedos de Sophonisba jugueteaban nerviosamente con el timbre de la bicicleta; volvió la cara para que la señora no pudiera verla—. Tengo que ir a Saltmarsh, y luego voy a dar una clase, y tengo otras cosas que hacer. Creo que me va a resultar imposible.

La señora Bernard-Moss hizo un pequeño mohín.

—¡Oh, qué pena! ¡Otra vez será! Estoy segura de que a Harvey le hubiera encantado. Siempre me habla tan bien de usted.

Sophonisba saltó sobre la bicicleta con innecesaria violencia.

—Bueno, gracias por haberme invitado, señora. Adiós.

Cuando la joven dobló por la curva, divisó una silueta masculina que bajaba por el sendero en dirección a la señora Bernard-Moss.

—¡Oh, Cyril! —la voz de la americana sonó como un gorjeo—. Cuánto me alegro de verlo.

Sophonisba vio a Heath que levantaba su sombrero de fieltro con estudiada cortesía.

—Cyril, naturalmente —murmuró en forma maligna—. ¡No sé si habrá alguien en Craiglea a quien esta mujer no llame por su nombre de pila!

El viaje a Saltmarsh a se cumplió en tiempo récord. Las calandrias cantaban con toda la voz, la franja de mar que se divisaba brillaba al sol, las escabiosas lucían sus flores color púrpura bajo las zarzas, pero Sophonisba no veía ni oía nada. Hasta que llegó a los alrededores de la pequeña población, con sus carros y autos ocasionales, no empezó a prestar atención a lo que la rodeaba. Era miércoles, y Saltmarsh se hallaba entregada a la siesta soñolienta de mitad de semana. Apenas si había algún comprador en la calle principal, y junto a la puerta de la oficina de correos no se veía una sola bicicleta.

Cuando entró en el oscuro recinto de la oficina, se sintió aguijoneada por la excitación. Momentáneamente olvidó las emociones personales y la herrumbrada reja que separaba a los empleados del público, el recipiente de loza en donde bebían agua los perros, y hasta los auxiliares anémicos adquirieron cierto encanto. Sophonisba se aproximó al mostrador y aguardó.

La señorita Topliss abandonó los documentos de aspecto misterioso que había estado sellando furiosamente y se aproximó a la reja. Sophonisba la conocía bien, pues en un tiempo la había ayudado a formar el coro de la iglesia.

—Oh, hola, señorita Dodd. Qué agradable sorpresa. Y con un día tan hermoso. Pero, naturalmente, nosotras las pobres chicas del correo no podemos aprovechar mucho el sol —la señorita Topliss era una mujer alta y voluble, de mejillas pálidas y pelo en desorden —. Usted tiene que venir alguna vez para oír cantar a los chicos. Oh, es maravilloso. Y ahora, ¿qué es lo que desea? Estampillas,

supongo —la señorita Topliss suspiró y siguió hablando.

Sophonisba la dejaba charlar por la sencilla razón de que estaba demasiado nerviosa para cumplir con la misión que se le había encomendado. Por fin, sacó fuerzas de flaqueza.

—Oh, n…no, señorita Topliss —tartamudeó—. Pasaba por aquí, simplemente, y se me ocurrió entrar para recoger la correspondencia de Mlle. Santais. Ella está ocupada esta tarde, así que p…p…pensé que se alegraría si yo le llevara las cartas.

La señorita Topliss apoyó los codos en el mostrador.

—¿Cómo es el nombre? —preguntó mecánicamente.

—Santais —repitió Sophonisba, adquiriendo dolorosa conciencia de su rubor—. Usted la conoce, es la profesora de francés del colegio.

—Aquí no hay ninguna Santais —la señorita Topliss sacudió su mata de pelo—. ¿Profesora de francés, dice usted? No, ninguna francesa viene aquí a buscar la correspondencia. ¡Bill! —gritó, sin volver la cabeza—. Aquí no hay ninguna carta para Santais, ¿verdad?

Sophonisba se encontraba por fin, cara a cara, con un verdadero misterio.

—P…pero yo estoy segura de que ella viene aquí a buscar su correspondencia —insistió—. Yo misma la he visto. S-a-n-t-a-i-s. Una mujercita oscura, con sombrero rojo y que usa siempre un perfume Flor de Lis.

—¿Una mujercita con sombrero rojo? —gritó la señorita Topliss, dirigiéndose al invisible Bill.

A diferencia de la precedente, esa observación dio un resultado inmediato. Un joven delgado y granujiento, con un lápiz detrás de la oreja, surgió de alguna profundidad subterránea. Miró a Sophonisba en forma compasiva.

—Usted querrá decir la señorita Wilkinson —dijo—. Esa de la cara amarilla y los ojos raros. Hoy no ha llegado carta alguna para ella. La correspondencia de América no viene hasta el viernes.

Sophonisba estaba atónita.

—América —repitió—. ¿Está usted seguro de que se trata de la misma persona?

—Es la única con esos datos —murmuró el muchacho, que se había puesto a contar planchas de sellos con increíble velocidad.

—Ah, sí —intervino la señorita Topliss, lánguidamente—. Ya sé a quién se refiere. La señorita Wilkinson..., una muchacha rara. Sólo que supongo que no es en realidad una muchacha, ¿no? ¡Recibe tantas cartas de América! ¿Pero qué es eso de Santais? Jamás registró ese nombre.

—¡Oh, cuánto lo siento! Debo estar equivocada —Sophonisba retrocedió hasta la puerta—. Por favor, no le diga a la señorita..., este..., Wilkinson, que yo he venido por aquí. No quiero incomodarla. Seguramente hay un error. Me habré equivocado de nombre... o de persona... Adiós.

—Adiós, adiós, señorita Dodd —la señorita Topliss agitaba una mano blanda—. *Tiene* que venir pronto a oír a los chicos. ¡Verá qué maravillosamente cantan!

Una vez de nuevo en la calle Sophonisba fue presa de una genuina excitación. Ella había descubierto y seguido hasta el fin una pista respetable. McFee quedaría contento...

Saltó sobre la bicicleta y empezó a descender por la calle alegremente, tocando la campanilla al ver a una anciana que parecía en peligro de ser atropellada por ella.

Estaba demasiado emocionada por su descubrimiento como para pensar en su verdadera significación. Todo lo que sabía era que tenía algo interesante que decirle a McFee, y que el día era maravilloso. Evitando los alrededores de Saltmarsh se puso a pedalear por el camino del acantilado.

Aunque tenía el aspecto de una pequeña ciudad comercial, Saltmarsh se hallaba sólo a un kilómetro del mar. Y ahora, mientras Sophonisba recorría a toda velocidad el polvoriento sendero, podía sentir en las narices el fuerte olor del aire marino.

El camino del acantilado estaba rigurosamente prohibido para los ciclistas, pero Sophonisba lo utilizaba siempre que se encontraba de buen humor. En ese momento el Canal Bristol se extendía a sus pies con una tonalidad tan plateada como la de los manubrios de su bicicleta, y la larga faja de arena, allá abajo, parecía cálida y tentadora. Sophonisba se apresuraba, agachándose para evitar algunas ramas bajas de las zarzas o las hojas plumosas de los tamariscos.

Recorrió cinco kilómetros sin novedad. Los pensamientos de Sophonisba comenzaron a dar vueltas en forma placentera, en torno al té en perspectiva. Por fin, una curva del camino le reveló la tan familiar franja de la playa que se extendía hasta la misma escuela y que los internos de Craiglea proclamaban como suya propia. Los acantilados eran muy bajos en esa parte, y Sophonisba no se hallaría a más de nueve metros sobre el nivel del mar. Observó con alegría la arena húmeda y los grupos dispersos de rocas a sus pies, y de pronto lanzó una leve exclamación. Debajo de ella, sentados sobre una roca, había dos personas, un hombre y una mujer. Sophonisba dio un tirón al manubrio hacia un costado cuando las reconoció con sorpresa. Eran Harvey Nettleton y Myra Bernard-Moss.

Quedó sobrecogida, en cierto modo, ante la violencia de su reacción frente a una escena tan placentera. No había nada de extraordinario en ese *tête à tête*, en una tarde de verano, entre un maestro inglés y una encantadora visitante de América. Pero esos dos parecían demasiado íntimos. Estaban sentados muy juntos y, según se veía, se habían creado un pequeño mundo propio sobre esa roca cubierta por las algas.

Olvidando los principios de la buena educación, Sophonisba se apeó de la bicicleta y se puso a espiar por sobre el acantilado para poder observarlos mejor. No le era posible oír nada, pero la expresión de los rostros de la joven pareja era suficientemente clara. Ambos parecían muy serios, y de tanto en tanto, la señora Bernard-Moss se inclinaba con ansiedad en dirección a su compañero. Mientras los observaba, Sophonisba sintió crecer su antipatía hacia la americana, y una creciente desilusión, también, en cuanto a Harvey Nettleton, cuya rubia cabeza resplandecía tan vivamente como la arena bañada por el sol.

¡Después de todo, la señora Bernard-Moss no era mucho más atractiva que ella!

Sophonisba estaba a punto de reanudar su viaje, cuando un leve movimiento en la playa distrajo su atención. Una vez más tendió la vista por la arena y allí, a unos treinta metros de distancia de la pareja, divisó a una tercera persona, que parecía ansiosa por ocultarse de las otras dos. Iba adelantándose despacio, escondiéndose con precaución detrás de las rocas más voluminosas.

Los ojos de Sophonisba se dilataron bruscamente cuando descubrió que ese ser llevaba un sombrero rojo.

Así que ella no era la única habitante de Craiglea interesada en ese grupo. Tenía una rival en la observación, y esa rival no era otra que la propia Mlle. Santais… o Wilkinson.

11

LUCAS, A NON LUCENDO

Desde su iniciación en el círculo encantado de los detectives, St. John Lucas tomó sus obligaciones muy en serio. En lugar del impúdico rapazuelo siempre manchado de tinta, que solía encabezar las burlas contra los gemelos Moss, se había convertido ahora en una criatura solitaria, apartada de todos. Pasaba todos sus ratos de ocio y gran parte de sus horas de clase en acumular y redactar trozos dispersos de información concernientes a gente que no podía, en apariencia, tener la menor conexión con el crimen. Su diminuta figura podía ser vista, con frecuencia, siguiendo de manera furtiva a los miembros del personal, o yaciendo en ciertos puntos estratégicos del patio de la escuela, en la esperanza de sorprender alguna cita culpable.

Su manoseada libreta negra estaba cada vez más garabateada. El podría relatar los más asombrosos detalles sobre la vida privada de la señora Blouser, sobre la botella de forma sospechosa que la cocinera guardaba en su dormitorio y sobre la vida amorosa de las diversas muchachas de servicio.

En este sentido, su último descubrimiento le pareció el más importante, y llegó hasta el punto de interceptar una nota que una chica del fregadero le enviaba al muchacho que venía dos veces por semana a vaciar los tarros de residuos.

Con tan importantes responsabilidades sobre sus hombros, Lucas hasta comenzó a conquistarse la amistad de Irving Moss, y, ante la sorpresa de toda la escuela, se los vio juntos pescando lagartijas acuáticas en el estanque que estaba detrás de la cancha de criquet.

Lucas no hablaba de ninguna de estas cosas con la señorita Soapy ni con McFee. Retenía todos los descubrimientos hasta que pudiera dar un golpe final.

A pesar de la seria suspicacia con que miraba al personal de servicio, el mayor ataque de Lucas iba dirigido contra los profesores. Nettleton, Mlle. Santais y Heat eran el objeto principal de sus oscuras miradas y sus observaciones secretas. Todas las mañanas, en la clase, estudiaba cuidadosamente la expresión de sus rostros, y si notaba algo misterioso en su conducta alzaba la tapa del pupitre y, con el pretexto de buscar un lápiz, inscribía sus reacciones en la libreta negra. Los más interesantes de entre sus descubrimientos se hallaban disimulados por un código oscuro que nadie, a excepción de un amante de los criptogramas como Lucas, podría descifrar jamás.

En la mañana que siguió a la épica excursión de Sophonisba a Saltmarsh, el niño tenía los ojos clavados en la cara de Harvey Nettleton, que estaba dictando la clase de gramática. El maestro de inglés parecía particularmente pálido ese día, y Lucas recordaba con qué furia había estado escribiendo a máquina la noche anterior. Eso le pareció digno de anotarse. Con una rápida mirada al escritorio del maestro, abrió el pupitre y empezó a escribir en forma secreta:

«N. escribió h. tarde anoche. Parece m. cansado hoy.»

—¡Lucas!

St. John Lucas dejó caer bruscamente la tapa del banco y alzó la vista con inocencia.

—¿Señor?

—¿Qué tienes ahí, en el banco? —la voz del señor Nettleton era siniestra.

—Buscaba simplemente mi texto de *Análisis y construcción*, señor. Pensé que lo necesitaríamos en seguida, señor.

Los ojos azules de Nettleton estaban fijos en él, con mirada torva.

—Tienes tu libro de *Análisis y construcción* sobre el banco —dijo, y tomando una regla del escritorio se movió lentamente por entre la

fila de bancos en dirección a Lucas.

«Uno en la mano» era una expresión de Nettleton que todo el curso había aprendido a respetar. Los demás niños giraron la cabeza y se pusieron a mirar con esperanza la ancha espalda del maestro de inglés. Lucas se movía, inquieto.

—Abre ese banco —Nettleton se pasó con negligencia una mano aterradora por entre el rubio pelo.

—¿El b...banco, señor?

El maestro echó atrás la cabeza con impaciencia.

—Es que yo no hacía más que b...buscar un lápiz, señor — comenzó Lucas, que se había desmoralizado por completo ante la perspectiva de que quedara en descubierto su libreta de apuntes.

—Ábrelo.

Con dedos nerviosos Lucas abrió a medias la tapa y miró al profesor con ojos ofendidos. Nettleton retiró bruscamente la mano del chico y echó atrás la tapa del pupitre. Allí, totalmente abierta y revelando sus secretos al mundo entero, se hallaba la libreta de apuntes. La última frase saltaba a la vista con toda su condenada claridad.

—Ya lo veo.

Nettleton tomó la libreta y, en medio de un silencio mortal, comenzó a dar vuelta sus páginas.

A Lucas le pareció que lo peor había ocurrido ya. No sólo se enterarían los compañeros de sus actividades detectivescas, sino que Nettleton, el ultra sospechoso, se pondría al corriente de los más vitales detalles.

—Por favor, señor. Es algo íntimo.

Lucas aguardaba, desesperado.

—Eso es lo que observo —el rostro del profesor estaba inexpresivo—. ¡A ver esa mano!

Lucas frotó su palma mugrienta en el costado del pantalón y la tendió tímidamente. La regla descendió con gran velocidad, para detenerse a sólo un centímetro de la mano. Una extraña expresión apareció en los ojos del profesor, como si acabara de recordar algo en ese instante. Parecía luchar con su propio fastidio. Dejó caer la regla a un costado y arrojó la libreta sobre el banco.

—Se me había ocurrido la buena idea de confiscar esa porquería y lo haré si alguna vez te vuelvo a pescar con ella —Nettleton

hablaba en voz muy baja—. Pasarás el recreo de las once solo en mi cuarto. Eso es todo —se volvió hacia los otros niños—. Y ahora, Rogers, dime: ¿cuál es el sujeto de la próxima oración?

Lucas quedó sorprendido y no poco regocijado ante la desacostumbrada indulgencia del profesor de inglés. No sólo le había permitido conservar su libreta, evitando «uno en la mano», sino que le proporcionaba la oportunidad de penetrar en el sitio que él más deseaba explorar.

A las once, Nettleton lo condujo a su cuarto, junto al dormitorio B, y lo dejó allí con la orden estricta de no tocar nada. Lucas no tomó muy en serio ese mandato, puesto que sabía que el profesor estaba de turno durante ese recreo y no regresaría durante una buena media hora. En el bolsillo interior de su chaqueta podía sentir el reconfortable bulto de la libreta negra. Ahora era el momento de descubrir algo realmente sensacional.

Una prolija inspección del cuarto no le reveló nada más prometedor que la existencia de una gran caja metálica que se hallaba sobre el escritorio, junto a la máquina de escribir. Un examen más atento le demostró bien pronto que estaba cerrada con llave, y a pesar de una serie de infructuosas tentativas de construirse una llave con el alfiler de corbata, Lucas no logró resultado alguno.

Se sentó en el borde de la cama e hizo un resumen de la situación. El cuarto era perfectamente vulgar. El gusto de Nettleton parecía rayar en la austeridad. Aparte de la fotografía de un caballero muy barbudo, llamado Walt Whitman, no había el menor intento de decoración. Lucas observó con suspicacia el enorme guardarropa. Era muy posible que un panel secreto se ocultara en su maciza estructura. Se acercó al mueble lleno de esperanzas, y al hacerlo, un montón de papeles que se hallaba en el suelo, debajo de él, distrajo su atención. Se arrodilló y los atrajo hacia sí, sobre la alfombra. Una vez más, sin embargo, estaba predestinado a la desilusión.

No eran nada más que periódicos. Estaba a punto de empujarlos de nuevo a su sitio con disgusto cuando se dio cuenta de que no eran los periódicos a que estaba habituado. No era el Daily Sketch

que se veía siempre desparramado por la salita de música de la señorita Soapy, ni tampoco el solemne Times detrás del cual su padre se acomodaba, invariablemente, a la hora del desayuno. Su nombre le era desconocido, y toda su estructura, diferente.

Lucas dio vuelta una página y abrió la boca, entusiasmado. Toda una hoja de figuras coloreadas apareció ante sus ojos. Comenzó a devorarlas con ansiedad. *El Ratón Mickey, Tarzán, Popeye*… Los títulos eran extraños, y la jerga de sus conversaciones, casi ininteligible, pero los dibujos le resultaban fascinantes. Lucas olvidó que era, a la vez, un alumno castigado y un detective. Con entusiasmo infantil fue siguiendo todas las aventuras de estos curiosos personajes.

Por fin terminó con esa página. Lucas echó a un lado, entonces, el diario que tenía en la mano y se puso a hojear el siguiente. Las letras impresas carecían de interés para él. Su único objetivo era encontrar otra hoja tan apasionante como la que acababa de leer. A medida que repasaba las páginas iba apareciendo una serie de fotografías. De pronto los ojos se le dilataron, y estiró bien el papel sobre la alfombra. Allí, mirándolo de frente, desde lo alto de una columna, se hallaba el retrato del propio Nettleton.

Por un instante Lucas no pudo creerlo, pero con una observación más atenta se convenció. Ese firme mentón, ese pelo rubio bien alisado, todo le resultaba demasiado familiar.

Con estremecida emoción leyó lo que estaba escrito debajo de la fotografía.

> «¿Dónde está Dave Harvey? Pop y toda la barra se preguntan qué se ha hecho del actor más popular de la ciudad. ¿Qué es lo que lo retiene en el extranjero? Ven pronto, Dave, dice Pop. Te estamos esperando.»

Lucas no le halló ni pies ni cabeza al extraño párrafo, pero se dio cuenta en seguida de que se trataba de un descubrimiento que valía más que todos los secretos juntos anotados en su libreta negra. ¡Así que Nettleton no era Nettleton! Eso fue lo primero que le vino a la mente, y con ello empezaron a dar vueltas en su cabeza millares de conjeturas excitantes y sensacionales. Sólo cuando sonó la campana, en el jardín, se dio cuenta de que el recreo llegaba a su término y

que, en cualquier momento, podía entrar el maestro de inglés para dejarlo en libertad.

Con sumo cuidado arrancó la hoja del diario, y doblando cuidadosamente los papeles restantes los apiló con los demás periódicos, volviéndolos a colocar debajo del guardarropa. Mientras se esforzaba por ver si oía ruido de pasos, se guardó el precioso documento en el bolsillo del pantalón.

Cuando llegó Nettleton, él se encontraba parado inocentemente al pie de la cama.

—Bueno, Lucas —dijo el maestro, cerrando la puerta detrás de sí —, esta vez te la llevaste barata. Pero si vuelvo a pescarte en otra, te daré una buena zurra. No sólo fuiste desatento en clase. Me mentiste. Eso es todo por ahora. Mejor es que vayas a clase en seguida.

—Sí, señor. Gracias, señor. —Lucas miraba intensamente al señor Nettleton, como si su descubrimiento hubiera ocasionado algún cambio en su apariencia—. No lo haré más, señor.

—Vete, pues.

Nettleton se acercó al espejo y tomó un peine.

Lucas estaba demasiado excitado como para ir directamente al aula. A pesar de que sabía que Mlle. Santais quería que todos estuvieran en clase puntualmente para el *dictée*, corrió a la sala de música. La voz de la señorita Soapy lo invitó a entrar; la encontró enfrascada en una conversación con McFee.

—Señorita Dodd, McFee, por favor. Tengo algo que decirles —hurgó en el bolsillo y extrajo una hoja arrugada de papel de diario —. Mire, señorita, acabo de encontrar esto en la habitación del señor Nettleton. Me mandó allí castigado, y yo descubrí esto debajo de su guardarropa.

Las mejillas de la señorita Soapy enrojecieron.

—Pero, Lucas, no tienes derecho...

Empero, McFee, que se había puesto en pie de un salto, arrancó el papel de las manos del niño. Los ojos se le dilataron a medida que iba leyendo.

—*St. Paul Chronicle*, ¿eh? ¡Así que por eso la agencia no podía descubrir nada?

—¿Qué diablos...? —exclamó Sophonisba, que también se había puesto de pie.

La mirada de McFee cayó sobre Lucas y, al par que le indicaba la puerta con un movimiento de la cabeza, le dijo:

—Buen trabajo, chico. Y ahora, corre y no le hables a ninguno de tus compañeros sobre esto, ¿oyes?

—Sí, señor —Lucas se volvió hacia la puerta con gran disgusto —. Ya me voy, señor.

Parado cerca de la puerta de su grado pudo oír la voz de Mlle. Santais, que iba pronunciando lenta y deliberadamente las palabras del *dictée*.

—*Comment voulez-vous que je le regrette, votre Paris, bruyant et noir...?*

Se interrumpió y levantó la vista de *Lettres de mon Moulin*, mirando fríamente a Lucas, que corría a sentarse en su banco.

—Por favor, *mam'selle,* la señorita Dodd me retuvo un poco y se me hizo tarde*, mam'selle*.

—Apresúrate, pues, y toma tu lápiz —murmuró Mlle. Santais, volviendo al libro los oscuros ojos—. *Je suis si bien dans mon moulin...*

12

¿MADEMOISELLE DE…?

En momentos en que Lucas hacía su dramática aparición en la sala de música, Sophonisba le había estado describiendo a McFee su visita a la oficina de correos de Saltmarsh. Le había resultado imposible conversar con él en privado la noche anterior, y ésta era la primera oportunidad que se le presentaba de informarle exactamente sobre lo ocurrido. El descubrimiento de Lucas, sin embargo, le había hecho olvidar a la profesora de francés y su aprensiva curiosidad con respecto a Harvey Nettleton.

Después que el niño se marchó, ella trató de persuadir a McFee que le explicara la significación de esa fotografía aparecida en el periódico, pero él le respondió con evasivas. Los ojos negros le ardían, y parecía absorto en sus propios pensamientos.

—Las cosas se producen ahora realmente —dijo, doblando la hoja de papel y deslizándola en el bolsillo del pantalón—. Y, si no tenemos cuidado, se producirán en una forma… que no es la deseable.

Con esta enigmática observación se marchó, dejando a Sophonisba presa de inquietantes sospechas. Le parecía inconcebible que Nettleton tuviera relación directa con la muerte de Eric Moss, pero era evidente que ocultaba algo…, algo que interesaba a McFee inmensamente. Una conjetura desagradable comenzó a formarse en el cerebro de Sophonisba, una conjetura que vinculaba el misterio de Nettleton con el de Mlle. Santais. Después de todo, ella también había ido a su cuarto en la noche en que Moss mayor…

Sophonisba se dirigió al piano y comenzó a tocar fuertemente, tratando de ahogar sus sospechas en un mar de estruendosos acordes, no siempre correctos.

Mientras Sophonisba luchaba con sus turbulentas ideas, McFee se hallaba entregado a asuntos de carácter más práctico. Esperó hasta que terminó el *dictée* de quinto grado y, abriéndose paso por entre la marea de chicos que salían del aula, entró en ella. Mientras se aproximaba al escritorio de la profesora, notó la mirada inquieta, como de pájaro, de St. John Lucas, pero no le prestó atención. Se acercó a Mlle. Santais, que estaba limpiando el pizarrón con un borrador manchado de tinta.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señorita?

La maestra de francés giró en redondo con innecesaria velocidad. Dejó caer el borrador y miró fríamente a McFee con sus ojos hundidos.

—¿Cómo dice? —preguntó con una voz insulsa, sin entonación.

—Quisiera saber si estaría usted libre por unos cinco minutos.

—¿Libre? Sí, no tengo más clases, hasta la hora del almuerzo al menos —los labios de Mlle. Santais estaban firmemente apretados —. ¿Qué es lo que desea? —dijo por fin.

—No es más que… —McFee miró al grupo de muchachos que todavía no habían salido y estaban arreglando sus pupitres—. Es algo más bien privado. ¿No le importaría venir al cuarto de los zapatos?

—Pero, ¿por qué no? —Mlle. Santais pareció haberse recobrado por un instante de su nerviosidad. Se cruzó de brazos y lo precedió por el corredor.

Un poco más allá se encontraba un cuartito pequeño, que solía usarse para guardar los zapatos extras de los niños. McFee introdujo a Mlle. Santais y cerró la puerta. En los estantes veíanse docenas de pequeños tacos, y el aire olía fuertemente a betún.

Mlle. Santais no le prestaba atención a McFee, sino que miraba a través de la ventana, que estaba cubierta de telas de araña.

—*Mais, qu'est-ce qu'il me veut, cet homme-lá?* —murmuró para sí.

Una vez adentro, McFee se quitó de encima la humildad del portero. Sus ojos, aunque calmos, contenían cierta amenaza.

—Usted había muy bien francés, ¿no es cierto, Mlle. Santais?

La profesora lo miró un tanto sorprendida.

—Naturalmente. Si es mi lengua materna.

—Y usted viene de París, ¿verdad? Dodd, siempre toma profesoras parisienses, ¿no?

—Creo que sí —le respondió ella, con tono glacial—. Pero, ¿por qué me pregunta eso?, ¿quién es usted?

—No interesa quién soy yo —McFee giró en redondo y la miró con súbita ferocidad—. ¿Quién es la señorita Wilkinson?

Una leve sombra atravesó la mirada de Mlle. Santais.

—¿Weelkinson? ¿Quién es, pues, esa Weelkinson?

—Usted no la conoce, ¿eh? —McFee deslizó su larga mano en el bolsillo del delantal y le entregó la medalla de detective que extrajo de allí—. Ya puede empezar a desembuchar. Usted es la propia Wilkinson, ¿no es así?

—No —Mlle. Santais miró tranquilamente la medalla y se la devolvió—. Se equivoca usted.

—Entonces, ¿por qué no está inscrita en el Registro de Extranjeros empleados en el país? ¿Por qué es imposible consignar si ha estado usted siquiera alguna vez en Francia? ¿Por qué se hace llamar Wilkinson cuando va todas las semanas a la oficina de correos de Saltmarsh a recoger su correspondencia?

La profesora pareció completamente turbada por esta rápida sucesión de preguntas. Su pose de digna condescendencia dio paso a una agitación casi teatral. Miró a McFee como una liebre hipnotizada, y las manos cayeron flojas a los costados.

—Oh, por favor, yo puedo explicarlo todo. Yo puedo explicárselo. ¿Qué va a hacer conmigo? ¿No... me llevará a la policía?

—No necesariamente. Usted puede ver por mi medalla que yo pertenezco a una agencia privada. Si usted contesta a todas mis preguntas, puede ser que esté dispuesto a no contárselo a la policía.

Mlle. Santais irrumpió con un torrente de palabras. El acento francés había desaparecido totalmente de su voz, y sólo quedaba un ligero giro gálico en la frase. Le imploró a McFee que le permitiera contarle todo antes de tomar ninguna medida. Le juró que no había hecho nada de malo.

—Muy bien, veamos esa historia.

—Yo... yo soy canadiense. No tengo necesidad de inscribirme en el Registro de Extranjeros. Soy súbdita británica. No estoy en contravención —las mejillas amarillentas de la profesora estaban pálidas, y sus ojos, siempre tan inexpresivos, tenían un aire casi infantil en su ruego—. Nací en Montreal. Mi madre es francesa. Es una viuda... muy pobre. Dejé mi casa hace un año, en busca de trabajo. Me vine a Inglaterra, pero descubrí que nadie quería tomar una profesora de francés que no fuera francesa de nacimiento. Todos quieren el acento parisiense, aunque, *mon Dieu*, en París, es donde se habla peor. Insistí una y otra vez, y siempre la misma historia. Mi madre estaba enferma. Yo necesitaba conseguir dinero pronto... No tenía ni para el pasaje de regreso. Por fin tomé una resolución. Me convencí de que mi única posibilidad de trabajo consistía en fingirme francesa. Yo..., yo escribí entonces a algunos parientes lejanos residentes en París, y ellos me proporcionaron las referencias —bajó la vista, observando las desnudas tablas del piso —. Utilicé el apellido de mi madre, Santais. Y el señor Dodd me proporcionó el empleo. Pero no lo he conseguido con engaños. Hablo muy bien francés..., lo bastante bien para enseñarles a estos niños. Y he trabajado duramente. Le envío todo el salario a mi madre, en Winnipeg. Yo... —su voz se fue apagando.

—¿Winnipeg? —repitió él, como sin darle importancia—. Yo creí que me había dicho que nació en Montreal.

La profesora se ruborizó.

—Sí, sí. Yo he nacido en Montreal. Pero más tarde nos trasladamos a Winnipeg.

—Comprendo —McFee sacó la pipa y empezó a llenarla con tabaco—. Y usted no quería decirle a su madre que pasaba por francesa, así que se hacía enviar las cartas a Saltmarsh a nombre de Wilkinson. ¿Es eso lo que iba a decirme?

—Sí, sí. Esa es la verdad. Juro que es la verdad —la muchacha lloraba calladamente—. Pero, por favor, no se lo diga al señor Dodd. Yo... yo no podría soportar la vergüenza. Si quiere, se lo diré yo misma..., pero no se lo diga usted, por favor.

McFee la miró por encima de la llama del fósforo con que trataba de encender la pipa.

—Usted me ha contado una historia muy conmovedora, señorita Wilkinson, y es muy fácil corroborar su veracidad. Voy a enviar un

cable a la Policía canadiense esta misma tarde. Supongo que usted no tendrá inconveniente en darme la dirección de su madre.

—No.

McFee sacó un lápiz y anotó la dirección.

—Winnipeg no está lejos de St. Paul. Cuando usted estaba en Estados Unidos, ¿no conoció al juez Bernard-Moss?

—¿El juez Bernard-Moss? ¿El padre de Eric? —Mlle. Santais se puso en pie de un salto—. ¡Así que para eso está usted aquí! ¡El chico *no* murió por accidente!

—Usted es muy perspicaz, señorita. Pero no ha respondido a mi pregunta.

Ella lo miró en forma desafiante.

—Es claro que no conocí al juez Bernard-Moss. Ni siquiera sé dónde vive.

—Y ¿tampoco conoció a Nettleton antes de venir a Craiglea?

—¡Nettleton! —repitió con asombro ella—. No, no. Jamás.

—Entonces, ¿por qué se altera tanto?

Mlle. Santais sacó un pañuelito de color rosa, v un leve perfume de lilas se mezcló con el olor del betún.

—Por favor, por favor… ¿es necesario que hablemos de Nettleton?

—No, si usted me cuenta qué ha estado haciendo junto a su habitación la noche en que fue asesinado Eric Moss.

Por un instante la profesora de francés no respondió. Cuando habló, su voz era prácticamente inaudible.

—Ya le he dicho todo lo que podía interesarle. ¿Por qué he de hablar de cosas… que no le he contado a ningún ser viviente?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Tendré que expresarlo con tantas palabras? Yo… yo siento mucho aprecio por Nettleton. Es el único que ha sido amable aquí conmigo.

McFee lanzó al aire un anillo de humo.

—Usted tiene una explicación afortunada para todo ¿no es así, señorita Wilkinson?

—¿Afortunadamente? —repitió Mlle. Santais, con amargura. ¿Le parece afortunado… preocuparse por alguien que está enamorado de otra mujer…, de una mujer casada, por añadidura?

—Vamos, vamos, yo no tengo deseos de averiguar sus asuntos

personales. Sólo quiero que me explique qué estaba haciendo ahí esa noche.

Ella apretó las huesudas manos.

—Yo me iba a acostar esa noche cuando vi a la señora Bernard-Moss que pasaba junto a mi cuarto. Yo había notado ya que había algo entre ellos, cuando se encontraron durante el partido de criquet. Y no me fiaba de ella. Sentí que tenía que seguirla. Usted me lo reprochará, quizá... Pero fui de puntillas hasta la puerta y escuché.

—Y ¿qué oyó usted?

—¿Tengo que decir también eso? —Mlle. Santais parpadeaba—. Usted no pensará que... que él está complicado en ese asunto espantoso. No puede ser. Es absolutamente imposible.

—¿Qué oyó usted?

La profesora de francés cayó hacia atrás en su asiento.

—Era esa norteamericana la que hablaba: Le oí decir: «Ellos jamás sospecharán. Es claro que no sospecharán. Usted está completamente seguro.» Hablaron algo más, pero yo no pude entender nada. Era sobre gente que yo no conocía.

—¿No sería sobre los Heller?

—¿Heller? —la muchacha lo miró fijamente—. No. No he oído pronunciar ese nombre.

McFee gruñó.

—Y ayer, cuando usted los siguió por la playa... ¿fue por la misma razón?

Mlle. Santais asintió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Oyó algo esa vez?

—No.

—Muy bien —McFee se levantó y se pasó una mano por entre la espesa cabellera negra—. Si la Policía de Winnipeg verifica su historia no le voy a contar nada a Dodd. En realidad, en lo que a mí respecta, puede seguir fingiendo que es Mlle. Santais. Pero —se quitó la pipa de la boca y la dirigió contra ella— es probable que yo la necesite para hacer un pequeño experimento. Estoy seguro de que usted estará dispuesta a colaborar conmigo.

—*Enchantée, monsieur* —la muchacha se puso de pie, y había un esbozo de sarcasmo en su voz cuando dijo—: ¿No tiene más preguntas que hacerme?

—Por el momento, no —McFee levantó uno de los zapatos sucios que estaban en el suelo—. Recuerde lo que le he dicho, y todo marchará bien. Pero si habla con alguien sobre esto —dijo, abriendo la tapa de una caja de pomada para calzado—, le irá muy mal.

Después que ella se hubo marchado, McFee se echó a reír en voz baja. Parecía muy contento con la labor de esa mañana. Sacó del bolsillo la hoja del *St. Paul Chronicle* y la observó con satisfacción.

—St. Paul…, Winnipeg.

Volviendo a guardárselo en el delantal, empezó a frotar un zapato con la franela. Mientras trabajaba, iba silbando, y la tonada que silbaba era:

Mademoiselle de Armentiéres, parlez-vous…

13

CRUZANDO LA LÍNEA

Cuando el reloj del pueblo dio las siete, a la mañana siguíente, el sol ya brillaba con placidez sobre los prados y las blancas callejuelas de Craiglea. Las cornejas hacía rato que habían dejado sus nidos en la alameda y estaban al acecho de los insectos en los henares recién segados. La señora Bernard-Moss podía oír sus voraces graznidos en el sendero que conducía del pueblo a la escuela.

A menudo había expresado el deseo de levantarse bastante temprano como para ver una salida de sol en Inglaterra, y esa mañana, al parecer, había podido realizar ese anhelo. Sus sandalias castañas, estaban húmedas de rocío, como si hiciera largo rato que andaba por allí. En la mano llevaba una orquídea, esa rara flor exótica que sólo puede encontrarse bien adentro en los prados.

El sol matutino se reflejaba en los ojos de ámbar de la dama y jugueteaba amablemente sobre su cutis de porcelana cuando ella pasaba junto a los florecidos setos y se detenía de tanto en tanto para admirar las amapolas color escarlata, que movían las cabezas entre los trigales maduros.

Aparte de la presencia de las aves parlanchinas, tenía toda la pradera para ella sola. Parecía saborear la soledad, porque cuando llegó a sus oídos un leve ruido producido en la grava, a sus espaldas, una arruga le quebró la suavidad de la frente. Se dio vuelta y examinó el camino con ansiedad. Un hombre alto y delgado venía detrás de ella, empujando una carretilla. Por un instante la dama vaciló, pero luego, como adoptando una súbita

resolución, retrocedió para encontrarse con él.

—Buenos días, señor McFee; se ha levantado usted temprano, también.

McFee apoyó en el suelo la carretilla, que estaba cargada con un gran saco de patatas.

—Parece que somos muchos los madrugadores hoy —dijo, mirando a su coterránea por debajo de los párpados—. Acabo de encontrar al señor Nettleton. Pasó a mi lado, en bicicleta, en dirección al pueblo.

—¿El señor Nettleton? —la señora hizo girar la orquídea entre sus dedos, con una indiferencia que parecía casi estudiada—. Yo no lo he visto.

—¿No? —McFee tomó las manijas de la carretilla y comenzó a marchar de nuevo—. Bueno, tengo que apresurarme. Me esperan antes del desayuno. ¿Va hasta la escuela, ahora?

La dama empezó a caminar a su lado.

—Podría hacerlo. He hallado esta flor exquisita. A lo mejor tengo ocasión de encontrar a Irving. Si no lo vemos ahora, ¿sería usted tan amable de entregársela? Es una orquídea, y tengo entendido que es una flor muy rara aquí.

McFee no respondió, y por unos minutos siguieron recorriendo el camino en silencio. De vez en cuando, la señora Bernard-Moss se acercaba a los setos y se detenía junto a alguna rama de madreselva o de escaramujo. De pronto fijó su atención en la carretilla y tomó una patata que asomaba por la boca del saco. La examinó con detenimiento.

—Parece que uno tuviera a toda Inglaterra a su disposición —murmuró—. Este delicioso olor de la tierra —suspiró y arrojó la patata en la carretilla, de nuevo—. Me siento casi avergonzada de mí misma por gozar tanto de todas estas cosas..., de estos largos días de sol. No me parece posible que estemos aquí... por una razón tan terrible. ¿Sabe usted que, a pesar de todo, a veces me siento tentada de creer que todo este asunto no es más que una pesadilla y que Eric en realidad murió por accidente?

—No fue un accidente —dijo McFee, torvamente—. Yo lo sé, y usted también lo sabe. No trate de engañarse sólo porque brilla el sol y los árboles lucen tan hermosos.

—Ya lo sé —Myra Bernard-Moss sonrió con tristeza—. Claro es

que se trata de una horrible verdad. Venganza…, crimen. Ni siquiera aquí puede uno escapar de ello.

El rostro moreno de McFee estaba grave.

—Tiene usted razón, señora. El mundo no ha envejecido. Ojo por ojo…, diente por diente. El buen refrán antiguo sigue siendo verdad hoy en día como lo fue hace dos mil años.

—¿Buen refrán antiguo? —la dama se estremeció—. A mí me parece terrible.

El detective la miró brevemente.

—Es lógico. Es lógico que así sea.

En ese punto el camino daba vuelta a la derecha, y frente a ellos se levantaba una vieja portezuela de cinco barrotes. McFee la abrió y pasó con la carretilla, atravesando el campo.

—Este es un atajo, señora. Yo siempre tomo por aquí, para ganar tiempo.

La señora Bernard-Moss divisó una manada de vacas Alderney que pacían la jugosa hierba que crecía junto al minúsculo estanque.

—Me parece más seguro así —observó riendo—. Habiendo nacido y crecido en la ciudad de Nueva York, todavía les tengo un poco de miedo a las vacas.

McFee aguardó a que pasara y cerró la portezuela detrás de ella.

—Hay cosas peores que las vacas por aquí, de las cuales se pueda tener miedo. *Ellas* no nos van a hacer daño.

La señora Bernard-Moss lo siguió por el césped marcado por el paso de la gente, y juntos se abrieron camino entre acederas y margaritas. Hasta ese momento, por los siglos de civilización que se veían, bien podían hallarse en el siglo XVI. Pero en ese instante la vista de las vías del Gran Ferrocarril del Oeste los trajo de nuevo a la realidad de los tiempos modernos. Los rieles corrían en línea recta hasta el campo vecino y luego doblaban bruscamente a la derecha. Se hallaban un poco sobre el nivel del suelo, en lo alto de una plataforma bordeada por alambres de púa.

La señora Bernard-Moss miró las vías relucientes como si le molestara su intrusión en ese paisaje idílico. Luego, un pensamiento más grato pareció atravesar su mente, pues los ojos adquirieron una expresión más dulce.

—Las vías férreas siempre me hacen recordar a mi marido —murmuró, con aire ausente, arrancando una madreselva y sorbiendo

el néctar de la flor—. Tiene que viajar tanto, y desdichadamente siempre por asuntos de trabajo, pobre hombre. Jamás ha tenido tiempo para venir a Europa, aunque bien sé que le gustaría. Creo que él sí comprendería lo que yo siento. No se reiría porque me levanto temprano y ando paseándome por los prados como una loca.

McFee le lanzó una breve mirada.

—Dice usted que su esposo no se reiría. ¿Y por qué habría de reírse nadie?

—Todas mis amistades de la época anterior a mi matrimonio lo harían —Myra Bernard-Moss movió un brazo con gracia—. Se pasan la noche entera levantados y duermen todo el día. Usted sabe cómo es la gente de teatro.

—¿La gente de teatro?

—¡Oh, Dios mío, ya se me escapó! —se ruborizó y, volviéndose en forma impulsiva hacia el detective, dijo—: No debía haber hablado de ello. He trabajado en el teatro durante un tiempo, antes de casarme. Claro que es una tontería, pero mi esposo me pidió que no lo contara. Tiene una moralidad un poco anticuada, y quiere cuidar su reputación —rio, nerviosa—. Hicimos un pequeño pacto de no mencionar mi… discutible pasado. No lo cuente en la escuela, por favor.

La sonrisa de McFee fue un modelo de discreción.

—¿Por qué? ¡No, señora! Mi oficio es averiguar, no contar.

—Oh, gracias, gracias.

Cuando iban aproximándose al límite del campo la señora se volvió súbitamente locuaz. Empezó a charlar de Norteamérica, de lo agradable que era tener un compatriota con quien conversar, y de las desgraciadas circunstancias que les impedían hablar más a menudo. Con una vivacidad algo forzada empezó a hacerle preguntas sobre su familia, su mujer, sus hijos.

Un destello burlón aleteó en los ojos del detective y, respondiendo brevemente que permanecía soltero, comenzó a orientar la carretilla hacia una pequeña zanja que dividía el campo en que ellos se hallaban de aquel que atravesaban las vías del tren.

Al final del sendero, justo frente a ellos, una portezuela blanca en el alambre de púa señalaba el paso a nivel. Mientras se dirigían hacia allí, la señora Bernard-Moss volvió a hablar de su hijastro.

—A pesar de todo —murmuró— creo que mi permanencia aquí es realmente beneficiosa. Cuando llegué, me resultaba muy difícil entenderme con Irving. Era un niño muy testarudo y mal criado. Pero ahora que se ha acostumbrado a mí y sabe cuánto me interesan sus estudios de historia natural, ha cambiado por completo —observó una pareja de frágiles mariposas que revoloteaban alrededor de un grupo de arbustos—. Realmente me he encariñado con él… y creo, creo que estoy empezando a gustarle, también.

A la distancia, por la izquierda, el leve rumor de un tren que se iba aproximando rompió la quietud de la mañana.

—El señor Dodd ha sido muy amable al admitir mi punto de vista sobre los paseos matutinos que realizamos juntos a veces. El chico está tan ocupado con sus tareas escolares, que en realidad es casi la única oportunidad que tenemos de vernos.

McFee tenía los ojos clavados en las vías.

—¿Cree usted que es prudente alentar esa tendencia a levantarse temprano y salir antes del desayuno?

—¿Prudente?

—Ya hablé sobre eso con el señor Dodd, pero él no acepta mi punto de vista —la voz de McFee era queda—. A esa hora de la mañana me es imposible vigilar al niño. Si a alguien se le ocurriera… hacerle algo, ésa sería su oportunidad.

La dama apoyó levemente una mano en su brazo. El sonido del tren era más fuerte ahora.

—¿No creerá usted…? ¡Oh, no, no se atreverían jamás, a plena luz del día! Con seguridad que no; sería demasiado peligroso.

—¡Peligroso! ¿No era peligroso matar a Eric en su propia cama? —McFee señaló con la cabeza los rieles, en momentos en que comenzaba a divisarse apenas un globo de humo blanco por sobre los árboles—. Y hablando de peligro, ése es el expreso de Londres, que viene de Exeter. Mejor será que lo dejemos pasar, en lugar de tratar de cruzar ahora las vías con la carretilla.

Se acercaron a la portezuela blanca y aguardaron el paso del tren.

Los rieles de acero brillaban vivamente, reflejando la luz del sol. El globo de humo se había alargado, convirtiéndose en un zepelín, y se tendía sobre las copas de los árboles como un copete de crema

chantilly. Una alondra planeaba sobre ellas —un punto pequeño y oscuro contra el azul del cielo—, pero su melodía se perdía en medio del creciente rumor de las ruedas en movimiento y del pesado jadeo de la locomotora.

Mientras los dos norteamericanos permanecían allí, sumidos en sus pensamientos, el enorme tren empezó a doblar la curva. Primero fue la máquina, con los flancos de un verde vivo y las ruedas que giraban rápidamente, luego toda la hilera de coches, larga y baja como un inmenso gusano mecánico.

Instintivamente, la dama se aferró al fuerte brazo de McFee. En ese mismo momento el chirrido de los frenos atravesó el espacio. Todo el tren se estremeció; los vagones crujieron y saltaron de atrás adelante; las ruedas chillaron y resbalaron sobre los pulidos rieles.

—¡Dios mío, se detiene! ¡Algo ha ocurrido! —McFee saltó hacia el paso a nivel. La brusquedad de su movimiento motivó el vuelco de la carretilla, y un centenar de patatas se desparramó por el suelo.

Cuando la máquina se detuvo, por fin, justo frente a ellos, era visible bajo sus ruedas una cascada de minúsculas chispas.

Con ojos espantados la señora Bernard-Moss observó cómo McFee saltaba la tranquera y corría hacia la plataforma. Alrededor de ella, el suelo estaba sembrado de patatas. Las miraba, como fascinada, pero sus ojos parecían ausentes e inexpresivos. Tenía conciencia, parcialmente, del sonido de unas voces curiosas frente a ella. Docenas de cabezas se asomaban a las ventanillas: cabezas de hombres de negocios con sombrero de jugador de bolos; de excursionistas con camisas de cuello abierto; de curtidas mujeres campesinas...

—¿Qué ha sucedido?

—¿Por qué nos detenemos...?

—¿Se trata de un accidente?

Las mismas preguntas, repetidas una y otra vez a través de la pradera, que un momento antes había estado tan silenciosa y en la que sólo se oía el zumbido de las abejas y el distante cloqueo de las gallinas.

La señora Bernard-Moss permanecía inmóvil. En su mano sostenía aún la orquídea que se marchitaba rápidamente. Había

levantado la vista de las patatas desparramadas a sus pies y observaba ahora a McFee.

Dos hombres habían saltado de la locomotora y hablaban ansiosamente con el detective. Por los gestos forzados y poco naturales, por los rostros tensos, resultaba evidente que algo serio había ocurrido.

—Tratamos de detener la marcha…, naturalmente…, demasiado tarde…

Fragmentos de la conversación flotaban en el aire y llegaban hasta la dama. Luego los tres hombres empezaron a recorrer los vagones, en dirección al final del tren.

Las mejillas de la señora Bernard-Moss estaban tan blancas como los restos de humo que giraban todavía sobre las copas de los árboles. Era como si un instinto le advirtiera lo que esos hombres hallarían allá atrás, sobre los rieles: un instinto que la apremiaba a seguirlos, pero que, al mismo tiempo, la mantenía clavada en su sitio.

Por fin pareció despertar de un sueño. Trastabillando por entre las patatas dispersas corrió hacia la portezuela que daba al paso a nivel, la abrió y trepó a la plataforma, hacia las vías férreas. Pasó junto a la locomotora, que todavía jadeaba estertorosamente, y corrió a lo largo de los coches colmados de gente.

La curiosidad de los pasajeros se centró inmediatamente sobre esa mujer alta y elegantemente vestida, de mirada resuelta y con una orquídea marchita en la mano. Se apiñaron en las ventanillas, siguiéndola con la vista y murmurando entre sí. Pero ella no les prestaba atención alguna. Su mirada estaba fija en la curva de los rieles, por donde habían desaparecido McFee y sus acompañantes.

Cuando hubo dejado atrás el último vagón, se echó a correr. Las voces de los pasajeros se iba esfumando, convirtiéndose en un zumbido distante. La alondra, cuya voz había quedado antes ahogada por el traqueteo del tren, parecía ahora inundar el universo entero con su melodía. Las frescas notas sonaban como una cascada en el limpio aire matinal, pero Myra Bernard-Moss no tenía oídos para esa música celestial. Su puño se había apretado más fuertemente alrededor de la orquídea, y las sandalias castañas resbalaban en los durmientes de madera, mientras ella seguía corriendo en dirección a la curva.

—¡Señora Bernard-Moss! ¡Myra!

Si había oído pronunciar su nombre, si había visto la silueta de un joven que corría hacia ella por el prado, no dio la menor señal de reconocimiento. Había alcanzado por fin la curva y contemplaba la nueva porción de vía férrea que se ofrecía a sus ojos.

El grupito de hombres se había reunido alrededor de un punto, a unos veinte metros de allí. Los veía de espaldas, en cuclillas y atentamente inclinados hacia adelante. Mientras corría a toda prisa, tuvo la vaga conciencia de unos pasos que se apresuraban detrás de ella, pero cada nervio de su cuerpo estaba concentrado en la figura de McFee, que estaba inclinado sobre algo..., algo que yacía atravesado sobre los rieles.

La cara de la señora Bernard-Moss parecía una mascarilla. Tropezó, y una lluvia de guijarros sueltos sonó contra las vías de acero. Los hombres, frente a ella, se pusieron tensos. McFee se paró de un salto y viró en redondo, con el semblante blanco y ojeroso.

—¡Atrás, señora! —gritó—. ¡Retírese! ¡Usted no puede venir aquí! ¡Por amor de Dios, retírese!

Ella se detuvo. Sus ojos se fijaron sobre una gorrita roja con la insignia de Craiglea, que yacía perdida a un lado del terraplén. Se llevó una mano a la garganta. McFee dio unos pasos en dirección a ella, y entonces la dama pudo divisar un pequeño bulto oscuro atravesado en las vías. El suelo pareció moverse bajo sus pies.

—¡Irving!..., ¡Oh, Dios mío!

Myra Bernard-Moss se balanceó como un álamo a merced del viento. La orquídea se deslizó de entre sus dedos y cayó al suelo. Ella la aplastó con su cuerpo, al caer.

Cuando recobró el conocimiento, estaba tendida junto al terraplén. Un brazo fuerte le rodeaba los hombros. Sus ojos color de ámbar parpadearon y vieron, en medio del aturdimiento, el rostro de... Harvey Nettleton.

—Myra —murmuraba él—, hay que..., hay que ser fuerte.

14

LA «DAMA PINTADA»

Unas horas más tarde cuatro hombres se reunían en el estudio del director de la escuela. Afuera, la luz del sol seguía siendo viva. Brillaba a través de los empañados vidrios de la ventana, destacando fuertemente los rasgos de todos los rostros. Sir Wilfrid estaba sentado ante el escritorio, con la mirada bien alerta. Dodd se había hundido en uno de los sillones de cuero, mientras que McFee se mantenía de pie contra la pared, cerca de la corpulenta figura del inspector en jefe de la Policía de Saltmarsh.

El detective privado estaba hablando. Tenía las mejillas pálidas, y la voz carecía de la firmeza habitual.

—Yo me encontraba con la señora Moss en la pradera de Blackstone, sir Wilfrid, cuando el tren se detuvo. Corrí hacia el conductor, y él me dijo que había atropellado a alguien. Le hice algunas preguntas más, naturalmente, pero como ocurrió cuando doblaban una curva, no pudo ver nada. Corrimos hacia la curva, y el cuerpo se hallaba tendido allí, atravesado en los rieles. Lo único que reconocí en seguida fue una gorra con la insignia de Craiglea. Pero uno de los brazos había caído hacia atrás y quedó intacto. En el puño cerrado encontré apretada esta mariposa —señaló el escritorio, donde, sobre un trozo de papel secante, se hallaba una «dama pintada»—. Entonces comprendí, sin lugar a dudas, que debía tratarse de Irving Moss.

—El doctor Woodhouse se encuentra con él ahora —intervino el director, quedamente—. Sabremos algo más sobre la verdad de los hechos cuando nos entregue su informe.

El jefe de policía se había levantado y miraba ferozmente ora a McFee, ora a Dodd.

—Lo que me choca —vociferó— es que este hecho tan terrible no habría ocurrido jamás, si se hubiera tenido un poco más de cuidado. Es claro que, si queremos cegarnos, podemos fingir que no se trata más que de otro accidente, pero aun así, el niño no tenía derecho a andar vagando por ahí, junto a las vías férreas, a esa hora de la mañana. Tratándose de cualquier niño me parecería una locura, pero en este caso particular… —se interrumpió, succionándose una punta del bigote, y arrojándola de nuevo hacia afuera con un soplido feroz.

—Ya lo sé, ya lo sé —el director se retorcía las manos—. No puedo ofrecer ninguna explicación, ninguna excusa. Las vías no están protegidas, naturalmente. En cuanto supe que los hermanos Moss tenían el hábito de levantarse antes del desayuno, puse punto final a sus excursiones. Y con seguridad que jamás le hubiera permitido a Irving retomar esa práctica de no ser porque la señora vino en persona a pedírmelo —Dodd tenía la vista baja, clavada en la desteñida alfombra gris—. No es mi intención echarle la culpa a ningún otro, pero ella me pidió como un favor especial que le permitiera al niño hacer esos paseos. Me dijo que eso significaba mucho para él, y que ella se haría personalmente responsable. Después de todo, yo no soy más que un empleado de los padres. Ellos son los que tienen la última palabra. Si una madre desea que su hijo haga algo, yo no tengo la posibilidad de impedírselo —el director estaba tenso—. En este caso, sin embargo, Irving parece haber salido solo. Si lo hubieran visto, lo habrían mandado de vuelta al dormitorio inmediatamente.

—¡Hum! —el jefe de policía miró a McFee, encolerizado—. Y usted —le espetó—, usted, según tengo entendido, era el que no iba a quitarle los ojos de encima a ese niño. ¡Usted le dejó escapar debajo de sus propias narices!

Un destello de ira refulgió en la mirada de McFee, pero su voz no reveló el menor indicio de ello.

—No creo que usted entienda del todo la situación, sir Wilfrid. Yo tenía tres tareas que realizar. Tenía que pasar por un portero, tenía que estar atento a toda persona… extraña y tenía que vigilar al chico. Yo no podía estar con él durante las veinticuatro horas del

día. Las primeras horas de la mañana eran las únicas en que no podía contarse conmigo. Dodd sabe que yo desaprobaba esos paseos antes del desayuno, pero él se dejó persuadir y creyó que no había peligro. Si me hubiera permitido obrar libremente… pude haber impedido esto.

El monóculo de sir Wilfrid se deslizó de su ojo.

—Es muy bueno eso de decir ahora lo que pudo haberse hecho. Sin embargo, éste no es momento de reproches. El niño tiene que haber salido (o fue sacado) mientras usted estaba en el pueblo. ¿A qué hora partió?

—A eso de las cinco y cuarenta y cinco —McFee se reportó y empezó a hablar en tono seco y oficial—. Irving probablemente salió después de esa hora. Algunos de los campesinos se levantan temprano. Usted tendría que destacar un hombre que recorriera la zona para descubrir si alguien lo ha visto.

Sir Wilfrid le lanzó una mirada al inspector en jefe.

—Eso ya se ha hecho, ¿no es cierto, Saunders?

El robusto oficial de policía asintió.

—Sí, señor. Harrison hace un rato que ha salido. Tiene que regresar pronto para informar.

—Muy bien. Y ahora, McFee, ¿quién es la persona de la casa que puede haber visto algo?

—Yo diría que Kettering. Es el viejo portero. Generalmente llega a las seis, pero esta mañana vino más temprano. Hablé con él antes de dirigirme al pueblo.

Sir Wilfrid se volvió hacia Dodd y luego le dijo al inspector Saunders, con un ademán.

—Hágalo venir.

El inspector llamó al alguacil, que se encontraba de guardia del otro lado de la puerta, y lo envió a buscar al portero. A los pocos minutos el anciano estaba parado en el umbral. Su rostro, nudoso cual una raíz, tenía casi una expresión de ávida curiosidad. Se quitó la vieja gorra sucia.

El jefe de policía esbozó la situación y le preguntó si había visto a Irving Moss salir de la escuela esa mañana. El anciano se rascó la calva cabeza de forma de huevo.

—No, señor. Yo estuve todo el tiempo en el taller, afilando las herramientas. Podía ver todo lo que pasaba en el jardín de Dodd.

Pero al chico no lo vi salir. Eso puedo jurarlo.

La mirada militar de sir Wilfrid lo observó como si el viejo portero fuera un fugitivo de alguna tribu salvaje.

—¿Es posible que el niño haya pasado en dirección a las vías férreas sin que usted lo haya visto?

—No, señor. Yo seré un viejo, señor, pero mi vista es tan buena como la de un ave. No he visto a ningún chico hasta la hora del desayuno.

El jefe de policía se sonó la nariz con un gran pañuelo.

—Bueno, Kettering, ¿vio usted a alguna otra persona?

—¡Ah! —el viejo se retorcía el delantal—. Primero fue el joven McFee. Vino y pasó un rato conmigo. Después lo vi partir para el pueblo con su carretilla y la bolsa de patatas. Eso sería...

—Sí, ¿y a quién más?

La cara de Kettering se iluminó con tímida sonrisa.

—La señora extranjera —murmuró—. La señora Moss, del *Goat and Compasses*. Estaba fresca y linda como una margarita. La vi junto al matorral...

Sir Wilfrid pareció sorprendido.

—¿A qué hora sería?

—Justo cuando el reloj del pueblo daba las siete. Se acercó al jardín y miraba las rosas como si estuviera buscando algo.

El jefe de policía intercambió una mirada con McFee.

—¿Qué era lo que estaba haciendo?

—Yo no sé, señor. Ella pasó cerca de los árboles y desapareció de mi vista en un abrir y cerrar de ojos.

—Comprendo —sir Wilfrid tenía la vista clavada en el tintero que estaba sobre el escritorio—. ¿Y usted no vio a nadie más salir hasta la hora del desayuno?

—Oh, sí, señor —el anciano movió la cabeza violentamente—. El señor Nettleton también estuvo allí. El fue el primero de todos. De un lado a otro andaba entre las plantas del jardín..., de un lado a otro, de un lado a otro, fumando sus cigarrillos y echando atrás ese pelo suyo que parece una nutria mojada. Sería a eso de las seis. Era una linda ocupación esa. Y estaba blanco como un fantasma, y andaba de aquí para allá, nervioso como un potrillo.

A medida que el portero continuaba su exposición, la conducta de sir Wilfrid se hacía cada vez más oficial. Al llegar al fin estaba

literalmente erizado de autoridad. Sometió al viejo a una serie de preguntas rápidas y exhaustivas y, finalmente, viendo que ya no podía sacarle nada de importancia, lo despidió. Kettering le sonrió a todo el mundo y se alejó, arrastrando los pies.

Los cuatro hombres no tuvieron tiempo de considerar su exposición, porque en ese mismo momento se producía un vivo coloquio del otro lado de la puerta y en seguida penetró en la habitación la señora Bernard-Moss. El cambio en su apariencia era notable. Por fin esa mujer, que había dominado serenamente... emociones hasta el presente, parecía al borde de un colapso. Los ojos de ámbar tenían una mirada vidriosa y glacial, y toda ella parecía haber envejecido varios años desde el día de su llegada durante el partido de criquet.

Corrió en dirección a sir Wilfrid y se aferró al borde del escritorio.

—Usted tiene que decirme lo que ha ocurrido —trataba de serenar su voz con el mayor esfuerzo—. He estado en la habitación de la señora Dodd, tratando de descansar, pero no puedo —su mano se acercó a la cara con un gesto espasmódico—. Apenas cerraba los ojos veía esa gorrita roja..., tirada sobre los rieles —permaneció un momento en silencio, completamente olvidada de la presencia de los hombres y de sus miradas preocupadas. Por fin, levantó la cabeza—. Lo siento —murmuró con una leve sonrisa en sus hermosos labios—. De nada sirve dejarse llevar. Pero me parece tan terrible que hayan podido también terminar con Irving. Usted sabe que me había aficionado mucho a él. Y ahora esto... —se aproximó a una silla y se sentó con aire de cansancio—. Pero supongo que ustedes tendrán que hacer algunas preguntas. Prosigan, por favor. Yo estoy lista.

La expresión del jefe de policía se había suavizado. En pocas palabras le explicó cuán desdichada era la circunstancia de que tanto a ella como al señor Dodd les pareciera conveniente dejar que el niño continuara con sus paseos matinales. Le dijo que hasta el momento no existían pruebas de que la criatura hubiera hallado la muerte en forma que no era natural, pero que el informe del médico no había llegado aún. Concluyó repitiendo la declaración de

Kettering de que la había visto junto al matorral esa mañana.

—Es una mera formalidad, señora, pero me gustaría que me contara exactamente dónde ha estado usted esta mañana, antes de encontrar a McFee.

—¡Sí, cómo no! —la dama enlazó con los dedos el collar de ámbar. La mirada huía hacia la ventana, como si buscara apoyo en el cálido sol de Inglaterra.

—Me levanté muy temprano —comenzó a decir, lentamente, y a medida que hablaba parecía ir recobrando en cierta medida la calma habitual—. Era un día tan hermoso. Debo de haber salido de la hostería a eso de las seis. No tenía que ir a ningún sitio en particular, de modo que empecé a recorrer el camino que conduce a la escuela. Pensé que podría ver a Irving.

El jefe de policía levantó los ojos, pero no la interrumpió.

—Vine caminando hasta llegar al porche. No había nadie a la vista, de modo que me dirigí hacia la arboleda, al final del jardín. Me quedé un rato y luego comencé a volverme hacia el pueblo —se detuvo y miró interrogativamente a sir Wilfrid—. ¿Usted quiere que le cuente todo…, hasta los menores detalles?

El jefe de policía asintió con una brusca inclinación de cabeza.

—Bueno, a mitad de camino tomé por un atajo, cruzando el campo. No puedo resistirme al encanto de las flores. Allí, en medio de la pradera, divisé una orquídea. Yo sabía… que a Irving le gustaría, así que la corté y me encaminé nuevamente hacia la escuela, en la esperanza de verlo. Fue entonces cuando me encontré con McFee.

Sir Wilfrid se inclinó sobre el escritorio y clavó en ella una mirada intensa.

—Dice usted que tenía la esperanza de ver a Irving. ¿Es que había convenido con él en encontrarse está mañana?

La señora Bernard-Moss se miraba las manos.

—¡Oh, no!

—Y, sin embargo, usted creía que podría verlo. ¿Sabía usted que él algunas mañanas salía solo?

—Oh, n…no…, sí, creo que sí —la voz de la señora tenía un acento casi desesperado—. Cuando comprendo hasta qué punto estaba poniendo en peligro la vida de Irving, creo que no podré perdonármelo jamás —miró al jefe de policía, suplicante—. Por

favor, no pienso que el señor Dodd es culpable de esto. El era muy contrario a dejar salir por las mañanas a mi hijastro, pero yo logré persuadirlo. Usted ve, todo es tan adorable aquí. Supongo que no comprenderá lo que yo sentía, pero estaba comenzando a imaginar que todo ese asunto de los Heller era un sueño... y que había terminado en América. No podía creer que traerían su espantosa venganza hasta aquí, a Inglaterra. Si, aun cuando Eric había muerto, empecé a creer que todo había terminado ya. Estaba equivocada, naturalmente. Terriblemente equivocada.

Se reclinó en su sillón, con el cuerpo laxo.

—¿Está *segura* de que no invitó a Irving a salir esta mañana? —repitió sir Wilfrid.

—Sí, sí, estoy segura. Ni siquiera lo vi ayer. Yo venía para la escuela, por las dudas. Me temo que Irving era un poco tozudo... A veces salía solo, aunque yo le había pedido que no lo hiciera... —la dama sacó un pañuelo y se puso de pie—. Tiene que excusarme ahora. Puedo contestar cualquier pregunta más tarde, pero...

Ahogando un sollozo, salió corriendo de la habitación.

El sonido de sus pasos sobre el linóleo no se había extinguido todavía cuando la puerta volvió a abrirse. Un corpulento agente de policía se encontraba de pie en el umbral. El inspector Saunders miró a sir Wilfrid.

—Este es Harrison, señor. Ha estado tratando de averiguar si alguien ha visto al niño salir de la escuela.

Sir Wilfrid interrogó al agente, quien informó que había entrevistado a todos los aldeanos que vivían en los alrededores. Algunos labradores habían estado trabajando no lejos de la escuela desde las cinco y media. Varios de ellos habían visto a la señora Bernard-Moss, McFee y a Harvey Nettleton. Un hombre creyó haber visto a una dama de sombrero rojo, pero no estaba seguro de su identidad. Sin embargo no había señal alguna de Irving ni de ningún otro niño de Craiglea. Se envió al agente a que continuara con sus investigaciones, y Heat fue llamado.

El profesor de matemáticas había recibido instrucciones por medio de Dodd, de interrogar a todos los niños sobre la posibilidad de que alguien hubiera visto a Moss abandonar el dormitorio esa

mañana, o si Irving había hecho alguna referencia a su propósito de realizar una excursión matinal.

Todas las gracias de Heat habían desaparecido. Frente a sir Wilfrid se había convertido en un subalterno ante un oficial superior.

—He estado interrogando a todos los niños, señor, especialmente a aquellos que compartían el dormitorio con Moss. Sólo un niño lo vio salir, señor.

El jefe de policía dio un respingo.

—¿Uno de ellos lo vio, dice usted?

—Sí, señor —Heat unió los talones con un golpe seco—. Winch se despertó a eso de las cinco y cuarenta y cinco. Su cuarto se encuentra enfrente al del joven Moss. El lo vio vestirse. Moss le dijo que iba a buscar un nido de garzota, con alguien que le había hablado de eso el día anterior. No quiso decir quién era ese alguien. Le hizo prometer a Winch que no se lo contaría a los demás y se marchó.

—¿A qué hora dice que fue?

—Poco antes de las seis, según he podido colegir, señor. ¿Quiere hablar con el niño usted mismo?

—No —sir Wilfrid se acariciaba el bigote—. Moss salió del dormitorio, y sin embargo nadie lo vio después —se volvió hacia el profesor de matemáticas con una mirada furibunda—. ¿Qué estaba haciendo usted esta mañana, Heat?

—¿Yo, señor? —el rostro bronceado de Heat era el retrato de la deferencia—. Estaba durmiendo, señor. Hasta unos minutos antes de las ocho, naturalmente.

—Muy bien.

El jefe de policía señaló la puerta con un movimiento de cabeza, y el profesor de matemáticas partió.

Después que se hubo marchado, sir Wilfrid miró a McFee.

—¿Usted no ha encontrado restos de un nido sobre el cadáver, por casualidad?

—No, sir Wilfrid —la boca del detective se curvó en una leve sonrisa—. Sólo la mariposa. Me gustaría saber algo más sobre ese nido.

El jefe de policía levantó su monóculo, pero lo dejó caer al ver que la puerta se abría bruscamente. El doctor Woodhouse entró,

brillándole los ojos con incontrolada agitación.

Sir Wilfrid se puso de pie.

—Y bien, Woodhouse, ¿ha examinado usted el cuerpo?

—Sí.

—¿Y qué tiene que informarnos?

El doctor se acercó al escritorio y se puso a golpearlo con un largo dedo.

—Sólo que el niño no fue muerto por el tren.

La atmósfera se cargó con una tensión súbita. Los cuatro hombres lo miraron con incredulidad.

—¡Por Dios, señor! —exclamó sir Wilfrid—. ¿Usted está absolutamente... seguro?

—Absolutamente. Podría darle cuatro datos que lo probarían sin lugar a dudas, desde el punto de vista médico. Irving Moss murió a eso de las seis y media. Claro es que no puedo decir cómo o dónde fue muerto, pero había fallecido una buena hora antes de que el tren pasara por encima de él.

Dodd se inclinó con ansiedad.

—Hay otros trenes. Pudo haber sido atropellado por otro anterior y luego... otra vez por el expreso de Londres.

—No, señor —interrumpió el inspector Saunders, que por fin se encontró confrontado con un problema que podía resolverse con hechos concretos—. Mi hijo trabaja en la estación ferroviaria de Saltmarsh. No hay trenes que pasen por Craiglea entre el de carga, de las cuatro, y el expreso Exeter-Londres.

—Yo creo lo mismo —McFee dio un paso adelante—. Usted ve, sir Wilfrid, que todo esto es una maquinación. Claro es que todos sabíamos que el niño había sido asesinado, aun antes de que llegara el doctor Woodhouse. Sabíamos que fue muerto por la misma persona que mató a su hermano. Pero ahora podemos ver cómo ocurrió el hecho. El asesino se puso en contacto con el chico ayer e inventó la historia del nido de garzota. Irving, naturalmente, estaba excitado ante la idea de leyantarse antes del desayuno y salir en busca de esos huevos. Winch lo vio salir del dormitorio...

—Pero, ¿cómo diablos —profirió sir Wilfrid— pudo bajar hasta las vías férreas sin ser visto?

—Eso es muy fácil. Si no iba a salir con su madre, tendría buen cuidado de no hacerse ver, porque, después de todo, estaba

contraviniendo el reglamento de la escuela —McFee se pasó la mano por entre el enredado pelo—. Tenemos que luchar contra una inteligencia diabólica, sir Wilfrid. La persona que mató a Irving Moss conoce perfectamente la rutina de la escuela; sabe que yo tengo que ir al pueblo los viernes; hasta sabe a qué hora pasa el expreso de Exeter. Mas hay algo que no sabe. Creo que puede engañarnos hasta hacernos creer que el niño fue realmente muerto por el tren. En otras palabras, no conoce nada de medicina.

—No veo que esto pueda ayudarnos mucho —le espetó el jefe de policía—. Eso es lo que ocurre cuando las cosas se llevan a cabo en forma irregular. Jamás debí haber consentido esta mezcolanza, ni permitido la intervención de detectives privados. Acción directa, señor. Esa es la forma de resolver un crimen. Nada de estos misterios.

—Bueno, sir Wilfrid —el tono de McFee era ligeramente sarcástico—, tal como usted mismo lo ha hecho notar, de nada sirve decir lo que debió de haberse hecho. Dios sabe que todos hicimos lo que creíamos mejor.

—De todos modos —intervino el director, que se había aproximado a la ventana—, una cosa es evidente. Si este asunto terrible no se aclara inmediatamente, tendré que cerrar la escuela. Lamento, sir Wilfrid, que usted esté arrepentido de su amabilidad conmigo al ocultar a los ojos del público las circunstancias de la muerte de Eric. Le estaré siempre agradecido, aunque comprendo ahora que una mayor sinceridad hubiera impedido tal vez esta segunda tragedia —su voz sonaba a hueco—. Es una suerte que se acerque ya el fin de este período escolar. Puede ser que al término de las vacaciones de verano todo esto esté ya olvidado.

—Estará aclarado y olvidado —gruñó sir Wilfrid—. Y ahora, dediquémonos a esto —se volvió hacia McFee, a quien seguía buscando, instintivamente, en procura de sugestiones—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Averiguar el asunto del nido de garzotas. Llamamos a alguno de los chicos, para saber dónde se encuentra en realidad.

—¡Hum! —sir Wilfrid miró con desaliento al director. Luego los ojos se le iluminaron de repente—. ¿Qué le parece mi chico, Derek, eh, Dodd? —dijo con cierto orgullo paternal—. Entiende bastante de estas cosas, ¿no es así?

—Sí, es una idea excelente.

—Saunders, ¿quiere usted enviar al alguacil...?

—Yo iré —McFee se dirigió a la puerta a largos trancos—. Se hará menos lío.

Salió rápidamente y a los pocos minutos regresó, seguido por Derek Pemberly. El tosco muchacho se hallaba evidentemente nervioso. Sus dedos jugueteaban con la raída corbata escolar, y su rostro se contorsionaba más que nunca. Sir Wilfrid, igualmente, parecía muy incómodo. Sus mejillas estaban enrojecidas y se aclaraba la garganta ruidosamente.

—Veamos, Derek, queremos que nos contestes a unas cuantas preguntas. ¿Tienes alguna idea de dónde puede hallarse el más próximo nido de garzotas?

—¡Nido de garzotas! —los ojos de Derek se elevaron para mirar a su padre—. A...a...aquí no hay nidos de g...g...garzotas, p...padre —dijo con cierta sorpresa—. S...se los encuentra en los p...p...pantanos, del otro lado d...d...e Saltmarsh, pero no aquí. N...no es el 1...1...lugar adecuado.

Sir Wilfrid jugueteaba con su monóculo.

—¿Estás seguro, Derek?

—Naturalmente —el muchacho parecía injuriado por el hecho de que alguien pudiera dudar de sus conocimientos sobre historia natural—. No p...p...puede haber nido de g...g...garzotas hasta unos q...q... quince kilómetros de aquí.

—Así que nuestro amigo es bastante ignorante en materia de aves, también —murmuró McFee, suavemente. Su rostro tenía un aire absorto, como si siguiera el hilo de algún pensamiento propio.

Derek Pemberly se acercó al escritorio y se puso a mirar la mariposa estrujada que yacía sobre un trozo de papel secante.

—¿Q...q...qué es esto?

El jefe de policía lo apartó con cierta agitación.

—¡Cuidado, cuidado! No toques esto.

—Perdone, sir Wilfrid —McFee dio un salto hacia adelante, con un brillo súbito en la mirada—. ¿Puedo hacerle una pregunta a su hijo?

—Ciertamente. ¿Por qué no?

El detective se aproximó al escritorio y, ante la sorpresa de sir Wilfrid, se apoderó de la mariposa.

—Pemberly, ¿ves algo raro en esto?

Con cuidado extremo el niño tomó la «dama pintada» entre el dedo mayor y el pulgar.

—N…no es más q…q…que una «dama pintada», señor.

—Digo yo, ¿podrías saber cuándo fue muerta?

—Es d…d…difícil, señor —Pemberly tocó el cuerpo de la mariposa—. Hará una s…s…semana, más o menos, m…me parece. El c…c…cuerpo no se pone duro antes.

—¿Una semana? ¿Crees entonces que pertenece a alguna colección, acaso?

Derek olió el insecto.

—No se había endurecido del t…t…todo, señor, pero seguro q…q…que estuvo en una c…c…caja. Huele a alcanfor. Además, s…s…se ve el agujero en d…d…donde estuvo clavado el alfiler.

Todo el grupo había estado mirando al chico con asombro. McFee volvió a tomar la mariposa de sus manos y la depositó cuidadosamente sobre el escritorio. Se volvió hacia sir Wilfrid con una sonrisa de excitación en los labios.

—Ya lo ve, caballero —exclamó—, nuestro amigo era bastante ignorante también en materia de… mariposas.

15

ENREDO TRASATLÁNTICO

Después que su hijo se hubo retirado, sir Wilfrid se dedicó durante una hora a la acción directa. Se interrogó minuciosamente a sirvientas aterrorizadas y se las despidió de allí, retirándose con los ojos dilatados por la excitación. También se interrogó a la cocinera y a la señora Blouser, pero no tenían nada interesante que decir. Se llamó nuevamente a Heath. Afirmó una vez más que había estado durmiendo hasta cerca de las ocho. La misma historia refirió Mlle. Santais, quien juró con fervor gálico que no había abandonado su lecho hasta que sonó la primera campanada para el desayuno. Sus protestas debieron de haber sido demasiado para ella, pues se desmayó apenas abandonó la habitación.

—Bueno, caballeros, ya hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder, pero no estamos más cerca de una solución que hace un mes —sir Wilfrid miró a los tres hombres que tenía enfrente—. Usted, McFee, estuvo en este lugar todo el tiempo. Usted, Dodd, conoce a todo su personal íntimamente. A Saunders y a mí se nos ha informado de todos los descubrimientos oficiales. Tenemos por cierto que el asesino es, o ha sido, una persona de esta casa, pero no empezamos a vislumbrar siquiera quién puede ser. Todavía nos falta examinar a este individuo, Nettleton, pero si no podemos obtener nada de él, yo tendría que admitir que nos hallamos frente a un muro.

—La cosa no es tan terrible como eso —intervino McFee—. Claro que es espantoso que hayamos sido incapaces de impedir esta segunda tragedia; pero al menos tenemos una idea más aproximada

sobre la personalidad del asesino.

El jefe de policía gruñó con desaliento.

—Es una persona muy ingeniosa sir Wilfrid..., aunque bastante ignorante, asimismo. En ambos casos trató de que la muerte pareciera producida por accidente. En ninguno de los dos casos lo hizo bastante bien. Hoy, por ejemplo, quiso hacernos creer que Irving fue muerto por el tren. No tuvo en cuenta el hecho de que el examen médico podía demostrar que la muerte se había producido antes de que el expreso lo tocara. No tuvo en cuenta el hecho de que podríamos descubrir que la mariposa no había sido cogida recientemente. No tuvo en cuenta el hecho de que no existen nidos de garzotas en la vecindad, y que, en consecuencia, descubriríamos que la historia era fraguada. Y son muchos errores. Eso debiera proporcionarnos cierta idea sobre el tipo de mentalidad capaz de cometer esos errores.

—Caeríamos muy bajo si tuviéramos que recurrir a la psicología —le espetó sir Wilfrid—. Es algo tangible lo que necesitamos.

—Muy bien —sonrió McFee—. Si tenemos que atenernos a hechos concretos, ¿por qué no interrogar a Nettleton? Yo creo que él tendrá algunas cosas interesantes que contarnos.

—A propósito lo dejé para el último —sir Wilfrid hizo una indicación con la cabeza al inspector Saunders, quien envió al alguacil en busca del maestro de inglés.

El rostro de Nettleton estaba pálido, pero con un gesto de determinación. Parecía sentir un antagonismo en la atmósfera, pues había avanzado el mentón, y sus ojos azules, pese a las orejas, tenían una expresión alerta. Se sentó y extrajo una pitillera.

—¿Quería usted hablar conmigo, sir Wilfrid?

El jefe de policía lo miró cautelosamente.

—No sé si es una novedad para usted o no, pero le diré que Irving Moss fue asesinado esta mañana. Lo que es más, tenemos muchas razones para creer que su hermano, Eric, fue también muerto deliberadamente, cuando lo encontramos encerrado en el armario, junto a la habitación que usted ocupa, hace cuatro semanas.

Sir Wilfrid se detuvo, como si tratara de determinar qué parte de la verdad convenía contarle a ese compuesto e inexpresivo joven.

—Y ahora, señor Nettleton, ¿quiere usted prestarme la máxima

atención? Se trata de un asunto muy serio. Entre las seis y las siete de la mañana, el niño Moss llegó o se lo condujo hasta las vías del ferrocarril, a un kilómetro del edificio de la escuela. Es virtualmente imposible que haya ido hasta allí sin ser visto. Tengo entendido que usted se encontraba en el jardín del director a esa hora. Quiero saber si vio al niño o a cualquier persona que pudiera creerse sospechosa.

Nettleton exhaló una espiral de humo.

—Es completamente cierto que estuve en el jardín, y tengo una nebulosa idea de haber visto a Kettering y a McFee, pero a la criatura me temo que no. Si lo hubiera visto, por supuesto lo hubiera enviado de vuelta al dormitorio. Por eso, es muy probable que me haya eludido deliberadamente. Cualquiera de los alumnos sabe que es contrario al reglamento salir de la escuela antes del desayuno.

—¿Está seguro que no lo ha visto?

—Bueno, admito que yo no estaba totalmente despierto. Resulta que no me acosté en toda la noche.

—¡Cielo santo, señor! ¿Es ése un hábito suyo?

—Lo ha sido últimamente —el joven cruzó una pierna, con su bien planchado pantalón, sobre la otra—. Tenía una cantidad de trabajo que hacer. Lo terminé esta mañana, a eso de las seis. No podía dormir, así que salí a respirar un poco de aire fresco.

—¿Luego tomó su bicicleta y se dirigió a Saltmarsh?

—Eso fue más tarde..., alrededor de las siete. Quería despachar por correo algo que me interesaba particularmente.

—La oficina de correos no se abre hasta las nueve —intervino McFee, que se había mantenido de pie junto a la ventana, observando al profesor de inglés con ojos inescrutables.

Nettleton le devolvió la mirada en forma burlona.

—Un punto para el portero —murmuró—. Tiene usted razón. No lo llevé al correo. Yo sabía que estaría ocupado después del desayuno, de modo que se lo entregué a un chico en el *Goat and Compasses* y le di una moneda para que me lo despachara apenas se abriera el correo.

—Usted lo llevó al *Goat and Compasses* —repitió quedamente McFee—. Ahí es donde para la señora Bernard-Moss.

—Tiene razón una vez más.

—¿No la vio usted, mientras estaba en el jardín esta mañana?

—No. No la vi hasta el momento en que venía de regreso del pueblo, en mi bicicleta. Justamente llegaba a la curva en el camino, cuando se detuvo el expreso. Corrí a campo traviesa y divisé a la señora Bernard-Moss que iba a toda prisa a lo largo de las vías. La llamé, pero ella no me oyó —las líneas que bordeaban la boca de Nettleton se hicieron más profundas—. Si mal no recuerdo, creo que fui yo la única persona que se ocupó de ella cuando se desmayó.

—Todo eso está muy bien —intervino sir Wilfrid—, pero, ¿qué era lo que llevaba usted al correo?

—Me temo que no le interese —los ojos de Nettleton seguían fijos en McFee, como si tratara de adivinar todavía de dónde provenía su más formidable oposición—. No tiene ninguna relación con este asunto, por cierto.

—Bueno, ¿por qué no ser más claro? —preguntó McFee, con un leve sarcasmo en la voz—. Seguramente no será algo de lo cual tenga que avergonzarse.

—Por el contrario, es algo de lo cual me enorgullezco. Era una novela que acabo de terminar.

—¿Y tenía tan violenta urgencia de enviársela a alguien?

—Sí —Nettleton se pasó los dedos por el inmaculado pelo rubio —. He estado escribiendo desde que llegué a Craiglea…, trabajando en ella todas las noches, después de retirarme a mi cuarto. Terminé la primera parte hace algún tiempo y se la envié a un editor —sonrió con cierta afectación—. Me la aceptó, con algunas correcciones de menor importancia. En esas correcciones estuve trabajando esta noche. Por fin terminé y decidí despachar el manuscrito lo más rápidamente posible.

—¿No había otras razones para esa prisa? —dijo McFee, alzando una ceja.

—En realidad, sí, pero eso es un asunto personal mío.

McFee se aproximó un poco más.

—Sería interesante ver una copia de esa novela. ¿Tiene usted una a mano?

—No, en este momento no. Tonto de mí. Sólo hice una versión.

—¿Está usted seguro de que era una novela lo que despachó esta mañana?

—¿Cómo?, ¡es claro que sí!

—¿Está seguro de que no sería una carta para Norteamérica? —Mc Fee dio un salto hacia adelante y extrajo de su bolsillo el recorte del diario que Lucas le había entregado el día anterior—. ¿Está usted seguro de que no era una carta para St. Paul, firmada por Dave Harvey?

Por un momento el maestro de inglés pareció perplejo, pero, al echar una mirada a la fotografía, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿De dónde ha desenterrado esa antigüedad? —se puso a examinar más atentamente el retrato juvenil de su propia persona —. Ha sido usted bastante listo, McFee, para reconocerme. *Pop y toda la barra*… Realmente, ¡con qué crudeza expresan las cosas estos periódicos norteamericanos!

El semblante de sir Wilfrid se oscureció al arrancarle el papel de la mano.

—¡Por Dios, McFee! ¡Usted no me dijo nada de esto!

—Es que lo encontré ayer —McFee seguía observando a Nettleton—. No tuve oportunidad de informarle antes. Además, quería que la agencia trabajara primero sobre esto.

Los ojos del jefe de policía miraban con la viveza de un hurón.

—Señor Nettleton, ¿es ésta una fotografía suya?

—Lo es…, o mejor dicho, lo era, hace varios años.

—¿Es usted norteamericano?

—Estrictamente hablando, sí.

—Dios mío, señor…, quiero decir, ¡maldito sea! Se comporta usted como un inglés; habla usted como un inglés. Hasta a mí pudo haberme engañado.

El profesor de inglés inclinó la cabeza.

—Gracias por el cumplido, sir Wilfrid. He trabajado duramente para lograrlo. Y hasta me dijeron últimamente que soy *demasiado* inglés.

—Pero eso no puede ser verdad —intervino Dodd, presa de máxima perplejidad—. Este joven me ha sido recomendado personalmente por el director de All Saints. Y, por usted, sir Wilfrid, le escribí una vez más, pidiéndole detalles. El doctor Rolandson me dijo que había sido un excelente alumno, y que él conocía personalmente a su padre y a su madre.

—Así es, señor —murmuró Harvey Nettleton—. Tal vez esté algo

avergonzado de ello, pero pudo haber mencionado el hecho de que, casualmente, es mi tío también.

—¿Su tío?

—Sí, señor. Usted sabe que esta gente de Oxford es algo distraída. Probablemente jamás pensó en decírselo, porque, además de ser su sobrino, soy un extranjero indeseable.

Todo eso era demasiado para el jefe de policía, que se había hundido en el sillón y se estaba limpiando el monóculo con el pañuelo.

—El doctor Rolandson es hermano de mi madre. Mi madre fue lo bastante indiscreta como para casarse con un rico industrial americano..., Nathaniel Harvey, de la firma Harvey y Harvey. He observado que tiene usted un automóvil de esa marca, sir Wilfrid. Muy poco patriótico de su parte, señor, cuando todo el mundo le dice que Compre Productos Británicos.

El jefe de policía lanzó una mirada sobresalida al exterior, a través de la ventana, como si esperara ver aparecer súbitamente su coche entre los canteros de flores del jardín.

—¡Harvey! —exclamó con voz débil—. ¿Quiere decir que su padre fabrica los coches Harvey? Y bueno, maldición, es la única buena máquina americana que hay en venta. Joven, ¡usted tendrá que pensar alguna historia mejor que ésa!

—Lamento mucho que usted tenga más fe en los automóviles de mi padre que en mí —Nettleton dejó caer al suelo la ceniza de su cigarrillo—. Yo sólo desearía *estar* mintiendo. Durante años he rogado no volver a ver un coche Harvey en mi vida. Es ésa la razón principal por la cual me vine aquí, en busca de un poco de paz y quietud. Comprenda usted: después que terminé de estudiar en Oxford, papá quiso que me metiera en negocios y que empleara mi magro talento literario en redactar la propaganda de sus coches. Tuvimos casi una pelea porque no me gustó la idea. Jamás me atrajo la opulencia industrial, de todos modos. Yo quería dedicarme a escribir, mantenerme con un trabajo que me gustara en algún sitio que me gustara. Pero papá creyó que yo estaba loco, y me dijo aproximadamente que podía irme a... Inglaterra, o a cualquier otro lugar, por lo que a él le importaba. Partí indignado y me di el gusto

casi romántico de cambiar de nombre —el joven miró a Dodd como pidiendo excusas—. Regresé a Oxford y le dije al doctor Rolandson que no tenía un centavo. El, muy amablemente, me recomendó a usted, y así fue como conseguí este empleo. Espero no haberlo defraudado, señor. Creo que me he desempeñado aquí lo mejor posible.

Los labios de Dodd se movieron, pero no pronunció una palabra.

El profesor de inglés se puso de pie y miró solemnemente a su asombrado auditorio.

—Esta es, caballeros, la historia de mi vida. Si la novela me proporciona dinero, papá hará honor a sus antecedentes y cederá por completo. De todos modos, a juzgar por el dramático cuadro que pinta el diario; ya muestra una fuerte inclinación a hacerlo. Y ahora puedo retornar a mi hogar, en St. Paul, Minnesota, para hacer las paces con honor.

McFee estaba escuchando ese relato sin hacer comentarios.

—Me alegro de que haya sido usted tan franco con nosotros, señor Harvey —murmuró—. Ya conocía algo de su historia, por la agencia. Pero hay algunos hechos que no ha mencionado. Hace tres años, cuando estaba usted en Oxford, pasó una semana en la cárcel por dirigir una huelga estudiantil. Y también se metió en dificultades cuando inició un Teatro de Arte Ruso, en Dennisville, para la así llamada Liga de Norteamericanos Libres.

Nettleton frunció los labios.

—La exuberancia de la juventud, McFee. Me imagino que no utilizará eso contra mí, ahora que he alcanzado la avanzada edad de veinticinco años. Después de todo, nosotros los norteamericanos tomamos muy en serio nuestras cosas..., especialmente cuando somos jóvenes.

—Eso puede ser, señor Harvey. Pero no quiere decir que tenga que traérselo todo a Inglaterra —McFee sonrió casi con simpatía—. En primer lugar, es contrario a la ley que los francotiradores norteamericanos tengan empleo en este país.

—Si es por eso, nos hallamos los dos embarcados en la misma nave, ¿eh? Un maestro americano ilegal y un detective —portero americano también ilegal.

Sir Wilfrid, que estaba perplejo mirando a uno y otro, asumió de pronto la expresión de una persona que descubre una brillante

argumentación.

—¿Cómo supo usted que McFee era un detective americano, señor? —preguntó triunfalmente—. Dígame eso.

Los ojos azules de Nettleton examinaron, divertidos, la gran figura viril del detective.

—Es bastante evidente, ¿no le parece? Tiene un aspecto tan increíblemente americano. Y luego, como a Judas, su lenguaje lo traiciona. Además, siempre supe que no era realmente un portero. ¡Lustra tan mal mis zapatos!

Nadie dijo una sola palabra por un momento, mientras Nettleton y McFee se miraban en medio de un torvo silencio. Sir Wilfrid fue el primero en hablar.

—Bueno, Nettleton..., este..., Harvey, este cuento suyo necesita confirmación antes de que pueda aceptarlo por completo.

—Oh, esa historia es bastante verdadera —murmuró McFee, en forma sorprendente.

—¿Quiere que tome en serio todo este enredo?

—Ciertamente. Los hechos son todos verídicos. El es hijo de Nathaniel Harvey. Yo vengo de la misma región, y su rostro siempre me resultaba familiar. En cuanto vi el periódico ya supe de qué se trataba. Sí, es, efectivamente, el hijo de un hombre rico, pero como lo admite él mismo, su padre le dio el portante. Quiénes son sus padres no tiene nada que ver en este asunto.

—Es claro que no —sir Wilfrid se dirigió a Harvey con la truculencia que utilizan siempre los oficiales ingleses cuando se dirigen a un extranjero sospechoso—. Joven, se encuentra usted en una situación realmente incómoda. Su habitación está junto al armario en que se encontró el cuerpo de Eric Moss. Usted era el único miembro del personal docente que se hallaba en las inmediaciones cuando desapareció Irving. Usted es norteamericano, y a un norteamericano estamos buscando. Lo que es más, como extranjero, usted ha estado deliberadamente contraviniendo las leyes del país. Tengo que darle órdenes terminantes de no abandonar esta casa.

—Muy bien, sir Wilfrid. Pero se chasqueará si quiere hacer de mí un asesino. Una oveja negra, tal vez, pero no un lobo feroz. Con su permiso, creo que voy a telefonear a mi padre. Hay varias cosas que deseo que me confirme.

—¿Telefonear a su padre? —repitió Dodd, asustado ante la idea de una conversación trasatlántica.

—Sí, señor. Pero no se alarme por la cuenta. Creo que él estará dispuesto a pagar el gasto del teléfono, a juzgar por esa noticia del diario que, entre paréntesis, yo no había visto hasta que McFee tuvo la gentileza de atraer mi atención sobre ella —el profesor de inglés se aproximó a la puerta, donde se hallaba la impasible figura del inspector Saunders—. No tiene por qué preocuparse, inspector. No me voy a escapar. Si me necesita... venga a buscarme junto al teléfono, en el primer piso. Todos serán bien venidos, si quieren escuchar la conversación. —Lanzó una mirada general a la asamblea..., una mirada que se posó finalmente sobre McFee—. Si mi padre me cuenta algo interesante, se lo haré saber a ustedes. Después de todo, este asunto tiene sus raíces en Norteamérica, ¿no es así?

McFee alzó la vista de la libreta de apuntes que había estado estudiando.

—Yo también voy a hacer una llamada, Harvey. Sería gracioso que ambos anduviéramos detrás de lo mismo.

Los ojos del profesor de inglés se entrecerraron.

—Así que usted comienza a tener un indicio de quién lo hizo realmente, ¿no?

McFee sonrió.

—¿Indicio? Sí, tal vez pueda usted llamarlo... un indicio.

16

ESCÁNDALO EN LA ESCUELA

La nueva de la muerte de Irving alborotó a todo Craiglea. Se hicieron infructuosas tentativas de mantener dominados a los muchachos, pero el constante espectáculo de los policías corriendo de aquí para allá, los innúmeros coches, toda la atmósfera de excitación nerviosa hacían imposible continuar el curso escolar con alguna disciplina.

Y luego, para colmo, todo el personal docente, uno por uno, habían sido llamados al estudio del director. Dos veces Heat tuvo que abandonar el aula. La clase de composición de Mlle. Santais quedó interrumpida en mitad de una frase. Nettleton fue interrumpido durante una prueba de análisis, y partió acompañado por un gran agente de policía, y sus alumnos no volvieron a verlo en el resto de la mañana.

Apenas si había un muchacho que no asociara inmediatamente la reciente tragedia con la muerte de Eric Moss producida poco antes. Casuales recuerdos de ese primer incidente fueron desenterrados, y crecieron hasta adquirir proporciones enormes. Winch, que había visto salir a Irving del dormitorio esa mañana, se había convertido en el héroe de la jornada. Una y otra vez tenía que repetir su relato ante un auditorio hipnotizado, mientras algún rapazuelo hacía guardia, furtivamente, ante la puerta del aula. El aire estaba lleno de horrorosas y sangrientas conjeturas.

St. John Lucas permanecía inconmovible ante esa ola de histeria colectiva. Para él. Winch y todos los teorizadores eran simples aficionados. El tenía su libreta negra, el apoyo secreto de McFee, la

verdadera información íntima. Era sólo cuestión de tiempo, y el detective le contaría todo lo que realmente le había ocurrido a Irving.

«Si Winch y toda esta pandilla supieran lo que yo sé», se decía a sí mismo, «no andarían tan engreídos».

Mientras los demás niños de su clase charlaban indefinidamente comentando la súbita desaparición de Nettleton acompañado con el policía, Lucas se mantenía sentado aparte, con una sonrisa digna de Gioconda. La libretita negra se hallaba sobre su pupitre, frente a él. En ella iba anotando algo que tenía este aspecto: *frt nat zakwut quo ddle thla…*

La situación se había vuelto realmente crítica ahora. Lucas había comenzado a anotar todas sus observaciones en el más secreto de los códigos.

Con la rutina de la escuela completamente subvertida, y su esposo siempre en conferencia con las autoridades, toda la responsabilidad del mantenimiento de la disciplina recaía sobre la señora Dodd. Esta segunda tragedia la había afectado mucho más que la primera. Su rostro amable denotaba tensión y agotamiento, y el pelo estaba alborotado como el de la propia Reina Blanca. Se movía de un lado a otro dando una sensación de desaliento, pero obrando en realidad milagros de organización. Cuando Mlle. Santais se desmayó después de su entrevista con sir Wilfrid, la propia señora Dodd tuvo que suplirla. Con verdadero dominio, aunque errando un poco en la gramática francesa, tomó a su cargo la clase de composición interrumpida, y su tono firme podía oírse resonando en toda el aula de cuarto grado:

—*Maintenant, garçons, donnez-moi votre bonne attention.*

Hasta Sophonisba había sido obligada por su indómita madre a hacerse cargo de la enseñanza. Había clavado una nota en el pizarrón que decía: «Hoy no hay lecciones de música», y había sustituido a Heath en dos de sus clases de geografía.

Hasta el recreo de media mañana no tuvo un momento para ponerse a considerar las implicaciones de lo que había ocurrido en las vías férreas esa mañana. Lo repentino de los hechos le habían embotado los sentidos, y ella se sentía incapaz de pensar o ponerse

a teorizar. Tan pronto como los niños quedaron agrupados tranquilamente al sol, se retiró a su cuarto y se tiró en la cama con un pañuelo húmedo sobre los ojos doloridos.

Su padre continuaba encerrado con la policía. De tanto en tanto llegaban hasta ella suaves voces que flotaban hacia arriba desde la ventana del estudio. Sentía un poderoso deseo de conversar con McFee..., por su fuerte y confortadora presencia que siempre reducía sus locas fantasías a las justas proporciones dictadas por el sentido común.

Se oyó un golpe en la puerta. Se incorporó, llena de esperanzas, pero volvió a tenderse cuando vio entrar a su madre.

—¡Oh, hola, mamá! ¿Alguna novedad?

La señora Dodd se sentó en el borde de la cama.

—No, querida —su voz era monótona y cansada. Hasta sus habituales subrayados habían desaparecido—. Descansa un poco. Tenemos una cantidad de trabajo por delante. Más tarde tendremos que ponernos a escribirles a los padres, explicándoles por qué nos vemos obligados a cerrar la escuela antes de finalizar el curso.

—¿Realmente piensas hacer eso? —Sophonisba trató de sentarse en la cama.

—Es claro, querida. Eso, si no podemos encontrar alguna explicación razonable para mañana. Sólo podemos desear que, cuando llegue el mes de setiembre... Lady Adela ha telefoneado ya desde Saltmarsh, preguntando por Norman. Y hay un telegrama de la madre de Rogers, también.

—Es increíble qué pronto se esparcen las malas nuevas.

—Sí, así es. Seguramente los demás padres se harán oír también enseguida. ¡Si al menos la Policía pudiera descubrir algo definitivo! —la señora Dodd se levantó, con una sonrisa forzada en sus labios —. Pero no tenemos que darnos por vencidos, querida mía. Peores cosas han ocurrido. Voy a ir a ver si Mlle. Santais ya se siente bien como para seguir con su clase. Me temo que tú tendrás que reemplazar a Nettleton. No sé dónde está. No tienes que hacer mucho..., sólo leerles *Hamlet* o algún otro clásico.

Al marchar su madre, Sophonisba se acercó al espejo para arreglarse la dorada cabellera antes de tomar la clase de Nettleton.

¡Nettleton!... Recordaba cómo había permanecido despierta la noche anterior, dando vueltas en su mente a las implicaciones de

esa extraña fotografía aparecida en el periódico que Lucas había descubierto. Sea que el profesor de inglés estuviera complicado o no en algún misterioso asunto al margen de la ley, una cosa le resultaba cierta: era un extranjero, una entidad desconocida. Como tal, provocaba en ella, aun contra su voluntad, algunas de las sensaciones de encono y excitación que hasta ahora sólo había sentido por McFee.

¿Habría sido sincero el día en que le propuso que se casara con él? ¿O ella era sólo un peón en esa partida incomprensible que estaba jugando? ¿Y la señora Bernard-Moss...? ¿Cuál era su relación con la casi demasiado encantadora visitante americana? La cabeza empezaba a dolerle de nuevo mientras estos pensamientos complicados giraban en su mente cansada.

Se acercó a la puerta. Cuando la cerraba detrás de sí oyó el sonido de una voz familiar, aunque algo distinta, a través del corredor, Harvey Nettleton estaba sentado ante el teléfono, hablando en forma excitada junto a la boquilla.

—Sí, es claro, todo lo que digas... O. K., Pop... ¿Pondrás a un hombre a trabajar en eso en seguida? Sí, y no te olvides de ponerte en contacto con el viejo Bernard-Moss... ¿Cómo? ¿Qué es esto? Maldita conexión... Hola, Nueva York, Nueva York, me cortaron la comunicación. ¿Cómo?... No importa. Ya había terminado.

Colgó de un golpe el receptor y miró a Sophonisba, del otro lado del corredor, que lo estaba mirando con un asombro que no trataba de disimular.

—Hola, demasiado tarde para conocer a mi padre.

—¡Su padre! ¿Qué dice...?

El joven se aproximó a ella, con una expresión seria en los ojos azules.

—Señorita Dodd, hay algo que tengo que decirle.

—Lo siento —la cara de Sophonisba se endureció al recordar la última vez que él había usado esa expresión—. Mi madre me ha pedido que me haga cargo de su clase.

—Al demonio con la clase..., usted tiene que dejarme hablar. ¡Oh, no, no se preocupe! No voy a molestarla más en la forma que usted se imagina —la tomó de un brazo—. Es que me encuentro en

serias dificultades y necesito su ayuda. Esta es su habitación, ¿no es cierto? Ahí podemos hablar.

Antes de que Sophonisba se diera cuenta de lo que ocurría, la introdujo en el dormitorio, cerró la puerta y se paró de espaldas a ésta.

—Bueno, antes de que empiece a hablar, será mejor tal vez que le dé una explicación con respecto a esta llamada telefónica.

—No hay necesidad de explicación alguna. Ya sé que usted es americano, si a eso se refería.

—Siempre carne y uña con el portero, ¿no?

—No necesariamente —el tono de Sophonisba era frío—. En realidad, fue Lucas el que descubrió el periódico con la fotografía en su cuarto. Usted no debe castigar de ese modo a los chicos, si no quiere que anden hurgando en sus asuntos personales.

—Así que el joven Lucas es el astro de este pequeño trío de detectives —los ojos de Harvey centelleaban, burlones, pero de pronto adquirieron un aire muy serio al ver la expresión pétrea del rostro de la muchacha—. Sophonisba, usted no..., ¿seguramente usted no creerá que yo...?

—No veo por qué había de tener confianza en usted —Sophonisba se acercó a la ventana—. Después de todo, su vida ha sido en todo momento un largo misterio, ¿no es así? No sólo le ha ocultado usted cosas a la Policía, sino que me las ha ocultado también a mí. Y... y... —se volvió y lo miró de frente— usted pretendió en cierto momento hacerme creer que realmente me quería.

Ella parecía casi asombrosamente hermosa, de pie, con las mejillas enrojecidas por la ira. El joven dio un paso hacia ella.

—Sophonisba, yo...

—¡Por favor! No podemos hablar de nosotros mismos ahora. Hay demasiado que hacer...

—Pero es que yo *tengo* que hablarle de mí, Sophonisba —le tomó una mano y se la apretó casi con rudeza—. Dentro de unos minutos me van a arrestar.

Sophonisba tartamudeó:

—¿Usted quiere decir...?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Ese viejo idiota de Pemberly me va a hacer arrestar por el asesinato de Irving y Eric Bernard-Moss.

No lo ha dicho así, en realidad, pero lo he visto en sus ojos. En cualquier momento puede aparecer el inspector Saunders y golpear en esta puerta.

—Pero, McFee... ¡él le ayudará!

—No hay ayuda posible de su amigo McFee. Sus manos están atadas. No puede ir contra la Policía más de lo que podemos nosotros..., aunque quisiera hacerlo.

Sophonisba lo observaba atentamente. Detrás de la espiral de humo del cigarrillo su rostro pálido era casi humilde. Y, en cierto modo, esa nueva humildad lo hacía más atrayente. Cuando ella volvió a hablar, la voz era más suave, cargada de mayor simpatía.

—Pero, ¿es que usted realmente no tiene nada que ver con esto?

Rápida, ansiosamente comenzó él a explicarle lo mismo que le había dicho a la Policía esa mañana. Cuando habló de su novela, los labios de Sophonisba se separaron a causa del interés. A cada rato parecía que ella deseaba interrumpirlo con preguntas, pero las palabras de él fluían sin cesar, como si quisiera ganarle una batalla al tiempo. Por fin se detuvo y encendió otro cigarrillo.

La habitación parecía muy silenciosa mientras los dos jóvenes se miraban intensamente.

—Yo quiero creerle, le creo —Sophonisba hablaba muy bajo—. Pero si ése es todo el misterio, ¿por qué, por qué no me lo dijo antes?

Nettleton se miraba las uñas.

—No veía la necesidad. Evidentemente, a usted no le interesaba. ¿Por qué había de molestarla yo con mis estúpidos secretitos?

—Y además, hay otra cosa.

—¿Myra Bernard-Moss?

—Sí —dijo Sophonisba, ruborizándose—. Todo eso parecía tan... raro.

—¡Raro! No hay nada de particular en eso. La señora Bernard-Moss me reconoció cuando nos encontramos en el campo de deportes. Y fue lo bastante amable como para no delatarme.

—¿Quiere usted decir que la conocía ya en Norteamérica?

Harvey se pasó la mano por los ojos, como indeciso.

—Sí. En verdad fue mi primer amor. Pero las cosas no llegaron muy lejos por ninguna de las dos partes. Ambos estábamos metidos en una loca aventura teatral, y ahora ella es esposa de un juez y

tiene particular interés en que nadie sepa que ha pertenecido alguna vez al teatro. Usted comprende, Myra tiene ambiciones sociales.

—¿Por eso ella estaba en su cuarto la noche que fue muerto Eric? —preguntó Sophonisba con inconsciente ironía.

Nettleton pareció sorprendido.

—Nuestro amigo el portero parece haber hecho una investigación a fondo —sonrió—. ¿O también tengo que agradecerle a Lucas esto?

Sophonisba inclinó la cabeza, sonriendo a su vez.

—Myra tiene ciertos hábitos poco convencionales. Quizá sean resabio de los viejos tiempos —explicó Harvey—. Pero, por debajo de esa apariencia, ella es tan fría y respetable como la catedral de Saltmarsh. Yo sería bastante mal educado si le hubiera hablado a la Policía de esa encantadora visita suya, tan espontánea.

Se interrumpió al oír el sonido de pesados pasos en la escalera.

Sophonisba miró rápidamente la puerta.

—Pronto. Usted dijo que necesitaba mi ayuda. ¿De qué se trata?

—No hay tiempo ahora. No debo comprometerla permaneciendo en su dormitorio.

Harvey abrió la puerta de un empujón y arrastró a la muchacha detrás de sí, al corredor.

—Por amor de Dios —dijo con voz ronca cuando vio que se aproximaba el inspector Saunders con un agente—, utilice todos sus encantos para convencer al inspector que nos deje a solas durante cinco minutos. No es que me importe que me arresten, pero —su voz se convirtió en un susurro— creo que tengo una idea.

Fue interrumpido por el inspector Saunders, quien tosió como pidiéndole disculpas a Sophonisba antes de hablar.

—Lo lamento mucho, señor Nettleton…, es decir, señor Harvey, pero me temo que nos veamos obligados a detenerlo, acusado de violación del Acta de Residentes Extranjeros de mil novecientos veintidós. Sir Wilfrid desea que nos acompañe usted hasta Saltmarsh lo más pronto posible.

17

LOS RIVALES

—Perfectamente, Inspector. —el tono de Harvey era clamoroso —. Señorita Dodd —se dirigió a Sophonisba con exagerada cortesía —, me temo que me veré obligado a rogarle que tenga la gentileza de hacerse cargo de mis clases mientras yo esté... temporalmente detenido en Saltmarsh.

—¡Oh, Dios mío! —Sophonisba hizo un mohín de desaliento casi teatral—. Es que usted simplemente *debe* explicarme lo que tengo que hacer.

—Dudo que haya tiempo de hacerlo ahora —Nettleton le lanzó una mirada de reojo al inspector—. No podemos hacer esperar a sir Wilfrid.

—¿No podría usted concederme diez minutos? —Sophonisba miraba a uno y otro con bien simulado azoramiento—. Están todos esos cuadernos de ejercicios que se encuentran en la sala de música. Y luego todos los apuntes sobre análisis y redacción...

—Lo siento, señorita Dodd —interrumpió el inspector.

—Oh, *por favor*, inspector Saunders. Últimamente tenemos tantas complicaciones en la escuela —Sophonisba pareció haber heredado bruscamente de su madre la aptitud para los subrayados —. No es justo interrumpir el trabajo de los chicos de ese modo. ¿No le permitiría usted, no *le permitiría*, por favor, al señor Nettleton que repasara conmigo las tareas y me diera las indicaciones sobre lo que tengo que hacer?

—Bueno... —el inspector comenzaba evidentemente a debilitar su resistencia.

—No nos llevará ni diez minutos, y la sala de música está ahí no más, en el otro extremo del corredor.

—Muy bien, señorita Dodd —Saunders, que conocía a Sophonisba desde chica, guiñó un ojo solemnemente para demostrar que no creía en esa conversación oficial—. Esperaré aquí. Pero sólo diez minutos, recuerde —extrajo de su bolsillo un enorme reloj.

Sophonisba y Harvey corrieron a la sala de música. Casi antes de que hubieran cerrado la puerta, el joven empezó a hablar sin aliento.

—Escuche —dijo—. Usted conoce de cerca todo lo ocurrido y todo lo que hacen las autoridades. ¿Se fiaría de mí lo bastante como para contarme lo más rápidamente que pueda aquello que yo no sé de este asunto? Quiero ver si encaja en el esquema que yo he estado elaborando.

Sophonisba tuvo un momento de duda. ¿Traicionaría ella la confianza de McFee y le diría al maestro de inglés todas las cosas que habían descubierto juntos? ¿Sería prudente? ¿Sería seguro?

Miró los ansiosos ojos azules de Harvey y, antes de darse cuenta de lo que hacía, comenzó a narrarle todo lo que sabía de la muerte de Moss mayor... las peregrinaciones nocturnas de Lucas, la historia de los Heller, la afiliación de Heath al partido fascista, las misteriosas idas y venidas de Mlle. Santais.

Sólo dos veces la interrumpió. Cuando ella describía las experiencias de Lucas con la enfermera gris. Harvey intervino con una interjección sorprendida.

—¿El chico está seguro de que oyó el roce de una falda esa vez?

—Parecía absolutamente seguro. No es ningún tonto.

Después que ella hubo terminado, el maestro de inglés se sentó por un instante, como perdido en sus pensamientos.

—Todo encaja perfectamente —murmuró por fin—. Todo encaja condenadamente bien. Excepto una sola cosa. ¡Y luego está ese asunto de Santais!

—¡Cómo! ¿No irá a pensar que ella...?

—Yo no pienso nada: no puedo permitirme ese lujo —avanzó el mentón—. Todo lo que podemos hacer ahora es obrar, y obrar bien rápido.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Escuche, Sophonisba. Parte de la solución del caso reside en Norteamérica, evidentemente. Acabo de hablar con mi padre y espero un cablegrama muy importante entre hoy y mañana. Quiero que usted preste atención a la puerta de entrada y reciba ese cable antes de que caiga en manos de ningún otro. Llámeme en seguida a la comisaría o adonde quiera que me conduzcan. A menos que mis sospechas estén totalmente equivocadas, alguien más va a recibir un cable mañana. Si pudiera usted interceptar también ése, creo que podría darnos la solución total del caso.

—Pero yo no puedo...

—Sí, puede —la apremió él—. Es una cuestión de vida o muerte, y es la única posibilidad que tengo de salvarme.

Los ojos de la joven se nublaron.

—Y hay algo más, Sophonisba. Ya le he dicho que la solución reside en Norteamérica. Esos periódicos míos..., a excepción de las noticias que reciba de mi padre, son el único vínculo que tenemos con el otro lado del mar. ¿No podría usted revisarlos y ver si logra descubrir algo?

—¿Qué clase de cosas quiere que busque?

—Oh, no sé... Pero Lucas encontró algo con respecto a mí. Tal vez usted pueda hallar algo referente a los Heller.

—Muy bien. Haré todo lo posible.

Se oyeron pisadas del otro lado de la puerta. Sophonisba se apresuró a atravesar la habitación y tomó un libro de un estante.

—Comprendo, señor Nettleton —dijo en voz alta, en el tono de una maestra profesional—. Entonces usted toma el sujeto, el objeto y el predicado...

Pero no pudo terminar la frase porque Harvey la había seguido hasta la estantería y llevándole hacia atrás suavemente la cabeza la estaba besando en la boca. En el momento en que la puerta se abrió para dar lugar a la voluminosa silueta del inspector Saunders, ya estaban separados por una distancia de medio metro, y Harvey decía con toda calma:

—Si tiene alguna dificultad con la clase de cuarto grado, señorita Dodd, estoy seguro de que el inspector Saunders será lo bastante amable como para permitirle que se comunique conmigo por teléfono mañana.

Mientras los pasos de los hombres se iban apagando en la

escalera, Sophonisba permanecía de pie, irresoluta. Algo parecía estallarle en el cerebro. Sólo gradualmente sus pensamientos pudieron ir tomando forma coherente. Luego, como bajo el hechizo de una influencia hipnótica, corrió al cuarto de Harvey, se apoderó de todo el paquete de periódicos que yacía bajo el guardarropa y regresó con ellos por el corredor.

Apenas había logrado ocultarlos bajo la cama cuando entró su madre.

—Sophonisba, querida, la señora Bernard-Moss ha estado acostada en mi cuarto. Se siente un poco mejor, ahora, y quiere regresar a la hostería. Espera un cablegrama de su esposo. No puedo pedirle a nadie que la acompañe y he estado pensando si serías tan amable de acompañarla hasta la casa. La pobre está terriblemente abatida.

—Muy bien, madre —dijo Sophonisba, con aire ausente.

Encantada de tener una excusa para abandonar la atmósfera sofocante de la escuela, Sophonisba se puso un sombrero y bajó al vestíbulo. Las clases de la mañana habían sido definitivamente abandonadas, y los niños estaban jugando ahora en el campo de deportes, bajo la supervisión de Heath. La vieja edificación estaba muy tranquila ahora que los oficiales de policía habían partido, junto con Dave Harvey.

Al poco rato, la señora Bernard-Moss bajaba las escaleras del brazo de la señora Dodd. El ojo crítico de Sophonisba descubrió en seguida unas manchas de colorete cuidadosamente aplicadas en cada mejilla.

—¡Oh, Sophonisba, qué amable es usted! ¡Lamento tanto tener que molestarla!

—En absoluto —repuso prontamente la muchacha—. Creo que un poco de aire nos vendrá bien a las dos.

Las dos jóvenes mujeres formaban un contraste chocante al marchar bajo el sol de mediodía. Sophonisba, fresca y adorable como una flor silvestre de las praderas inglesas, y Myra Bernard-Moss, hermosa y exótica como una flor de loto tropical.

Apenas habían tenido tiempo de pronunciar algunas frases tensas, cuando se les unió McFee, que acababa de dar la vuelta a un

ángulo del jardín e insistía en acompañarlas hasta el *Goat and Compasses*.

—Estoy muy afligido —comenzó, con una mirada de simpatía dirigida a la dama americana—. Estoy terriblemente afligido por Irving. Tengo la sensación de haber fracasado, ante usted y ante el juez. Pero Dios sabe que hice todo lo que pude. Fueron más vivos que nosotros.

La señora Bernard-Moss le apretó el brazo con los dedos.

—Usted no tiene responsabilidad alguna, señor McFee. En absoluto. Todos hicimos lo que creíamos mejor. Pero no puedo soportar el hablar de ello ahora, si le parece.

Llegaron hasta el pueblo en silencio. La salita de la señora Bernard-Moss se hallaba en la planta baja, con un gran ventanal que se abría sobre un patio pintoresco. Al entrar, Sophonisba pudo oír a los hombres del bar, al otro lado del pasillo, que discutían la tragedia de la escuela. Ella se estremeció al cerrar la puerta.

La señora Bernard-Moss hizo vagos ofrecimientos de refrescos, que fueron cortésmente rechazados, puesto que Sophonisba estaba ansiosa por regresar a su casa para ayudar a la madre a la hora del almuerzo. Al rato, ella y McFee regresaban por el camino bordeado de árboles que conducía a la escuela.

—¿Sabe usted lo de Harvey? —comenzó Sophonisba.

McFee inclinó la cabeza, con gesto lacónico.

—Lo siento, señorita Dodd; eso no es obra mía. Usted misma verá que él está más seguro fuera de aquí, por el momento.

—Pero con seguridad que nadie pensará que él fue quien lo hizo.

—Nadie ha logrado pensar nada constructivo hasta ahora. Pero usted debe recordar que, desde el punto de vista de sir Wilfrid al menos, él está en contravención.

Mientras hablaba, Sophonisba notó que su voz parecía cansada y que su rostro tosco tenía una expresión de abatimiento. De pronto se dio cuenta de que la muerte del segundo Moss tenía, posiblemente, más importancia para él que para cualquier otro, en Craiglea. Después de todo, eso significaba fracaso, y probablemente la pérdida de su puesto en la Agencia de Detectives Drummond. Eso era evidente, a menos que tuviera todavía algún triunfo escondido en la manga.

—Señorita Dodd —la voz del detective cortó el fino hilo de sus

meditaciones—, bien sé que parece que yo hubiera sido incompetente en este caso, pero no quiero que usted, usted más que nadie, crea que estoy vencido.

Sophonisba lo miró con simpatía. Pensó que cierta dosis de humildad le quedaba bien a este joven americano tal como le sentaba bien, una hora antes, a Harvey.

—Es claro que usted no está vencido —murmuró ella.

—Tengo algo que hacer afuera hoy. Estaba pensando si usted se hallaría libre esta noche, para ayudarme.

Sophonisba pensó, inquieta, en la promesa que le había hecho a Harvey. Pensó en el caos que habría en la escuela, en sus pobres padres tratando de mantener el orden entre los niños, con un personal terriblemente agobiado.

—Siento que debo permanecer en casa esta noche —dijo—. No puedo dejar solos a mis padres en un momento como éste. No obstante, si se trata de algo realmente importante...

—No, no es tan importante como eso. Comprendo perfectamente su situación. Y gracias..., gracias, señorita Dodd, por la confianza que me tiene.

Su brazo tocó levemente el hombro de ella, y por un instante sus ojos oscuros se clavaron en los grises de la muchacha.

—De todos modos, es una tarea peligrosa. Ahora que lo pienso mejor, no hubiera aceptado su ayuda, aunque usted pudiera brindármela. Si resulta, se lo contaré mañana.

Sophonisba se detuvo en la escalera que conducía a la planta alta de la escuela.

—Yo también tengo un asuntillo entre manos —murmuró—. Y si algo resulta de ello se lo haré saber al instante.

Mientras hablaba, oyó sonar el teléfono en el vestíbulo.

—Oh, perdóneme, voy a ver quién es —exclamó—. Probablemente otro de los padres.

McFee la siguió por la escalera.

—Oh, hola, hola, señora Bernard-Moss... ¿Quiere usted hablar con McFee?... Espere un momento, se encuentra ahora aquí, a mi lado.

Sophonisba le alcanzó el auricular al detective.

—¡Hola! —la robusta silueta de McFee oscurecía la luz de la ventana—. ¿Está segura de que lo ha perdido?... ¿Dónde?... ¿Lo

tenía en la cartera mientras descansaba en la habitación de la señora Dodd?… ¿Está segura de no haberlo visto después?… Muy bien, gracias por habérmelo notificado.

Repuso el auricular en la horquilla y se volvió hacia Sophonisba con una sonrisa misteriosa.

—Justamente lo que yo pensaba —murmuró—. Después de las once de la mañana alguien de la escuela le ha hurtado el revólver a la señora Bernard-Moss.

18

UNA POSADA EN LA CIUDAD

Para la población adulta de Craiglea el resto del día tuvo una cualidad extraña, casi de pesadilla. Pero, para los niños, fue una fiesta romana. Mientras el personal realizaba sus tareas con semblante pálido y ánimo irritable, sus alumnos hervían de excitación. Se susurraba que McFee no era un vulgar portero, sino un agente de policía disfrazado. Derek Pemberly había visto que su padre y dos agentes metían en un coche a Nettleton. Había rumores de revólveres y esposas. Las vagas teorías de la mañana iban cristalizando ahora en una firme roca de sospechas. Casi con certeza, se había cometido un doble asesinato en esa casa..., un crimen más fenomenal que las más macabras aventuras de Bulldog Drummond o Raffles. Cada uno de los chicos sentía que estaba haciendo historia y aguardaba el instante en que sería llamado como testigo presencial.

La teatralidad de la ocasión resultaba menos evidente para el personal. Los esposos Dodd se vieron obligados a pasar la tarde escribiendo cartas que podían significar el fin de su carrera pedagógica. Sophonisba y los demás maestros luchaban desesperadamente con clases inquietas e indisciplinadas. Heath parecía el más exhausto de todos. Había soportado una lucha terrible desde la hora del desayuno, y por primera vez en su vida toda su apariencia de exuberante salud había desaparecido. La tez bronceada se había convertido en un ocre opaco, y los hombros no poseían ya su cuadratura militar. Nada parecido a un chiste se le había oído en todo el día. Sólo la idea de ir esa noche a hacer una

visita al *Goat and Compasses* parecía animarlo.

Mlle. Santais, por otra parte, daba la impresión de haberse recobrado de su indisposición matutina y había adquirido una energía viva, si bien algo nerviosa. Se hallaba sentada en el salón grande, supervisando los estudios esporádicos de cerca de la mitad de los pupilos, con una vieja chalina de lana colocada sobre los hombros.

Después de un rato de extenuantes esfuerzos había renunciado a la idea de tratar de impedir que los niños hablaran de la tragedia, y les dio permiso para continuar, siempre que lo hicieran en francés. El resultado fue una espantosa cacofonía, una extraña babel de voces juveniles que en cierta forma concordaba con la atmósfera general de desorden e inquietud.

Sólo St. John Lucas parecía indiferente a la excitación de sus compañeros. Su lápiz se movía vivamente a través de las páginas de la libretita negra, y él no prestaba atención a la turbulenta conversación que lo rodeaba.

—*Mais, écoutez, pensez-vous que Moss vraiement était* asesinado? *J'ai toujours pensé que quelque chose était rará. Je ne pouvais comprende* qué es lo que *vous disez... Pemberly dit* que el viejo *Nettle a été* arrestado *par son pére...*

El vocerío había llegado a ser casi ensordecedor cuando se abrió la puerta y apareció McFee en el umbral. El detective lanzó una mirada en redondo a la habitación, y al instante un silencio profundo como la muerte cayó sobre las hileras de niños. Numerosos ojos brillantes siguieron su paso hasta la tarima.

—Mlle. Santais —murmuró él—, ¿podría hablar con usted un momento en el cuarto de al lado?

Ella se apretó más la chalina sobre los hombros y alzó hacia él la mirada de sus ojos hundidos.

—Sí, pero —se levantó, vacilando— no me gusta dejar a estos chicos solos. Están muy inquietos.

—Oh, de eso no se preocupe.

McFee escudriñó las figuras infantiles que se hallaban sentadas en el mayor silencio, intentando oír cada palabra que se pronunciara. Al fin su mirada se fijó en St. John Lucas. Llamó al niño.

A medida que se aproximaba a la tarima, el corazón de Lucas se

iba dilatando dentro de su pecho. Tal vez McFee había descubierto algo, por fin. Tal vez ése era el momento que había escogido para proclamar ante los otros muchachos en qué forma él, Lucas, había ayudado a resolver un misterio que parecía insoluble. Tal vez alabaría públicamente su perspicacia y coraje.

Estaba condenado a la desilusión, sin embargo.

—Lucas —la voz del detective era cortante—, yo tengo que conversar con Mlle. Santais durante un minuto o dos. Tú eres uno de los muchachos más grandes aquí. Quiero que mantengas el orden mientras ella esté ausente y que informes en seguida si alguno se hace el gracioso.

—Sí, McFee, señor.

—O.K.

McFee se encaminó hacia la puerta en medio de un silencio que no era natural. Mlle. Santais estaba ya a punto de atravesar el umbral, detrás de él, cuando una vocecita aguda se elevó desde uno de los bancos del fondo:

—*Bong œuf, maintenant, il arrestera Maddy*.

Se oyeron risitas suaves. Luego, al cerrarse la puerta, resonó la voz de Lucas en tono magistral desde lo alto de la tarima.

—*Fermez votre bouche*, Winch, y quédate quietó.

Sin pronunciar palabra Mlle. Santais se sentó en uno de los pupitres de la clase de al lado y, alzando la vista, dirigió a McFee una oscura mirada.

—¿Usted quería...?

—Sí, yo quería hablar con usted —la voz del detective era ansiosa y apresurada—. Tiene que admitir que fui leal con usted en ese otro asunto suyo. No se lo he dicho a nadie.

Mlle. Santais inclinó la cabeza.

—Ya le he dicho que podría necesitar su ayuda. Y bien, ahora la necesito. Se refiere a la señora Bernard-Moss.

Las pupilas de la mujer se dilataron casi imperceptiblemente.

—¿Sí?

—Acabo de enterarme de que se halla en grave peligro..., mucho más grave de lo que ella supone. Yo no quiero asustarla. Ya ha sufrido una conmoción terrible hoy.

—Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? —carámbanos tintineaban en la voz de la maestra de francés.

—Tiene que ver con usted en esta forma. Yo necesito entrar en la habitación de la señora Bernard-Moss esta noche. Está por ocurrir algo que quiero detener, y usted tiene que ayudarme.

—*Et bien?*

—Quiero que usted se reúna conmigo al final del camino, esta noche a las nueve, después que los chicos se hayan acostado. Iremos directamente a la posada, y yo esperaré afuera, detrás del ventanal que mira al patio. Usted tiene que preguntar por la señora Moss y de una u otra manera convencerla para que salga de la habitación lo más pronto posible. Tiene bastante tiempo para pensar la historia que le va a contar.

Mlle. Santais encogió los finos hombros.

—Me parece un poco irregular.

—Es irregular también conseguir un trabajo falseando la verdad, señorita Wilkinson. Este es un asunto de vida o muerte. Yo podría valerme de un policía, pero, como ya le dije antes, no quiero asustar más a la señora en su estado de nerviosidad actual. Además, he decidido utilizarla a usted.

La profesora de francés volvió a encogerse de hombres.

—Supongo que no me queda otra alternativa. Tiene mi promesa. Y ahora, quisiera preguntarle algo. ¿Qué le han hecho a Nettleton?

La sombra de una sonrisa jugueteó en la boca de McFee al mirar los ojos tensos y brillantes de la mujer que tenía frente a él.

—No se preocupe por Nettleton —dijo bruscamente—. Usted sabe, y yo sé, que tendrá ni más ni menos que lo que merezca.

Poco después de la cena de los niños comenzó a llover. Ya no había polvo en los senderos de Craiglea, y charquitos de agua barrosa iban formándose junto a las puertas de la escuela.

Cuando el reloj de la iglesia dio las nueve, una mujer delgada, vestida con impermeable negro, se hallaba acurrucada bajo los olmos en el punto en que el camino se encontraba con la carretera de Saltmarsh. Se destacó de entre las sombras cuando vio que se aproximaba a ella la alta silueta de un hombre que venía de la escuela.

—Bueno. Ya está usted aquí —McFee se sacudió el agua de los hombros—. Mejor será que entremos en la posada por la parte de atrás. No quiero correr el riesgo de que me vean.

Los duros contornos del rostro de Mlle. Santais apenas podían distinguirse en la oscuridad. Ella no habló, pero siguió rápidamente a McFee cuando éste se dirigió a una portezuela y la abrió.

En silencio cruzaron a toda prisa la pradera. El pasto húmedo les golpeaba los pies. No había más sonido que el golpeteo pertinaz de las gotas de lluvia y el graznido ocasional de una lechuza.

Por fin la oscura silueta del terraplén del ferrocarril apareció ante ellos. McFee abrió la portezuela del paso a nivel, y subieron por el suave declive hasta las vías. Al cruzar los durmientes, McFee señaló el apagado brillo de los rieles, a su izquierda.

—Aquí es donde encontramos el cadáver esta mañana —dijo quedamente—. Justo al dar vuelta el recodo.

La profesora de francés hizo un leve comentario, que se perdió entre el rumor de la lluvia.

Frente a ellos, las luces del poblado titilaban ya. Caminaron por senderos laterales hasta cruzar el patio trasero de *Goat and Compasses*. Ahí, en la sombra de los establos en desuso, se detuvieron un instante para orientarse. La lluvia apagaba todo otro ruido. Nada quebraba el silencio más que las soñolientas riñas de los gorriones en los aleros y el distante tintinear de los jarros de cerveza, que se mezclaba con las risas de los hombres que se hallaban en el bar. McFee apretó el débil brazo de la profesora de francés y señaló:

—Esa ventana iluminada allá lejos es la del salón —susurró—. La más próxima a nosotros es la de la salita de la señora Bernard-Moss. La luz está encendida, pero quiero asegurarme si ella se encuentra allí. Vamos a ver.

Se adelantó, pero, acordándose de algo, detuvo sus pasos.

—¿Tiene bien preparada su historia? No olvide que quiero quedarme a solas en esa habitación durante un cuarto de hora por lo menos.

—Sí —había un toque de malicia en la vez de Mlle. Santais cuando respondió—. Pensé que lo mejor era decirle que había recibido un mensaje de Nettleton.

—Bueno.

Juntos se fundieron en las sombras que rodeaban las paredes de la antigua hostería. Al aproximarse al ventanal de la salita oyeron el estrépito de roncas carcajadas que provenían del bar. Por sobre todas resonaba la voz poco firme de Heath:

—Muy bien, si ustedes insisten, caballeros, les daré el coro:

—Pásalo bien, pues debo marcharme;
no dejes que esta separación te aflija…

Los dos observadores se hallaban ahora apretados contra el vidrio. Por entre las grandes y húmedas hojas de la aspidistra que se encontraba en el borde de la ventana pudieron ver a la señora Bernard-Moss. Se encontraba tendida en un diván, envuelta en una adorable *négligée* de color lila, hojeando una revista.

—Pero recuerda que tu mejor amigo debe partir, partir.
Adiós, adiós, queridos amigos, adiós, adiós, adiós…

McFee atrajo a su lado a Mlle. Santais y le habló al oído.

—Todo está en orden. La ventana se encuentra abierta, y yo puedo entrar por aquí. Usted dé la vuelta por el frente y pida hablar con ella. Por aquí, venga.

Por un momento la joven permaneció inmóvil, con el pálido rostro fijo en ese cuadro apacible. Luego, con brusco movimiento, se alejó de puntillas del lado de McFee y desapareció, una figura oscura en medio de la oscuridad.

—…colgaré mi arpa en el sauce llorón.
y siga el mundo girando contigo, contigo.

Antes de que ella hubiera dado vuelta a la esquina del edificio, ya todo el salón había retomado el refrán de Heath. La bullanguera melodía se arrastraba detrás de ella, en el aire impregnado por la lluvia.

—¡Maldición, oh, maldición! —murmuró McFee.

La puerta del bar se había abierto, y un amplio arco de luz iluminaba el patio. En el centro de la mancha de luz estaba parado

Heath, sólo y titubeando ligeramente. Se adelantó, arrastrando los pies, y se detuvo. Era imposible imaginar si había visto o no la figura del detective en las sombras, apretado contra la pared. Era imposible, asimismo, decir qué sería lo que había visto la señora Bernard-Moss cuando se levantó levemente en su diván y clavó la vista en la ventana, escrutando por entre las hojas de la aspidistra.

—Oh. cava mi tumba amplia y profunda,
amplia y profunda…

Las voces del bar eran mucho más fuertes ahora, lo bastante fuertes como para ahogar ese otro sonido que rasgó súbitamente la oscuridad. En alguna parte —alguna parte que quedaba casi dentro del círculo de luz— había sonado un disparo de revólver, como una explosión ahogada. Se oyó un grito de dolor.

—¡Dios!

McFee se tambaleó y trató de apoyarse contra la rústica pared de ladrillos. Instintivamente se llevó la mano al hombro y sintió un cálido hilo de sangre entre sus dedos. Luego, con leve gemido, cayó a tierra.

—¿Qué ocurre?

La dama americana había abierto de par en par la ventana de su salita. Por un momento quedó observando el lluvioso panorama. Luego su vista descendió, descubriendo el cuerpo de McFee. Rápidamente salió al patio.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Su batón lila aleteaba en el aire nocturno cuando ella cayó de rodillas y comenzó a arrancar desesperadamente el cuello de la camisa del detective.

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado! —gritaba histéricamente.

Los hombres del bar seguían cantando y desafinando vigorosamente. Evidentemente no habían oído nada. La alegre cacofonía parecía burlarse de los gritos de la mujer, así como unos segundos antes apagado el ruido del disparo.

—No dejes que esta separación te aflija,
pero recuerda que tu mejor amigo debe partir, partir.

Myra Bernard-Moss lanzó una rápida mirada en derredor. Con un crujido casi imperceptible de la grava apareció una figura a su lado. Era Heath.

—¿La señora está en dificultades? —murmuró con voz aguardentosa—. Oh, no, ya veo que es sólo un caballero.

—Llévelo a mis habitaciones, rápido, rápido —lo apremió ella.

Entre los dos arrastraron a McFee hasta el diván y cerraron el ventanal detrás de ellos.

La camisa del detective estaba manchada de rojo a la altura del hombro izquierdo. Mientras Heath buscaba torpemente los botones, la señora empapó su pañuelo con agua y empezó vanamente a pasarlo por la frente de McFee. Por un instante sus ojos se encontraron con los del profesor de matemáticas, pero antes de que tuvieran tiempo de hablar se oyó un golpecito en el ventanal que se convirtió pronto en un sonido más fuerte y por fin en un violento y continuo golpeteo.

—*Ouvrez! Ouvrez, donc!*

Heath se adelantó pesadamente y abrió las puertas derribando casi la aspidistra al hacerlo.

Firme y decidida, Mlle. Santais se hallaba de pie en el umbral, envuelta en su brillante impermeable.

—*Mais qu’est-ce qu'il y a? J’ai entendu un coup!*

Su mirada cayó sobre McFee, y entonces se abrió paso empujando ciegamente al profesor de matemáticas. Se apresuró a llegar hasta la figura inmóvil del detective y comenzó a restañar la sangre que fluía de una fea herida en el hombro.

—Pronto, Heath. Traiga un poco de coñac. La bala le erró el corazón. No está muerto —en seguida, la maestra de francés se hizo dueña de la situación—. Y usted, señora —dijo, dirigiéndose a la dama americana, que retorcía desesperadamente en sus manos el pañuelo húmedo—, traiga el yodo. Pronto.

Ni Heath ni la señora Bernard-Moss expresaron sorpresa alguna ante la súbita aparición de Mlle. Santais. Como contentos de obedecer a una personalidad más vigorosa, ambos salieron corriendo de la habitación.

Con precisión casi quirúrgica Mlle. Santais volvió su atención a la herida. Los párpados de McFee aletearon y los ojos se entreabrieron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó débilmente.

—Alguien le ha pegado un balazo.

—¿Está usted sola?

—Sí.

Con un esfuerzo casi sobrehumano el detective logró sentarse.

—No se preocupe por mí —dijo—. No es grave mi herida. Ayúdeme tan sólo a ponerme de pie. Luego, párese junto a la puerta y avíseme si alguien viene.

Obedientemente, ella le puso un brazo bajo la cintura. McFee se incorporó y le indicó la puerta con la cabeza. Sus ojos recorrían la habitación.

—No es más que una posibilidad —murmuró para sí.

Tambaleándose llegó hasta el ventanal y miró detrás de las cortinas. Luego alzó con el pie el borde de la alfombra.

—¡Maldición! —murmuró entre dientes.

Mlle. Santais se volvió desde la puerta y lo vio mirar con atención la planta que se encontraba en el borde de la ventana.

—¡Aquí está! —exclamó.

—¿Aquí está? ¿Está qué?

La maestra de francés estuvo rápidamente a su lado. Ahí al pie de la planta, casi metido en la tierra, se hallaba un minúsculo revólver de nácar.

—*Mon Dieu!* Pero, ¿qué es esto?

McFee sacó el arma, cautelosamente.

—Está caliente todavía —murmuró—. Hasta el tambor.

—Pero, ¿qué es? —susurró de nuevo la muchacha.

McFee giró en redondo y la miró en forma extraña, escrutadora.

—¿Qué es? —repitió—. El revólver con que acaban de dispararme. El revólver de la señora Bernard-Moss..., el que le sustrajeron esta mañana mientras estaba en la escuela.

Casi antes de terminar de hablar deslizó el arma en su bolsillo. La puerta se abrió para dar paso a la señora Bernard-Moss que llevaba un frasco de tintura de yodo y una larga venda.

—Oh, señor McFee, cuánto me alegro de que se encuentre mejor —exclamó—. Pero..., pero, ¿no cree usted que no debía haberse puesto de pie?

—¿Quién no debía haberse puesto de pie? —Heath venía torpemente detrás de ella—. He traído un coñac doble. Eau der vi!

—le guiñó un ojo a Mlle. Santais—. ¡Eso es francés! ¡El agua de la vida!

Nadie le prestó atención. La profesora estaba inclinada sobre el hombro sangrante de McFee, mientras Myra Bernard-Moss seguía atentamente sus movimientos.

—¿Nadie quiere el agua de la vida? —Heath alzó la copa con mano temblorosa hasta sus labios—. Muy bien. Me la tomaré yo. Y si quieren más, mejor es que lo pidan ahora... Casi están por cerrar.

Pero los demás seguían sin prestarle atención. En alguna parte, allá en la oscuridad, un reloj daba las diez.

19

MALAS NOTICIAS

El día siguiente era sábado. A la hora del desayuno Dodd anunció con aire distraído que toda la escuela participaría esa tarde en una excursión. Los niños, ante esa feliz e inesperada perspectiva, olvidaron en cierto modo los problemas más serios del momento y, en consecuencia, las clases de la mañana gozaron de mayor orden que las del día anterior.

Después de una noche penosa McFee se levantó temprano. Sophonisba se las había arreglado para construirle un cabestrillo primitivo para su brazo izquierdo y se ofreció a acompañarlo a la clínica del doctor Woodhouse. El rehusó su ayuda, dándole las gracias.

Había mucho que hacer, dijo. Tenía que entrevistarse en seguida con sir Wilfrid, en Saltmarsh. Si tenía tiempo visitaría algún médico en el pueblo.

Antes de partir le hizo un breve esbozo de lo que había pasado la noche anterior y sugirió que, cuanto menos se hablara de ello, tanto mejor... al menos por el momento. Su lesión podía pasar por el desdichado accidente.

Había brillo casi triunfal en su mirada cuando se alejó de ella, en dirección a la entrada. Allí se encontró con el director, que salía con un gran paquete de cartas bajo el brazo. Eran, según explicó, para informar a los padres sobre los motivos que le obligaban a cerrar la escuela dos semanas antes de finalizar el curso.

McFee miró con intensa simpatía el rostro del anciano.

—Señor Dodd —le dijo quedamente—, si todo este asunto se

aclara en el día de hoy, ¿tendría usted necesidad de cerrar su escuela?

—¡Es claro que no! Supongo que no —el director lo miraba con sincero asombro—. Si pudiéramos demostrarles a los padres que sus hijos ya no corren peligro, creo que mi reputación… —se interrumpió bruscamente—. Pero ¿usted no está…, no está anticipándome una detención?

—Bue… no —había una leve sonrisa en los labios de McFee—. Yo no iría tan lejos como para hablarle de una detención, pero creo que pronto tendré algunas novedades. Quisiera tener una conferencia con usted y todo el personal esta tarde a las catorce, en su estudio. Sir Wilfrid y Saunders estarán aquí.

—¡Todo el personal! Pero Heath y Mlle. Santais iban a llevar a los chicos a una excursión.

—Lo siento, señor Dodd. Tengo un interés particular en que estén todos presentes. ¿No podría alguna otra persona…?

—Ciertamente, ciertamente. Supongo que no necesitará usted a mi señora? Yo podría arreglar que ella y la señora Blouser llevaran a los chicos.

El director se apresuraba ya a salir, cuando McFee lo retuvo apoyando una mano en su brazo.

—No quiero inmiscuirme en sus asuntos, señor Dodd, pero sería una buena idea suspender el envío de estas cartas hasta después de pasada la hora de la reunión, esta tarde. Tal vez… no tenga usted que mandarlas.

Sin decir nada más, salió por la puerta del frente.

Desde su ventana, Sophonisba podía ver la silueta McFee mientras se alejaba. Había pretextado un terrible dolor de cabeza toda la mañana, a fin de disponer de tiempo para revisar todos los periódicos norteamericanos de Harvey, que no había podido ver la noche anterior por su excesivo cansancio.

Los tenía extendidos ahora frente a ella y los iba examinando febrilmente en una tentativa de encontrar… no sabía qué. Huelgas, elecciones, linchamientos, divorcios, todo el torbellino de la vida estadounidense pasaba rápidamente ante sus ojos sin que le prestara atención. Uno tras otro los fue descartando, sin que le hubieran

aportado nada que tuviera significación alguna. La pila iba descendiendo rápidamente. Era casi la hora del almuerzo cuando llegó al último ejemplar, fechado unas dos semanas atrás. De pronto, la palabra *Heller* cayó bajo sus ojos. En un párrafo pequeño, perdido al pie de una página, leyó:

EL HERMANO DE HELLER, ASESINADO

> El cuerpo decapitado que se halló recientemente en East-River ha sido identificado hoy por sus parientes como perteneciente a Franz Heller, hermano del conocido agitador que fue condenado a muerte por la corte de Minnesota el invierno pasado. La identificación fue luego establecida por las ropas que llevaba el cadáver. La policía cree que el hombre había sido muerto antes de su inmersión en el agua, y que su fallecimiento se produjo hace dos meses, aproximadamente.

Con dedos temblorosos Sophonisba arrancó del diario la parte correspondiente al espantoso artículo. Seguía observando todavía con verdadero aturdimiento, cuando con el rabillo del ojo divisó a un muchacho uniformado que venía en bicicleta por el camino que conducía a la escuela.

—¡El cablegrama!

Sophonisba se metió en el bolsillo el recorte del diario y salió corriendo en dirección a la puerta. El mensajero le entregó dos sobres color naranja.

—¿Hay respuesta, señorita?

Sophonisba vio el nombre de Harvey en uno de los cables.

—Este..., este..., no, gracias. No tiene necesidad de esperar.

Ansiosa, se precipitó escaleras arriba, en dirección al teléfono de la planta alta.

—El inspector Saunders... Oh, ¿es usted? —su voz temblaba, pero la dominaba admirablemente—. ¿Podría hablar, por favor, con el señor Nettleton? ¡Tengo tales dificultades con las clases de los muchachos!

—No sabía que la escuela funcionaba los sábados por la tarde, señorita. Pero, de todos modos, veré qué puedo hacer.

Siguió luego un silencio, sólo interrumpido por varios golpes

secos y zumbidos en el otro extremo de la línea.

—No, no, no he terminado todavía. No corte.

Después de lo que le pareció una eternidad, oyó la voz de Harvey.

—Buenos días, señorita Dodd. Este..., ¿no han llegado todavía esos ejercicios?

—Sí. El chico justamente acaba de traer dos. ¿Quiere que lea el suyo primero, señor Nettleton?

—Sí, por favor —la voz del profesor de inglés era estudiadamente indiferente.

Sin fijarse, Sophonisba abrió uno de los sobres que tenía en el regazo y leyó:

—Setenta, guion, dos, doce, veinte, guion, nueve, once... —se interrumpió—. Oh, Dios mío, éste no es. No es para usted. Espere un momento.

—Está bien, Sophonisba —la voz de Harvey volvía a ser natural otra vez—. Saunders es un buen tipo. Acaba de hacerme una de sus famosas guiñadas y se marchó. Ahora puede decirme lo que quiera.

Sophonisba abrió el otro sobre y leyó a Harvey el mensaje que contenía. La lectura fue seguida por un silencio tan prolongado, que ella creyó que se había cortado la comunicación. Por fin oyó la voz de él:

—¡Buen Dios! Creo que yo estaba en lo cierto.

Los ojos de Sophonisba estaban vidriosos y sin vida.

—Pero no puede ser cierto. No es posible. Es demasiado espantoso.

—¿Y el otro cablegrama...?

—Sí, sí. Ahora le diré para quién es. Y parece estar en clave.

—Tenemos que descifrar su significado. Tenemos que hacerlo. ¿Usted no podría tratar de descifrarlo?

—No. No tiene ningún sentido, en absoluto. Es sólo un revoltijo de cifras. Además, no hay tiempo. Mamá acaba de decirme que McFee ha organizado una reunión para esta tarde, a las catorce. Parece saberlo todo, también.

—Pero esto no puede saberlo. Tenemos que descubrir qué dice ese cable. ¿La ha visto alguien cuando lo recibió?

—No.

—Bueno, cópielo rápidamente y déselo a ese chico Lucas. Hay

una posibilidad mínima de que él pueda hacer algo. Yo he visto una de sus libretas de anotaciones cierta vez y tengo la impresión de que es experto en códigos y criptogramas.

—Muy bien. Lo haré —la voz de Sophonisba era muy débil.

—¿Hay algo más?

—McFee, que ha sido baleado. Alguien casi lo mata anoche.

Rápidamente Sophonisba le explicó lo que había ocurrido en la posada la noche anterior.

—Sí, si —la voz de Harvey sonaba excitada—. ¿Algo más?

—Sí.

Sophonisba extrajo de su bolsillo el recorte del diario y se lo leyó.

Cuando hubo terminado oyó un leve silbido del otro lado de la línea.

—¡Buen Dios! Mejor será que se lo muestre a McFee en seguida, antes de la reunión de esta tarde. Y otra cosa, Sophonisba, usted *tiene* que sacarme de aquí. Sólo me han detenido por esa condenada Acta de los Extranjeros. Es sólo una cuestión de fianza... ¿Tiene algo de dinero?

—Unas trece libras en la caja de ahorros.

—Me temo que no llegue ni a la mitad de lo que se necesita —ella lo oyó reír—. Es que tengo que asistir a esa pequeña conferencia. ¿No tiene amigos influyentes en Saltmarsh?

Ella estaba a punto de replicar cuando quedó casi ensordecida por un ruido espantoso en el auricular.

—¡Hola, hola, hola!... ¿Está usted ahí?

Habían cortado la comunicación.

Por un momento Sophonisba se quedó sentada, mirando fijamente los dos cablegramas que tenía en la falda. Luego corrió hasta la sala de música y los copió cuidadosamente en dos hojas de papel. Se metió en el bolsillo el correspondiente a Harvey, mientras que colocó el otro de nuevo en el sobre y lo cerró lo mejor que pudo. Luego tocó el timbre y apareció una sirvienta. Ella le entregó entonces el sobre cerrado y le indicó que lo hiciera llegar lo antes posible a manos de la persona a quien estaba destinado; luego le pregunto:

—¿Han salido ya los chicos?

—No, señorita.

—Muy bien. Mándeme en seguida a Lucas, pr favor.

A los pocos minutos se presentaba St. John Lucas en persona en la sala de música, con los ojos iluminados por la curiosidad.

—Oh, Lucas —Sophonisba hablaba rápidamente y casi incoherentemente—. ¿No te importaría..., te sería lo mismo... si no fueras a esa excursión?

—Oh, no, señorita.

—Bueno, entonces. Alguien me dijo que sabes algo de códigos y criptogramas. Yo tengo un trabajo que es demasiado difícil para mí y pensé que tal vez tú...

Lucas sonrió con mal disimulada satisfacción.

—Es sumamente importante y puede significar la solución de todo este asunto. Sugiero que te encierres en la habitación del señor Nettleton y veas si puedes descifrarlo.

Ansiosamente tomó Lucas la copia del cable y la examinó con ojos de profesional.

—«Sesenta, guion, dos, doce, veinte, guion, nueve...» Si esto responde a algún código decente, señorita —le aseguró con firmeza —, apuesto a que lo voy a descifrar.

Cuando el chico salía para dirigirse a la habitación del señor Nettleton, se le ocurrió a Sophonisba una súbita idea.

—¡Lucas! —lo llamó—. ¿Cuál es el número del teléfono de tu padre en Saltmarsh?

—Ciento doce, señorita Dodd. Debe de estar en casa ahora. Siempre se pasa los sábados en casa, preparando el sermón.

Después que el niño se marchó, Sophonisba volvió al teléfono.

—Saltmarsh ciento doce... El señor obispo, por favor... Oh, ¿es usted, doctor Lucas?... Me encuentro en tales dificultades...

La voz bellamente modulada del obispo le llegó a través del teléfono tan clara como su bendición en la catedral de Saltmarsh.

—Lamento realmente, querida, que tengan ustedes tantas preocupaciones en la escuela.

—Es que no es eso, señor. Han arrestado al señor Nettleton. Me pregunto si usted podría ayudarle...

—¿El señor Nettleton? Pero yo siempre he creído que era un joven de lo más estimable. Es una de las pocas personas que mi St.

John respeta verdaderamente.

Sophonisba le explicó la situación, angustiada. Por fin llegó la respuesta, cálida y consoladora.

—Está bien, querida. Pasaré por allí después del servicio de mediodía a ver qué puedo hacer.

Sophonisba colgó el auricular con un suspiro, mitad de alivio y mitad de agotamiento. Su mente estaba llena de dolorosas sospechas y dudas..., dudas sobre su propia prudencia al haber obrado en forma tan impulsiva. En los dos días últimos tenía la impresión de ser presa de un extraño hechizo. Harvey Nettleton..., Dave Harvey. Seguía repitiendo esos dos nombres en forma monótona. ¡Él le había contado una historia tan convincente! ¡Y todo parecía engranar tan bien! Y era tan persuasivo, tan sincero. ¿Por qué había de dudar de él? Especialmente ahora, que le había explicado todo lo relativo a su persona..., hasta su relación con Myra Bernard-Moss.

«¡Si al menos McFee no se hubiera ido a Saltmarsh!», dijo para sí.

Casi instantáneamente olvidó al maestro de inglés. Todos sus pensamientos se concentraron ahora en McFee. Sentía un deseo casi irresistible de ver al detective norteamericano, de hablar con él, de oír su voz. Pensaba en él tal como lo había visto el día en que descubrió que no era un simple portero. Lo visualizaba una vez como un alto y silencioso vaquero que cabalgara a través de las praderas hacia el horizonte que se iba oscureciendo.

¡Si al menos regresara antes de las catorce, lo ayudaría a poner en orden su mente! No había otro con quien pudiera hablar.

Mientras seguía sentada allí, mirando el teléfono, adquirió conciencia de un intenso dolor detrás de sus ojos. Cansada, se incorporó y se dirigió al botiquín que se hallaba en el cuarto de su madre.

Sophonisba recurrió a la aspirina.

20

ST. JOHN LUCAS, EL ADIVINADOR

Entretanto había una actividad febril en la habitación de Nettleton. Sentado ante el escritorio, con la copia del cable extendida delante de los ojos. Lucas garabateaba con ansiedad la parte posterior de una hoja descartada de la novela del profesor. Treinta preciosos minutos habían pasado, pero todavía no aparecía la solución. La mirada del niño era inexorable cuando, por centésima vez, leyó el misterioso documento que había ordenado en forma de una serie de cifras.

62, 12, 29, 11, 44, 11. 4 punto 689, 4 punto
1, 7, 13, 44, 2, 70, 11, 7, 3, 6, 12, punto 7
punto 11, 1, 7, 5, 6, 11, 99, 11, 4, 4, 1, 12,
punto 44, 2, 7, 3, 60, 12 punto 62, 7, 29, 11,
20, 3, 12 punto 62, 4, 3, 6, 7 5 punto 13, 7,
20, 2, 11, 1, 4 punto AHAB

Lucas había agotado ya todas las fórmulas secretas que él mismo creara, o las que empleaban los héroes de sus novelas favoritas en sus audaces aventuras. Los números se iban transformando en letras, de las maneras más ingeniosas. Había creado cuadrados secretos y un triángulo místico: la especialidad de Lucas. El alfabeto había sido retorcido infructuosamente en innúmeras combinaciones y permutaciones de cifras. Nada..., ni siquiera el exasperante Ahab inserto allí le había proporcionado la más mínima clave.

¡Ahab! Por un instante Lucas dejó de ser el gran detective y

volvió a su función más habitual de hijo del obispo. Ahab era una figura bíblica. ¡Naturalmente! ¡Qué estúpido había sido! La clave debía de hallarse en el Antiguo Testamento. ¿Habría un libro de Ahab? ¿No se trataría de uno de los profetas menores? Oh, no, ése era Habakuk. Lucas se atormentaba el cerebro. Por primera vez en su vida lamentaba no haber escuchado más atentamente las lecciones que recibía todos los domingos por la mañana, antes del desayuno.

Ahab..., Ahab. El nombre le resultaba familiar, pero se le escabullía desesperadamente. Pero, ¿para qué perder tiempo pensando? Ahí, en la escuela, debía de haber una Biblia..., sí, docena de ellas. Corrió hacia la biblioteca de Nettleton.

Hojas de césped, Moby Dick, Cumbres borrascosas, Santuario...

—¡Digno del viejo Nettles eso de no tener religión!

Acercándose de puntillas a la puerta, con innecesarias precauciones, Lucas la abrió y se escurrió por el pasillo que conducía a la escalera. No había nadie por allí. Los otros chicos hacía rato que habían partido de excursión. Corrió hasta el salón grande y se acercó a la tarima. Allí, apoyado contra la pared, se encontraba el atril que todos los domingos por la mañana se colocaba delante para leer las lecciones. Debajo se encontraba un estante de madera, con libros. Lucas sacó de allí un gran volumen con cantos dorados y, con su preciosa carga bajo el brazo, volvió corriendo al cuarto de Nettleton, cuidando de echarle llave a la puerta, después de cerrada.

Tenso de excitación empezó a buscar el índice. Ahab..., había una veintena de números debajo de su nombre. Lucas volvió rápidamente las páginas hasta llegar a los Reyes XXI, 16...

> «Y oyendo Ahab que Naboth era muerto, levantóse para descender a la viña de Naboth de Jezreel...»

Lucas lo fue leyendo con júbilo creciente. Ahí había complot, contra-complot, muerte súbita. Revisó rápidamente todas las referencias restantes, pero poco a poco su entusiasmo se fue enfriando a medida que el problema se iba haciendo más complicado. Siguió firme, sin embargo. Por espacio de una hora, aproximadamente, fue rastreando los movimientos del nefando

gobernante de Israel. Por fin reunió todas las sentencias que mencionaban su nombre y las fue comparando con el cable.

—Sesenta y dos.

Contó la sexagésima segunda palabra y la subrayó.

Sesenta y dos: Sí
Doce: Perro
Veintinueve: Sin
Once: Viña
Sí perro sin viña…

El resultado era más misterioso que el rompecabezas original. Lucas cedió a la desesperación. Pero Ahab era el esposo de Jezabel. ¿No se hallaría la solución en Jezabel? Pero, ¿quién podría ser Jezabel? La señora Bernard-Moss? ¿Mlle. Santais?… No, eso era demasiado, aun para la frondosa imaginación de Lucas.

Con un suspiro cerró bruscamente la Biblia. Tendría que ir a ver a la señorita Soapy…, tendría que admitir su derrota. Ese era uno de los momentos más desdichados de su vida. A él y sólo a él se le había encomendado la tarea de resolver todo el misterio. La fama, las alabanzas, el éxito, todo estaba próximo y, sin embargo, se le escapaba de entre sus dedos impotentes.

Por última vez Lucas clavó la vista en la copia del cablegrama. Sus ojos cansados cayeron sobre el nombre de Ahab, que lo miraba, al parecer, con burlona malevolencia. Esa era la palabra clave: Ahab. Si al menos… Lucas lanzó un súbito gruñido.

Si el mensaje era obra de los criminales, ¿usarían ellos la Biblia como vehículo para sus culpables secretos? Ahab, rey de Israel. ¿Sería ése el único Ahab? No, ahora que lo recordaba… Había otro, uno cuyo nombre había oído recientemente…, uno que, no sabía por qué motivo, asociaba con el pelo color arena de la nuca de Winch.

¿Por qué habría de asociar dos imágenes tan dispares? ¿Por qué? ¡Oh, ya lo tenía! Winch se sentaba delante de él en la clase. Tenía que haber oído el nombre de Ahab en clase. Pero, ¿qué clase? ¿Geografía? ¿Matemáticas? ¿Francés? ¿Inglés?

Inglés… ¡Nettleton! Algún libro que el profesor de la materia

había leído en clase el día que precedió a la muerte de Eric Moss.

Los ojos de Lucas brillaron con luz súbita. ¡Ese libro sobre las ballenas! ¿No era el capitán Ahab el que había navegado por todos los mares persiguiendo a la ballena blanca? Había visto el libro en la biblioteca del viejo Nettles hacía un rato. Se abalanzó sobre la pequeña colección de volúmenes que allí había y extrajo el ejemplar de *Moby Dick*.

La señorita Soapy no le había dicho a quién iba dirigido ese mensaje en clave, y hasta ese momento no se había detenido a pensarlo siquiera. Ahora, una comprensión de la verdad se elevaba ante sus ojos, firme y segura como una roca; en más de una ocasión Nettleton les había dicho que *Moby Dick* era su libro favorito.

¿Quién más que él iba a elegirlo como base de una clave?

Lucas recordó con secreto orgullo cómo había sospechado él del maestro de inglés desde un principio. No era que el viejo Nettles no fuera un tipo decente, pero había siempre algo extraño en su persona. ¿No era él el único que se había apoderado y casi confiscado su libretita negra? ¿No había sido él el centro de esas extrañas andanzas en los alrededores del dormitorio B en la noche en que fue asesinado Eric Moss?

Con dedos temblorosos Lucas llevó el libro hasta el escritorio y lo abrió al azar. Capitán Ahab. Ahí estaba, mirándolo frente a frente. Entusiasmado con la búsqueda, volvió rápidamente las páginas hasta encontrar el índice. Un dedo sucio recorrió los títulos de los capítulos. *Veinticinco, veintiséis, veintisiete*...

Veintisiete... ¡Ahab!

—¡Rayos y truenos, ya lo tengo!

En éxtasis seráfico Lucas buscó el capítulo correspondiente. Ahí estaba:

CAPITULO XXVII

AHAB

> *Durante varios días siguientes a la salida de Nantucket, nada se vio del capitán Ahab más arriba de las escotillas. Los oficiales se relevaban en sus guardias y, por lo que se veía, parecían ser los únicos comandantes del buque...*

Lucas se apoderó vivamente del cablegrama.

«62, 12, 29, 11, 44, 11, 4 punto...»

Sesenta y dos. Eso significaba la sexagésima segunda palabra a partir del comienzo del capítulo. La palabra era *Evidente*. Continuó su labor a lo largo de todas las líneas.

62: Evidente
12: Vio
29: Por
11: Se
44: Vez
11: Se
4: Siguientes
Punto. Eso indica el fin de la primera frase.

Evidente vio por se vez se siguientes.

Lucas observó tristemente ese curioso conjunto de palabras. No parecía prometedor. Después de haber completado toda la traducción le resultó desolador. En su totalidad era una mezcla... tan sin sentido como su experimento anterior, con el Ahab bíblico.

Pero Lucas no iba a dejarse abatir ahora. Se jugaba el todo por el todo. Tal vez la clave estaba en los parágrafos. La primera palabra del código sería la primera del parágrafo sesena y dos. Probó también esa solución, pero no dio resultado. Bien, pues, ¿Por qué no probar con las letras?

Empezando una vez más por el principio, contó sesenta y dos letras. Resultó una P. Con la cifra siguiente le dio una O. Y la próxima fue una L...

Lucas se apoderó de un trozo de papel limpio y empezó a escribir con movimientos histéricos.

P-o-l-i-c-í-a punto h-a punto d-e-s-c-u-b-i-e-r-t-o punto...

Cinco minutos febriles transcurrieron. Por fin el niñito levantó la vista, después de hallar la solución completa, con una expresión de perplejidad máxima en su semblante. Tenía los ojos vidriosos cuando miró su reloj con aire ausente. Eran ya las quince y quince.

Por primera vez en su vida, St. John Lucas se había olvidado por completo del almuerzo.

21

McFEE EXPLICA

Poco antes de que Lucas hubiera terminado con su brillante revelación del contenido del telegrama se había reunido la asamblea citada por McFee en el estudio del director. Dodd en persona fue el primero en llegar, seguido al poco rato por la silenciosa Mlle. Santais y por el profesor de matemáticas, con aspecto bilioso. Apenas se hubieron colocado en sus asientos cuando apareció por el camino el coche del jefe de policía. Saltó de él sir Wilfrid, acompañado por el inspector Saunders y varios agentes. McFee cerraba la retaguardia, con su brazo cuidadoso vendado y con un cabestrillo quirúrgico.

—¡Oh señor McFee!

Los recién llegados se detuvieron en el vestíbulo cuando vieron a Sophonisba que bajaba corriendo las escaleras.

—¿Sí, señorita?

La muchacha lanzó una breve mirada a los acompañantes del detective.

—¿Podría yo hablar con usted antes de que comenzara la reunión..., a solas?

—Sí, ¿por qué no? —McFee se dirigió a sir Wilfrid—. ¿Nos perdonan por un momento?

Con un gruñido, el jefe de policía se abrió camino hacia el estudio del director, dejando juntos a Sophonisba y McFee. La joven sacó de su bolso el recorte del diario que describía el espantoso descubrimiento del cadáver de Franz Heller.

—Mire lo que he encontrado esta mañana —le dijo, toda

trémula—. Yo creí que…, que usted tendría que verlo.

McFee lanzó un silbido al leer el artículo.

—¡Dios! Esto es interesante. \Muy interesante, por cierto! —le sonrió con una mirada de admiración—. Usted no sabe hasta qué punto resultará útil esto.

—¡Oh, hay tantas cosas…! —Sophonisba lo miraba intensamente —. ¡Yo tenía unos deseos de hablar con usted esta mañana!

—Ya lo sé, ya lo sé.

Bajó la vista hacia ella, y una vez más los ojos oscuros se clavaron en los grises. Por un momento no hablaron.

La impaciente voz del jefe de policía los trajo de nuevo a la realidad.

—Ya voy, sir Wilfrid —repuso McFee.

Cuando avanzaban en dirección al estudio del director, apoyó suavemente una mano en el hombro de Sophonisba.

—Podemos hablar más tarde —murmuró él—. Cuando usted haya oído todo lo que tengo que decir.

Juntos entraron en el cuarto. La atmósfera era tensa. Todas las miradas estaban fijas en el detective privado, de quien debía venir, todo el mundo lo sentía, algún anuncio extraordinario.

—Caballeros —dijo McFee, mientras con el brazo sano colocaba una silla para Sophonisba y se colocaba luego detrás del escritorio de Dodd—, me temo que tendremos que aguardar otro rato. Espero una visita más.

Cuando terminó de hablar, apareció en el umbral la señora Bernard-Moss, con un gran sombrero azul oscuro, posiblemente lo más aproximado al luto que pudo conseguir con esa prisa. Inclinó ligeramente la cabeza, y sus ojos adorables se dilataron con la sorpresa ante la vista de una reunión tan numerosa. Con una leve sonrisa se acercó a Sophonisba y se sentó a su lado.

McFee miró al director en forma interrogativa.

—¿No nos interrumpirá nadie?

—No, no. Creo que no. Mi esposa y la señora Blouser llevaron a los niños a una excursión. No hay nadie en la casa, a excepción de las sirvientas.

—Está bien —el detective se volvió hacia sir Wilfrid, que estaba

sentado frente a él, en un sillón de cuero—. Y el alguacil, ¿está de guardia en la puerta, sir Wilfrid?

El jefe de policía asintió brevemente.

—Sí. No sé qué es lo que usted se propone, McFee, pero espero que algo resulte de todo esto. Usted nos ha sacado a Saunders y a mí de importantes tareas en la ciudad.

—Yo lo sé, sir Wilfrid —McFee parecía pedir disculpas cuando extrajo unas hojas de anotaciones de su bolsillo y las extendió sobre el escritorio—. Tengo algo muy importante que decir y deseo que toda esta gente lo oiga. Creo que he descubierto quién ha matado a Eric e Irving Bernard-Moss. Digo que creo porque uno nunca puede estar absolutamente seguro. Poseo lo que me parece ser una prueba evidente, pero existen algunas cosas que yo hubiera querido aclarar más si hubiera dispuesto de tiempo.

»Pero el tiempo apremia. Dodd me dijo esta mañana que se vería obligado a cerrar la escuela si el crimen no se aclaraba en este fin de semana. Me corro el riesgo de relatar mi informe antes de que esté totalmente listo, en la esperanza de que podamos impedirlo. Ninguno de nosotros desea que Craiglea se cierre, y estoy seguro de que todos los que no son culpables harán lo imposible para ayudarnos en esa tarea. Tengo la esperanza, asimismo, de lograr la ayuda del propio asesino, que, a menos que yo esté muy equivocado, se encuentra aquí, en la escuela, en este mismo cuarto, ahora mismo.»

Sir Wilfrid dejó caer el monóculo, que golpeó contra la cadena del reloj. Los ojos de Mlle. Santais buscaron a Heath y luego volaron en dirección a la señora Bernard-Moss. Sophonisba había apoyado su codo en el brazo del sillón y estaba inclinada hacia adelante, temblando de excitación.

—Ahora, antes de comenzar, repasemos los hechos lo más rápidamente posible. Creo que tengo bien todos los detalles, pero estoy dispuesto a hacer todas las correcciones del caso. El seis de junio, unos diez días antes de la llegada de la Señora Bernard-Moss, el juez de Minnesota recibió una carta procedente de Saltmarsh que decía: *Estamos aquí, esperando*. Ese era el primer indicio de que las cosas no marchaban bien aquí, en Craiglea.

—Pero —interrumpió el inspector Saunders, que parecía ser el único que no estaba afectado por la nerviosidad general—, nosotros

no supimos nada de eso hasta que la señora nos mostró la carta, después de la muerte de Eric.

—Exacto, Saunders —McFee respondió al inspector—. Pero en este momento repaso los hechos, simplemente, en el orden en que ocurrieron. El próximo incidente se produjo cuando la tormenta interrumpió el juego. La señora Bernard-Moss, Dodd e Irving corrían en dirección a la casa, cuando fue arrojada contra ellos una pelota de criquet. Nadie pudo encontrar al que arrojó esa pelota.

»Luego, esa misma noche, se produjo la muerte de Eric. Se le encontró encerrado en el armario de la ropa blanca, junto al cuarto de Nettleton. Después de eso, no ocurrió nada por un tiempo. El asesino estaba a la espera de que las cosas se calmaran un poco. Durante todo ese período los miembros del personal docente permanecieron en la escuela, y la señora Bernard-Moss se alojó en el pueblo, en la posada *Goat and Compasses*. A excepción de sir Wilfrid y del obispo de Saltmarsh, todos los que durmieron aquí en la noche del crimen permanecieron en Craiglea o en sus cercanías.»

McFee hizo una pausa para aclararse la garganta, Sophonisba empezó a ponerse tan inquieta, que la señora Bernard-Moss extrajo su pitillera y le ofreció un cigarrillo. La joven meneó la cabeza lacónicamente.

—Después de eso, señor —los ojos del detective estaban fijos ahora en sir Wilfrid—, no tenemos ninguna novedad hasta el trece de julio. Es decir, anteayer. De una u otra manera el criminal se puso en contacto con Irving Moss, le contó una burda historia sobre la existencia de un nido de garzota en las proximidades y convenció al niño para que se levantara antes del desayuno y fuera a buscar los huevos. Ayer, mientras yo y los demás funcionarios nos hallábamos ausentes, la criatura salió y se encontró con el asesino en alguna parte convenida de antemano. Luego se le halló muerto sobre las vías del tren.

El detective se tocó el hombro lesionado.

—Ya estamos casi al fin. Falta sólo un detalle. Anoche estaba casi seguro del giro que tomaban las cosas. Le había oído decir a la señora Moss que le habían robado el revólver, y eso me convenció de que había peligro en los alrededores de la posada. Por razones

que explicaré más tarde, tenía que entrar en la sala de la señora Moss y quedarme allí un rato. La señorita..., Mlle. Santais consintió en ir conmigo y persuadir a la señora Bernard-Moss que abandonara el cuarto. No tuvo tiempo de llevar a cabo su propósito, sin embargo. Porque, mientras yo me hallaba en el patio, junto a la ventana francesa, alguien disparó contra mí desde la oscuridad. La señora, Heath (que casualmente se encontraba en el bar) y Mlle. Santais fueron tan amables que me atendieron en seguida. Por fortuna la herida no era grave. Este es, sir Wilfrid, un breve esquema de todos los incidentes del caso.

Nadie habló. Mlle. Santais movió los labios como si tuviera que hacer alguna pregunta, pero, al parecer, cambió de idea.

—Antes de proseguir —dijo McFee, quedamente— quisiera desbaratar una teoría en la que creíamos algunos hasta el presente —apartó de entre la pila de papeles que tenía frente a sí el recorte que acababa de darle Sophonisba—. Todos dábamos por sentado que estos crímenes eran obra de la familia Heller. Y estábamos equivocados. Eso lo descubrí esta mañana, y la señorita Dodd acaba de entregarme un recorte del *St. Paul Chronicle* que lo confirma.

»Ya sé que los sospechosos lógicos eran los Heller. Ellos tenían todas las razones imaginables para matar a los niños. Sé que era gente dedicada a su causa. Bruno Heller había sido condenado a muerte por el juez Bernard-Moss. A sus hermanos eso les habrá parecido no sólo un insulto a sus propias creencias, sino a su honor familiar. Los argumentos legales, las ideas aceptadas sobre el bien y el mal no significaban nada para ellos. Todo lo que ellos sabían era que su hermano había muerto y que ellos deseaban vengar esa muerte en la familia del hombre al que creían responsable de ese hecho. Repito, ésos eran los sospechosos lógicos, pero ocurre que no son ellos los culpables. Ya ven, Franz Heller ha muerto hace casi dos meses.»

El detective cortó el alud de exclamaciones de sorpresa leyendo en voz alta el recorte del diario:

—«El cuerpo decapitado que se halló recientemente en East-River ha sido identificado...»

Esta historia de la muerte de un desconocido, del otro lado del Atlántico sonó como algo incongruente y sin sentido en en el estudio del director. Un silencio de muerte siguió a esta lectura.

McFee fue el primero en hablar.

—Franz Heller fue asesinado, ya lo ven. Si eso tiene algo que ver con este asunto o no, es cosa que la Policía de Nueva York tiene que descubrir. Pero una cosa es evidente. Si ha muerto hace ocho semanas, no es posible que haya asesinado a uno o a los dos mellizos Moss.

Se detuvo v miró en derredor.

—Prosiga, hombre. Prosiga —sir Wilfrid no podía ya dominar más su curiosidad.

—Bien, consideremos todos los datos que tenemos sobre la personalidad del criminal. Ya sé que a usted le tiene sin cuidado la «psicología», sir Wilfrid, pero es muy importante en este caso. Poco hemos podido deducir de la muerte de Eric. Fue muerto en la noche del Día de los Padres, el día en que todos andaban por la escuela. Cualquiera pudo haber averiguado dónde quedaba el cubículo de Eric sin despertar sospechas. En otras palabras, el criminal obró con bastante inteligencia. Escogió el día en que había una cantidad de gente por los alrededores.

Se interrumpió como aguardando algún comentario. Nadie se movió, a excepción de la señora Bernard-Moss, que aprovechó la pausa para apretar el resorte de su encendedor de esmalte.

—La muerte de Irving aclara mucho las cosas. En primer lugar, el asesino, evidentemente, conocía bastante bien al niño para ese entonces. Y tiene que haber podido convencerlo de que sabía algo de historia natural, que era casi lo único que le interesaba realmente al muchacho. Tomemos a la señora Blouser, por ejemplo: Irving jamás hubiera salido con ella. Si ella le hubira dicho que había descubierto un nido de garzotas, no la hubiera creído.

El detective se inclinó sobre el escritorio, en la dirección en que estaba el jefe de policía.

—Ese nido en sí es interesante. Su hijo ha sido muy inteligente, sir Wilfrid, al explicarnos que esa ave no vive por estas inmediaciones. Supongo que cualquier persona que supiera algo de historia natural podría decir lo mismo. En otras palabras, el criminal no sabía mucho sobre este asunto. La mariposa aplastada también destaca ese hecho. Hasta su hijo de usted…, quiero decir,

cualquier experto pudo habernos dicho que no había sido cazada recientemente, sino que provenía de una colección.

Sir Wilfrid gruñó, aprobando esa observación.

—Muy bien —continuó el detective—. Otro hecho que nos habla del carácter del asesino: no sabe mucho de medicina. Pensó que podría hacernos creer que el niño había sido muerto por el tren. El doctor Woodhouse, por ejemplo, si pudiéramos imaginarlo cometiendo ese crimen, no podría jamás ser tan torpe. Finalmente —McFee se pasó la mano por el pelo en desorden—, este último crimen nos de muestra, sin sombra de duda, que el criminal conocía perfectamente bien la rutina escolar. Sabía que Irving solía levantarse temprano. Sabía que yo tenía que ir al pueblo esa mañana. Sabía que hay un tren expreso que pasa por Craiglea a las siete y media.

»Ahora bien, todo esto puede proporcionarnos una idea sobre cómo es nuestro criminal, pero eso no impide que cualquier persona de la escuela pudiera ser el autor de uno u otro crimen. Tanto Eric como Irving fueron muertos a una hora en que todos podían sostener que estaban profundamente dormidos, y nadie podía tener ninguna clase de coartada.»

El detective lanzó una mirada en derredor.

—Si alguien tiene algo que decir, me gustaría que lo hiciera ahora, antes de que lleguemos a la parte realmente seria del asunto.

Un tenso silencio siguió a sus palabras, roto sólo por la pesada respiración de sir Wilfrid y el movimiento de los pies de Heath.

—Muy bien, pues. Volvamos a los motivos. Los Heller tenían un motivo perfectamente bueno, pero, como lo ven, no les fue materialmente posible llevar a cabo la tan deseada venganza. Tenemos, pues, que pensar en algún otro. ¿Qué es lo que sabemos de los mellizos Moss? —sus ojos interrogaron a cada miembro de la reunión—. El hecho más evidente es que ambos eran muy ricos por derecho propio. Su madre les había legado una suma muy importante al morir, hace algunos años —McFee hablaba lentamente—. Ahora bien; siendo menores, no podían hacer testamento. Si morían, el dinero pasaba automáticamente a manos de su padre. He averiguado eso. Y he averiguado también algunas

particularidades del testamento de su padre. Hace cuatro meses redactó uno nuevo. Le dejaba toda su fortuna a la joven con quien acababa de casarse —McFee giró en redondo, enfrentándose con la dama americana—. A la mujer que lo conoció cuando realizaba una gira trabajando en una comedia musical, en St. Paul. A la mujer que, siendo veinte años menor que él, no estaba satisfecha con heredar sólo la fortuna del juez, sino que quería también el dinero de sus dos hijos… así tuviera que matarlos para obtenerlo —señalaba a la señora Bernard-Moss con extraña mezcla de ira y de desprecio—. Usted desempeñó su papel con mucha inteligencia, señora, pero cometió varios deslices. Fue una tontería matar a Eric en la noche misma de su llegada a Inglaterra. Fue una tontería el permitir que el joven Lucas la viera pasar frente a la puerta del dormitorio cuando, como huésped del director, se suponía que usted debía estar durmiendo. Una tontería, también, llevar puesto un vestido tan largo que pudiera oírselo crujir cuando sacó a Eric de su cama y lo llevó hasta el armario, donde lo encerró.

—Pero…

—No importan los «peros» —McFee seguía mirando furiosamente a la señora Bernard-Moss, cuyo rostro estaba tan blanco como el cuello fruncido que le rodeaba la garganta—. Usted planeó con mucha inteligencia la muerte de Irving, también. Se hizo amiga del chico. Fingió estudiar historia natural. Persuadió a Dodd para que permitiera al niño salir por las mañanas antes del desayuno. Y, a menos que yo esté equivocado, le advirtió a la criatura que el director no aprobaba estas salidas y le indicó que tuviera particular cuidado de no ser visto en la mañana en que usted lo mató cerca de las vías del tren. Todo eso, lo reconozco, fue muy inteligente, pero usted no se molestó en averiguar si hay por aquí nidos de garzotas o no —se volvió hacia el jefe de policía, que parecía herido por un rayo—. Usted ve, sir Wilfrid, esa mariposa fue robada de la colección de Irving Moss. Uno de los niños la identificó hoy sin lugar a dudas.

Sin pausa, McFee señaló su hombro herido.

—No la acuso, señora, de haber disparado contra mí anoche. Fue inteligente de su parte, también, suponer que por fin yo la iba a descubrir y que era mejor sacarme de en medio. Pero usted tenía que haber apuntado mejor y matarme del todo, ya que estaba en

eso. En cuanto llamó a la escuela y dijo que le faltaba el revólver, se me ocurrió en seguida qué era lo que usted pensaba hacer. Es claro que representó muy bien su papel cuando se preocupó tanto de mi herida, pero ¿no es ésa su profesión?

—Pero, señor Dodd, sir Wilfrid —la dama americana pareció por fin haber recuperado la voz. Sus ojos iban de uno a otro de los dos hombres—. Yo he sido artista, sí. Pero todo eso no es cierto. Oh, ¿cómo puedo explicarles? Señor McFee, usted ha cometido un error, un terrible error —se llevó la mano a la garganta, con desesperación—. ¿Cómo puede usted, cómo puede pensar…? Yo amo a mi esposo. ¡Ha sido tan bueno conmigo! Sus hijos…, ¿cómo podría yo matar a sus hijos?

La voz se fue perdiendo. Empezó a sollozar desesperadamente.

Durante todo el tiempo la significación de las palabras de McFee iban gradualmente grabándose en los oyentes. Sophonisba parecía tomarlas con la mayor calma. Tenía la mirada tensa, pero no había sorpresa en sus ojos. Mlle. Santais, por otra parte, se había trasformado. Detrás de la oscura máscara de su cara estaba a punto de sonreír.

Sir Wilfrid fue el primero en romper el silencio.

—Maldición, McFee, esto es terrible…, terrible. Usted acaba de hacer algunos cargos bien serios. Espero que sea capaz de fundamentar sus manifestaciones.

—Naturalmente —los ojos del detective eran fríos cuando le tendió una serie de papeles al jefe de policía—. Esta es la copia de los informes que acaban de llegar de Norteamérica con respecto al testamento del juez, su matrimonio, etcétera. Y aquí, en esta habitación, tenemos un testigo de lo más concluyente —se volvió hacia Mlle. Santais—. Señorita Wil…, Mlle. Santais, ¿quiere usted ser tan amable de decirle a sir Wilfrid qué fue lo que encontramos los dos en la habitación de la señora Bernard-Moss?

La profesora de francés se levantó, clavando una torva mirada en la señora Moss.

—Fue después que el señor McFee recibió el balazo. Los dos nos quedamos solos en el cuarto. Heath había ido al bar en busca de un poco de coñac, y la señora había subido para conseguir tintura de

yodo. McFee estaba tendido en el diván. Volvió en sí de su desmayo y dijo: «Hay una probabilidad.» Y juntos revisamos el cuarto. *En fin*, encontramos el revólver. Estaba en la maceta de la ventana. McFee lo sacó. Estaba caliente todavía. Una..., ¿cómo se dice?..., una bala faltaba en el tambor —aun ahora, en esa crisis, la señorita Wilkinson seguía firmemente en su papel de Mlle. Santais—. Creo que eso es todo, *n'est ce pas*?

McFee asintió brevemente y extrajo del bolsillo el minúsculo revólver de nácar, que pertenecía a la señora Bernard-Moss.

—Aquí está, sir Wilfrid. Supongo que es bastante concluyente.

—Un momento, por favor —antes de que el jefe de policía pudiera responder, intervino Dodd, suave pero firmemente—. Usted ha olvidado esa pelota de criquet. Alguien la tiró *contra* la señora. Ella caminaba a mi lado en ese momento. No pudo habérsela tirado ella misma.

—No, señor —el tono de McFee era cauteloso—. Ha puesto usted el dedo sobre el único punto débil de mi argumentación. Admito que no tengo una explicación definitiva sobre eso, pero creo que puedo sospechar aproximadamente lo ocurrido. Me parece que esa pelota fue arrojada por Eric Bernard-Moss. El no había hablado siquiera con su madrastra, lo sé, pero la había visto. Los niños pequeños tienen un sexto sentido curiosamente desarrollado, un sentido que les permite descubrir un enemigo a la primera mirada. Creo que Eric comprendió instintivamente quién era ella y qué se proponía. Es claro que era una loca idea ésa de tirarle con una pelota, pero era sólo un gesto impulsivo..., un súbito impulso a que cedemos los propios adultos a veces.

—Hay otra cosa —el inspector Saunders se había puesto de pie —. Usted recuerda esa carta..., la carta que el juez Moss recibió desde Saltmarsh. Había sido despachada mucho antes de que la señora partiera de Estados Unidos.

Los labios de McFee se curvaron en una sonrisa.

—Inspector, usted me está escamoteando el efecto de mi próxima entrega. Es que la señora Bernard-Moss no estaba sola en este asunto.

Sophonisba abrió la boca. Heath se puso en pie de un salto.

—¡Por Dios, señor! Todo esto es ridículo..., condenadamente ridículo. ¡Una dama distinguida como ella! Cómo...

Se interrumpió bruscamente. Todas las miradas se dirigieron a la puerta. Se había abierto bruscamente, y Harvey se hallaba de pie en el umbral.

Detrás de él, conversando plácidamente con un corpulento policía, se veía una figura eclesiástica totalmente vestida de negro.

El acompañante del maestro de inglés no era otro que el doctor Emmanuel Lucas, obispo de Saltmarsh.

22

CLÍMAX

La súbita llegada del Obispo y su compañero distrajo momentáneamente la atención fija sobre la desolada figura de la señora Bernard-Moss. Sir Wilfrid y el inspector Saunders se incorporaron como indecisos, no sabiendo si volver a arrestar a su prisionero o pedirle perdón a la luz de lo que acababan de descubrir. Transaron, optando por no hacer nada y mirando desconcertados al obispo, que acababa de entrar y marchaba serenamente hacia donde estaba el jefe de policía.

—Espero no molestar, sir Wilfrid —dijo con dignidad—. Pero Nettleton parecía tan ansioso por asistir a esta reunión, y como ocurre que ha logrado su libertad bajo mi fianza personal, sentí que era mi deber, por lo menos, mantenerlo bajo mi vigilancia —se volvió hacia Sophonisba—. ¿Ve cómo he obedecido sus órdenes, querida? Aunque no se encontraban en la..., en la Policía ni sir Wilfrid ni el inspector Saunders, el magistrado, que es un gran amigo mío...

Sophonisba, nerviosa, asintió con un gesto. Su atención estaba fija en Harvey, que se había aproximado a la señora Bernard-Moss y había apoyado una mano en su hombro.

—¿Qué pasa, Myra? —le preguntó suavemente.

—¡Oh, David, David, me han acusado a mí! No me abandone. Es todo tan horrible. ¡No puedo ni pensar!

El profesor de inglés le lanzó una dura mirada al jefe de policía.

—¿Qué significa todo esto?

Con irascible azoramiento y gran ayuda de McFee, el jefe de

policía le proporcionó un breve resumen de lo ocurrido. Harvey escuchaba atentamente, mientras recorría la habitación con la mirada. De vez en cuando hacía una pregunta, que generalmente era contestada por el detective privado. Cuando sir Wilfrid hubo terminado, él no hizo comentario alguno, sino que se sentó junto a la señora Bernard-Moss.

Entonces McFee volvió a hablar. Miraba al jefe de policía.

—Yo le estaba diciendo, sir Wilfrid, que esta señora no estaba sola. Creo que es bastante temerario de parte de su cómplice lograr que le abran las puertas de la cárcel y venir aquí, pero ya pensé que eso podía ocurrir. Los criminales tienen una forma de apoyarse recíprocamente, y el señor Harvey no iba a dejar a su cómplice que pasara sola por este examen…, particularmente en las circunstancias actuales.

El color desapareció de las mejillas de Sophonisba. Mlle. SantaL, que había aceptado la acusación contra Mrs. Bernard-Moss con toda compostura, parecía agitada y perdida, ahora que el maestro de inglés estaba implicado en el asunto.

—¡Cielo santo! —el obispo había alzado alarmado su mano con el anillo—. ¿Quiere usted decir, señor, que he sido usado como instrumento para dejar en libertad a un sospechoso? Yo creí que se trataba meramente de una contravención del Acta de Extranjeros.

—Sí, señor. Un sospechoso de algo muy grave. Posiblemente se le acusará como criminal, y ciertamente como cómplice antes y después de cometido el hecho —los ojos de McFee tropezaron con los de Harvey, que sostuvo su mirada—. Será juzgado y tal vez trate de zafarse de eso, pero éste es el hombre en cuestión. El inspector Saunders señaló que la primera carta recibida por el juez fue despachada antes de que la señora partiera de Estados Unidos. Eso es cierto. Pero no lo fue antes de que el señor David Harvey hubiera empezado a trabajar en Craiglea como maestro de inglés. Harvey envió esa nota. Y lo hizo por dos razones. En primer lugar, era una señal para que la señora Moss partiera. En segundo lugar, era un plan muy sutil ése de utilizar a los Heller como máscara para su propio juego. Ya lo ve, Dave Harvey, primer actor de St. Paul, resulta que es el amante de Myra Moss.

—Oh, no, no, eso no —Sophonisba se levantó de un salto, pero su padre le indicó que se sentara.

—Tal vez no hayamos podido impedir la realización de la primera parte de su plan —continuó McFee, vivamente—, pero hemos detenido la última. Myra Lenoir y Dave Harvey eran amantes. Durante un tiempo vivieron a costa del padre de Harvey. Eso hasta que él le cortó los víveres a su indigno hijo y los dejó a ambos varados, sin un centavo.

Un leve gemido surgió de bajo el oscuro sombrero de la señora Bernard-Moss.

—No tenían un centavo —prosiguió el detective—. ¿Qué iban a hacer, pues? Myra Lenoir se puso a buscar un pez gordo y encontró al juez Bernard-Moss. Se casaron al cabo de una semana…, y Harvey partió para Inglaterra hasta que pudieran elaborar el resto de su plan —le tendió a sir Wilfrid el recorte de un periódico en que aparecía una fotografía—. ¿Ve esto, señor? Es un retrato del casamiento Bernard-Moss. Un casamiento que iba a proporcionar una fortuna a la combinación Harvey-Lenoir. En cuanto la ceremonia hubo terminado, era evidente que todo marchaba a pedir de boca para ellos. Supieron que el juez había sido amenazado por cierta familia Heller, y que él había enviado a sus hijos a Inglaterra para evitar que se los secuestrara.

»Juntos Harvey y Lenoir urdieron el brillante plan de matar a los niños y tratar de arrojar las sospechas sobre los Heller. Harvey parte para Inglaterra. Su tío es rector de All Saints. Todo lo que él tiene que hacer es conseguir un empleo en Craiglea y aguardar el momento propicio. Así lo hizo. Por fin, cuando le pareció llegada la oportunidad, le mandó la señal a Myra Lenoir: Estamos aquí, esperando. Aunque ella acaba de regresar de su luna de miel, logra convencer a su flamante esposo de que la deje ir a Inglaterra para cuidar de los niños. Para ese entonces ya lo tenía totalmente dominado. El aceptó en seguida. El plan había sido elaborado hasta en sus mínimos detalles. Eric Bernard-Moss fue muerto en su cama en la noche misma de la llegada de su madrastra a Craiglea. Ya ven, ellos creían que tenían que obrar rápido porque imaginaban que el juez podría embarcarse pronto. No sabían que él estaba muy ocupado con el caso Langhorne, lo que le hacía imposible partir de Estados Unidos.»

—¡Buen Dios! —exclamó sir Wilfrid.

—Cuando supieron que el juez no aparecería en escena, la

combinación Harvey-Lenoir se calmó por un tiempo, mientras Myra trataba de congraciarse con el otro chico. La primera muerte había sido un poco arriesgada. Eric había sido ahogado en su propia cama, y alguien había oído realmente el crujido de las ropas de Myra. No iban a correr igual riesgo con Irving. Myra se puso a estudiar historia natural. Llegado el momento, dio el nuevo golpe. A Irving lo encontraron muerto en las vías. Nadie lo había visto salir de la casa, porque ella le había advertido que anduviera con cuidado. Le dijo que el director no aprobaba sus salidas matutinas y que lo iba a mandar a la cama de vuelta, si lo descubría.

Aquí se detuvo McFee, como si de pronto hubiera tenido la visión íntima de una mente diabólicamente brillante.

—¡Y eso es lo que Harvey estaba haciendo en el jardín, cuando nos dijo que se hallaba meditando en esa novela suya! Myra lo había puesto allí con el propósito de que el niño, al ver a uno de sus maestros, hiciera naturalmente un rodeo para no pasar frente al galpón de Kettering. No sé cuál de ellos habrá ideado esa treta, pero es ciertamente una de las cosas más inteligentes que he visto. Y bien, caballeros, ésta es la primera parte del plan. La parte que ya han puesto en ejecución. Pero el crimen no está completo todavía.

—¿Quiere usted decir…, quiere decir que hay más peligro aquí, en Craiglea?

—No, señor. En Craiglea no. Pero sí en Norteamérica. Tan pronto como pudieran endilgarle definitivamente estos crímenes a los Heller, Harvey y Lenoir volverían a Estados Unidos. Irían a matar al propio juez Bernard-Moss. Todavía tenían a los Heller, para ocultarse detrás. ¿Qué mejor que una bala de estos misteriosos Heller podía herirlo y matar a su odiado enemigo mientras guiaba su coche o marchaba por la calle? Era perfecto. Myra esperaría un par de meses, haciendo el papel de viuda inconsolable. Luego, las columnas de noticias sociales del *St. Paul Chronicle* anunciarían el matrimonio de Myra Bernard-Moss, *née* Lenoir, excorista, y Dave Harvey, el hijo desheredado de un famoso fabricante de automóviles. Ya están en su propio ambiente, de nuevo, disfrutando no sólo de la fortuna del juez, sino de las de sus dos hijos, Eric e Irving Bernard-Moss.

Mientras él hablaba, Sophonisba se retorcía las manos. Al llegar a ese punto, ella se levantó de un salto.

—Pero... ¡pero eso no puede ser verdad! ¿Para qué necesitaría dinero el señor Harvey? Su padre es rico y no lo ha desheredado. Los he oído hablar por teléfono ayer mismo.

McFee alzó una ceja y la miró con simpatía.

—¿Tal vez le haya oído hablar con alguien a quien llamaba Pop?

—Sí, así es.

—Eso no prueba nada, señorita Dodd. A mucha gente se le llama Pop en Norteamérica. En realidad, no suele usarse a menudo cuando se habla con el propio padre, sino más bien con alguna persona mayor, sin parentesco alguno. En ese caso, supongo que Harvey puede haber estado hablando con cierto Pop Baxter, cuya reputación de St. Paul no es mucho mejor que la suya propia.

Sophonisba seguía todavía de pie, con una expresión de duda y perplejidad en su rostro. Cuando habló, era evidente que realizaba un esfuerzo al pronunciar cada palabra: el esfuerzo que experimenta todo inglés reticente cuando tiene que encarar un problema muy personal.

—Puede ser que usted tenga razón en lo que se refiere a la llamada telefónica —dijo quedamente—, pero ocurre que yo sé que no está en lo cierto cuando dice que..., que el señor Harvey está enamorado de la señora Bernard-Moss. ¡Cómo! Si él me dijo...

Tanto Harvey como McFee se pusieron en pie de un salto, pero fue el detective quien habló primero.

—Basta, señorita Dodd. ¡Por favor, no diga una palabra más!

Cuando Sophonisba cayó en su asiento, vencida, McFee se dirigió a Dodd, que observaba a su hija con cierta inquietud.

—Lo siento, Dodd —le dijo cortésmente—. Lamento que la señorita Sophonisba me haya forzado a traer a colación un punto que yo creí que podría mantener al margen de todo esto. No son sólo cargos criminales los que tenemos contra este hombre, Harvey. Ha hecho algo más que, aunque no punible por la ley, es la más baja de todas las artimañas que pudo haber utilizado. Ha logrado conquistar la..., digamos la confianza de una joven. Y, bajo la máscara de un interés personal, la ha utilizado como mero instrumento para proporcionarle informaciones sobre lo que la Policía estaba haciendo.

Todos los ojos se habían vuelto hacia Sophonisba, cuyas mejillas ardían.

—La ha utilizado —prosiguió McFee, implacable— para lograr su libertad esta tarde. Lo más probable es que la haya utilizado para hacer recaer falsas sospechas sobre otras personas. La ha utilizado...

No terminó su frase, pues súbitamente cayó una silla con gran estruendo. David Harvey se había lanzado a través del cuarto, para asestar un golpe que, sin la intervención oportuna del escritorio que se hallaba en medio, hubiera ido a parar directamente en la mandíbula de McFee.

—¡Puerco!

—¡Pare eso... Saunders!

El jefe de policía lanzaba sus palabras como balas de una ametralladora.

—Está bien, sir Wilfrid —la voz de Harvey recobró su naturalidad, con un dominio casi milagroso. Instintivamente, se arregló la corbata, y después sus manos cayeron a los costados mientras se dirigía de nuevo a su asiento—. Lo siento. No le ocasionaré más molestias.

Los dedos no le temblaban siquiera cuando sacó del bolsillo la pitillera y le ofreció cigarrillos primero a Sophonisba y luego a Myra Bernard-Moss.

23

ANTICLÍMAX

En el intervalo de silencio que siguió a esa explosión, pareció como si un reflector hubiera enfocado a David Harvey. Inconsciente, en apariencia, de la atención que había despertado, el maestro de inglés acababa de encender un cigarrillo y se estaba lustrando las uñas contra su pantalón con una raya perfecta.

Sophonisba seguía agitada. Su expresión era una curiosa mezcla, una mezcla de vergüenza, confianza y duda. Una y otra vez miraba por debajo de las pestañas a Myra Bernard-Moss, que se estaba sonando la nariz con el gran pañuelo de seda de Harvey.

Sir Wilfrid se aclaró la garganta. Sus cejas estaban hirsutas como dos erizos gemelos.

—Señor Harvey…, señora Bernard-Moss: muy graves cargos se han hecho contra ustedes esta tarde. Es mi deber advertirles que no están obligados a responder a ellos sin la presencia de un representante legal. Asimismo, si quieren hablar, cualquier cosa que digan puede ser utilizada como prueba.

Le hizo una seña al inspector Saunders, quien sacó a relucir una gran libreta de apuntes.

—Gracias, sir Wilfrid —murmuró Harvey—, pero no necesitaremos un abogado. De todos modos, es una buena idea la de anotar lo que voy a decir. Como novelista, creo que podría ser un tema interesante —se volvió hacia McFee con una sonrisa de casi admiración—. Bien, ha elaborado usted una teoría ingeniosa. Y no le guardo rencor por ello. En realidad, lamento haberle dado un empellón, pero a nadie le gusta que le atribuyan motivos y acciones

que no son estrictamente exactos.

—No hay mal en ello —replicó McFee, devolviéndole la sonrisa con idéntica cortesía—. Estoy dispuesto a admitir que puedo haberme equivocado en algunos detalles. Tal vez me haya dejado llevar un poco por mi relato.

—Lo comprendo bien, McFee. Me doy cuenta de lo delicada que ha de ser su posición ante la Agencia de Detectives Drummond. Las dos criaturas que estaban a su cuidado han sido asesinadas, y sus empleadores exigen una explicación. Naturalmente, todo su futuro depende de que encuentre usted una historia convincente, y, por cierto, no pudo haberlo hecho mejor. Mi única objeción es que ocurre que es totalmente incorrecta.

—Tal vez pueda usted proporcionarnos una mejor.

—Creo que puedo. Y no sólo eso: puedo probarle exactamente en qué puntos está equivocado. Pero no se preocupe por eso, McFee —el tono de Harvey era ligero, casi petulante—. Me voy a portar como un detective aficionado en la ficción. Le haré el obsequio de la solución correcta… sin cargo alguno.

McFee lo observaba con tolerante escepticismo. Sophonisba se movía en su asiento, con las manos firmemente aferradas a los brazos del sillón. Mlle. Santais retorcía la cadena de oro que pendía de su cuello huesudo.

—Si —prosiguió Harvey, serenamente—. No he oído la primera parte de su acusación contra la pobre Myra, pero sir Wilfrid me ha proporcionado un excelente resumen. Colijo que usted ha señalado que cualquiera, en Craiglea, pudo haber cometido los dos crímenes. Coincido con usted en que nuestro asesino era con seguridad un residente del colegio —se detuvo y miró con cierto aire divertido a sus colegas—. En realidad, hasta llegaré a decir que tiene usted razón: el criminal se encuentra aquí, en este mismo instante.

—¡Maldición, hombre, maldición! Eso es simple impudicia —vociferó sir Wilfrid—. Yo debo prohibirle que se burle de todos nosotros en esa forma.

—Deje que nos diga lo que tenga que decir —el obispo se había cruzado de brazos y miraba ansiosamente al jefe de policía—. Con toda lealtad, sir Wilfrid, hay que darle una oportunidad a este joven para que aclare su posición.

—Muy bien, muy bien, señor. Pero toda la responsabilidad es de

él.

Harvey se había puesto de pie. Tenía ahora los ojos clavados en Sophonisba.

—Antes que nada —dijo—, deseo aceptar algunos hechos y negar otros: hechos que no tienen relación directa con este asunto, pero que me afectan personalmente.

Sir Wilfrid hizo un breve gesto de asentimiento.

—Tanto la señora Bernard-Moss como yo trabajamos en el teatro por una temporada, pero ella no es una corista, como yo no soy un actor. Hasta hemos trabajado juntos en un disparatado grupo teatral formado a iniciativa mía, cuando yo era muy joven. *Éramos* muy amigos, y admitiré que a la edad de diecinueve años yo la adoré desesperadamente por espacio de tres semanas como mínimo —le hizo una reverencia galante a la desesperada dama—. En realidad, ella fue mi primer amor.

Estos recuerdos de juventud y de romance resultaban extrañamente inadecuados en la triste atmósfera del estudio del director.

—Myra, sin embargo, jamás estuvo enamorada de mí. Y ¿por qué había de estarlo? Una mujer hermosa y encantadora como ella no tenía por qué perder tiempo con un joven y estúpido cachorro que se creía una especie de Chejov por lo menos. Pero ella siempre fue buena y amable conmigo, y espero que me permita decir que la considero como una de mis mejores amigas.

Se volvió hacia McFee.

—En cuanto a su matrimonio con el juez, se ha equivocado usted de medio a medio. Se trata de uno de los hombres más admirables de Norteamérica, y ella es muy feliz con él. ¿Por qué no había de ser así? De paso, diré que yo no la había visto desde hacía meses. Y para ella fue una verdadera sorpresa encontrarme aquí, en Craiglea —sonrió—. Y volviendo a su esposo, puede interesarles saber que Myra apenas si habla de otra cosa. En realidad, está tan entusiasmada con la idea del matrimonio que ha estado haciendo lo posible para ayudarme en un pequeño proyecto que tengo en ese sentido —sus ojos se dirigieron nuevamente hacia Sophonisba—. Este punto quiero aclararlo bien.

Mientras oía la última frase, Mlle. Santais había retorcido tan vivamente la cadena que tenía alrededor del cuello que estuvo a punto de asfixiarse. Por un momento, una luz de esperanza brilló en sus ojos. Luego, cuando vio que los de Harvey giraban hacia Sophonisba, sus dedos aflojaron la tensión que ejercían sobre la cadena. Instintivamente, buscaron la pequeña cruz de oro que pendía de ella.

—Sigamos con nuestro asunto —le espetó sir Wilfrid—. No podemos pasarnos el día aquí.

—Perdone. Parece que he procedido como McFee. Me dejé llevar por mi tesis —el tono de Harvey era serio, por debajo de su volubilidad—. Voy a contarles una historia. Una historia muy simple y verídica. Comienza con una nota aparecida en el *St. Paul Chronicle* y que creo que ustedes ya conocen. ¿Querría usted tener la gentileza de pasármela, McFee? Yo no tengo una copia, aunque procede de un periódico de mi propiedad.

Con ligero asombro, el detective buscó entre sus papeles y le entregó el recorte.

—Gracias.

EL HERMANO DE HELLER, ASESINADO

> El cuerpo decapitado que se halló recientemente en East-River ha sido identificado hoy por sus parientes como perteneciente a Franz Heller, hermano del conocido agitador que fue condenado a muerte por la corte de Minnesota el invierno pasado. La identificación fue luego establecida por las ropas que llevaba el cadáver. La Policía cree que el hombre había sido muerto antes de su inmersión en el agua, y que su deceso se produjo hace dos meses, aproximadamente.

Harvey sonrió suavemente, mirando en derredor.

—Y ahora, supongamos por un momento que esa teoría no responda a la verdad, que la Policía esté equivocada —inclinó la cabeza, en dirección a sir Wilfrid—. Nadie en este mundo puede estar seguro en un cien por ciento. La Policía de Norteamérica, como sus hermanas de este continente, no es infalible.

El jefe de policía refunfuñó, pero no hizo comentario alguno.

—Supongamos que Franz no esté muerto. Supongamos que esté tan vivo como Ana, a quien, dicho sea entre paréntesis, McFee parece haber olvidado por completo. McFee dice que el verdadero motivo del crimen no reside en los Heller. Supongamos por un momento que esté equivocado, también. ¿Qué es lo que hallamos? Que los mismos hechos que se aplican tan maravillosamente a Myra y a mí mismo, pueden aplicarse con idéntica exactitud a uno o los dos hermanos Heller.

Heath estuvo a punto de dejar caer su pitillera, con el escudo de su regimiento.

—Y ahora, tenemos esa carta que recibió el juez desde Saltmarsh, por ejemplo. Puedo haberla enviado yo, lo admito. Pero lo mismo pudieron haberla mandado Franz o Ana. Además, está el asunto de la pelota de criquet —Harvey pronunció esas palabras con cierto énfasis burlón—. De acuerdo con la teoría de McFee, la pelota no tiene nada que ver con este asunto. Fue arrojada por Eric, que se convirtió en una víctima momentánea de cierto fenómeno psicológico que permite a los niños pequeños oler a sus enemigos a la distancia.

Miró a McFee con amargura.

—¿No es eso quizá demasiado freudiano? En primer lugar, Eric Moss había corrido directamente a la casa desde la cancha de criquet y no podía saber siquiera que esa dama era su madrastra. En segundo lugar, ella venía acompañada por Dodd, y, tal como el doctor Freud podría explicarlo sin duda alguna, el subconsciente de ningún escolar le permitiría arrojar una pelota de criquet contra su director.

»Mi explicación personal del incidente no es, en modo alguno, tan sutil. Simplemente la tiró Franz o Ana. Convengo con usted en que fue un acto enteramente impulsivo. Evidentemente no fue una tentativa de asesinato. Sólo fue motivado por una cólera ciega..., por un ciego deseo de herir a un miembro de la familia a la que odian con una intensidad que nosotros, la gente común, no podemos comprender.»

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró el obispo, que había estado escuchando ese relato de crimen y odio con resignada desaprobación.

Harvey parecía entusiasmarse con el tema. Su pelo rubio,

generalmente tan cuidado, se hallaba en un desorden similar al de McFee.

—Y ahora llegamos al asunto del nido de garzota y de la mariposa llamada tan encantadoramente «dama pintada». McFee sugiere que esos dos errores deben de haber sido cometidos por una persona con escasos conocimientos de historia natural: una persona como la pobre Myra que, a pesar de su gran entusiasmo, sólo hacía pocas semanas que se ocupaba de ello. Y aquí mi razonamiento será más sutil que el suyo. Sugiero que la historia del niño y la mariposa robada fueron cosas preparadas deliberadamente, para engañar a un investigador como McFee, a fin de acusar a la señora Bernard-Moss.

»Estudiemos los dos deslices, por así decir. ¿No eran demasiado elementales para un criminal inteligente? Y el criminal era, evidentemente, muy sagaz. El hecho de colocar al cadáver sobre las vías del tren es casi ridículamente estúpido. Pero, si esos errores han sido cometidos intencionalmente para arrojar sospechas sobre una persona inocente, entonces resultan diabólicamente ingeniosos..., dignos de los propios Heller.»

—Pero, ¿para qué diablos podía nadie tener que arrojar sospechas sobre la señora? —exclamó irritado sir Wilfrid.

—Yo le diré para qué —la voz de Harvey era tranquila—. Ese era uno de los puntos principales en la venganza de los Heller. Iban a matar a los dos niños y luego hacer condenar a la madrastra por asesinato. El señor McFee ya les dijo lo que pensaban hacer con el juez. Una forma muy clara de deshacerse de toda la familia.

Una serie de exclamaciones de asombro siguieron a estas frases. Hasta el propio McFee Parecía seriamente interesado en lo que el joven decía. Se había inclinado sobre el escritorio con los ojos dilatados.

Harvey prosiguió:

—¿Qué otra cosa trajo a colación para acusar a la señora Bernard-Moss? El crujido de una falda que Lucas oyó en el dormitorio cuando el criminal conducía el cuerpo hasta el armario —se volvió hacia sir Wilfrid—. Usted sabe que el joven Lucas vio realmente cómo se cometía el primer asesinato, ¿no es cierto?

El jefe de policía se calzó el monóculo en el ojo.

—McFee me contó esa historia hace un par de semanas. Pero yo no le presté mucha atención. El chico tenía dolor de estómago y estaba asustado. Yo no atiendo a los chismorreos de los chicos.

—Pero…, ¡el cielo nos asista! —el obispo había quedado boquiabierto—. ¿Usted quiere decir…, quiere decir que St. John…? ¡Dios mío, jamás me habló de eso!

—Supongo que estaría demasiado asustado o será demasiado buen detective, señor —Harvey sonreía—. Pero volvamos a la falda. Su hijo de usted oyó el crujido de una falda en el dormitorio, y McFee deduce de ahí que el crimen fue cometido por la señora Bernard-Moss. ¿Es justo eso? ¿No había otras mujeres en la casa? ¿No pudo haber sido la falda de Ana, acaso? De todos modos, como indicio, no tiene ningún valor. ¿Por qué no pueden crujir las ropas de un hombre? —tomó entre los dedos su propio pantalón Oxford —. Observen mis pantalones. O el traje clerical del señor obispo. O el delantal de McFee, o la toga académica de Dodd. ¡Qué! Si hasta el pijama de Lucas podía haber producido cierto crujido.

Los ojos de Harvey estaban iluminados a causa de la concentración.

—McFee tiene sólo otra prueba contra Myra Bernard-Moss. El resto (los detalles de su matrimonio, su amistad conmigo, el testamento de su marido), aunque es verdad, resulta sólo circunstancial y no conduce a nada en realidad. Es una teoría muy hábil, quizá, pero las teorías, por hábiles que sean, no siempre resultan correctas. No culpo a McFee, sin embargo, Creo que ha elaborado una obra maestra, pero, desde el momento en que yo estoy implicado, es evidente que me corresponde probar que se ha incurrido en una equivocación.

Echó una mirada al hombro vendado del detective.

—Aclaremos, pues, este último hecho. McFee recibió un balazo anoche, mientras se hallaba junto a la ventana de la señora, en la hostería. Dice que él cree que fue Myra quien disparó. Pero consideremos la situación. McFee está parado en la oscuridad, expuesto al ataque por cualquier lado. ¿Cómo puede asegurar de qué dirección vino la bala? Mlle. Santais les explicó cómo encontraron el revólver en la maceta con la aspidistra. McFee podía sospechar que Myra lo había colocado allí. Pero ¿no hubiera sido algo demasiado estúpido esconder semejante prueba en una maceta,

en donde todo el mundo pudiera verla? Recuerden que la posada es un lugar público. Había otras personas allí, además de la señora, y la planta se halla en la ventana misma, según creo. ¿Por qué no podía haberse acercado Franz o Ana a la ventana, para colocar allí el arma…, para colocarla porque, sobre todas las cosas, deseaban arrojar sospechas sobre la esposa de su enemigo?

La señora Bernard-Moss y Mr. Heath movieron los pies, levemente. Aparte de eso, la habitación se hallaba en silencio absoluto. Hasta sir Wilfrid se había contagiado del interés de la narración. Su rostro encarnado estaba plegado por profundas arrugas ocasionadas por el estupor, y el monóculo permanecía olvidado, caído sobre el chaleco.

El maestro de inglés miró con gravedad uno de sus zapatos perfectamente lustrados.

—Creo que deben admitir que esta prueba definitiva contra la señora Bernard-Moss y contra mí mismo no es tan definitiva, después de todo. Cualquiera de los hechos, en este caso, puede ser igualmente efectivo sustituyendo los nombres por Franz o Ana.

Levantó el recorte del diario que todavía seguía en la mesa, frente a él.

—Volvamos a la pequeña novela de misterio —miró al inspector Saunders.

—¿El agente sigue en la puerta?

Saunders asintió.

—Sí, s… sí, señor.

—Bien. Debo pedirles a todos que, por el momento, admitan que los crímenes fueron realmente cometidos por los Heller. Es nuestra tarea, pues, descubrir a Franz, a Ana, o a ambos. Creo que podemos hallar a quien buscamos aquí mismo, en esta habitación.

Se oyó un ligero crujido. Todos se movieron en sus sillas y se intercambiaron miradas, con ojos sorprendidos.

—Nuestra historia comienza con el descubrimiento de un cadáver en East-River, en la ciudad de Nueva York: el cuerpo decapitado de un hombre, que es identificado por sus familiares, por medio de ciertas prendas de vestir, como perteneciente a Franz Heller. Las ropas nada significan, evidentemente. Y, en este caso, los

familiares tampoco significan nada. El único hecho que tiene verdadero sentido es que el hombre estaba decapitado, para ocultar su verdadera identidad. Ya ven que el cadáver hallado en el río no era el de Franz Heller. Un hombre X fue muerto por los Heller, decapitado para dificultar su reconocimiento, vestido con las ropas de Franz y arrojado al río. Los Heller tenían interés en hacernos creer que Franz había muerto, y ésa era la forma agradable de convencernos. Sabía que, con el tiempo, el cadáver saldría a flote. Ese sería el momento para que apareciera uno de los familiares, lo identificara e hiciera desaparecer así a su hermano, en lo que a la Policías se refiere. Esta puede parecer una teoría absurda, pero da la casualidad de que es la verdadera. La persona a quien llamé ayer por teléfono no era el notorio Pop Baxter. Era mi excelente padre.

Harvey le sonrió a McFee con ligera desaprobación.

—Pese a las cosas desagradables que he dicho de él en el pasado, mi padre es el director de una de las más grandes empresas industriales de Norteamérica. Y es, asimismo, un hombre en extremo eficiente. Después que hablé con él, ayer, en seguida se puso en contacto con la Policía y me cablegrafió esta mañana para decirme que habían descubierto quién era el señor X en realidad. La madre ha identificado el cadáver sin lugar a dudas. Un hombre inocente fue asesinado sólo para que los Heller pudieran llevar a cabo sus planes con las mayores probabilidades de éxito.

Se detuvo, mirando rápidamente a Sophonisba, que estaba sentada, bien erguida, en el borde del sillón.

—Y ahora ustedes me preguntarán quién es el hombre sacrificado en el altar de la venganza de los Heller. Yo lo diré. Es un hombre que tenía la intención de viajar a Europa. Un hombre cuya edad y apariencia eran bastante similares a las de Franz Heller como para que a éste le fuera posible utilizar su pasaporte. Porque, recuerden ustedes, Franz Heller era un hombre marcado. Despertaría la atención de la Policía el hecho de que tratara de alejarse del país. El señor X jamás había estado en Inglaterra, de modo que le resultaba perfectamente posible a Heller asumir su personalidad al llegar aquí. Era un hombre con documentación oficial y que viajaba por un motivo que le resultaba muy conveniente a Heller.

En ese instante se produjo un gran escándalo del otro lado de la

puerta. Un agente de policía gritaba:

—¡Eh! ¡Ven aquí!

Una vocecita chillona le replicaba con toda claridad y bien fuerte. La puerta se abrió bruscamente para dar paso a la figura desgreñada de St. John Lucas. Todo el respeto por sus mayores había desaparecido, todo el temor a la Policía había sido engullido por la gran excitación de ese gran momento. No parecía ver ni siquiera a su padre. Corrió al lado de Sophonisba, agitando un trozo de papel con dramático desenfado.

—¡Señorita Soapy, señorita Soapy, ya lo tengo! He descubierto el código —luego, con voz alta y cantarina, gritó—: *Policía ha descubierto e identificado cadáver punto peligro punto parte en seguida*. Eso es, señorita Soapy! ¡Yo lo he descubierto, yo!

Toda la reunión miraba al niño con irremediable perplejidad. Sólo Harvey permanecía tranquilo.

—Buen trabajo, Lucas —dijo. Le quitó el cable descifrado y se lo arrojó al sobresaltado jefe de policía.

—Yo no esperaba una prueba tan definitiva, pero aquí está. Este es el cablegrama que fue enviado en clave a la parte culpable, esta misma mañana. Fue enviado por Ana... y probablemente fue lo último que hizo antes de ser arrestada.

—¿Arrestada? ¿Ana arrestada?

—Sí —Harvey le tendió una mano a Sophonisba, quien le entregó el otro cable—. Yo he recibido esto de mi padre esta mañana. Léalo, sir Wilfrid.

El jefe de policía tomó el sobre y se calzó el monóculo. Su cara estaba roja de asombro cuando leyó en voz alta:

> Cadáver en East-River definitivamente identificado por madre como el de Stephen McFee, de la Agencia Drummond de Detectives punto Ana Heller arrestada esta mañana y hay orden de captura de Franz que se supone en Inglaterra punto vuelve a casa con tus condiciones afectuosamente Pop.

—Pero ¿qué..., cómo..., quién..., por qué?

—Yo creo que lo puedo explicar —intervino Sophonisba,

recatadamente—. Dos cables llegaron esta mañana. Uno era para Harvey, el que usted acaba de leer. El otro estaba en clave y venía a nombre de… Stephen McFee.

—Pero Stephen McFee no es Stephen McFee —dijo vivamente Harvey—. El verdadero McFee fue muerto y arrojado al río. Este hombre es… ¡Franz Heller!

Una babel de voces siguió a esta declaración.

—Sí —dijo Harvey, señalando al ex portero—. Este es el hombre que ha matado a Stephen McFee, robó sus papeles y se presentó a la Agencia Drummond, en Londres, como el hombre a quien había asesinado. Este es el hombre que mató a los mellizos Moss y luego trató de echarle la culpa a la señora Bernard-Moss. Es bien vivo, lo admito, pero no tan vivo como impertinente. Piensen en la impertinencia de actuar solemnemente como detective, engañando a la propia Policía y obligándola a ayudarle, y anudando gradualmente la red en torno a Myra. Piensen en la impertinencia de seguir aquí después de cometidos sus crímenes sólo para procurar personalmente que la señora Moss fuera entregada a las autoridades. Es increíble, pero todo le salía bien. Le hubiera resultado bien difícil inculpar a Myra, si no hubiera sido por mí. Pero tales como resultaron las cosas, por pura casualidad, yo le proporcioné la ocasión para el crimen perfecto: dos amantes culpables que tratan de matar a tres personas para apoderarse de su dinero.

Mientras él hablaba, McFee seguía sentado ante el escritorio del director, con los ojos entornados. Una sonrisa divertida vagaba en sus labios y, en ocasiones, dejaba ver sus dientes perfectos.

—Muy ingenioso y, para usar sus propias palabras, muy impertinente. Supongo que ahora me toca a mí felicitarlo. Todo lo que puedo decir es que yo ya estaba sospechando esto y he preparado una o dos preguntas que tal vez le resulte difícil contestar.

—No se moleste en hacerlas —la voz de Harvey era terrible, peligrosamente suave—. Usted me dirá que sir Wilfrid ha examinado sus papeles y les ha dado el visto bueno. Es claro que podían ser preparados o falsificados, pero yo sospecho más bien que usted ha puesto su propia fotografía en lugar de la original. Puesto que usted es tan buen psicólogo, sabrá probablemente que los

funcionarios oficiales se preocupan poco por controlar altura, peso o color de ojos.

Los dos jóvenes se sonrieron recíprocamente una vez más.

—Y tenemos también el crujido de la falda que se supone que Lucas oyó en el dormitorio. Eso es muy sencillo. Era tan sólo el delantal que usted siempre usaba por las noches para recoger en él los zapatos.

Sus ojos cayeron sobre el cabestrillo que rodeaba el cuello de McFee.

—Y luego tenemos ese brazo suyo, herido. Usted debe de ser un lector de novelas policiales, señor Heller. Es una artimaña que se usa con bastante frecuencia en la ficción (en *El caso del asesino verde*, por ejemplo). Es claro que hay que tener bastante coraje, por cierto, para herirse a sí mismo en el hombro, pero vale la pena después de todas las molestias que se había tomado para escamotear el revólver de la señora Moss y llevarse luego a Mlle. Santais como testigo.

El ex portero se elevó en toda su estatura de un metro noventa, y miró con impaciencia al jefe de policía.

—Ya estoy harto de esto, sir Wilfrid. Con su permiso, iré a mi cuarto a buscar esos papeles. Es claro —añadió sarcásticamente— que será mejor que me haga acompañar con un agente.

—No. No lo deje salir —la voz de Harvey sonó vivamente—. Antes de que él salga, sir Wilfrid, hay algo que tengo que decir. McFee jamás encontró nada definitivo contra Myra o contra mí, pero yo tengo algo absolutamente decisivo contra él. Algo que (si me permiten decirlo) tenía usted delante de los ojos todo el tiempo.

Sir Wilfrid resopló y miró un poco incómodo al joven.

—Ocurre que yo hablé con Kettering después de haberlo interrogado ustedes ayer. Me dijo exactamente lo que declaró ante ustedes, que vio a McFee dirigiéndose al pueblo a las seis de la mañana, con su saco de patatas. Con lo que él quiso significar que el saco estaba lleno con patatas. Pero ¿a qué iba ir al pueblo McFee a buscar patatas si tenía el saco lleno? La respuesta es simple. La bolsa no estaba llena con patatas. Estaba llena con... el cuerpo de Irving Moss, a quien acababa de matar.

La terrible revelación fue seguida por un silencio profundo. Cada uno se quedó sentado o parado en su sitio, como maniquíes

colocados de cualquier modo en una casa de modas. Todos a excepción de St. John Lucas, que se había ido aproximando furtivamente a la ventana y miraba en forma inescrutable el camino iluminado por el sol, que se extendía delante del viejo Vauxhall de su padre, parado ante la escalinata de la escuela.

—Sólo tengo una respuesta para todo este montón de estupideces, sir Wilfrid. Voy a ir a buscar mis papeles.

La voz del americano sonó bruscamente, furiosa. Antes de que nadie se diera cuenta de lo que ocurría, cruzó a grandes trancos la habitación, derribando casi a Sophonisba al pasar. Abriendo bruscamente la puerta le hizo una señal al agente que ni protestó, y atravesó el vestíbulo a toda velocidad.

—¡Deténgalo..., deténgalo, estúpido!

En el estudio del director, sir Wilfrid pareció volver a la vida súbitamente.

—¡A él, a él! ¡Rápido!

Sorprendido, pero obediente, el agente se lanzó pesadamente en su seguimiento. Luego, todos a una, los reunidos en el estudio se echaron a correr detrás del hombre que se había hecho llamar McFee. Por incongruente que parezca, era el señor Obispo quien se hallaba a la cabeza de todos. No por nada había sido campeón de carrera en Oxford. Después venía Heath, la cabeza en alto. Y el director, codeándose indecorosamente con la enjuta figura de Mlle. Santais, alias Wilkinson, cuyo inocente secreto seguía a salvo en su exiguo pecho. Luego, sir Wilfrid y el inspector Saunders, tratando de abrirse camino para pasar al frente. Y, finalmente, cerrando la retaguardia, Myra Bemard-Moss se había unido a la cacería, con su gran sombrero que revolteaba como una agitada mariposa.

—¿No te ha lastimado, querida? —Harvey se había detenido junto a la puerta y estaba inclinado sobre Sophonisba, que se hallaba bajo el busto de Homero, con una mano apoyada en su costado.

—No, sólo recibí un empellón. Pero vamos pronto, pronto. Tenemos que agarrarlo.

Apareciendo quién sabe de dónde, la pequeña y solemne figura de St. John Lucas se aproximó una vez más a la ventana. Tenía la

nariz apretada contra el vidrio y observaba cómo su ex-compinche se alejaba en el Vauxhall de su padre.

—Ha agarrado el coche de papá —exclamó con toda calma, como si tales incidentes fueran cosa de todos los días—. Ya se ha ido.

—¡Cielos! —Sophonisba dio un salto hasta la ventana—. ¿David, crees que se escapará?

Harvey sonrió.

—Me importa un comino todo ahora —la rodeó con su brazo—. Es maravilloso que te hayas mantenido firme a mi lado en esa forma.

—Oh, David, ¡qué perfecta idiota he sido! He apoyado la mala causa durante todo el tiempo. ¿Sabes? estaba a punto de creerle..., ¡aun después del cable que llegó esta mañana! Pero después que dijo esa porquería de ti y de mí, me di cuenta de que mentía.

Se miraron a los ojos.

—Ahora veo, David, por qué siempre le tuve un poco de miedo.

—¿Miedo? ¡Cómo! Yo siempre creí que te gustaba el tipo. En realidad, estaba celoso en forma casi indecente. Lo gracioso del asunto es que, si no hubiera estado celoso, no se me hubiera ocurrido hablarle a mi padre para preguntarle por él.

Sophonisba se ruborizó.

—Creo que sí, que me gustaba un poco —dijo, reflexionando—. La verdad es que el hecho de que me atemorizaba le daba cierto encanto. Era tan diferente... Del mismo modo, como lo habrá sido la señora Bernard-Moss para ti cuando te enamoraste de ella. Yo no me daba cuenta de lo depravado que era... y de que no podía compararse contigo. Yo lo creía un gran detective, ¿comprendes? Oh, Davy, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo has hecho para descubrir todas esas cosas?

El joven le tomó la mano y sonrió como tratando de disculparse.

—Me da un poco de vergüenza confesarlo, pero esa novela que escribí era... de misterio. Ya ves que no soy un joven tan perfecto como te parecía, cuando me rechazaste la vez pasada. Entre paréntesis, ¿podrás perdonarme y olvidar alguna vez que yo tenía esos modales tan propios de Oxford? Era sólo un plumaje protector.

Completamente olvidada de la presencia de Lucas, Sophonisba se inclinó hacia adelante y le besó en la boca.

—Somos tal para cual —murmuró—. Y ahora tenemos que ir a ver qué sucede.

Se acercaron rápidamente a la ventana. Afuera se veía a sir Wilfrid y a dos policías que subían a un coche y se lanzaban detrás del Vauxhall del obispo, que pronto desapareció de la vista. Los demás estaban parados en el porche, observándolos estúpidamente.

—¡No lo agarrarán jamás! —exclamó Sophonisba.

—Oh, sí que lo agarrarán —Lucas se dirigió a ella con una sonrisa desdeñosa en su cara cubierta de pecas—. No irá muy lejos.

—¿Cómo?, ¿qué diablos quieres decir?

Lucas fingió ignorar el hecho de que Harvey tenía a la muchacha de la mano.

—Mire, señorita Soap…, señorita Dodd. Cuando yo descifré el cablegrama, me di cuenta en seguida de que había un criminal en Craiglea —sus ojos se clavaron en el maestro de inglés con mirada de basilisco—. Yo… yo pensé que era usted, señor, y pensé que trataría de escaparse. Yo sabía que mi papá deja siempre su llave en el coche y, como usted ha viajado con él algunas veces, supuse que lo sabría también.

Sophonisba y Harvey miraban al chico con estupor.

—Entonces, ¿sabe? —St. John asumió una actitud napoleónica —, antes de entrar aquí, me acerqué al coche y le quité el aire a todas las gomas. Él no va a poder ir muy lejos, señor…

Q PATRICK

Patrick Quentin es el seudónimo de dos autores, Richard. Wilson Wehb (1902) y Hugh Qullingíiam Wheeler (1913). La cuestión se complica si se tiene en cuenta que el primero empleó este seudónimo para las obras realizadas en colaboración con Mott Kelly y que el segundo lo siguió utilizando cuando Webb se retiró en 1950, debido a su deficiente salud. Las primeras novelas de Patrick Quentin son obras de misterio típicamente inglesas. Cuando sus creadores, se trasladaron a Estados Unidos las ambientaron allí e hizo su aparición el teniente Timothy Trant, de la Policía neoyorquina, un oficial astuto pero comprensivo. También escribieron, con el seudónimo de Jonathan Stagge, la serie del doctor Westlake, quien, ayudado por su hija adolescente, resuelve los casos misteriosos que surgen en una pequeña ciudad del Este.